# PELAYO EL CRISTIANO

## Los árabes en España
## y el sur de Francia
### Relato e historia

**Simón HAYEK**

Traducción adaptada
**Saiid Alami**

Simón Hayek
Pelayo el Cristiano. Los árabes en España y el sur de Francia
**بلاي الرومي أو العرب في إسبانيا وجنوبي فرنسه - د. سيمون حايك.**
Primera edición en árabe:1980-Beirut- Editor: El Autor
Traductor: Saiid Alami*

*Saiid Alami es titular exclusivo, mediante escritura pública, de los derechos de traducción al castellano de la totalidad de las obras de este autor, de su edición, difusión y adaptación a este idioma, en cualquier soporte mediático en todo el mundo.

Diwan Mayrit®
Madrid
Tfno.: (+34) 91 5701812
editorial@diwan.es

© Diwan Mayrit
Madrid, 2018
ISBN.: 978-84-949023-2-1
Depósito Legal: M-

# Índice

Nota editorial ..... **7**
El autor ..... **11**
Preámbulo del traductor ..... **13**
Prólogo de la edición árabe revisado ..... **15**

**Primera parte**

El salto arrasador ..... **22**
Pelayo y Florinda ..... **30**
Padre e hija ..... **38**
Musa y Julián ..... **43**
La conspiración ..... **47**
El encuentro ..... **51**
Egilona y Daniel ..... **54**
Florinda y Rodrigo ..... **59**
Pelayo y Achila ..... **69**
Samuel y Alqama ..... **74**
Rodrigo y su ejército en el sur ..... **78**
Egilona y Daniel ..... **83**
Samuel, Daniel y Julián ..... **90**
La batalla de Guadalete ..... **95**
Los hijos de Witiza ..... **103**
La conquista de Córdoba ..... **108**
Tariq y Musa ..... **112**
Abdelaziz y Theodomiro ..... **119**
El Fin de Musa Bin Nusair ..... **132**

**Segunda parte**

El levantamiento ..... **149**
Munuza ..... **157**
Tariq en Damasco ..... **162**
Abdelaziz Bin Musa, príncipe de Al-Ándalus ..... **167**
Abderrahman Al-Ghafiqi ..... **181**
Pelayo y Ermesinda ..... **189**
El final de Munuza ..... **202**
El conde Odón ..... **210**
La batalla de Poitiers ..... **212**
Gaudiosa ..... **222**
Covadonga ..... **227**
El rey Pelayo ..... **232**
Epílogo ..... **236**
Bibliografía ..... **246**

## Nota editorial

Diwan se complace en presentar esta primera edición, en castellano, de *Pelayo el Cristiano. Los árabes en España y el sur de Francia. Relato e historia*, como homenaje a título póstumo, a la memoria de su autor, Simón Hayek, cuyo perfil se describe en las páginas introductorias. La traducción adaptada del árabe, que ha realizado con gran esmero Saiid Alami, acerca al lector a una novela histórica compleja, sembrada de elementos de análisis y reflexión, donde el trasfondo político y social de la época se cruza con las contradicciones y la humanidad de los protagonistas del relato, a caballo entre la historia y la leyenda. La acción se remonta a los primeros años del siglo VIII d.C., desde el inicio de la ocupación musulmana de la península ibérica (711). Esta penetración, procedente del norte de África y realizada con tropas dependientes del califato de Damasco (compuestas básicamente por beréberes y algunos efectivos árabes), se vio alentada por las divisiones internas de la Hispania visigoda. La novela histórica de Simón

Hayek se centra en los albores de aquella ocupación, que afectó también a la Lusitania visigoda (sur de Portugal) y al sur de la Galia (reino de los francos). Carlos Martel logró contener la expansión musulmana en Europa, impidiendo su avance en el reino franco, en la llamada batalla de Poitiers, cuya fecha se sitúa tradicionalmente en 732 d.C.; en aquella fecha, la mayor parte de la península ibérica era tierra de Al-Ándalus, es decir, de control político y militar musulmán, salvo Cantabria, y especialmente, Asturias, tierras a las que se les ha atribuido la iniciativa de la resistencia hispana a la ocupación musulmana.

Parece que, a finales del siglo XII y principios del XIII, Portugal (la antigua Lusitania), tras controlar la ocupación musulmana comenzó a despegar como reino independiente, especialmente a partir de 1179, a raíz de su reconocimiento por una bula del papa Alejandro III. En el caso del territorio peninsular hispano, en tiempos de los Reyes Católicos, la caída del reino

nazarí de Granada, en 1492, supuso el fin del último reino de Al-Ándalus, y su incorporación como reino de Granada a la Corona de Castilla.

La resistencia hispana a la ocupación islámica despegó con la victoria asturiana de Pelayo en la batalla de Covadonga (722 d.C.), cerca de Cangas de Onís, y fue descendiendo de norte a sur durante casi ochocientos años, en los que también hubo coexistencia y convivencia intercultural e interreligiosa, que han dejado huellas materiales y espirituales. Esta situación medieval contrasta con la política de cristianización impuesta en el umbral de la Edad Moderna por los Reyes Católicos, y sus consecuencias para los judíos (1492) y para los musulmanes (1502).

El autor de la novela *Pelayo el Cristiano…* era consciente (y lo reflejó en los comentarios que acompañan el relato) de las contradicciones historiográficas y las lagunas que se ciernen sobre el declive de la Hispania visigoda, a la que Pelayo pertenecía, y sobre las circunstancias de la ocupación musulmana de aquella Hispania.

Como es habitual en las novelas históricas, en esta también hay hechos reales y documentados y otros, cuestionados, o envueltos en interpretaciones legendarias, que incitan a la investigación.

Aunque la novela dedica un amplio espacio a la expansión musulmana en Hispania, no son los hechos de armas el elemento esencia de esta novela, sino más bien, el encuentro entre tres mundos culturales y religiosos que cobran vida a través de sus personajes: judíos, cristianos y musulmanes.

La ocupación de la Hispania visigoda obedeció a causas políticas, y no religiosas, y, en ese contexto, la novela de Simón Hayek nos muestra una amplia gama de reacciones de carne y hueso: la intransigencia, la rebeldía, el sentido del pacto y la capacidad de adaptación y supervivencia, la lealtad, la traición, el amor, la seducción, el engaño, la inocencia, la ambición de poder… y mucho más.

Finalmente, conviene señalar que, en el siglo VIII d.C., aún no había nacido el castellano escrito, y en la Hispania visigoda se utilizaba el latín vulgar. No obstante, para relacionar el rango y el tratamiento entre los personajes de la novela, aparecen en esta traducción al castellano actual algunas fórmulas medievales de época posterior.

Invitamos, pues, al lector a un viaje hispano-visigodo y andalusí, desde 711 hasta la muerte de Pelayo en 737…

## El autor

Simón Hayek, libanés (1923-2014), era ante todo historiador. Residió en España durante más de cuatro décadas, regresando después a su país, donde residió las últimas dos décadas de su vida, pero estando constantemente en contacto con España y realizando frecuentes viajes a Madrid. Es autor de una treintena de libros, en su mayoría sobre la historia de Al-Ándalus, la historia de la ciencia árabe y la historia de la influencia científica y cultural árabe en Occidente.

Fue enviado por el patriarca maronita (católico) libanés, Antoine Arida, a la Universidad Pontificia de Salamanca, a mediados de la década de los años 40 para estudiar teología católica y filosofía, merced a una beca del Ministerio de Educación español. Sin embargo, tras permanecer tres años en Salamanca se trasladó a la Universidad Complutense de Madrid donde obtuvo su licenciatura. Volvió a los estudios académicos en los años 70 y obtuvo su doctorado en Filosofía a finales de aquella década.

Simón Hayek era un sabio de vastos conocimientos, en muchas ciencias, y de una muy amplia cultura universal. Se caracterizaba por tener una sombrosa memoria, que conservó hasta el final de su vida. Así, dominaba perfectamente la lengua árabe en todas sus facetas lingüísticas, y hablaba perfectamente el francés, inglés y ladino, además de conocer a fondo las lenguas aramea y sánscrita. Sabía de memoria la Bibila y el Corán, en arameo, griego y árabe, lengua esta última de la que podía recitar de memoria más de 10.000 versos de la poesía árabe preislámica, omeya, abasida y andalusí. Era difícil recitar ante él un verso de las épocas señaladas sin que diera el nombre de su autor de inmediato.

En la década de los años 50, Simón Hayek fue uno de los fundadores de la emisión árabe de Radio Nacional de España (Radio Exterior), donde trabajó hasta su jubilación a mediados de los años 90. Está considerado como una de las máximas referencias en lo que a la historia de Al Andalus se refiere y una de las principales figuras árabes ligadas a España. Participó en un sinfín

de conferencias, congresos y foros internacionales, donde presentó trabajos sobre la historia de Al-Ándalus y la influencia científica y literaria árabe en Occidente en la Edad Media.

En cuanto a la historia de Al-Ándalus, Simón Hayek podía narrar de memoria lo acontecido en la península ibérica, día a día, desde mucho antes de 711 hasta bastante después de 1609, año en que los musulmanes hispanos (los moriscos) fueron expulsados de la Monarquía Hispánica, tras largos decenios de sufrimiento a manos de la Inquisición. De hecho, sus libros, todos en lengua árabe, cubren el día a día de todo aquel período de novecientos años.

***

N.B.: Simón Hayek otorgó en 2005 al escritor y traductor Saiid Alami, mediante escritura pública, la potestad exclusiva de los derechos de traducción al castellano de sus obras y de su publicación y difusión en esta lengua en toda suerte de soportes mediáticos.

## Preámbulo del traductor

He tenido la gran suerte de tener, durante más de cuarenta años, una profunda amistad con el doctor Simón Hayek, a pesar de la diferencia de edad habida entre nosotros e incluso después de haberse trasladado definitivamente a su país, Líbano, a mediados de los años 90, donde se estableció en su localidad natal, Begderfel.

Desde entonces y hasta pocos años antes de su fallecimiento, Simón Hayek viajaba frecuentemente a Madrid donde solíamos pasar largas horas, paseando por las calles de la ciudad que ambos amábamos, conversando sobre un sinfín de asuntos y temas relacionados especialmente con sus libros, la historia de Al-Ándalus, y la situación en el mundo árabe.

Simón Hayek, que iba a ser sacerdote católico cuando vino a España a mediados de la década de los años 40 del siglo XX, creía profundamente en la unidad del mundo árabe y era acérrimo defensor de la causa palestina, lo que fue un motivo más y muy importante para afianzar nuestra amistad.

Cuando lo conocí, en 1977, al empezar a trabajar en la emisión árabe de Radio Exterior de España —donde él llevaba trabajando desde su fundación a principios de los 50— no tardé en saber que estaba en realidad ante un sabio, con todo lo que significa la palabra. Y no era de extrañar, pues en aquella gran redacción de la segunda planta de la Casa de la Radio, en Prado del Rey (Madrid) me codeaba con figuras de la literatura y del arte, como lo eran los poetas José Hierro y Gastón Baquero, el escultor Luis Philestin, el poeta y artista, Nicomedes Santa Cruz, el actor Eduardo MacGregor y otros a quienes fui conociendo y con quienes fui entablando amistad en aquella magnífica e histórica redacción.

Cuando conocí a Simón Hayek aun no había publicado su primer libro, este que pongo ahora en manos del lector, traducido al castellano, bajo el título *Pelayo el Cristiano*. En realidad, el título en castellano no se corresponde con una traducción fiel, pues en el

original árabe es *Pelayo el Rumi* y la palabra “rumi” no tiene traducción fidedigna en castellano. Con el término "rumi", que literalmente significa "romano", los árabes desde antes del islam y hasta finales de la Edad Media, se referían a todos aquellos pueblos, cristianos, venidos o habitantes de Europa. Traducir "rumi" como "europeo" tampoco sería una solución acertada, ya que la palabra "rumi" en esencia tenía más carga de "cristiano" que de "europeo".

Cuando empecé a traducir esta novela histórica, discutía muchos detalles del original árabe con el autor, exhaustivamente, llegando a la conclusión de que era mejor reestructurar la novela en su edición castellana. Cuando Simón Hayek me concedió los derechos en exclusiva de la traducción de sus obras al castellano (confiaba en mi traducción plenamente tras haber visto un sinfín de traducciones mías del árabe al castellano y viceversa) me otorgó también el derecho de traducción adaptada de las mismas, incluida la reestructuración de las obras, en la medida que fuera necesaria para su mejor comprensión por el lector medio español. Por este motivo, y siguiendo estas directrices del propio autor, he procedido a traducir esta obra, reorganizándola en su justa medida para superar los obstáculos que ofrece el original en árabe, sin salirme un ápice del espíritu y de la esencia de la obra.

Finalmente, basta con señalar que esta traducción es el resultado de años de trabajo, que me hubiera gustado mucho haberla publicado en la vida del autor y que ello lo habría hecho muy feliz, pues Simón Hayek, como sabe todo el que lo haya conocido de cerca, poseía un alma de niño, un espíritu de muchacho y una fuerza de voluntad y sabiduría sin límites. No olvidemos, al respecto, que publicó su vasta obra de unos 30 libros después de cumplir 57 años.

***

## Prólogo de la edición árabe revisado

En el siglo V de la era cristiana, los godos entraron en la península ibérica, posteriormente Al-Ándalus, y la ocuparon tras haber sometido a las tribus bárbaras que la poblaban, llegando a construir un Estado temido, que se extendía a lo largo y ancho de la península, hasta Narbona al norte y la costa norteafricana al sur. Este nuevo Estado, el reino visigodo, había nacido de godos e iberos.

La hegemonía del gobierno godo sobre la península duró tres siglos, sucediéndose en el trono algo más de una treintena de reyes. Los reyes eran elegidos por los obispos y los nobles, hasta que la monarquía se convirtió en hereditaria. Los godos, al principio, profesaban el arrianismo, pero pronto abrazaron la religión católica. Los obispos se comportaban ejemplarmente, ayudando a respetar las leyes y los cánones. Como resultado de todo ello floreció la agricultura y el comercio, y los modales de las gentes se hicieron más refinados. Con el paso del tiempo, la gente se entregó a la vida ociosa, llegando los detestados tiempos de la decadencia. Ese era el estado en el que se encontraba la Hispania medieval en los albores del siglo VIII, cuando Witiza fue ungido rey hacia el año 701.

Al principio, Witiza se comportó con sus súbditos como debía hacerlo un rey: gobernando con justicia. Pero el rey no tardó en mostrar su auténtica faz y sus malas intenciones. Empezó a sospechar de unos y de otros, y basándose en las sospechas causó la muerte de Favila, el duque de Cantabria, y estuvo a punto de acabar con su hijo, Pelayo, que comprendió el peligro y así pudo salvarse.

Witiza pensó que el ambiente le era totalmente propicio tras la muerte de Favila. Así, tomó concubinas y animó a sus súbditos a que hicieran lo mismo que él y se esforzó por hacer que la Iglesia favoreciera sus comportamientos, pasando incluso a promulgar una

nueva ley que permitía a los miembros del clero casarse y tomar concubinas. Por esta razón, el papa Constantino lo amenazó con destronarlo y excomulgarlo si no abandonaba esas obscenas leyes, pero Witiza hizo caso omiso y lo amenazó, asimismo, con atacar Roma y conquistarla como antes había hecho Alarico. Incluso repetía la frase de aquel: *adornamos a nuestras mujeres con las alhajas de Roma y llenamos nuestras arcas con los dineros de la Santa Sede*. Algunos miembros del clero se opusieron, pues esa innovación en la Iglesia no era de su agrado, por lo que empezaron a instigar a los creyentes contra el rey desde los púlpitos. Witiza reaccionó severamente, alejándolos de sus iglesias bajo las acusaciones de secesión y provocación de disturbios. La Iglesia de Toledo permaneció ajena a esa innovación a pesar de que Sinderedo (último arzobispo toledano visigótico) anunciara su deseo de acatar las órdenes del rey.

En vano, Roma intentó hacer recapacitar a Witiza, que se rebeló abiertamente y amenazó de muerte a todo aquel que contrariara sus órdenes y obedeciera las leyes del papa; siempre repetía: *no queremos que nadie se meta en nuestros asuntos.* Witiza permitió el regreso de los judíos, les concedió privilegios, y les devolvió sus sinagogas, que les habían sido arrebatadas en anteriores épocas, y ellos manifestaron su disposición a pagar lo que se estipulara a cambio de protección.

El reino vivió en paz y orden, pero la conspiración se estaba fraguando en secreto, lo que llegó a los oídos del rey, que intentó ahogarla en el nido, ordenando destruir todos los castillos y fuertes que los conspiradores habían tomado como lugar para sus reuniones secretas. Incluso despojó a la gente de sus armas en cumplimiento de una profecía que decía: *el arado en sustitución de la espada y la hoz en sustitución de la lanza*.

Al parecer, la reforma acometida por Witiza era prematura, pues su generación no la recibió con el anhelo y el entusiasmo que él había vaticinado. Witiza había creído que el espíritu de mansedumbre, avenencia, quietud y paz acabaría definitivamente con el espíritu de lucha, guerras y violencia, máxime cuando había

despojado a los notables de los medios de resistencia, destruyendo sus castillos y baluartes.

Por aquel entonces, los árabes asediaban Ceuta, baluarte de los godos en la costa africana, por lo que el rey Witiza envió la flor y nata de sus soldados para ayudar al conde Julián, que se ocupaba de la defensa de Ceuta. En estas circunstancias, los nobles hallaron una buena ocasión y la aprovecharon, uniéndose todos en torno a Rodrigo, a cuyo padre ─Teodofredo─ Witiza le había arrancado los ojos. Rodrigo reunió un gran ejército de resentidos hacia Witiza y se autoproclamó rey, pudiendo capturar al rey Witiza, que fue conducido ante él. Rodrigo ordenó que le arrancaran los ojos para vengar a su padre y que fuera arrojado a la misma celda donde Teodofredo estuvo encerrado hasta su muerte. Y tras deshacerse del padre, Rodrigo se volvió hacia los hijos de la víctima, Achila, Olmundo y Ardabasto, a quienes desterró de su reino por temor a que organizaran una rebelión para, a su vez, vengar la muerte de su padre. Los tres se asentaron en África donde los recibió Requila, gobernador de Tánger, en reconocimiento de los favores que había recibido de Witiza.

Oppas, emparentado con Witiza, no fue objeto de la ira del nuevo rey. Oppas era sumamente astuto y cambiaba de criterio según le convenía. Su perfil histórico es controvertido[1]. El rey derogó la ley que permitía casarse al clero.

Rodrigo se enteró de que los seguidores de Witiza conspiraban contra él y mandó que los mataran y destruyeran sus castillos y baluartes, pudiendo así aniquilar a sus líderes y sofocar el fuego de su rebelión. Pero el trono visigodo seguía tambaleándose bajo de

[1] N.T.: Según la *Crónica mozárabe* (mediados del siglo VIII), Oppas fue un noble, hijo de Égica (rey visigodo: siglos VII-VIII), y, por tanto, hermano de Witiza; sin embargo, en la *Crónica mozárabe* no se indica que Oppas fuera obispo. Según la *Crónica de Alfonso III* (de Asturias), datada en los albores del siglo X, Oppas fue hijo de Witiza y obispo. Sobre la época evocada en esta novela, cfr. Luis A. García Moreno. *Historia de la España visigoda*. Ed. Cátedra, 2008; Roger Collins. *La España visigoda: 474-711*. Ed. Crítica, 2005; Juan José Sayas Abengochea y Manuel Abad Varela. *Historia Antigua de la península ibérica: época tardoimperial y visigoda*. Ed. UNED, 2013.

los pies de Rodrigo, que solo veía a su alrededor a gentes acostumbradas a la vida dócil, entregadas al ocio y a la buena vida desde los tiempos de Witiza. Sin embargo, Rodrigo, estaba necesitado de fuertes combatientes de confianza
en las horas difíciles. Y es que no había comparación, a los ojos del rey, entre estas gentes y aquellos guerreros acostumbrados a la austeridad que les venía impuesta por la vida militar, habiendo sido capaces de desafiar a la propia naturaleza, luchar contra las olas del mar, atravesar ríos, escalar montañas y ocupar un reino de vasta extensión. Había sucedido en su reino lo que Ibn Jaldun describe de la siguiente manera: *Uno de los obstáculos del poder es la aparición de la vida placentera y el que las tribus estén sumergidas en la opulencia*.

En resumidas cuentas, Rodrigo cometió los mismos errores que Witiza.

La verdad es que no hay una conquista tan rodeada de leyendas como la conquista de la Hispania visigoda (Al-Ándalus) a manos de Tariq Bin Ziyad, confundiéndose leyenda e historia de tal manera que se hace difícil discernir entre ambas, y saber dónde empieza la leyenda y dónde termina la historia, y viceversa.

***

# PRIMERA PARTE

# 1

## El salto arrasador

¿Quiénes eran aquellos dos caballeros que azuzaban al galope sus caballos en su marcha hacia Toledo, la capital goda? Ambos cabalgaban en silencio. Uno de ellos tenía el semblante altivo mientras que el otro cabalgaba a unos pasos detrás de él.

Los dos hombres pasaron entre los árboles cual serpiente entre la maleza mientras los rayos de sol, a punto de ponerse, penetraban entre las verdes ramas. A lo lejos vieron un convento benedictino que no estaba de más visitar para descansar un rato.

El sol se ocultó tras el horizonte y unos relámpagos resplandecieron amenazando tormenta.

─¿Quiere mi señor que nos refugiemos en el convento antes de que se desate la tormenta? ─preguntó el jinete que iba detrás─. Aquí podemos encontrar un refugio seguro y nuestros caballos pueden disfrutar del descanso que tanto necesitan después de esta larga marcha durante el día. Nosotros también podríamos descansar esta noche y continuar el viaje por la mañana.

─No estoy de acuerdo Fernández ─contestó el otro jinete─. Pasaremos la noche en la capital de los godos.

A Fernández no le gustó la respuesta de su señor Pelayo. El superior del convento los recibió dándoles la bienvenida.

─Descansad hijos míos, dijo el superior. ¿Alguna novedad desde nuestro último encuentro, Pelayo?

─No padre, excepto que estoy del todo convencido de que el rey Rodrigo, que es de mi familia y antaño mi amigo, me detesta a muerte, y por más que lo pienso sigo sin saber el motivo de tanto odio.

El sacerdote se quedó en silencio, cabizbajo, y al rato levantó la cabeza.

─¿Ignoras el motivo? ─dijo el sacerdote dirigiéndose a Pelayo─. En cambio, yo, lo imagino. Rodrigo está locamente enamorado de una doncella.

─¿Cómo lo habéis sabido, padre? ─preguntó Pelayo.
─Rodrigo ha abandonado este lugar solo hace tres horas, respondió el sacerdote. Descansó en este convento tras la fatiga de una larga cacería. Mientras tomaba el desayuno permanecía cabizbajo, con el rostro amarillento, la mirada perdida, el ceño fruncido y las palabras entrecortadas. Todo él estaba repleto de señales de un amor que arde en su pecho, con el pensamiento muy lejos de nosotros. Bajó al jardín repitiendo entre murmullos un nombre y con tono ardiente y añoranza.
─¿El nombre de quién, padre? Por Dios, decidme el nombre.
El monje lo contempló con una mirada llena de pena, antes de decir:
─¿Acaso puedo rechazar una petición del hijo de Favila mi viejo compañero de armas? Tú sabes que según la tradición de los godos las hijas de los nobles son doncellas en la corte del rey, para servir a la reina y hacerle compañía, a la vez que los hijos varones sirven al rey y lo acompañan.
─¿Y qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando, padre?
─Que entre las doncellas que sirven a la reina Egilona hay una joven de una belleza extraordinaria, de quien el rey intentó ganarse sus favores insistentemente.
─¿Y ella, como se ha comportado? ¿Le ha brindado lo que pide?
─No. Lo rechazó muy dolida.
La cara de Pelayo resplandeció al oír la respuesta del padre benedictino,
─¿Cómo se llama esa doncella? ─insistió Pelayo.
─Eso es lo que no puedo difundir. Es un secreto, secreto de confesión. Yo puedo saber los secretos de los demás, pero nadie puede saber por mí un secreto.
La verdad es que el sacerdote sabía el secreto de aquella doncella y comprendía el amor del rey por ella, a la vez que, también, comprendía la pasión de Pelayo por esa misma doncella y que ello le podía causar dificultades conducentes a la destrucción ya que pugnaba con el rey.
Así las cosas, el sacerdote dijo dirigiéndose a Pelayo:

─Es el ímpetu de la juventud el que está haciendo que pierdas la cabeza. ¿Acaso crees que el rey, de quien alegas que te detesta, te va a dejar salir con vida si se entera de que entras en su palacio a escondidas, como es tu propósito, para entrevistarte con una de las damas de honor de la reina?

Al oír estas palabras Pelayo se quedó perplejo viendo que el monje estaba enterado de su secreto y de su propósito de llegar a Toledo precisamente aquella noche. Entonces besó las manos del sacerdote pidiendo sus bendiciones y regresó a donde lo estaba esperando su criado Fernández. Ambos reanudaron la marcha espoleando sus caballos a la carrera, con todas sus fuerzas, en medio de la oscura y lluviosa noche, pues el desesperado enamorado suele desdeñar las dificultades y los peligros si al final del recorrido le espera el premio: una mirada, una sonrisa y una palabra de amor.

El palacio estaba cerca de las murallas, y Pelayo conocía un pasadizo secreto hacia las dependencias palaciegas, por lo que pidió a su criado que lo esperara en las ruinas de un castillo cercano. Se encaminó a través del pasadizo que lo llevó a una entrada en cuyo extremo encontró una escalera de caracol, estrecha y oscura, que conducía a un pasillo que cruzó hasta el final. Pelayo se infiltró en el palacio como si de un fantasma se tratara, llegando a oír una voz aterciopelada que tarareaba una canción conocida, lo que hizo que su corazón latiera con más fuerza. Se acercó al lugar de donde procedía aquella voz encontrándose frente a una doncella de belleza sublime, pero con una palidez que empañaba su rostro. Sus largos cabellos le caían sobre los hombros y la espalda. Sus ojos eran como los de una gacela, pudorosos y amorosos, mientras que en su semblante anidaba la tristeza. La doncella miró fijamente al valeroso caballero que a su vez la contemplaba silencioso y temeroso. Durante un largo rato permanecieron embriagados por el embrujo que emanaban sus miradas de amor.

─¡Florinda! ─exclamó Pelayo interrumpiendo el silencio─, ¿qué tristeza es esta que cubre tu rostro?

Has llegado tú y se me ha ido todo lo que me oprimía el pecho.

─Por Dios, amada mía, dime qué es lo que te ha sucedido. ¿Qué es lo que te entristece?
Florinda suspiró:
─Pelayo, ojalá fuera yo una pueblerina y nunca mis pies hubieran pisado este palacio. Esta juventud mía envejece deprisa y todo lo que es puro se envilece y se echa a perder.
─¿Qué quieres decir? Por todos los cielos. ¿Si de veras me quieres por qué entonces no me desvelas tu secreto? Cuando estoy a tu lado el simple parpadeo de tus ojos me hace olvidar el mundo y cuando estoy lejos de ti vivo de tu recuerdo. ¿Y a pesar de esto te atreves a ocultarme aquello que provoca tu tristeza?
─Veo el futuro tras una máscara negra. Entre tu pecho y el mío hay un puñal. Un profundo precipicio nos aparta al uno del otro.
─¿Qué clase de palabras son estas, Florinda? ¿Quién puede separar dos corazones? Es como querer separar la luz de los rayos. Tú eres de la estirpe de Witiza e hija de Julián, y yo soy el hijo de Favila, pariente del rey Rodrigo y cercano al trono por lo que nadie se atreve a contrariarme.
─¿Nadie? ¿Ni siquiera el propio rey?
Al oír esto, Pelayo se quedó perplejo y permaneció en silencio, como si una montaña hubiera caído sobre él. Luego levantó la cabeza:
─Veremos si la voluntad del rey es más fuerte que la ley del amor, dictada por la naturaleza ─respondió Pelayo.
En aquel instante se abrió la puerta plantándose en la estancia un hombre de alta estatura que iba acompañado de dos arqueros. Los dos amantes temblaron aterrados y exclamaron a la vez:
─¡Rodrigo!
Efectivamente, era el rey Rodrigo en persona, quien hizo una señal a sus dos acompañantes que se abalanzaron sobre Pelayo sin que a este le sirviera de nada la resistencia que ofrecía.
Florinda, sin fuerzas, se dejó caer sobre su asiento viendo cómo llevaban a su amado a prisión después de haberlo desarmado. El rey no era amigo de Pelayo, sino su contrincante y competidor.

***

En uno de los salones del palacio de los reyes godos, en Toledo, estaba esperando un hombre de alta estatura. Sus cabellos eran negros cual ébano cayéndose sobre sus anchos hombros, y su mirada destellaba una férrea voluntad.

Su espera se hizo larga. Al final, se abrió la puerta y apareció un joven en la tercera década de su vida, con párpados caídos, pero sin carecer su semblante de las señas de astucia e inteligencia. Llevaba puesta la vestimenta habitual de los judíos.

─Gracias a Dios ─dijo─. Por fin viniste, perro.

─Mi señor ─respondió el joven─. No pude venir antes. Ya estoy presto a servirlo, mi amo.

─¿Te llamas Daniel?

─Sí, mi señor.

─¿Eres médico?

─Claro que sí, mi amo. Soy médico.

─Y Florinda ¿cómo está?

─Mejor que antes. No sé lo que le pasó, pero creo que está muy tensa.

─Me dijeron que eres sabio para preparar drogas que hagan que quien las tome se quede profundamente dormido.

─No han engañado a su majestad.

─¿Y cuándo vas a poder prepararlas?

─Es un trabajo fatigoso y muy costoso.

El rey no se extrañó de las palabras del judío, ávido de dinero.

─¿Y cuándo va a estar todo listo? ¿De qué suma se trata?

─Mañana por la mañana, Dios mediante, y su coste es, por lo menos, doscientas monedas de oro.

─Te daré cuatrocientas.

Daniel se sorprendió, y se apresuró a decir:

─Mi señor, yo no he pedido tanto.

─Yo quiero darte esta suma, con la condición de que me describas con detalle los efectos de esta droga somnífera.

─Quien la toma se entrega a un sueño profundo sin que ello represente peligro alguno para su vida.
─¿Respondes con tu vida?
─Con mi vida, majestad.
─Otra cuestión. Lo quiero para esta noche, a más tardar a medianoche.
El judío hizo ademán de aprobación y confirmación.
─Entonces ─prosiguió el rey─ a medianoche. Florinda yacerá dormida profundamente.
─Desde la medianoche hasta la salida del sol.
El rey hizo una señal y Daniel se retiró haciendo una reverencia con la que su frente casi llegó a tocar el suelo.
El rey se quedó a solas, preso de una profunda agitación. De pronto, la puerta se abrió y se asomó por esta una dama vestida de blanco que, al situarse erguida frente de él, suspiró con pena y rompió a llorar.
─Egilona ─exclamó el rey─, ¿qué es lo que os trajo hasta aquí?
─¿Y me preguntáis, hombre con el corazón vacío, por el motivo de mi venida? ─respondió Egilona─. ¡Oh!, Rodrigo, ¿habéis olvidado las horas de amor que hemos vivido juntos? ¿Os habéis olvidado de aquella noche de verano, en el jardín de la casa de mi padre, cuando a mis pies me jurasteis, bajo la luz lánguida de la luna, que me ibáis a amar para siempre? Yo os contemplaba entonces atónita, ida, mientras escuchaba vuestras cálidas palabras, que me creí. Entonces, vos no érais más que un hombre oprimido y perseguido por Witiza, y yo no era más que la hija de un rico duque. Vos no érais entonces rey ni yo reina. Entones me gustábais por vuestra osadía y érais amigo del noble Pelayo. Ojalá no os hubiérais coronado y ojalá yo no me hubiera convertido en reina, si todo ello ha llevado a endurecer tanto vuestro corazón que habéis llegado a ignorar mi amor.
─Callad, señora. Callad.
─Pero vuestro propósito...
─Mi propósito es irreversible y vos sabéis de la firmeza de mi voluntad.

─Entonces ¿os divorciais de mí?
─Me divorcio de vos y mañana abandonáis el palacio.
La reina quedó sumida en un silencio cargado de tristeza, como si fuera una estatua en pena. Era bella y triste como la Magdalena.
Su orgullo de reina se revolvió:
─Sois un tirano. ¿Creéis que ignoro el motivo de este comportamiento vuestro respecto a mí? Sé que quien intenta pervertir a la más bella y pura de mis damas de honor, Florinda, sois vos Rodrigo. ¿Acaso os habéis olvidado quién mancilló a la esposa de Arvigio? Habéis sido vos, Rodrigo. ¿Recordáis acaso a Pelayo, tu amigo y pariente? Está ahora en prisión ¡¿Y quién lo metió allí si no vos?!
El rostro del rey palideció viendo cómo su esposa desvelaba sus anteriores pecados, pero se mantuvo altivo ante sus palabras.
─El día de la venganza se aproxima ─exclamó Egilona─. El cielo se escandaliza ante el exceso de tiranía. El pueblo os arrebatará la corona cuando sepa que Pelayo, el prometido de la pobre Florinda, es vuestro prisionero. Agitaos, Rodrigo, pues os maldecirán las generaciones venideras y seréis el último rey que lleve este nombre.
─Desapareced de mi vista inmediatamente ─gritó el rey─. Alejaos de mí.
La reina comprendió que se había excedido en la dureza de sus palabras.
─Satisfago la voluntad de mi esposo y acato sus órdenes ─dijo.
─No soy vuestro esposo, sino vuestro rey que os ordena y manda.
Entonces la mujer volvió a romper en llanto. Los celos anidaban en su pecho, la desesperanza la envolvía y el amor gobernaba su corazón. Dirigió a su esposo una mirada cargada de cariño, ya que podía ser la última vez que lo veía, mientras que el rey inclinaba la cabeza.
─Adiós ─dijo Egilona.
Acto seguido abandonanó la estancia con el corazón entristecido, llorando y comprendiendo que había perdido el amor de su esposo para siempre.

Él, en cambio, se dirigió a la alcoba de Florinda y se puso a contemplarla mientras dormía en su cama: su bonito rostro, sus desbaratados cabellos, su pecho blanco y marmóreo que subía y bajaba, y sus tiernos brazos. Se quedó contemplando tantos y tantos encantos expuestos ante sus ojos en una estancia donde no había nadie excepto ellos dos. Sintió cómo si, por sus venas, corriera plomo fundido, tensando sus nervios y apoderándose de él el temblor del deseo incontrolado mientras contemplaba atónito cada punto de este delicado cuerpo tendido frente a él sobre la cama, sin nada que lo cubriera excepto un ligero y transparente camisón, que enseñaba mucho más de lo que ocultaba. Súbitamente, se abalanzó sobre ella, creyendo que el somnífero seguía haciéndole efecto, y con su boca aplastó los labios de Florinda succionándolos literalmente, lo que despertó a la muchacha de su profundo sueño. Cuando vio la cara de aquel hombre pegada a la suya, quemándola con su jadeante aliento, cerró los ojos aterrada, percatándose de que se trataba del rey. Florinda intentó desesperadamente gritar, pero no pudo, pues Rodrigo la aplastaba con su peso, lo que hizo que su resistencia fuera inútil y no sirviera más que para aumentar la fiereza del rey, su violencia y su lujuria. Finalmente, este pudo con ella y se satisfizo sexualmente, abandonándola a continuación cual tigre que abandona a su presa después de haberse hartado de ella.

***

## 2

## Pelayo y Florinda

Al día siguiente el rey salió de cacería acompañado por su séquito. La caza era su actividad preferida y era su costumbre dedicarse a ello cada semana. Todos notaron en su semblante la alegría que no habían visto en él desde hacía mucho tiempo, en que andaba siempre ceñudo y con el rostro sombrío. Sus ojos brillaban con un luminoso destello de cariño mientras sus mejillas se habían vuelto rosadas y sus andares, de pavoneo, revelándose en él un hombre que lo tenía todo, pues ya había consumado aquel caro anhelo de su corazón.

Rodrigo recuperó su antigua jovialidad volviendo a sonreír a la naturaleza o, mejor dicho, pensó que la naturaleza le sonreía a él. Así, desde el canto del canario hasta la fragancia de las rosas, el verdor del campo, la majestuosidad del río torrencial y el embrujo del bosque silencioso, sacudían su alma y portaban hasta su corazón mil melodías de ternura. Todo cuanto lo rodeaba le hablaba de amor. Su juventud se había renovado empezando a ver el mundo entero plasmado en la figura de una mujer, Florinda, pues le parecía que la esperanza le sonreía prometiéndole que ella, en adelante, le iba a obsequiar con su amor. A cambio de este amor el rey estaba dispuesto a entregarle su galón, su cetro y su corona.

El rey, persiguiendo un jabalí se alejó de su séquito, pero perdió el animal de vista cuando de repente su caballo relinchó levantando sus patas y una flecha silbó. El rey lanzó un grito atronador y se desplomó al suelo. La voz de un caballero que cabalgaba veloz como el viento, con la faz medio cubierta, se alzó gritando: *Os he vengado, Egilona y Florinda*.

Efectivamente, Egilona se encontraba prisionera en una de las habitaciones del palacio, bajo la custodia de unos lacayos judíos.

La puerta se abrió de repente apareciendo en su umbral un hombre que no era un desconocido para los lacayos, que le mostraron obediencia.

El visitante era Daniel, el médico, que se inclinó ante la reina en señal de sumisión, pero esta le lanzó una mirada de desprecio y repugnancia.

─Mi señora, comprendo vuestra situación e intento, todo lo que me es posible, consolaros en vuestra desgracia ─dijo Daniel dirigiéndose a la reina con sumo respeto.

La reina lo miró no sin sorpresa, e incluso con algo de agradecimiento.

─El rey está de caza ─siguió diciendo Daniel─ por lo que, si queréis salir al jardín, podéis hacerlo. Es todo lo que puedo hacer por vos.

La cara del judío resplandeció al mirar fugazmente a la reina. Sí, él adoraba a la reina, pero no se atrevía a desvelarle su secreto.

La reina se sintió culpable por la dureza con que lo había tratado, pues él la estaba atendiendo en medio de su desgracia, por lo que le dirigió una mirada de gratitud.

─Sí, dijo la reina. Acepto salir un poco de esta asfixiante estancia para poder respirar algo de aire y ver el cielo y las rosas.

─Mi señora, soy el más desdichado de entre las criaturas de Dios. Nací para llorar, yo que en mi condición de judío no tengo derecho ni a llorar mis penas, pues todos se ríen de ver llorar a un judío. Nunca desfruté del cariño de la madre, o del abrazo de un hermano. Vuestra majestad, mi señora, no puede ni siquiera imaginar la amargura que corroe el corazón de este único hombre desdichado sobre la faz de la tierra. Sí mi señora, soy el fruto de un amor en pecado. Nunca conocí a mi madre, que era una esclava judía. Mi padre era un destacado conde godo. De mi madre solo me queda este puñal, en el que está escrito su nombre, Raquel.

─Entonces, según dices, tu padre era cristiano. ¿Por qué no seguiste la religión de tu padre?

─Porque fui criado en la casa de un médico judío que me maltrató, pero me enseñó el oficio de la medicina, con lo que me gano la vida.
─¿Y por qué no abrazas el cristianismo?
─Vos, señora, sois mi única religión, y si queréis que yo crea en Cristo creeré en él. Soy vuestro esclavo.
Dicho eso, Daniel se arrojó a los pies de la reina besándolos, fuera de sí. Al ver Egilona esta descarada declaración de amor se percató de que todo un volcán de amor ardía en el pecho de aquel hombre.
─Estás delirando, aléjate de mí, le gritó.
El pobre hombre se recogió como pudo y se alejo de ella tropezando con su propia frustración.
En otra estancia, al otro lado del palacio, una muchacha de espléndida belleza se encontraba absorta escribiendo, vestida toda de negro, y unas amargas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, yéndose a caer sobre el pliego donde estaba escribiendo.
Leyó la carta y se sintió satisfecha de su contenido. Llamó a su dama de compañía, Samira:
─¿Ha venido Gomildo?
─Sí, mi señora, está esperando vuestras órdenes.
Un joven vestido de harapos entró y fue recibido cariñosa y amablemente por Florinda.
─Mi leal Gomildo, tienes que hacer un largo viaje ─le dijo.
─Mi señora, estoy a vuestra disposición.
─Tienes que llevar esta carta a mi padre.
Enrolló la carta, no antes de leerla por segunda vez. Había escrito en esta lo siguiente:

*Al conde Julián*
*Padre y señor mío:*
*Ojalá la tierra se hubiera abierto y me hubiera tragado antes de tener que escribiros sobre la desventura que se ha cernido sobre mí y que, sin duda, os va a escandalizar. Me avergüenzo de tener que decir lo que debería callarme. ¡Cuán desgraciada soy! Resumiendo, vuestra hija, que es de vuestra sangre y de la estirpe*

*de los godos, ha sido forzada. La forzó el rey Rodrigo, a quien vos se la habéis confiado para cuidar de ella, como si hubierais confiado la custodia de una oveja al lobo, que se la devoró. Padre, hay que eliminar la ofensa y borrar la vergüenza, vengando nuestro honor que quedó manchado e impuro. Florinda*

Envolvió la carta en un pañuelo de seda y la puso en manos de su criado, Gomildo.

─Mi honra y mi vida están en tus manos ─le dijo.

─Estaré a la altura de vuestra confianza, mi señora.

Gomildo se despidió de ella y Samira lo acompañó hasta la puerta con los ojos llorosos y el corazón triste, pues temía por él las calamidades de este largo viaje. En la entrada de la estancia, lejos de la vista de la señora de ambos, se entregaron a un prolongado abrazo y se juraron fidelidad hasta que Dios decidiera sus destinos.

La reina Egilona seguía siendo rehén en su encierro, habiendo, en vano, intentado entrevistarse con el rey. Rodrigo se había salvado de la muerte de milagro, mientras que Pelayo, prisionero, había sido rescatado por su criado, que le facilitó la huida.

Por otro lado, Daniel, el médico judío a quien el rey le había confiado la custodia de Egilona, solía visitar a un anciano llamado Benjamín, que vivía en el palacio del rey y que era muy aficionado a la medicina y a la astrología. Cuando Daniel entró en su cuarto, al caer la noche, lo encontró observando el firmamento rodeado de libros de Zaratustra, de los mazdeistas orientales, de Pitágoras, Hipócrates, Galeno, y otros.

─Un asunto muy grave ─dijo el anciano a Daniel al verlo entrar. El rey se ha divorciado de la reina y la envía a Jerez para allí acabar con ella.

Daniel quedó sorprendido al ver que Benjamín ya estaba al tanto de estos secretos de la máxima importancia que estaban relacionados con su amada, Egilona.

─No intentes ocultar lo que se debate en tu conciencia, se trata de la reina ─volvió a decir el anciano.

—Por Dios, no desveles mi secreto. Si no, me matas. Si el rey descubre mi secreto, me matará irremediablemente.
—Que no te extrañe nada si el rey te ordena acompañar a la reina a Jerez para deshacerse de ella de la misma manera que lo hizo con Witiza. ¿Recuerdas?
—Sí. Aquel rey murió envenenado en la torre de Santa Leocadia, y la reina encontrará el mismo destino. Pobrecita, la reina. Sacrificaría mi vida por ella. Gracias, Benjamín, por haberme desvelado este secreto.

Mientras hablaban llegó a sus oídos un murmullo de voces. Era el rey, acompañado de algunos miembros de su corte con quienes hablaba de su intención de dirigirse al terrorífico palacio de Herpolus, a donde sus lacayos no se atrevían a acompañarlo, pues se había extendido la leyenda de que se trataba de un palacio encantado que contenía los tesoros de los antepasados. La apertura de este palacio fue imposible durante años debido a sus numerosos candados y a que era custodiado por un grupo de notables godos que estaban encargados de impedir su apertura. El primero confió el encargo al siguiente, de modo que cada vez que subía al trono un nuevo rey godo, iban a verlo estos encargados de la custodia del palacio para que les entregara un candado que se colocaba en aquella puerta sin eliminar el candado anterior.

Cuando Rodrigo subió al trono, siendo muy avispado y con su propia manera de pensar, acudieron a él los guardianes pidiéndole que aportara su candado a la puerta, a lo que contestó que no lo iba a hacer y que quería saber lo que había dentro del palacio, insistiendo en la necesidad de abrirlo, a lo que le contestaron: *Majestad, nadie hizo eso antes de su majestad.*

Todos ellos lo instaron a no abrir aquella puerta, pero, haciéndoles el rey caso omiso, encaminó sus pasos hacia el palacio encantado, lo que alarmó sobremanera a los miembros de la corte, algunos de los cuales le suplicaron abandonar esta idea. Pero el rey no se avino a razones creyendo que se trataba de una mansión repleta de oro y piedras preciosas.

El rey Rodrigo rompió los candados y entró en aquel palacio encontrándolo vacío, excepto un sarcófago cerrado con un candado. Ordenó que lo abrieran pensando que su contenido iba a enriquecerlo, pero este se hallaba también vacío salvo un pergamino que llevaba dibujada la imagen de unos árabes, con turbantes, montados sobre unos caballos árabes, empuñando las espadas, llevando los arcos al hombro, y enarbolando unas banderas en la punta de sus lanzas. Sobre esta imagen figuraban escritas unas líneas en un idioma foráneo, que cuando fueron leídas, rezaban así: *Si los candados de esta casa son forzados y este sarcófago abierto, poniendo al descubierto esta imagen, entonces la nación reflejada en la misma entrará en Hispania* (Al-Ándalus), *venciéndola y poseyéndola*.

Rodrigo se quedó pálido y lamentó lo que acababa de hacer. Su pesar y el de su corte fueron grandes, por lo que ordenó reponer los candados y confirmó a los guardianes en sus puestos. No tenía más remedio que creer en los mitos relacionados con aquella casa. Los pueblerinos del lugar contaban numerosas leyendas sobre esta casa, asegurando que estaba encantada. Decían, por ejemplo, que en esta habitaba un poderoso gigante que lanzaba magma por su boca, de nombre Herpolus, que aspiraba fuego, de cabellos en forma de trenzas y serpientes que emitían un silbido infernal. También contaban que por las noches observaban en su interior, a través de sus ventanas, a un alma que estaba siendo torturada, montada sobre machos cabríos, cuervos, o sobre el mango de una escoba que iba precedida del gigante montado sobre las espaldas de un enano en forma de cocodrilo con una cola alada.

Todos los habitantes de Toledo solían lamentar la suerte de quien se hubiera atrevido a entrar en aquel lugar, asegurando que se convertiría en presa de aquellas almas torturadas que le chuparían la sangre para luego arrojar su cadáver a las aguas del Tajo.

***

En el silencio de la noche se encogía el alma. La apesadumbrada Florinda estaba absorta, meditando a la espera de un encuentro de amor. A su memoria retornaban aquellas felices noches..., las noches de amor junto a Pelayo. Pero, ahora, su amado podría leer en su rostro su propio deshonor.

La puerta se abrió y el caballero apareció clamando:

─¡Florinda! ¡Mi vida!

─Pelayo.

Este se volcó sobre las manos de su amada, besándolas.

─Tranquilízate, Pelayo..., no alces la voz, pues las paredes puede que tengan oídos.

─Por Dios, Florinda, no me enturbies las horas más maravillosas de mi vida con oscuras imágenes. ¿Por qué lloras? Ahora soy libre, Florinda. Hablaré con tu padre. Abandonemos la corte..., aquí respiramos pestilencias, alejémonos de este sitio. Alejémonos de Rodrigo..., el amor es nuestro paraíso y la patria donde puedo adorarte. Ven a donde no haya censores ni vigilantes, excepto el canto de los pájaros, donde yo pueda ensartar una corona de rosas para adornar tu cabeza.

─Pelayo, huye de aquí antes de que alguien nos oiga. El rey puede venir en cualquier momento.

─El rey, siempre, el rey. ¿Te ha acosado? ¿Cómo te ha tratado?

Florinda se puso pálida como se estuviera muerta, sin que él se percatara de ello en aquel momento.

─No ─la oyó decir─, no me ha molestado.

─Ven conmigo a ver al obispo Urbano para que nos bendiga en matrimonio. Luego, si quieres, me sigues, o te quedas aquí si es lo que prefieres. Vamos Florinda, sígueme.

Ni un rayo que le hubiera alcanzado la cabeza en aquel momento podría haberle provocado este pavor, producido por esta sugerencia inesperada de su amado.

─¡No! ─exclamó─. No, cuando la maldición del cielo nos está persiguiendo y la deshonra se ha hecho inseparable de nosotros. No. No puedo seguirte y sí puedo soportar tu lejanía para siempre. No me dirijas estas miradas que sacuden mi ser. Déjame con mis

sufrimientos. Déjame que soporte sola el sacrificio. Yo entiendo tu sufrimiento, Pelayo, porque tu amor es ardiente como tu juventud, y no tiene límites, como el infinito. Guárdalo para otra mujer que lo merezca de verdad. Nunca me volverás a ver. Pasaré lo que me queda de vida en el convento y me vestiré de luto por mis días perdidos, y puede que llegue a oler el aroma de las rosas marchitas de mis recuerdos. Este es el único consuelo que me acompaña en mi soledad.

Florinda, con una mano cubrió su rostro humedecido por las lágrimas, mientras que con la otra se despedía de su amado.

─Adiós, Pelayo..., amado mío. Adiós.

─¿Estoy soñando o despierto? ¿Es verdad eso que estoy oyendo? ¿Te pido que seas mi esposa y me rehúyes?

─Mi deber me obliga a quedarme y a sufrir.

─¡Eres una víbora! ─exclamó─ y me estás engañado. Otro motivo te impulsa a quedarte en este palacio, Florinda. ¿Florinda hay otro amor? ¿Hay alguien que me disputa tu amor? ¡Pobre de ti y de él si mis sospechas resultan ciertas!

Enloquecido de rabia y de celos, Pelayo desapareció de la estancia rápidamente. Pero, enseguida, unas manos férreas lo apresaron y lo desarmaron, sin que él pudiera ofrecer resistencia, pues había sido abordado súbitamente por cuatro hombres que no le dejaron escapatoria. De allí fue conducido al patio de armas, donde fue puesto bajo custodia muy estricta.

─Sus órdenes han sido ejecutadas, majestad.

─Bien. Por supuesto, para eso soy el rey que manda y ordena. ¿Pero, acaso, mando y ordeno en los corazones enamorados?

***

## 3

## Padre e hija

Pobre, Florinda. Se asomó al futuro y divisó un abismo de desesperanza, lo que la hizo retroceder. Intentó engañarse a sí misma con la idea de sustituir sus dulces sueños de amor por la soledad del convento, pero, una vez hubo explorado el fondo de su corazón, comprendió que la vida sin amor es mucho más repulsiva que la mismísima muerte. Levantó sus preciosos ojos y, con las manos sobre su pecho, sus labios dibujaron una sonrisa, como si, de repente, hubiera encontrado al salvador que iba a liberarla de sus penas.

Así, se entregó a su tristeza y acarició la idea de la muerte que podría aportarle descanso, porque su corazón enardecido no podía soportar la vida sin el amor de Pelayo.

Florinda se cuidó mucho de que no se repitiera aquella horrible noche en la que el rey le arrebató lo que quiso, comprendiendo que había sido víctima de un vil engaño que la sumió en aquel profundo sueño, que posibilitó que el rey se apoderara de ella. También tuvo cuidado de no probar alimento alguno que no hubiera sido preparado por ella misma.

Y mientras estaba absorta en sus pensamientos apareció ante sus ojos su padre, el conde Julián.

─¡Padre, padre! ─exclamó precipitándose hacia él.

Y durante un rato, en el que el cariñoso padre y la hija de corazón roto se abrazaban, reinó el silencio.

─Padre, la culpa no ha sido mía..., es aquel salvaje ─gritó ella.

─¡Maldición!

El conde puso la mano sobre la empuñadura de su espada mientras que su hija le dirigía una mirada más expresiva que un largo discurso, denotando sus sentimientos de deshonor y dolor.

─Padre, comprendo vuestra noble intención. Si no hay más remedio que la muerte, prefiero que me llegue de vuestras manos, pues las generaciones venideras repetirán vuestro nombre

manchado por el deshonor. Lo mancilló este salvaje a quien llaman rey. No me parece mucho sacrificarme para preservar vuestro honor, pues la vida manchada por el deshonor es un sufrimiento perenne. Yo ya no espero nada de la vida, pues mi destino en la tierra ha llegado a su fin. Fui la más desgraciada de las doncellas godas y ya no merezco ni el cariño de un padre ni el amor del hombre sin par que es Pelayo.

Llegada a este punto, se sintió sofocada y amargamente desesperada.

—Aléjate de mi Florinda, pues te supone un gran peligro que te estreche entre mis brazos, ya que puedo aplastar tus huesos. La locura, la rabia y la furia pueden hacer de las suyas en mí al acordarme de la gran afrenta que ha caído sobre mí y que solo la lava la sangre.

—Estoy dispuesta a inmolar mi sangre como ofrenda.

—Sí que correrán ríos de sangre. Toda Hispania se convertirá en un lago de sangre, y tal vez después la gente mencione mi nombre con odio y repugnancia, pero me habré vengado del tirano. Apártate de mí, pues no estoy seguro de poderme controlar.

—Padre, os enseñaré una carta que os escribí ayer, después de haber tomado una decisión irrevocable.

Llamó a su dama de compañía, Samira. Esta apareció haciendo los ademanes de respeto a su señor, máxime cuando así lo requerían lo majestuoso y terrible de la situación.

Samira le dio la carta a Florinda, que se la entregó a su padre, que en esta leyó lo siguiente:

*Querido padre, os esperé en vano desde que os envié mi primera carta con mi fiel Gomildo. Aquí estoy expuesta a la deshonra de nuevo y no encontraré a nadie que me salve de ello por lo que no tengo otro remedio que el de arrojarme al río Tajo en cuyas aguas encontraré mi tranquilidad y me descanso eterno. La muerte es preferible al escándalo de la deshonra. Dile a Pelayo, que vos mismo habéiss elegido para que sea mi esposo, que existe un mundo mejor, donde los tristes se alegran y los enamorados tienen*

*su encuentro. Me despido de vos, padre, y ruego que me perdonéis esta intención mía que estoy decidida a llevar a cabo. Quizás sea una decisión inapropiada, pero es la única que me garantiza la paz y preserva la honra de vuestra hija Florinda*.

─¡Dios mío! ¡¿Morirte tú?! El simple hecho de pensar en ello me estremece de pánico y terror. Con mi yegua y mi lanza levantaré para ti un trono. Prepárate para marcharnos, nos iremos a los confines de la tierra.
─Hasta allí me acompañará la imagen de Pelayo, tan querida para mi corazón.

***

En una fonda de la localidad de Consuegra un hombre se encontraba sentado ante una mesa entregado extensamente a sus pensamientos, sujetando la cabeza entre las manos, como si estuviera soportando una pesadilla que aplastaba sus hombros. Era alto, de tez morena; tenía un rostro con rasgos muy marcados y una barba canosa que le llegaba hasta el pecho.

El hombre permaneció en esta postura hasta que reaccionó por la llegada a la fonda de cuatro jinetes, cuyos rasgos delataban su condición de nobles godos. El caballero los saludó dándoles la bienvenida.
─Preparaos, conde Julián. Ha sonado la hora de la terrible venganza. El gran rabino Samuel llegará dentro de poco y con su ayuda intentaremos alcanzar nuestra meta. En el castillo se hallan dos enviados de Musa Bin Nusair, gobernador de Ifriqiya [2].

Reinó el silencio hasta que el conde Julián lo interrumpió:
─Todos sabéis de la nobleza de mi estirpe. Mis antepasados eran pares de los vuestros y vos sois hijos de reyes.

[2] N.T.: Ifriqiya [إفريقيه] era entonces la denominación de todo el norte de África hasta las fronteras de Egipto. Los árabes ocuparon aquella vasta región antes de iniciar la penetración en la Hispania visigoda (actualmente, España).

Los cuatro a quienes se dirigía el conde Julián eran el conde Olipando, el conde Osmondo, y dos hijos de Witiza.

─Nadie os lo niega, le contestaron.

─Tengo una única hija y la he perdido. La afrenta que me ha tocado no es comparable a ninguna otra.

En este momento entró Pelayo y abrazó al conde Julián.

El rey Witiza había matado a Favila, padre de Pelayo de un golpe en la cabeza. A partir de entonces, la enemistad pasó de padres a hijos.

─¿Quién os puso al tanto de nuestro encuentro? ─preguntó el conde Olipando a Pelayo.

─Samuel, el judío, que pronto vendrá.

La puerta se abrió asomándose por esta un anciano de avanzada edad, cuya vestimenta denotaba que era un judío. Era médico, porque la medicina en aquellos tiempos era practicada solo por judíos. Este se acercó al conde Julián y le dijo en voz baja:

─Ha pasado lo que nos temíamos. Vuestra hija está embarazada.

Si un rayo hubiera caído en aquel momento entre los pies del conde Julián no le habría causado mayor estremecimiento como el que le provocó esta noticia insoportable. Durante un rato permaneció callado y aturdido.

─Mi hija, traédmela enseguida.

Todos permanecieron callados ante la gravedad de la escena apoderándose de ellos un profundo silencio, una vez que Samuel se hubo marchado.

Florinda se presentó ante su padre, pálida y triste, aunque su tristeza no afectaba en nada a su esplendorosa belleza.

Su padre le indicó que se sentara.

Al ver a su amado, Pelayo, la pobre emitió una voz que a punto estuvo de escapársele de la garganta en forma de grito.

Pelayo se sintió muy afectado y la contempló con sumo cariño, respeto y piedad.

El conde Julián levantó la cabeza hacia su hija y dijo:

─No te desesperes hija. Estos caballeros son muy fuertes y

bienhechores y lloran como tú la desgracia que pesa en nuestras espaldas.

─No dejéis que os aturda este crimen ─prosiguió Julián, ahora dirigiéndose a los demás─. El tirano que esclavizó toda Hispania bien puede vencer a una doncella honrada.

─¡Venganza!… ¡Venganza! ─gritó Pelayo.

─¡Venganza! ─repitieron todos.

Julián mostró su pañuelo.

─Tu rostro ─dijo, dirigiéndose a su hija─ no verá la luz del sol hasta que tu deshonra sea lavada con la sangre del tirano.

Y cubriendo la cara de su hija con el pañuelo, su voz tronó gritando:

─Maldito sea el aire que respiras y maldita sea la figura humana con la que te asomas voluntariamente estando deshonrada. Rompe en llanto y que la maldición caiga sobre ti hasta que el alma del tirano abandone su cuerpo en medio del sufrimiento atroz, quedando su cadáver sin enterrar presa de los pájaros rapaces.

Un silencio sepulcral extendió su manto sobre los presentes.

─Sois un padre tirano. ¿Es que no se estremece vuestra alma al arrojar sobre vuestra inocente hija esta maldición tan terrible?

─Decís bien Pelayo, pero no tendré piedad de ella hasta que mi venganza esté saciada con la sangre de Rodrigo. ¿Por qué estáis todos tan pálidos? ¿Acaso dudáis que vaya a ser capaz de llevar a cabo mi advertencia y mi amenaza? Lo vais a ver.

***

## 4

## Musa y Julián

─Mi señor, en la puerta hay un mensajero que quiere veros y dice que viene de parte del conde Julián.

Al oír el nombre del conde Julián, el gran enemigo de los árabes, Musa Bin Nusair se sorprendió. Es el mismo que los había combatido y se había negado a entregarles Ceuta.

Musa Bin Nusair se dirigió a sus acompañantes:

─¿Qué le puede estar pasando al conde Julián? ¿Viene a pedir una tregua, querrá una reconciliación o viene a entregarnos la base marítima de Ceuta? Hazlo pasar ─dijo Musa al ujier.

Entró un hombre de aspecto majestuoso, de rostro bronceado por el sol africano, pero manteniendo cubierta la nariz y la boca, como si quisiera ocultar su identidad. Saludó a los presentes con cortesía y respeto y pidió estar a solas con Musa Bin Nusair por tener asuntos muy graves que tratar con él.

Musa ordenó salir a los presentes, y cuando se quedaron los dos a solas, el conde Julián descubrió su rostro y dijo dirigiéndose a Musa:

─Yo soy el conde Julián, he venido personalmente para tratar con vos asuntos importantes.

La sorpresa de Musa se acrecentó y le asaltó la duda y la sospecha acerca de la naturaleza de esa visita y de estos asuntos graves que el conde Julián dijo que quería tratar con él. ¿Acaso se trataba de una intriga que el conde estaba tramando para embaucar a los árabes y acabar con ellos?

─¿Y qué son estos asuntos graves que queréis tratar? ─preguntó Musa.

─La base marítima de Ceuta. Vosotros, los árabes, habéis fracasado en vuestros intentos de conquistarla y vuestro asedio se ha prolongado sin que hayáis podido satisfacer vuestros anhelos de tomarla, a pesar de que hayáis extendido vuestro control a todos los rincones del norte de África. Precisamente, vengo ahora a poner

Ceuta en vuestras manos, intacta, y para ponerme a mí mismo a vuestra disposición, junto a mis hombres.

La perplejidad de Musa no hacía más que ir en aumento y sus sospechas crecían más aún.

─¿Y qué os hace decidiros por una conducta tan peligrosa? ¿Qué opina de esto vuestro señor, el rey Rodrigo? ¿Está de acuerdo con este comportamiento? ¿Y cómo se ha producido este vuelco por vuestra parte, siendo vos quien defendió desesperadamente la ciudad, para venir, ahora, a entregárnosla como si de un bocado fácil se tratara? ¿Creéis que vuestro señor, el rey Rodrigo, que está en Toledo, verá con buenos ojos vuestro comportamiento?

El conde Julián gritó:

─Maldito sea y maldita sea su estampa. Si pudiera degollarlo con mi propia espada no dudaría ni un segundo en hacerlo.

El rostro de Musa resplandeció al ver como se descomponía la faz de Julián al referirse a Rodrigo y al oír estas palabras de su huésped.

─No sé si tengo derecho a preguntaros sobre la causa de este cambio repentino ─dijo Musa─. Habéis pasado de defender con ahínco y de modo mortífero las propiedades de Rodrigo a desear fervientemente entregar estas propiedades a vuestros enemigos de ayer y de hoy.

─Vosotros no sois enemigos o, mejor dicho, ya no lo sois. Os habéis convertido en la espada de la cólera y en la chispa de la ira que se abalanzarán sobre Rodrigo para hacer desaparecer su nombre y para apoderarse de todo su reino.

─¿Qué os pasa? ¿Hace un momento hablabais sobre la entrega de Ceuta y ahora queréis acabar con el reino de los godos y arrancar de raíz su estirpe hasta el último hombre? ¿Puedo insistir otra vez preguntando por la causa que os arrastra hacia todo este odio que albergáis contra ellos?

─¿Me permitís contestar a esta pregunta? ¿Acaso necesitáis una respuesta para que podáis tomar una decisión? ¿O es que seguís sospechando de mí y seguiréis con vuestra sospecha hasta que conozcáis los motivos que me llevaron a aborrecer a Rodrigo? Pues

en vuestra lengua decís: *cuando aparece el motivo desaparece el asombro*.

─Puede que haya algo de verdad en lo que decís.

─Hubiera preferido que mi secreto permaneciera en el mutismo, porque está relacionado con mi honor y con mi honra, y vosotros, los árabes, guardáis el honor y dais a la honra su auténtico valor. Y ya que insistís en conocer el motivo de mi cambio os lo contaré, aunque el simple hecho de pensar en ello no me deja dormir y me impide desfrutar de la vida.

He aquí mi historia:

Tengo una hija a la que Dios la adornó con una belleza sin par. La costumbre seguida desde siempre me empujó a enviarla a la corte del rey para que fuera educada en aquel ambiente. ¡Maldito sea su ambiente! Allí la vio Rodrigo, le gustó e intentó seducirla, pero ella lo rechazó y entonces él se comportó con ella cual lobo depredador. Mi hija me contó su historia y estuve por desmentirla al principio, pero lo que me cuenta no admite dudas y ojalá fuera mentira. Ante semejantes hechos me derrumbé, pues qué puedo hacer si mis manos no pueden alcanzar a Rodrigo. Me he guardado mi secreto, he reprimido mi rabia y he mordido mi herida cual serpiente que muerde su herida hasta que se cure, con la diferencia de que mi herida no tiene cura. Pensé en vengarme de este tirano que viola la honra de las doncellas y repasé en mi mente los jueces que pueden hacerme justicia ante ese hombre, no encontrando a nadie más fuerte que él salvo vos, que por lo menos lo igualáis en capacidad y poderío. Por eso vine a pediros ayuda para llevar a cabo mi propósito: vengar mi honor manchado por la inmundicia. La traición me pareció demasiado, pero no se trata de ninguna traición, la injusticia se paga con la injusticia, y aquel que empieza es el más injusto. Yo salvaguardé su territorio exponiéndome a la muerte en todo momento y él me premió violando mi honor. Es un crimen como ningún otro y su autor debe ser castigado con la muerte y con la de toda su estirpe. ¿Y ahora que habéis escuchado mi historia, qué opináis?

Musa se quedó en silencio y profundamente pensativo.
─Lo que me pedís requiere un estudio ─dijo Musa─, pesquisas, consultas y recabar opiniones.
─¿No sois el que manda y no está en vuestra mano atar y desatar?
─Hay quien está por encima de mí. Es el que reside en Damasco y no hay más remedio que consultarlo.
─Pues que sea lo antes posible, ya que no puedo dormir estando humillado y estoy dispuesto a poner todas mis posibilidades a vuestra disposición para que proporcionéis al tirano el golpe del que no ha de levantarse jamás. Le prometí al tirano enviarle unos halcones como los que nunca ha visto en toda su vida ya que el malvado, cuando acudí a Toledo llamado en secreto por mi hija, me pidió que le enviara algunos halcones para la caza. Los halcones prometidos sois vosotros, los árabes.
Musa se sintió satisfecho por el entusiasmo de aquel hombre y por su ardiente defensa de los árabes, claro, que no por amor a los árabes, sino que por acabar con su señor en Toledo.
─Será mejor que esta conversación permanezca en secreto entre nosotros ─dijo el gobernador de Ifriqiya─ y que no pueda ser conocida por ninguna otra persona, pues es del interés nuestro y vuestro que este secreto quede bien guardado si queremos que nuestro plan tenga éxito. Si Rodrigo llega a enterarse de esto podría prepararse y tomar precauciones y entonces no podríamos sorprenderlo con el golpe letal que no deje ni rastro de él.
Musa era un hombre sensato y le gustó la idea, por lo que consultó con el califa en Damasco, que le pidió que examinara la fuerza de los godos y que los escudriñara a fondo.

***

5

## La conspiración

Todos estaban allí, godos, judíos y musulmanes. Esto es, el conde Julián, los emisarios de Musa Ben Nusair, los hijos de Witiza, el rabino Samuel y otros.

Julián fue preguntado por el motivo de la presencia de árabes en la reunión.

─Han venido para que les presentemos nuestras ofertas, respondió.

─¿Y qué ofertas son estas?

─Que nos envíen un fuerte y numeroso ejército para derribar a Rodrigo.

─Yo creía que nuestras propuestas se limitaban a pedirles que nos suministraran dinero y armas, pero no soldados. ¿Acaso no nos bastamos nosotros para derribar a Rodrigo? Esos a quienes llamas nuestros amigos puede que se conviertan después en nuestros señores.

─¿Y que piden a cambio de su ayuda? ─preguntó el rabino Samuel.

─Que les cedamos Mauritania y la región de Tánger.

─¡Maldición divina! ─dijo uno de los reunidos─. A estos árabes lo que les interesa es dominar. Son recios. He vivido entre ellos por mucho tiempo. Creedme que su intervención tendrá nefastas consecuencias para nuestro país.

─Sin embargo, sin la ayuda de estos africanos será imposible llevar a cabo nuestro proyecto, terció Requila.

La discusión fue interrumpida por la llegada de nuevos cómplices entre ellos Oppas, obispo de Sevilla, hermanastro del difunto rey Witiza y, por lo tanto, tío paterno de los hijos de este último. Era alto de estatura, de rostro pálido y llevaba vestimenta de clérigo.

─¡Cuán bendita es vuestra llegada! ─dijo Requila─. Habéis llegado justo a tiempo, pues estamos tratando cuestiones graves.

El obispo Oppas escuchó estas palabras mientras tomaba asiento.

El conde Julián tomó la palabra:

─Nobles godos. No hay necesidad de recodaros la deshonra que mancha mi nombre. Tenéis que recordar que he sido yo quien ayudó a Rodrigo a subir al trono. Y vosotros también habéis luchado junto al tirano. ¿Y cuál ha sido la recompensa? Robó el dinero y los bienes de algunos, envió al destierro a otros y dispensó a todos un trato cruel y humillantemente desdeñoso. He aquí al héroe Alarico, perseguido; el noble Witiza perdió su trono, y el héroe Pelayo, fugitivo y humillado. Cadenas, sangre, violencia y tiranía. Estas son las recompensas con las que Rodrigo paga a sus leales. Y, aun así, seríamos felices si solo hubiéramos sufrido el robo, el destierro, la prisión y la venganza. Al menos, estos son yugos que podemos soportar, pero no así manchar nuestro honor de desvergüenza y deshonrar a nuestras hijas. No, y mil veces, no. Destronarlo y matarlo no sería ninguna venganza, sino hacer justicia.

Todos gritaron:

─Muerte al tirano.

El conde Requila preguntó:

─¿Y de qué medios disponemos para destronar a Rodrigo?

Uno de los participantes en la reunión contestó:

─Yo aporto cien lanzas.

Otro le contestó:

─Se puede confiar esta misión a diez mil hombres a pie y mil jinetes.

El conde Olipando dijo:

─Pero Rodrigo es mucho más fuerte que nosotros.

El conde Julián respondió:

─También podemos contar con nuestros aliados judíos que obedecen a Samuel y que se cuentan por miles.

El obispo Oppas permanecía en silencio y cuando hubo escuchado a todos, dijo:

─No podemos destronar a Rodrigo sin la ayuda del califa de Damasco Al-Walid Bin Abdelmalek.

─Por Dios todopoderoso que este sacerdote acaba de decir la verdad ─sentenció Alqama, uno de los árabes presentes.

─Nuestras débiles fuerzas ─prosiguió Oppas─ no pueden resistir frente a las tropas del rey Rodrigo, que cuenta con cien mil combatientes. Rodrigo está muy seguro de sí mismo por lo que se dedica a beber, a la vida ociosa y a las mujeres. Pero, en el campo de batalla es héroe muy diestro, arrollador y altanero. Por lo tanto, la ayuda del califa nos sería muy útil, pero no creo que sea suficiente, por lo que tenemos que tomar algunas medidas.
─¿De qué medidas se trata? ─preguntó el conde Julián.
─No cabe duda ─respondió Oppas─ que Rodrigo, cuando perciba el peligro inminente intentará ganar amigos y satisfacer a los que ahora se quejan, por lo que vendrá a nosotros para captarnos con el fin de que defendamos juntos el país. Entonces, mis sobrinos manifestarán su aparente satisfacción, lo que les hará merecedores de la confianza de Rodrigo de tal modo que les confiará el mando de algunas divisiones del ejército. Si, además, se nos une Musa Bin Nusair, habremos alcanzado nuestra aspiración. Y si, por ejemplo, mis sobrinos se pusieran al frente del ala derecha y del ala izquierda del ejército, pasándose a su bando un gran número de judíos, y si todos estos pasaran a las filas enemigas el día de la batalla, alcanzaríamos una aplastante victoria y el terror y el caos se apoderarían del ejército de Rodrigo, que perdería así su trono, y quizás también su vida.

Un largo silencio envolvió el ambiente.

El obispo Oppas se prestó a exclamar preguntando en tono triunfante:
─¿Qué os parece el plan?
─Es una traición vergonzosa, que no podemos aceptar de ninguna manera.

El que así hablaba era un joven pálido, de triste mirada, que se había mantenido en silencio durante la reunión. Era Pelayo.
Achila, hijo de Witiza, secundó a Pelayo:
─Efectivamente. Es una traición en la que yo no me implicaré.
─¿Sabéis de las peticiones de los árabes?
─Quieren Tánger ─dijo Julián, que tenía menos edad que Oppas.
─Es algo natural ─dijo otro de los godos presentes.

─Pero, más tarde, intentarán esclavizar nuestro país, terció otro.
─Llegaremos a un acuerdo con ellos.
─Violarán lo acordado.
─Conde Julián ─dijo el obispo Oppas─, decidme por Dios, francamente, ¿somos capaces de obtener la victoria sin la ayuda de los árabes?

El conde no tuvo más remedio que aceptar la verdad hiriente, bajando la cabeza y lanzando un suspiro.

El judío Samuel y Oppas intercambiaron una significativa mirada a la vez que sonreían triunfantes.

─Tenéis que creer a este sacerdote ─dijo Alqama señalando a Oppas─. Nuestra ayuda es imprescindible para que podáis ganar vuestra causa.

─Yo no empuño mi espada para luchar al lado de nuestros enemigos ─gritó Pelayo.

Achila asintió en apoyo de Pelayo. Súbitamente se abrió la puerta asomándose por esta un guardián que dijo:

─Un hombre exhausto acaba de llegar pidiendo entrar, pero se lo he impedido.

─Deja que entre.

El que entraba era el criado del conde Julián, llorando. Este le espetó:

─¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué lloras? Explícate, deprisa.

─Mi señor, han secuestrado a Florinda y se la han llevado a un sitio que desconozco.

─La mano del rey está detrás de esto. Solo nos queda la venganza.

Pelayo gritó:

─¡Venganza! ¡Venganza!

El conde Julián, dirigiéndose a sus cómplices, gritó:

─Confiad en mí, en lo que queréis: la muerte, la guerra, la traición y la sangre. Todas no bastan para saciar mi sed de venganza.

─No tenemos libre albedrío y la mano del destino nos está moviendo a su antojo ─murmuró Pelayo.

***

## 6

## El encuentro

El Estado de los godos se encontraba internamente dividido. Algunos de ellos estaban deseosos de pedir ayuda a sus vecinos árabes contra los otros.

Los enviados árabes mostraron su deseo de que los partícipes en la conspiración se reunieran en Jerez.

Don Julián y Pelayo se trasladaron al castillo del conde Requila donde debían reunirse los conspiradores.

El rabino Samuel no se separaba de los nobles godos deseosos de derrocar a Rodrigo, que había subido al trono tras una horrible batalla contra las fuerzas de Witiza, sobre quien corrió el rumor de que había muerto en el combate. Los rumores acerca de la muerte de Witiza se fueron confirmando gracias a un carcelero llamado Benjamín y un cocinero llamado Jacobo, que se habían puesto de acuerdo con Rodrigo para envenenar al rey destronado. Conviene mencionar que uno de los hermanos de Witiza había sido el causante de la muerte de su padre con el fin de apoderarse de la corona, pero el cielo desbarató sus planes. Ese hermano era el obispo Oppas. Pues confió en Rodrigo para alcanzar su objetivo descubriéndole los puntos débiles del ejército de Witiza. Y mientras se dedicaba a vender a su propio hermano, un hombre entró en la tienda de campaña de Rodrigo con el propósito de matarlo, fallando en su intento, y desvelando el nombre de quien le había instado a matarlo y no era sino el obispo Oppas. Una vez descubierto su plan, desapareció. Tenía la esperanza de que, muerto su hermano y muerto Rodrigo, tendría vía libre para subir al trono, dado que los hijos legítimos de Witiza no habían alcanzado aún la pubertad.

***

A cuatro millas de distancia de Toledo se erigía, en la orilla del río Tajo, un palacio tan precioso que la vista no osaba posarse en él. Era una mezcla de palacio y castillo. Este palacio acogía a Florinda y Samira. Su interior desbordaba bienestar y lujo mientras que en su exterior lo adornaban unos jardines que inundaban el ambiente de perfumes y fragancias.

Florinda estaba absorta en sus pensamientos, dejándose llevar por sus recuerdos hasta la inocencia de la niñez, a los sueños de mocedad, a su padre; herido en su honor, a su amado; preso de una amarga desesperanza, y a ella misma; prisionera en un palacio donde reinaban la riqueza y la grandeza, sola, sin nadie que la pudiera rescatar del control de este tirano que se había aprovechado de su debilidad intentando arrancarle un amor que ella había depositado en un ser merecedor de ese amor, su amado Pelayo. Comparaba aquellos bellos días de su amor y su actual desgracia, mirando al cielo, llorando e implorando. Y así permanecía en su aislamiento, absorta en sus contemplaciones.

Era medianoche y soplaba el viento del norte en las torres produciendo unos silbidos que vinieron a perturbar el sosiego de la noche. Y ahí estaba la luna, cual cadáver arrojado en el inmenso espacio, siendo trasladado lentamente, envuelto en una pálida nube que la tormenta empujaba sin rumbo. Oscuridad, soledad y temor.

Tres hombres salieron del bosque dirigiéndose a la puerta del jardín. Levantaron la vista hacia el cielo vomitando plegarias e imploraciones que se elevaban hasta el trono de Dios.

—Ha llegado la hora, querido Pelayo —dijo uno de ellos—, el mismo cielo se ha convertido en nuestro cómplice para que llevemos a cabo nuestra misión.

—La pureza y la justicia ayudan al hombre justo e inocente — respondió Pelayo—. Esta noche o liberamos a Florinda o moriremos juntos.

—No cabe duda, hijo, de que saldremos victoriosos —contestó don Julián—. Nuestra deshonra nos da fuerza y vigor. La noche nos envuelve en su oscuridad y Dios nos concede su ayuda.

Se oyó una voz que llamaba:

─Padre…, padre.
─Hija, vida mía.
Julián se sintió en aquel momento el hombre más feliz del mundo, mientras que Pelayo recuperaba la esperanza volviendo a imaginar la vida, el amor, y la felicidad personificados en Florinda, su amada. Sí, el futuro seguía siendo luminoso a pesar de las nubes negras que lo envolvían. Pelayo contemplaba embelesado a Florinda, la mujer que embrujaba su corazón.
De repente, se oyeron voces:
─¡Ladrones!…, ¡cobardes!…, ¡traidores!
Y las palabras cesaron para ser sustituidas por el ruido de las espadas anunciando una sangrienta batalla.

***

## 7

## Egilona y Daniel

─¿Qué te trae por aquí, Daniel?
─Malas noticias, mi reina y señora.
─¿Qué ha pasado?
─Los árabes se acercan a Jerez, y su majestad sabe de su furia, pues no dejan nada tras de sí.
─Escapémonos deprisa.
─Eso es lo que había pensado, pero, como sabéis, estamos aquí por orden de su esposo, el rey, y sin su aprobación no habrá manera de abandonar este castillo.
─Yo te ordeno, Daniel, que abandonemos este lugar de inmediato, ahora que es de noche. Mañana puede ser demasiado tarde.
La cara del judío resplandeció y fingió paciencia:
─Bien. Escapemos. Aunque la escapada me va a hacer presa del enojo del rey
─Gracias, Daniel. Pero ¿sabe mi esposo que los árabes han entrado en su país?
─Sí, mi señora.
─¿Y dónde podemos refugiarnos?
─En un castillo cercano llamado El Banquete Sangriento.
─¿Y por qué le han puesto este nombre?
─Se dice que uno de los señores de ese castillo descubrió, durante un banquete celebrado en homenaje a uno de sus amigos, que su esposa lo engañaba. Esta mujer, en medio del banquete, pidió disculpas y se fue. Su marido la siguió, hallándola entre los brazos de su amante, por lo que la mató al instante. La alegría se tornó en tristeza y el marido desapareció. Desde entonces, ese castillo es conocido por el nombre del Banquete Sangriento.
─¿No tenemos un refugio mejor?
El rostro de la reina reflejaba angustia y rechazo.
─Mi señora, el peligro es inminente y debemos darnos prisa.

─Bueno. Estando, así, las cosas, me prepararé para que nos pongamos en marcha.

Y mientras hablaban escucharon ruidos. La reina tembló, pero se tranquilizó cuando supo que se trataba de un enviado de su esposo, el rey.

El enviado entregó un pergamino a Daniel y este leyó su contenido a luz de un candil y en voz baja. Cuando hubo terminado de leerlo en su rostro se reflejaron signos de terror, sorpresa, perplejidad y alegría.

Enrolló nuevamente la misiva mientras que el enviado abandonaba el lugar. El médico judío se quedó a solas.

─¡Oh, rey de malos augurios! ─decía Daniel para sí─ has arrojado tus riendas en mis manos. Me has allanado el camino para que colme mi aspiración. Yo busqué la felicidad de un momento y tú la has puesto en mis manos para toda la vida.

En sus labios se dibujó una sonrisa infernal:

─Infúndete valentía ─seguía Daniel diciéndose a sí mismo─. La reina que adoras ya es propiedad tuya. ¿Por qué no nací bello y valiente como los combatientes godos? ¿Por qué no habré nacido en el seno de la religión cristiana que es la dominante en este maldito país? Al contrario, yo que soy un desamparado judío estoy sentenciado a vivir oculto, despreciado y abandonado. Yo soñaba con la buena vida, al lado de una mujer y unos hijos. Sí, la naturaleza me prohibió lo que ha permitido a las bestias del bosque y de los campos. ¡Por qué no tuve a un hombre a quien llamar padre! He sido arrojado a la tierra como si fuera una maldición. Dos enormes lágrimas descendieron por sus mejillas.

De repente, se levantó de su asiento y empezó a chillar: ¡¿Envenenarla?! ¡¿Envenenarla yo?! Nunca, rey maldito. Yo sé cómo incumplir tus órdenes. Yo sé cómo aprovechar esta carta que lleva la muerte en sus pliegos.

Los dos, Egilona y Daniel, se pusieron en marcha en medio de la noche rumbo al castillo del Banquete Sangriento, situado en lo alto

de un monte cercano a Jerez. Una vez allí, la reina miró al cielo implorando:

─Dios mío, ¡qué triste es mi vida! He afrontado mi desgracia con paciencia. Dios mío, véngame de quien me ha tratado con tiranía e injusticia. ¿Qué es lo que he hecho yo? ¿Acaso no he sido la mujer fiel a su esposo? ¿Acaso no soporté los celos que devoraban mi corazón? ¿Y cuál fue el premio de mi humildad? El divorcio y la cárcel. Sí, la cárcel en este horrible lugar.

Y rompió a llorar mientras el judío la devoraba con su ardiente mirada.

─Si vuestra majestad hace caso de mis consejos, quedareis en libertad esta noche.

La reina le dirigió una mirada cargada de sorpresa y de radiante alegría.

─Sí, volvió a decir Daniel. No hay lugar a dudas. En vuestras manos está vuestra salvación de esta cárcel y de la muerte, pues el rey no descansará hasta veros muerta.

─El tirano. ¿Y qué debo hacer?

─Ir a vivir a un lugar donde nadie sepa de vuestra existencia. Yo os daré dinero. Soy un hombre rico, señora.

─¿Y tú?

─Os acompañaré, si me lo permitís, a dondequiera que estéis, incluso hasta los confines del mundo.

─Gracias por tu bondad. Me estás siendo fiel en mis días difíciles. Eres responsable de mí ante mi esposo, e intentas ponerme en libertad. Mi reconocimiento del favor que me estás haciendo es todo cuanto puedo ofrecerte en este momento, yo, reina desvalida y destronada y menospreciada.

─¡Oh, señora mía! Una mirada de vuestros ojos, una sonrisa de vuestros labios y una palabra vuestra me harían el más feliz entre la gente, a mí, el desgraciado judío.

Y dicho eso, se arrojó a sus pies y besó ardientemente su mano.

No me importa la muerte ─prosiguió Daniel─ con tal de poder estrechar este pecho pletórico de vida, aunque me despedazaran después en mil pedazos.

El judío se levantó y se abalanzó sobre la reina con los brazos abiertos.

─Estás loco ─chilló Egilona─. ¿Qué estás haciendo? ¡Atrás!

─Quiero respirar felicidad de vuestra boca que destila amor.

─¡Por Dios, Daniel, ¡¿has perdido la razón?!

─Sí. He perdido la razón. Me he vuelto loco, pero aun así quiero saborear la suma felicidad que las casualidades han precipitado en mis manos. Quiero salvaros, aunque me cueste la vida. Os salvaré, y juro por el Dios de Israel que deseo poseer vuestro amor y lo poseeré.

─¡Desgraciado! ¿Crees que soy una mujer débil y te aprovechas de la ocasión para saciarte de mí? ¿Acaso olvidas que a pesar de todas estas circunstancias sigo siendo la reina y que puedo poner al rey al tanto de tu osadía? Sal de aquí de inmediato o llamo a mi esclavo para que te expulse.

─Son inútiles vuestros intentos, señora mía…, vuestros esclavos no acuden a vuestra llamada.

Egilona se precipitó hacia la puerta y llamó: "¡Bermúdez!"; pero nadie contestó. Su llamamiento se perdió y solo encontró ante sí los fantasmas de la noche vagando en aquel terrible palacio, y el silbido del viento en medio de aquel tenebroso silencio.

Daniel se acercó a ella con los ojos inflamados y brillantes por el fulgor del deseo y del crimen.

─No os esforcéis en llamadas, pues no hay aquí nadie salvo nosotros dos. Yo os adoro tanto como os odia el rey que solo os desea la muerte. Pero no os moriréis mientras tenga yo un soplo de vida. Esta vida que yo salvo de la muerte, dedicadla a la felicidad, al amor y a vos misma. Embriagad a vuestro amante con vuestros encantos, que yo arranco de las garras de la muerte. Y que vuestras manos de marfil y los mechones de vuestro negro cabello rodeen a vuestro esclavo para siempre.

─Nunca esperé escuchar de ti semejantes palabras. Daniel, si la reina no te inspira respeto, entonces, ten piedad de ella por su dolor y sus sufrimientos.

─De vuestra corona no os queda más que el nombre. No os queda más que la belleza de vuestro precioso rostro. Vuestro encanto me impulsa a desafiar al mundo entero y por ello entrego mi cabeza al verdugo sin duda ninguna y sin miedo.

─Dios mío, ¡quién me salva de su lujuria! ─gritaba Egilona.

─Un gran servicio merece un gran premio. La vida es lo más preciado para el ser humano, y la expongo, gustosamente, al peligro de morir, para salvaros de la prisión y de la muerte. Pero antes de que llegue mi muerte, mi cabeza ha de reposar entre vuestros pechos.

La estrechó entre sus brazos mientras ella intentaba escabullirse.

─Antes de dejarme poseer por ti me arrojaré al vacío que nos rodea por doquier ─le amenazó Egilona a gritos.

Al oír su amenaza Daniel se tiró nuevamente a sus pies pidiendo perdón:

─Señora mía. No intento negar que en mi pecho arde una devoción perenne que no puedo ocultar y que me ha traicionado en un momento de locura. La maldición caiga sobre mí. Merezco ser despreciado, yo, el judío despreciable y el esclavo obediente. ¿Acaso no es una burla del destino, señora mía, que un hombre como yo tenga un corazón capaz de amar? ¿Acaso no es un crimen que un judío como yo se atreva a enamorarse hasta la locura de una mujer formada por los dioses, que se encuentra sola, sin ningún apoyo ni salvador, y el pobre judío es el único que vela por ella, la adora y está dispuesto a sacrificar la última gota de su sangre por evitar que ella derrame una sola lágrima de sus preciosos ojos?

Las palabras de Daniel rezumaban sinceridad, por lo que Egilona no vio más remedio que perdonar su atrevimiento.

***

## 8

## Florinda y Rodrigo

Cuando una doncella arroja la túnica blanca y se atavía con la túnica maternal, una revolución entera prende en su ser volviéndose, como madre que es, más piadosa y amable con todo el mundo, por amor a su propio hijo.

Habían pasado unos meses desde lo sucedido a Florinda a manos de Rodrigo. Allí, en una casa situada no lejos de Toledo, dos mujeres estaban en cuclillas ante una cuna hecha de marfil.

En la cuna yacía un niño apacible, de suaves uñas, cabello dorado y cuello blanco. Imposible imaginar una escena con más delicadeza y cariño, con la joven madre observando a su hijo con una ternura sin par.

Alguien llamó a la puerta, lo que agitó a las dos jóvenes, y, tras de un rato de espera, una de ellas se dirigió hacia la puerta y la abrió apareciendo un esclavo negro que intercambió unas palabras con Samira. Florinda le preguntó y esta contestó que el rey quería visitarla. Florinda se interrogó por los motivos de esta visita cuando el rey llevaba meses sin visitarla.

Gudila entró donde se encontraban ambas mujeres.

─Tened la bondad de acompañarme, dijo muy respetuosamente.

─¿Adónde? ¿Para qué?

─Su majestad, el rey, quiere hablar con vos.

─De ninguna manera. Me niego a acompañarte. Dile al rey que me niego a acudir a su encuentro.

─*En este caso, acudirá él a vuestro* encuentro*.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el rey Rodrigo, por lo que Florinda lanzó un estruendoso grito de espanto al percatarse de que ya se encontraba en presencia del rey, que, en aquel momento, de pie en el umbral de la puerta, la contemplaba con los brazos cruzados. Los gritos despertaron al bebé, que reconociendo en estos la voz de su madre, le sonrió, y esta lo tomó en brazos y lo

estrechó contra su pecho como si buscara refugio en su hijo, como si esta frágil criatura fuera capaz de defenderla.

El rey contemplaba en silencio aquella escena: el cariño de una madre y la inocencia de un bebé.

Alejaos de mí ─gritaba Florinda─. Habéis manchado mi frente con la deshonra y habéis degollado mi amor sobre el altar de vuestra lujuria, y tal vez habéis derramado la sangre de mi padre, ¿y os atrevéis ahora a comparecer ante mí? ¡Cruel y despreciable, alejaos de mí…, respetad mi desgracia!

─Decís que soy cruel. ¿Qué culpa tengo yo si vuestra belleza fue la que me infundió un amor torrencial, parecido a vuestra desgracia y a mi crimen? ¿Acaso mi amor no merece ser perdonado? He resistido mucho tiempo hasta que se me ha agotado la paciencia y ya no soporto estar lejos de vos y sin ver a este niño que estáis abrazando. Bautízadlo y ponle el nombre de Chindasvinto, el de mi abuelo, que él reinará sobre los godos después de mí. Él es el heredero, es el hijo del rey.

Luego cubrió de besos al niño que sonreía al brillo de las ropas de su padre, extendiendo la mano hacia las alhajas que embellecían su túnica.

La madre se sintió algo satisfecha. Ella no amaba al rey y al mismo tiempo no odiaba a un hombre que besaba a su hijo con el cariño del padre y le ofrecía la riqueza, el poder y la corona.

Rodrigo habló de nuevo:

─Quiero hablar con vos de una cuestión muy grave y muy querida por mí.

Florinda recuperó la confianza ante esta conducta inesperada del rey, que se acercó más a ella.

─Los sentimientos que despertó en mí vuestra belleza ─dijo el rey─ me inducen a no abandonar este lugar antes de que se produzca entre nosotros una reconciliación que lime las espinas que siguen adheridas a las rosas de nuestro amor. Florinda, os vi y os amé, y vos sabéis lo que me costó este amor de sufrimiento y amargura. Hoy, siento que la alegría invade mi corazón al ver que estrecháis a vuestro hijo contra vuestro pecho, pues este niño es el

símbolo de nuestra unidad. Os ruego encarecidamente que no defraudéis mis esperanzas.

Florinda se sintió sorprendida al oír aquellas palabras dulces, tiernas y corteses.

─No niego, mi señor ─dijo─ que vuestras nobles palabras han infundido el consuelo en mi afligido corazón. Os perdono a pesar de la desgracia en la que me habéis hecho caer y de la amargura que habéis vomitado sobre mi padre y sobre el pobre Pelayo. Hay una gran diferencia entre vuestro amor pecaminoso y egoísta y el amor elevado y virtuoso de Pelayo. Pelayo ama como un ángel y vos amáis como un ser humano. Pelayo adora el corazón de Florinda mientras que vos habéis deseado su belleza.

─¿Acaso no fue vuestro amor el que me arrastró al pecado? Yo os amo y vos amáis a Pelayo y esto me pone celoso. Vos me despreciásteis siendo yo el rey poderoso en cuyas manos está el hacer y el deshacer, por lo que pongo en práctica mi derecho. Reconozco mi culpa y si vos no me perdonáis encontraré a quien interceda por mí para que me perdonéis.

¿Y quién es?

─Este niño inocente.

Tomó al niño entre sus brazos y le dijo:

─Pide a tu madre que me perdone. Puede que tu sonrisa tenga el efecto que no tienen las lágrimas de tu padre, hijo mío.

Ante estas suplicas, Florinda se sintió dispuesta al perdón.

─Os perdono, dijo Florinda. Podéis estar seguro de que nombraros no será odioso para mi corazón. Y dado que me fueron arrancados mis mejores esperanzas y mis más felices deseos, no encuentro otra salida que el convento. Odié la vida, y hoy temo a la muerte, no por sí misma, sino por temor a que mi hijo quede huérfano, pues él es mi amor, mi futuro y mi existencia. Ahora dejadme y enviadme a donde esté mi padre para vivir felices los tres, aunque sea en un páramo.

El rey permaneció en silencio.

─¿Es que habéis pensado en mantenerme prisionera de por vida? ─preguntó Florinda ante el silencio de Rodrigo.

─¿Prisionera? ─cuestionó el rey─. No, sino reina y vuestro hijo, príncipe.

Florinda se sorprendió nuevamente al escuchar estas palabras.

─¿Y mi padre, y Pelayo? ─preguntó Florinda─ ¿Viven? ¿O los habéis sacrificado en venganza y por celos?

─Vuestro padre está a salvo, y también Pelayo.

─¿Y donde están?

─Ignoro su paradero. Lamento que vuestro padre no asista al festejo de la boda, con lo que hubiera resarcido su honor y el tuyo.

─¿Y la reina? Supe que os habéis divorciado de ella ¿es verdad?

─Sí. Por vos y por vuestro hijo hice algo más que el divorcio.

─¿Qué?

─He sufrido al lado de una mujer estéril, por lo que he tenido que abandonarla. Luego, gracias a vos, he sentido lo que es ser padre y me he enamorado de vos hasta la adoración y he decidido que compartáis el trono conmigo. Sin embargo, su existencia me ha impedido realizar mi anhelo, por lo que he procurado deshacerme de ella.

Florinda se agitó al escuchar esta confesión:

─¿Qué amor es este que está manchado de sangre inocente?

Y dicho esto, se dejó caer en su silla, sin fuerzas y perdiendo el conocimiento, por lo que el niño se cayó de sus manos sobre el mármol blanco lanzando un fuerte grito y manando sangre de su frente.

El rey lo cogió en sus brazos y silbó por un silbato dorado que llevaba colgado del cuello, acudiendo enseguida el esclavo negro y Gudila, quienes examinaron la herida y comprobaron que era superficial. El rey les ordenó llevarse al niño antes de que Florinda recuperara el conocimiento.

Y cuando la pobre madre hubo vuelto en sí y hubo comprobado la desaparición de su hijo lanzó un grito desgarrador:

─¡Hijo! ¿Dónde está mi hijo?

─No volveréis a ver su cara ─respondió el rey─.

Florinda miró a su alrededor y palideció cuando vio los restos de sangre sobre el suelo.

─Por Dios decidme ¿mi hijo ha muerto? ¿Nuestro hijo ha muerto?
Florinda se arrojó a los pies de Rodrigo, suplicándole, con el rostro transformado por su desmedido dolor.
─No murió ─contestó el rey secamente.
La pobre madre se dirigió a la puerta encontrándola cerrada por lo que empezó a golpearse su bella frente contra la fría pared con honda desesperación.
─¿Dónde está mi hijo? ─preguntó humildemente volviéndose hacia el rey─. Quiero verlo, abrazarlo y curar su herida con mis labios. Señor, seré toda mi vida vuestra sierva, besando la tierra que pisan vuestros pies. Estoy dispuesta a vagar descalza por los extremos del país pidiendo limosna si es esto vuestro deseo. Pero devolvedme a mi hijo y yo os bendeciré y puede incluso que llegue a amaros.
─¿Es verdad eso que decís? Si me prometéis amor seréis feliz y disfrutaréis viendo a vuestro hijo.
─Claro, claro. Mi hijo, el resto no mi importa. Pero ¿esta sangre?
─Nada, Florinda. Cuando os desmayásteis, vuestro hijo se os cayó de las manos y se hizo una leve herida.
─Mi señor, por Dios, dejad que vea a mi hijo, si no, llamaré a la muerte y os maldeciré para siempre.
─Lo vais a ver, señora, pero ¿quién me garantiza vuestro amor?
Florinda no articuló palabra y empezó a dar vueltas por la estancia, preocupada y enojada, echando chispas por los ojos. Era en aquel momento lo más parecido a una tigresa encerrada en una jaula e irritada por el hambre.
─Pelayo, perdóname ─murmuró Florinda─. Soy inocente y mi alma es pura y en ti deposité mi amor.
─¡Florinda, Florinda! ─exclamó Rodrigo─. Por Dios, no me quitéis la felicidad con la que sueño a vuestro lado.
─Claro que os amo, ¡caballero y héroe! ─dijo Florinda dirigiéndose al rey.
─¡Qué grande es mi felicidad! Venid a mí Florinda para sentarnos sobre el más bonito de los tronos en la tierra.

─Qué intensa es mi felicidad. Seré reina y todos me aclamarán. Podré vengarme y hacer felices a todos los que amo. Sí, quiero un trono, amado mío. Quiero ser una reina.
─Entonces ¿no me despreciáis?
─¿Despreciaros? ¿Por qué? ¿Acaso no sois el más sincero de los amantes? ¿Acaso no habéis sufrido por mi causa? Perdonadme, amado de mi corazón. Ha llegado el momento de que saboreemos este amor para siempre… Tú me defenderás, y salvarás a mi hijo, porque has de saber que tengo un hijo precioso, suave y dulce. Si pudieras verlo, entonces lo querrías como lo quiero yo. Quieren quitármelo. Puede que haya muerto. Mira esta sangre. Es la sangre de mi hijo.
─¡Florinda! ¡Florinda! Pero ¿qué estáis diciendo?
─Te he desvelado mi secreto. Que tu corazón no se agite, no me desprecies. Te lo vuelvo a decir: no soy criminal, soy inocente.
La sorpresa se apoderó del rey y le asaltó un fuerte impulso de ira y de tristeza al percatarse de que en realidad Florinda creía que se estaba dirigiendo a su amado, Pelayo, desvelándole su secreto.
─¿Escuchas estas melodías que suenan en el espacio? ─dijo Florinda tras unos momentos de silencio─ ¿Entiendes su significado? Mira cómo se abren las puertas del cielo, y mira a esos soldados radiantes que aletean con sus alas alrededor del trono de Dios. Son los ángeles serafines y querubines dando la bienvenida a un nuevo ángel compañero de ellos. El alma de mi hijo, bañada por la luz, se ha elevado hasta el último cielo. Mi hijo ha muerto.
─Os ruego que os quitéis de la cabeza estos negros pensamientos. Vuestro hijo está vivo y yo estoy aquí para cuidar de él y de su madre. ¿Es que no me reconocéis? Estas miradas vidriosas me asustan.
Florinda siguió hablando, como si no hubiera oído nada:
─Mira sus ojos que navegan por la oscuridad, la oscuridad de la muerte, con su pelo rubio encogido, sus mejillas amarillentas, con la sonrisa congelada en sus labios, y su ropa manchada de sangre. Mi hijo bonito, convertido en un esqueleto, en un cadáver ¡Dios mío!, su cuna se ha convertido en su ataúd. Dadme las rosas para

que las esparza sobre su cuna. Esta sangre brotó de su corazón. Tengo que vengarme. Una madre sin su hijo se convierte en una leona salvaje. Vamos, vamos a salvarlo. Ven, amado mío, para que te dé mi amor a cambio de mi hijo.

Florinda se acercó al rey y tomó sus manos arrastrándolo hacia la puerta. Rodrigo permaneció en silencio, estupefacto, con el ceño fruncido, sin saber cómo comportarse ante esta situación tan novedosa para él.

─¿Qué te pasa? ─le preguntó Florinda─ ¿No quieres seguirme porque te he desvelado mi secreto? ¿Por qué tengo un hijo? No me desprecies. Mi hijo ha muerto.

Y echó una terrible carcajada. Estaba en un espantoso estado de alucinación.

***

Al caer la oscuridad, dos hombres conversaban. Eran el rey Rodrigo y su ujier, Gudila.

─Tenéis que marcharos a medianoche, si es posible, y no os separéis de ella ─dijo el rey─. Dejarla en la casa de mi tío, el conde Añigo, en Jerez, y cuidad mucho al niño y, si ella insiste en verlo, entregádselo.

Gudila hizo un ademán de obediencia.

─Yo no tardaré en unirme a vosotros ─prosiguió el rey─, porque la guerra se extenderá pronto por todo el país y juro que daré una lección a estos paganos que no han de olvidarla jamás.

─Parece que Tarif ha regresado a África.

─He sabido de los espías que el conde Julián está de acuerdo con el caudillo árabe y que los dos han regresado juntos a Tánger.

─Es un traidor.

─Sí, traiciona a su país y a su rey, y tiene cómplices en la traición.

─¿Pelayo?

─No creo que llegue al límite de traicionarme.

─¿Entonces quiénes? ¿Los judíos?

─Sí. Ellos se han puesto de acuerdo con los árabes, y su rabino, Samuel, que Dios lo humille, es el que ha tomado la delantera en pedir el refuerzo de los árabes.
─¿Es posible esto?
─Daniel me escribió diciendo que interceptó una carta del gran rabino dirigida a los judíos instándolos a estirpar la tiranía de los godos.
Los dos siguieron caminando mientras hablaban. El rey le daba órdenes a Gudila, mientras un corazón herido se revolvía de amargura. La noche lo cubría todo.
Una mujer joven, de una belleza extraordinaria, pálida, con un cabello negro y esparcido por la cara y las mejillas, y con las manos extendidas, imploraba ante la imagen de la Virgen María y vomitaba unos ardorosos quejidos:
─¡Amado hijo! ¡Oh, santa Virgen María!, estrella del mar, lucero del cielo, rosa de la tierra y consuelo de los afligidos, te imploro, por tu hijo que murió en la cruz, que calmes mi dolor. Tú, santa Virgen, madre de los afligidos, comprendes la amargura de la aflicción, la tristeza de una madre que perdió a su hijo. Mi hijo está vivo. Imploro porque me lo devuelvan para que pueda besarlo, estrecharlo en mi regazo y darle de mamar de mis pechos. ¿Acaso no tienes piedad de mí? ¿Acaso no eres una madre? No te descuides de mi Virgen santa. Me han arrebatado a mi hijo, que sobre mí descienda la cólera y el castigo, pero devuélveme a mi hijo.
Dicho esto, besó el suelo, sumisa, ante la imagen de la virgen.

El rey y Gudila entraron en la estancia de Florinda, y esta, nada más verlos ─les gritó a la cara:
─¿Dónde está mi hijo? ¡Devolvedme a mi hijo!
─Pronto lo verás, le contestó el rey. Sígueme.
Un atisbo de esperanza resplandeció en el rostro de la pobre Florinda, que no tenía otra alternativa que seguirlos a ambos sin resistencia. Gudila la condujo a la Torre de las Cadenas donde residía el conde Añigo y su hija Gaudiosa, que Gudila aspiraba a

pedir en matrimonio. Les confió a Florinda, por órdenes del rey Rodrigo.

Gaudiosa se acercó a Florinda.

─ ¿Que os pasa señora, estáis pálida? ─le preguntó a Florinda.

─¿Quién eres tú, encantadora doncella, que sabes cómo pronunciar dulces palabras que infunden el consuelo en los corazones rotos? Si tu corazón rezuma cariño, como me está pareciendo, dime por Dios donde está mi hijo.

─¿Vuestro hijo? No sabemos nada de vuestro hijo.

Entonces, Florinda se echó a llorar al percatarse de que la habían engañado y de que esta joven que tenía ante ella ignoraba su historia. Florinda le contó su historia y las dos mujeres se abrazaron como dos rosas movidas por el viento. Gaudiosa era de mediana estatura, rubia, de cara inmaculada, y de ojos azules rebosantes de cariño e inocencia. Tenía una belleza apacible. Florinda, en cambio, era esbelta, de cabello negro cual ébano, de ojos negros y de rostro ovalado y algo pálido. La hija de Añigo era extremadamente sensible, mientras que la hija de Julián era como una azucena sobre la que había caído un insecto que despiadadamente desgarraba su pecho y destrozaba su honra.

***

* N.T.: Las intenciones de Rodrigo cambian su tratamiento hacia Florinda.

## 9

## Pelayo y Achila[3]

─¿De dónde vienes?
─De África.
El que hablaba era Pelayo dirigiéndose a Achila hijo de Witiza.
─¿Y que noticias traes?
─Las peores, pues he visto allí al conde Julián, Requila, Osmondo y otros nobles deseosos de ver la corona de Rodrigo arrojada a los pies de los hijos de Agar.
─¿Que razón te llevó a viajar a Mauritania?
─He recibido una carta de Julián que ignora la suerte de su hija y el lugar donde te encuentras tú.
─Es verdad ─dijo Pelayo─. No lo he visto desde que intentamos rescatar a Florinda cuando me hirieron y fui trasladado al palacio de Consuegra, mientras que el conde viajó a África.
─Intenta convencernos de que nos unamos a las filas de los descontentos, o sea, para que luchemos junto a los enemigos de nuestra religión y de nuestro país.
─Nosotros estamos de acuerdo acerca de esta cuestión y permaneceremos neutrales ─respondió Pelayo.
─Luego me pidió que me entrevistase con el gran rabino de los judíos y que estuviese preparado con todos los hombres que pueda reunir.
─¿Y el conde Julián? ¿Desea volver aquí?
─A toda prisa, ya que los preparativos se encuentran en su apogeo. Una gran flota y un ejército innumerable se están preparando para lanzarse sobre el país de los godos.
─No, Achila, yo no caeré tan bajo como para luchar contra los godos. El país, primero. Y el país no significa solo la tierra, sino es también la religión, los credos, las tradiciones, las glorias pasadas, el alma del país, su vida y su pueblo. Donde se hallan los godos allí

[3] N.T.: Achila, también conocido como Aquila o Agila.

está nuestro país, nuestro pueblo. Nuestros antepasados han ocupado parte de África, y allí murieron. Pero ¿acaso sus glorias no son las nuestras, de nosotros que vivimos al otro lado del estrecho de Hércules? Los árabes tienen la intención de acabar con nosotros cuando se hallan apoderado de nuestras propiedades en África, profanando nuestros templos, abusando de nuestras mujeres, violando nuestro honor y esparciendo los restos de nuestros antepasados para que los lleve el viento.

─Estás en lo cierto. Estoy orgulloso de ser tu amigo. ¿Y qué piensas hacer?

─Escúchame, Achila. Nadie ha sido más humillado que yo por Rodrigo, y a pesar de ello, empuño mi espada para defenderlo y defender el país.

─¿Defiendes a nuestro enemigo, Pelayo, al asesino de mi padre?

─Déjate de esto, Achila. El país está por encima del rey, y nuestro deber es defender nuestro territorio y sacrificar nuestras vidas por este.

Achila se quedó estupefacto, pues lo que le estaba pidiendo su amigo Pelayo era superior a sus fuerzas. Él, Achila, era el hijo de Witiza, y había jurado vengar la muerte de su padre a manos de Rodrigo. ¿Cómo entonces se le pedía defender a su enemigo? Aun así, él no ignoraba que su padre, Witiza, cometió horrendos crímenes. Pelayo había olvidado que Achila era el hijo del asesino de Favila. ¿Qué culpa tenía el hijo de lo perpetrado por el padre?

─Pelayo, creía que hablabas como un ser humano, pero veo que lo haces como un ángel. Tú eres superior a mí. Tú estás por encima de todo el mundo. Nunca se me había ocurrido que ibas a apadrinar la causa de defender a Rodrigo. Te respeto y te santifico como a un dios.

─¿Entonces me seguirás?

Achila vaciló, y de repente dijo:

─Sí, mi noble amigo. Dios, primero, y luego, el país.

Se hizo de noche y Achila pidió entrevistarse con el gran rabino Samuel para informarlo de lo dicho por el conde Julián.

El rabino se encontraba cerca de Jerez, a poca distancia de la Torre de las Cadenas. Mientras, Pelayo se quedó a solas, rezumando pena su corazón. No quiso abandonar el lugar sin haberse despedido de Florinda, por lo que entró en el castillo con pasos lentos y vio a una mujer de negro, rezando, sin sentir su presencia. Se acercó a ella con algo de pudor.

─Perdón, bonita…

La mujer se volvió para mirarlo, y gritó:

─Es un hombre…, me escaparé… ¿Quién sois?

─¿Es que no me reconoces? Soy Pelayo…, pero..., Dios mío…, ¿qué estoy viendo?

─¡Pelayo!

─Florinda, amada mía, novia mía.

Pero la doncella que al principio no pudo controlar las riendas de su pasión, de pronto recuperó la memoria lo que la cambió al instante al hacerle recordar el precipicio sin fondo que la separaba de su amado, por lo que se apoderó de ella la rabia que sentía contra el cielo, contra el destino y contra el propio Pelayo.

─Criminal, ¿vienes en mi busca? Aléjate de mí, eres un traidor.

─Amada mía, amada mía, estás delirando.

─Huye de mi presencia, tú que eres la criatura más infeliz que haya creado Dios. Pregunta a tu corazón, acuérdate de mi dolor. Huye de mí, Pelayo, eres un mentiroso.

─Florinda, sangre de mi corazón, no me eches. ¿Acaso no hay modo para hacer que el amor vuelva a anidar en nuestros corazones?

─Imposible, imposible.

─Podemos ser felices, Florinda, yo te amo.

─Es demasiado tarde. Dios mío, ¿quién me trajo a este lugar? ¡Cuán fuertes son mi desesperación y mi vergüenza! Estoy muerta para ti y tú estás muerto para mí. Mil veces muerte. La deshonra se asienta entre nosotros. Mira mi frente, sobre esta solo figura escrita la desvergüenza. La maldición y el destino me persiguen y no han dejado de clavarme en el corazón ni una una sola espina. Estoy abandonada, maldecida y deshonrada. De nosotros se alejaron los

placeres del amor para asentarse entre nosotros el deshonor. Soy la más desgraciada de las doncellas godas. Huye de mí, hombre corrupto. Quieres reírte de una mujer a quien los días han maltratado hasta enloquecer de exasperación y celos. El destino me arrojó a un mar de desgracias. ¿Lloras Pelayo? Perdóname, predilecto hidalgo. Perdóname, si te hice daño con mis palabras. Pelayo, amado mío, Pelayo, amado mío. ¿Es que no sabes que abrazas a una mujer manchada de indecencia?

—Abrazo a mi amada, mi novia y mi cielo en la tierra, abrazo a Florinda.

—Pelayo, no me desprecies. Pelayo, mi amo. Yo soy más pura que una gota de lluvia. Y tú, que estás clavado en el madero de la cruz, acepta mis lágrimas. Las lágrimas en señal de mi gratitud y mi agradecimiento a Dios porque me ha dejado vivir hasta ahora.

Florinda se postró ante el altar, derramando lágrimas. Eran lágrimas de alegría.

—La paz ha vuelto a mi corazón, mis penas se han acabado y mi infierno se ha convertido en un paraíso.

—Sí, Florinda, viviremos felices.

Se acercó a ella y la tomó entre sus brazos, rozándola con sus labios y besándola, sumergiéndose los dos enamorados en una ola de desbordante placer, cuando de repente estalló un grito que rompió aquel regocijo tan profundo, y un cuerpo cayó desplomado. Ambos enamorados se acercaron a él. Se trataba de Gaudiosa, que había visto y escuchado todo lo acontecido entre ellos dos, sintiendo que los celos desgarraban su corazón cuando vio a su amado, Pelayo, abrazando a Florinda, su amiga y contrincante, que, de repetente, recuperó sus temores y la asaltaron sus sospechas hacia Pelayo.

—¿Me ignoras? Eres desleal conmigo, injusto, y no me fuiste sincero en tu amor, pues mientras yo padecía en medio de mis penas y desgracias, tú te entregabas voluntariamente a un nuevo amor.

Y acto seguido intentó suicidarse empuñando la espada de Pelayo e intentando clavársela en su propio pecho, en el preciso momento

en que apareció Achila, que creyó que Florinda era hermana de Gaudiosa.

─¿Has venido? Eres mi ángel de la guarda. Dios te mandó cual estrella que ilumina mi camino en medio de la tempestad que sacude mis entrañas.

Los dos hombres partieron, mientras que Florinda observaba cómo se alejaba su amado, y alzaba los brazos implorando y repitiendo el nombre de Pelayo. Luego se arrojó en los brazos de la cariñosa Gaudiosa, que también derramó unas lágrimas que humedecieron el pecho de su amiga.

***

## 10

## Samuel y Alqama

─Hermanos, ya es hora de que nos sacudamos el yugo de la tiranía. Daniel nos conducirá por el camino de la victoria. Que vuestros corazones no se inquieten, y no temáis al enemigo. ¡Oh!, hijos de Jacobo, Jehová Sabaot eleva a los humildes y despoja a los soberbios de sus tronos. El rey de los godos es tan déspota como faraón, pero pronto su soberbia será derribada y desmantelados los maderos de su trono. Ellos han abusado de nuestras mujeres y las han convertido en esclavas; a nuestros jóvenes los tienen encadenados y las doncellas judías se encuentran afligidas, sin sonrisa en los labios y con su alegría convertida en lágrimas, lágrimas de humillación y ofensa. Sin embargo, ellos no albergan sospecha alguna, y nosotros convertiremos su sosiego en angustia. Nos suplicarán sin que sus suplicas les sirvan para nada. Caerán de bruces a nuestros pies y en el polvo que pisamos sin que les sea escuchada llamada alguna. Los árabes vienen a respaldarnos y nuestros héroes están prestos, mientras que el rey Rodrigo está desprevenido.

El que hablaba era el gran rabino, Samuel, en una asamblea que reunió a los notables judíos. Uno de ellos le preguntó:

─¿De que medios disponemos para llevar a cabo este magno plan?

─El gran rabino ─respondió Daniel─ es consciente de ello. Toda familia judía debe aportar a la lucha uno de sus miembros. Esto es un asunto indiscutible. Y los árabes están en camino para socorrernos y la sorpresa caerá como un rayo sobre los godos.

─¿Por qué? ¿Ignora el rey la intención de los árabes de conquistar su país?

─Yo ─volvió a decir Daniel─ le hice creer al rey que se trataba de rumores sin fundamento que estaban circulando acerca de una inminente invasión de los árabes con tropas muy numerosas.

─ ¿Tenéis alguna prueba de que el rey está convencido de que se trata de simples rumores?

─Sí, el rey me entregó a su hijo para que cuidara de él. ─Pues, que el niño permanezca como rehén para que podamos actuar con más libertad.

En ese momento cuatro hombres irrumpieron en la reunión, el más viejo de ellos vestía con indumentaria de obispo; el segundo, un joven bien parecido que no pasaba de los treinta años, iba vestido de godo, colgando de su cinto una espada toledana. Los otros dos hombres tenían la cara bronceada por el sol de África. Uno de ellos era alto, con barba negra y de gran astucia. El otro era corpulento, simpático, aunque sensato. Eran Alqama y Mohammad, enviados por Musa Bin Nusair.

─¿Le habéis presentado a Musa nuestras condiciones? ─preguntó el gran rabino.

─Aquí traemos el texto del acuerdo.

─Llevamos un siglo sufriendo de la tiranía de los godos. Hemos pedido socorro a los árabes, y, por fin, Dios ha escuchado las plegarias de su pueblo.

─Pronto os rescataremos de la servidumbre, dijo Alqama.

Los otros dos hombres eran Ardabasto y el obispo Oppas, hijo y hermano del difunto Witiza, sucesivamente.

─He venido ─dijo Oppas─ expresamente para pediros que instéis a Efraim para que reúna a todos los combatientes judíos que luchan bajo el estandarte real.

Oppas y Ardabasto se despidieron de los presentes y se marcharon. Entonces, Alqama susurró al oído de Samuel:

─El obispo Oppas se contenta con derrocar a Rodrigo a causa de un aborrecimiento personal, pero este aborrecimiento no llega al límite de desear que los árabes conquistemos este país. Y ahora, que estamos a solas, podemos hablar del tratado.

Alqama sacó un pergamino y empezó a leer: *En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. A ti me dirijo venerable anciano Samuel Ben Manassa, del clan de Levi. Te envío mi saludo en son de paz, yo, Musa Bin Nusair, gobernador de Ifriqiya, nombrado por el emir de los creyentes, el califa Al-Walid Bin Abdelmalek, en Damasco. Llegó a nuestros oídos que sufrís de la injusticia, la tiranía y la opresión de los godos que dominan estas tierras fértiles. Y dado que nos habéis pedido ayuda para que levantemos el yugo que soportáis sobre vuestras espaldas, y dado que hemos recibido noticias sobre el descontento general de los nobles, especialmente el conde Julián que tiene herida su honra, hemos tomado la decisión, con la aprobación del emir de los creyentes, de invadir el reino de los godos para dar una lección al rey Rodrigo por sus crímenes y sus maldades. Y, dado que esperamos que os situéis a nuestro lado, os queremos informar de que la hora del ataque está a punto de iniciarse. Pronto nuestras fuerzas desembarcarán en las costas del sur del país y vosotros quedaréis bajo nuestra protección de modo que podréis practicar vuestro culto religioso con toda libertad, y construir vuestros templos, y os entregaremos un poblado de cada cincuenta que conquistemos.*
*Redactado en Tánger, el dieciséis del mes de Shaban del año 92 de la Hégira. (7 junio 711)*

*Firmado: Musa Bin Nusair*

Una vez leído el texto, Alqama lo entregó a Samuel. El gran rabino se levantó, y junto a otros rabinos abrió un cofre y depositó el tratado dentro de él, pues significaba la libertad para los hijos de Israel.

─Este secreto ─dijo Alqama─ debe permanecer lejos de los oídos del conde Julián que acordó con nuestros hermanos ayudarlos para derrotar a los godos y derrocar a Rodrigo.

─A cambio de este servicio os entregarán la base de Ceuta, dijo Samuel.

─Esa es la verdad ─respondió Alqama─ que después de una pausa prosiguió:

—Es hora de marcharnos. Nuestro caudillo, Tariq Bin Ziyad, ha atravesado el estrecho y ha desembarcado con sus soldados en este país. Que Dios os guarde y os bendiga con sus más preciados dones para que alcancéis vuestras aspiraciones.
—Y que el Dios de Israel os acompañe.
Alqama y su amigo salieron en compañía de un anciano de avanzada edad que les indicó la ruta más corta hacia el sur.

***

## 11

## Rodrigo y su ejército en el sur

El arzobispo de Toledo entró en la estancia donde se encontraba el rey Rodrigo, a quien encontró en un estado de delirio, repitiendo los nombres de Witiza, Sara, Arfigio, Pelayo.

*No me torturéis, fantasmas infernales, por Dios dejadme en paz. Y vosotros, combatientes traidores, que amenazáis mi trono. ¿Qué os he hecho yo? ¿Es que no nos une una sola patria? Sigo siendo el rey y sabré cómo castigar vuestro atrevimiento y vuestra osadía contra el trono*.

El arzobispo temió por el rey al verlo en aquel estado, apesadumbrado por una pesadilla que estaba asfixiándolo y por una conciencia que le estaba partiendo el corazón con las imágenes de sus víctimas.

El rey se le adelantó.

─¿No habéis oído aquella leyenda o profecía ─dijo─ según la cual el rey que viola el palacio encantado pierde su trono y su vida?

─Es muy conocida.

─¿Y no habéis pensado en su importancia y su efecto perjudicial?

─A mí, entregado a las labores del sacerdocio, me falta tiempo para pensar en esta terrible profecía.

─Nuestra religión se expone a ser humillada si los musulmanes resultan victoriosos.

─La victoria de los musulmanes será como una victoria para la santa religión, pues la cruz salió triunfante de las catacumbas en Roma muy a pesar de Diocleciano, porque la sangre de los mártires es semilla. Yo os digo, majestad, que cuanto más sufran los cristianos más se afianzará su fe en Cristo.

─¿Qué consejo me dais?

─La austeridad y la penitencia.

El rey suspiró, y luego dijo:

─Toma y lee.

*Mi gran señor:*

*He sabido últimamente por Samuel que los judíos son las gentes menos interesadas en la caída del reino godo, pero yo no avalo esta opinión. Podría ser. Pero son ellos los que han llamado al enemigo para que invada nuestro territorio. Si las noticias no mienten, hace dos días han desembarcado cerca del estrecho más de doce mil hombres que se dedican a la devastación, al asesinato, a la destrucción y al robo del ganado, además de que se están llevando a las mujeres y a los niños que se encuentran en aquella costa. Nosotros seguimos en Jerez, tal como habéis ordenado. Ya ha llegado la hora de que los caballeros salgan al encuentro del enemigo. Es todo cuanto puedo deciros.*
*Vuestro fiel servidor, Daniel.*

Un silencio envolvente se extendió sobre ellos cubriéndoles los rostros del color de la muerte, al tiempo que el arzobispo se sentía enardecido en sus sentimientos religiosos, por lo que dijo:
─¿Cómo osáis dormir al borde del precipicio?
─¿Qué atrevimiento es este? No olvidéis que estáis hablando con vuestro rey y señor.
─Yo represento aquí a un señor más poderoso que vos y estoy hablando a un hombre como yo que comerán los gusanos. ¡¿Acaso queréis que apruebe los crímenes que habéis cometido y la impasibilidad en la que estáis sumidos precisamente en los momentos más críticos y peligrosos para el reino?! Decidme, vuestra majestad, ¿me habéis llamado para que os siga la corriente o para que os halague?
─Eso es demasiado.
─Eso es un poco de lo mucho que debía deciros.
─Déjadme en paz.
─Me despido de vuestra majestad, pero no sin antes advertiros de que los fantasmas volverán a rondaros de nuevo, sin embargo, entonces será demasiado tarde, y volveréis a pedir que me presente ante vos.
El venerable obispo salió dejando al rey Rodrigo preso del desasosiego y profundamente afectado.

El rey llamó a Sancho, el comandante supremo de sus ejércitos:
─Tenéis que poneros en marcha inmediatamente para enfrentaros al enemigo porque el obispo está en lo cierto.
─A sus órdenes, majestad.
Dos horas más tarde se oían las trompetas de guerra, el ruido de las armas y el griterío de los soldados, en señal de que un ejército estaba preparándose para emprender la marcha desde Toledo.

Rodrigo comprendió que el peligro se cernía sobre él por doquier, por lo que llamó a sus hombres. Acudieron a él los notables junto a sus esclavos y todo el pueblo se agolpó bajo su bandera real. En pocos días, setenta mil hombres se habían reunido en Toledo, mientras que al rey lo acompañaban un gran número de autoridades eclesiásticas. Y, a la cabeza de todos, el arzobispo Urbano.
El rey Rodrigo marchó a la cabeza de este gran ejército hacia Jerez donde se encontraba acampado el ejército árabe. Rodrigo se detuvo un solo día en Córdoba, donde nuevas fuerzas se unieron a este ejército numeroso.
El rey acampó a un día de Cádiz, al oeste, y su tienda era distinta del resto de las tiendas del ejército, todas de color carmesí, además de estar levantada en el punto más elevado del campamento. Cerca de la tienda real se levantaron las tiendas de los obispos. Los soldados se dedicaron a descansar tras la agotadora marcha, mientras que el rey no podía conciliar el sueño. Con él se encontraba el arzobispo Urbano.
─Mi esperanza es tenue ─le dijo el rey.
─Dios no abandona a los cristianos ─contestó el arzobispo. El hombre tiene que esforzarse todo lo posible y Dios es quien da el éxito.
─Los árabes luchan con tremendo coraje, y lo que más me duele es que hayan sido el conde Julián y los judíos quienes hayan traído esta calamidad a nuestro país. No tenemos más alternativa que la de combatir.
─Dios da la victoria a quien quiere ─dijo Urbano.

─Temo que los acontecimientos se tornen contra nosotros ─se lamentó el rey.
─Todos los días se unen a nosotros miles de soldados decididos a derramar su sangre por el país y por la religión.

Y, estando, así, las cosas, el rey Rodrigo marchó a la cabeza de un ejército de unos cien mil combatientes poniendo rumbo a los llanos de Jerez.

─Mañana es el día grande ─exclamaba el rey─ el día de la tristeza o de la alegría. ¡Oh, Dios Sabaot y Señor de los soldados! Otórganos la victoria. Tú eres el Fuerte y el Poderoso.
─Mi señor ─dijo dirigiéndose al rey el caballero encargado de llevar sus armas─, vuestros soldados esperan impacientes la hora del ataque para acabar con el agresor. Nuestra nuestra tierra, majestad, no será conducida a la esclavitud, pues sabe cómo destruir el hierro que intenta esposarla y humillarla. ¿Acaso no disponéis de todo lo necesario para salir victorioso? Vuestro ejército, majestad, es numeroso y abundante en armamento y los godos defienden sus casas y sus propiedades. Los árabes atacan y nos invaden, por lo que la verdad y la fuerza están de nuestra parte, así que tened confianza, vuestra majestad, en que la victoria será nuestra.
─Es verdad. Tus palabras me infunden consuelo, pero, aun así, necesitamos al caudillo para que podamos obtener la victoria o, mejor dicho, necesitamos al héroe que encabece mis ejércitos y hacia quien mis hombres alberguen afecto y respeto. Eso es una condición fundamental para que el ejército salga victorioso.
─Sin duda alguna, os referís a Pelayo.
─Precisamente, él. Yo hice de él un hombre desgraciado, y mi pecado ha cerrado ante él todos los senderos de felicidad y dicha. Ahora me doy cuenta de la gravedad de mi pecado…, ahora que es demasiado tarde.
─Quizás acuda en vuestra ayuda en el último momento.

─No, no, no vendrá. Si yo supiera dónde se encuentra le habría pedido perdón y lo habría llamado a mi lado gustosamente.

En aquel momento se asomó un caballero ataviado de blanco, que venía de un largo viaje. Era Gudila, que venía a comunicarle que Florinda, Gaudiosa, y el padre de esta, el conde Añigo, habían desaparecido del castillo de la Torre de las Cadenas.

Al oírlo, el rey exclamó:

─Entonces, me impiden ver a Florinda.

─Y yo de ver a Gaudiosa.

Entró en la tienda real el obispo Urbano, anunciando que tres mil caballeros seguidores de Oppas se habían unido a las filas godas, dejando atrás los viejos rencores y preparándose para afrontar juntos el peligro inminente que acechaba al país. La batalla está irremediablemente muy próxima, y a los soldados hay que prepararlos mediante la oración a Dios, el Dios de los soldados.

De inmediato, en señal de los preparativos de la misa, se oyó proveniente del campamento de los cristianos el relinchar de los caballos, los tambores y las trompetas de guerra y el ruido de las armas. Las armas de los soldados brillaban al sol cuando el rey se postró ante el obispo Urbano y confesó todos sus pecados.

En aquellos momentos, llegaba Pelayo al campamento y el obispo lo abrazó con lágrimas en los ojos.

─Has acudido a la llamada del país. El país está salvado.

***

## 12

## Egilona y Daniel

Egilona, arrinconada en su soledad, no tuvo más remedio que rendirse a los deseos del médico judío, Daniel, que la salvó de la muerte en contra de la voluntad del rey. No es preciso explicar el disgusto que se apoderó de la reina ante el comportamiento de su marido hacía ella, lo que hizo que se revolviera en su pecho un fuerte odio hacia el desalmado esposo, sentimiento este que iba acompañado de otro, el de agradecimiento hacia el judío. Este, de vez en cuando, se ausentaba del castillo en busca de víveres para su bella prisionera, difundiendo entre la gente que la reina había fallecido, tal como había ordenado el rey Rodrigo.

La reina no pudo hacer oídos sordos a los requerimientos de amor del judío, pues la mujer está siempre necesitada de amor porque en ello está su propia vida. Y la soledad es compañera del amor. Y la consolación hacía brotar el cariño hacia la única persona que la atendía cuidadosamente. La mujer es fuerte a la hora de soportar el dolor, pero es débil ante la llamada del amor. El dolor la enaltece y el placer la esclaviza. Es capaz de revolverse en el fango si en este encuentra el amor, que es el único tesoro que quiere entregar y es difícil arrancárselo. Puede que rechace a un rey si este la aborda con violencia, y puede que la esclavice un mendigo mediante el amor y el cariño. Y es que las ataduras del amor no pueden ser de hierro sino de rosas. El amor era el puerto de salvación al que había llegado Egilona tras la tempestad.

─¿Qué quieres decir con eso de que quieres ser líder de los judíos?

─Quiero ser rey.

─Estás delirando. Parece que ignoras quiénes son los godos y lo que significa la presencia de un judío entre ellos.

─Eso no me importa. Soy capaz de convertirme en rey de mi pueblo y conducirlo hacia la lucha, hacia la gloria y la libertad. Y entonces, te convertirás en reina porque mi amor por ti hizo brotar en mí una fuerza imparable que me conducirá hasta la victoria.

La reina escuchaba con atención sus palabras y observaba con admiración el entusiasmo que emanaba de estas. Pero, aun así, la asaltó el temor de perder a la única persona que la mantenía unida a la vida y al amor.

—¿Es que no comprendes que el amor tiene una recompensa que es el amor en sí?

—Sí, amada Egilona. Lo comprendo. Pero no puedo soportar veros prisionera para siempre. Pues el amor sin libertad más bien parece el canto de un pájaro enjaulado. Es como una rosa a la que han privado de la luz del sol y del aire. Obedezco a la ley de la naturaleza, cual piedra que, una vez lanzada, solo puede caerse. O como el gorrión posado en un árbol, necesariamente, cantará.

—Y este canto es precisamente el que indica al cazador el lugar donde se encuentra el gorrión, al que dirige su flecha, y este cae muerto. Cuando nos elevamos, Daniel, la cabeza empieza a darnos vueltas y nos caemos. Soy feliz en este recogimiento. ¿No podemos alargarlo más y más? ¿Acaso no nos basta este palacio, el susurro de este arroyo, las rosas de este jardín y nuestro amor? ¿Acaso no nos basta todo esto para ser felices? Las glorias del pasado me torturan, y, si pierdo la memoria, seré feliz. Si yo no hubiera subido no me hubiera caído tan abajo. Ahora vivimos felices y tranquilos y mañana puede que la borrasca arrase este sitio. La caña puede que resista ante el viento, pero el poderoso roble sucumbe víctima de su enfrentamiento a las tempestades.

Egilona tomó las manos del judío entre las suyas mientras este permanecía en silencio.

—¿Y qué sería de mí si fracasa tu empresa? —dijo Egilona con voz entrecortada.

Al parecer, esta observación cayó fulminantemente en el corazón de Daniel que se encontraba entregado a la contemplación de Egilona con el ansia del enamorado. El amor es como el sol que aparece cuando es mutuo, si no, se convierte en un lago muy profundo. Hasta un ángel se convierte en demonio cuando se siente marginado. Y Daniel se sintió arropado por esa felicidad que requiere la pureza del corazón.

─No sabéis cuánto os quiero, Egilona.
─¿No me estás engañando?
Daniel se acercó más a ella y besó su cuello marfileño. Egilona se levantó y se inclinó para recoger una flor que colocó entre sus senos rebosantes de vitalidad. Y esa estatura grácil como una rama bien estirada necesitaba un brazo que la rodeara. El judío permanecía atónito contemplando su negro cabello, del color del ébano, caído sobre sus hombros y su espalda. Aun así, aquella mirada que desbordaba deseo y amor estaba envuelta en una profunda y ahogada tristeza. Un cálido suspiro salió de lo más profundo de su pecho.
─¿Por qué suspiras? ─le preguntó Egilona. Dime en qué piensas.
─Tal vez un día os hartaréis de mi amor y será cuándo yo anhelaré el abrazo de la muerte. No soy más que un pobre desgraciado que ha sido abandonado por sus padres y desde entonces viene arrastrando la sumisión, la vergüenza y la humillación con tal de poder abrirse camino en la vida. Hubiera perecido de hambre si no fuera porque me serví de mi inteligencia y mi astucia. El cielo me dotó de algunas cosas buenas en recompensa por mi desgracia. Podría yo haber bordeado el sendero del bien si no fuera porque me encontré despreciado sin que nadie se preocupara por mí. Mi corazón se estremecía cuando en las plazas públicas veía a los godos presumiendo pletóricos, tocados por la grandeza, saludando a sus amadas y siendo correspondidos por ellas con creces. La doliente tristeza se apoderaba de mí, pues no tenía ni mujer, ni amigo, ni compañero a quien quejarme de mi infortunio. Sí, mi adorada Egilona, nada traumatiza al ser humano como encontrarse solo, como si estuviera en un páramo, en medio de una ciudad repleta de gente. Toledo no era para mí sino un bosque humano. Los pinos eran más piadosos conmigo de los seres humanos porque, al menos, me brindaban su sombra mientras solo llegaban a mis oídos palabras de rencor y desprecio. Repudié mi religión porque si se hubieran enterado de que era judío me habrían lapidado y me habrían aborrecido como si fuera el hueso de una aceituna. Yo entonces no era más que un muchacho sin fuerza

alguna, un muchacho que había sido abandonado por todos. ¡Cuánta amargura sufrí! ¡Cuántas lágrimas derramé!, hasta que alcancé la edad de poder devolver humillación por humillación y bofetada por bofetada.

Egilona lo escuchaba con signos de emoción que se reflejaban en su rostro.

─A todo lo que yo aspiraba era convertirme en un hombre fuerte ─prosiguió Daniel─ porque a pesar de mi corta edad y de mi ignorancia, comprendía que la gente se comportaba con altanería con el débil y se humillaba ante aquel que era fuerte y desalmado. Y cuando ya fui capaz de defenderme a mí mismo, dejaron de despreciarme. Luego os vi y me enamoré de vos y deseé haber tenido mil tronos para ponerlos todos a vuestros pies, por eso mi alma anheló coronas de laureles para merecer vuestro amor y tener la fortuna de conseguir vuestra admiración.

Sí, mi bella Egilona, os quiero más de lo que es capaz de quereros ninguna otra criatura en la tierra. Vos sois una gran señora y una reina y mereceis ser coronada reina del mundo entero. Pero que importa todo esto. Yo albergo en mi corazón hacia vos un tesoro de cariño que supera a cualquier otro cariño. ¿Acaso soy responsable de mi mala cuna? Pero ¿qué os pasa? ¿En qué estais pensando, amada mía?

La verdad es que Egilona estaba absorta en una incierta contemplación:

─Daniel, veo que no me amas.

La cara del judío se puso pálida y dejó caer la cabeza sobre el pecho para ocultar dos lágrimas que habían brotado de sus ojos.

─¿Que yo no os amo, Egilona? No habéis escuchado ni una sola de mis palabras. ¿Veis aquel torrente de agua que se precipita sobre las rocas? Estoy dispuesto a arrojarme al mismo si me lo pedís, y luego atreveos a decir que no os amo. Qué duro es vuestro corazón. No tenéis piedad de mí.

─Si es como dices, entonces abandona tus planes.

─Si los quiero llevar a cabo no es más que para merecer vuestro amor y para que no os avergoncéis de mí. Que sea lo que vos

queráis. Vos sois la señora obedecida y yo soy vuestro obediente esclavo.

La voz del judío se quebró, porque le resultaba muy difícil abandonar sus planes. La frente de Egilona se iluminó y una sonrisa coronó sus labios en señal de satisfacción.

─Ordenad lo que deseéis, Egilona, estoy presto a obedeceros.

La reina se acercó a él, se sentó a su lado y le fue dictando sus deseos:

─Tienes que cortar toda relación tuya con el rey, mi esposo, y no separarte de mí nunca a partir de ahora. Aquí puedes vivir a salvo. ¿No vas a satisfacer mi petición? Es un ruego que te hago.

─Tendréis lo que pedís.

─Tengo otro anhelo: que te conviertas al cristianismo.

─Haré todo lo que os satisfaga. Y espero que después… Daniel se detuvo, incapaz de desvelar lo que se debatía en su mente.

─Habla.

─¿Y no os negaréis a aceptarme como esposo vuestro?

Egilona no pudo evitar, ante esta declaración tan inesperada, un gesto de desprecio, sorpresa y enojo, que no le pasó inadvertido al judío enamorado, por lo que los dos permanecieron aferrados a un grave silencio. Pues, Egilona, por más que la maltratara el destino, y por más que hallara el cordón de su vida atado al destino de aquel judío, no dejaría de mirarlo siempre desde arriba. En su interior no albergaba hacia él más que el sentimiento de agradecimiento. El amor de Egilona hacia él era más bien parecido al opio con el que intentaba paliar sus preocupaciones.

─Ah, Egilona ─suspiró Daniel rompiendo el silencio─. Despreciadme, decidme qué mi maldita pasión me hizo olvidarme de mi origen y de mi cuna, derramad sobre mí vuestros insultos, reíos de mí, escupid en mi frente. Haced de vuestro esclavo lo que os plazca. Soy vuestro. Ordenad y obedezco. Os amo ¿casarme con vos? Sería una locura. Vos sois una señora de impresionante belleza y sois la hija de un noble godo. Vois sois aquella reina y yo soy una despreciable criatura. Un maldito judío a quien todos desprecian. Os daré las gracias si me permitid vivir cerca de vos

para cuidaros y defenderos. Os cuidaré como lo haría una madre con su niño. Mañana por la mañana saldré hacia el castillo de Jerez donde escondí mi fortuna, porque poseo mucho oro, y lo traeré todo y no nos separaremos nunca. Y si veis que no os sirvo bien me castigáis. Os ofreceré el placer y os serviré para colmar vuestros placeres. Llamaré a los nobles caballeros y a los grandes para que os reciten los poemas de sus amores por las noches, bajo vuestra ventana, mientras vos los escucharéis complacida. Yo seré vuestro esclavo, y les serviré obedientemente a ellos si vos me ordenáis que lo haga. Y una mirada vuestra y una sonrisa de vuestros labios serían para mí las mayores recompensas. Esto es todo lo que os puedo brindar, mi adorada Egilona. Os ofrezco mi vida y mi amor. ¿Necesitáis más? ¿Estáis satisfecha de mí?

Y con anhelo y adoración el judío enamorado besó la mano de Egilona, rociándola con sus lágrimas. Ella escuchaba sus palabras con visible emoción y admiración por ese profundo amor que rugía cual volcán y por aquella ilimitada renuncia, dos cosas ante las cuales las mujeres no pueden permanecer impasibles.

─No toméis esta declaración mía como una ofensa ─prosiguió Daniel─. Lo que he hecho ha sido desvelar todo lo que mi corazón alberga para vos, y no os enfadéis conmigo, pues ¿qué pecado comete el enfermo si expresa sus quejas?

La luna estaba allí, brillando en medio de un claro cielo, mientras las flores se mecían con suaves brisas, y el murmullo del agua, la noche y la soledad, todo, llamaba al placer y al cariño. Egilona, mientras escuchaba las palabras del judío, lo contemplaba con sus preciosos ojos, con mirada tierna, que rezumaba amor, un amor que se adentraba en la médula del ser humano. Daniel, con su alma envuelta ya en una nube de fantasía, iba prendiendo en sus venas un fuego ligero y suave, por lo que fue agitándose el pulso de su corazón hasta amenazar con hacerlo estallar dentro de su pecho. Entonces rodeó con sus brazos el cuello marfileño de su amada, que lo correspondió tomándolo entre sus brazos, delicados y sedosos. Daniel se entregó a un beso embriagado sobre los tiernos y

jugosos labios de su amada mientras esta tenía los ojos ausentes en el inmenso espacio, anhelando las estrellas centelleantes..., su cuerpo tembló por completo bajo los efectos de los ardorosos y recíprocos besos...

***

## 13

## Samuel, Daniel y Julián

─Por fin has venido, Efraim**.**
─Mi señor, he ejecutado vuestras órdenes al pie de la letra. He hablado con el obispo Oppas y me ha dicho que Pelayo comandará los soldados de los godos.
─Maldición. ¿Cómo es posible que Pelayo luche al lado de Rodrigo después de que este le haya propinado tanta humillación?
El que hablaba era el gran rabino, Samuel, con su confidente, Efraim.
Samuel entregó a su confidente el tratado para que lo llevara a la asamblea de notables, y para que actuaran de acuerdo con su contenido.
Y mientras hablaban, se presentó Daniel y preguntó al rabino por el destino del niño, hijo de Florinda.
─He pensado entregarlo a una nodriza para que se haga cargo de él ─contestó Samuel.
Al momento se presentó el conde Julián, a quien el rabino llamó por el nombre de Childbrando con la intención de ocultar su personalidad ante Daniel por alguna razón que permanecía en secreto en el corazón de Samuel.
La reunión tenía lugar en un antiguo convento. Se asomaron tras la pared que los ocultaba y se encontraron con una mujer de avanzada edad postrada ante una cruz destrozada, en medio un montón de ruinas. La anciana tenía cita con Samuel.
─¿Has esperado mucho tiempo?
─He pasado la noche entera rezando entre estas ruinas arrasadas.
─Tres personas vendrán pronto ─dijo el gran rabino dirigiéndose a ella─, entre ellos, tu hijo.
La pobre mujer se echó a los pies del rabino, llorando.
─Te agradeceré, por siempre, el que me hayas dado la oportunidad de besar a mi hijo antes de mi muerte. ¿Por qué te has turbado así querido Samuel?

─Yo también pienso en mi hijo muerto, mientras que tu hijo está vivo. Me sentí desgraciado durante muchos años y tú me hiciste sufrir lo indecible, pero...
─Samuel, perdóname por todo el sufrimiento que te causé. Te perjudiqué duramente. Y Ahora tú me devuelves a mi hijo, el fruto de un amor pecaminoso que llenó mi corazón de tristeza y depresión. A partir de ahora besaré la tierra que pisas. Mi vida y mi corazón son todo tuyos. Si te hubiera ofrecido el mundo entero no habría sido suficiente para recompensarte.

El conde Julián se acercó preguntando por su hijo que el gran rabino le había prometido que iba a ver allí.
─¿Quién es el joven que te acompaña? ─preguntó Julián a Samuel.
─Es el amigo del que te hablé. Es muy allegado al rey y se ha comprometido a facilitar tu entrevista con él, pues tiene mucho poder en palacio.
─¿Y a que se debe este poder?
─Lo ignoro. Pero sé generoso con él, si quieres alcanzar tu meta.
─¡Por Dios!, esa es una manera eficaz de desvelar secretos.
─Tienes que llamarte conde Childbrando. Es conveniente que ocultes tu verdadero nombre, pues el rey estará dispuesto a recibir a un caballero del que ignora su identidad, pero si se entera de que tú eres el caballero puede que se niegue a hablar contigo.
─¡Por Dios, que dices la verdad!
Los dos se dirigieron a donde se encontraba Daniel, con quien se hallaba la anciana. El conde Julián saludó al médico amablemente y miró con curiosidad a la anciana, que tenía la mirada baja y ambas manos entrelazadas en el pecho. Se parecía mucho a la estatua de la Dolorosa.
─Estoy ansioso por saber el motivo de esta gran influencia que tenéis sobre el rey Rodrigo ─dijo Childbrando─, no es un hombre que se deje influir.
─Este es el nieto del conde Julián ─dijo Samuel. No es posible que ignoréis su tragedia.

El conde Julián se acercó al niño e intentó estrecharlo entre sus brazos, pero Daniel le hizo una señal que le devolvió su inteligencia y su entereza.

─¿Cómo has llegado a tener esta influencia sobre el rey? ─insistió Julián.

─Mis secretos cuestan mucho dinero. Sabéis que soy médico, y un médico es capaz de prestar ciertos servicios hasta al mismo rey, y el monarca es generoso cuando la cuestión está relacionada con su corazón. Seguramente que llegó a vuestros oídos que el rey alberga un profundo amor hacia la hija del conde Julián.

─Lo sé ─dijo Childbrando.

─Ni que decir tiene que fui yo quien facilitó al rey alcanzar su aspiración, por lo que me recompensó generosamente, y me entregó el fruto de su amor para que yo cuidara de él, y yo lo puse en manos de Samuel por motivos que, si él quiere, puede relataros.

Y en estas, se acercó la anciana de Samuel y le dijo:

─La espera se me está haciendo larga.

─No temas. Pronto se colmarán tus deseos.

─Que Dios te bendiga.

El conde se dirigió de nuevo al médico:

─¿Cómo hiciste para que Florinda no pudiera escapar de los brazos del rey?

─Es sencillo. Le administré un jarabe somnífero, y en su profundo sueño el rey pudo poseerla.

El conde gritó:

─¡Que la maldición del cielo caiga sobre ti!

Y velozmente desenvainó su espada hundiéndola en el pecho de Daniel, que intentaba defenderse empuñando su daga. Sin embargo, Daniel perdió sus fuerzas mientras la sangre manaba abundante de su pecho, sus ojos se apagaron cubriendo su frente la palidez de la muerte y cayó fulminado en medio de un charco de sangre.

En este momento el gran rabino lanzaba una endiablada carcajada, que desvelaba la dureza de su corazón. La pobre anciana observaba horrorizada aquella escena. Samuel retrocedió algunos pasos antes de que su voz tronara gritando:

─¡Conde Julián, ese era tu hijo! Raquel, ese era el fruto de tu desvergüenza. Vosotros dos me habéis traído la deshonra y la vergüenza. Me he vengado..., me he vengado.

La pobre mujer saltó hacia donde estaba tendido su hijo, lo estrechó contra su pecho y besó sus ojos, su cara y su boca, como queriendo devolverle la vida.

El conde Julián permaneció atónito por unos momentos, hasta que pudo serenarse y, acerándose al cadáver del médico, retiró de su mano la daga y acto seguido lanzó un grito ensordecedor:

─¡Es mi daga!

Y pudo leer en el arma el nombre de Raquel, lo que hizo que en la mente de Julián se disipara toda duda sobre la entidad de aquella anciana..., era su amante de antaño, y el médico era el hijo que tuvo con ella, y él lo mató con sus propias manos. Las lágrimas brotaron de los ojos del conde Julián.

Daniel abrió sus ojos, moribundo, levantando una mano hacia su padre, el conde y la otra mano, hacia su madre.

─Madre..., padre..., os perdono..., mi hermana, Florinda..., hubiera preferido mil veces... ─y no pudo Daniel terminar su frase, un estertor salió de su boca, con el que se le fue la vida.

─¡Me perdonó…, me perdonó...! ─gritó el conde Julián mientras se arrodillaba junto al cadáver sintiendo que la pena le destrozaba el corazón.

─¡He cumplido mi promesa! ─exclamó el gran rabino─. Este es el hijo de la bella judía, tu amante de antaño..., la desvergonzada Raquel, mi esposa. Yo me hice cargo de tu hijo todos estos años para entregártelo, con el fin de que lo mataras con tus propias manos. ¡Qué estúpido eres! Te he engañado como si fueras un niño. ¿Ahora te das cuenta de cuán es el dolor de un padre? He querido enseñarte lo que es el dolor. Ahora seguro que estás maldiciendo la hora en que naciste.

El conde salió de su aturdimiento y de su aflicción, y se lanzó cual tigre sobre el judío, empuñando su espada.

─¿Crees que temo a la muerte después de haberme vengado? ─gritaba Samuel─. ¿Y para qué necesito vivir? ¿Creíste que

estarías a salvo de mi venganza porque soy judío? ¡Cuán imbécil y estúpido eres! Te maldecirán las generaciones por siempre. Entregaste tu país al enemigo y mataste a tu hijo con tus propias manos.

Y dicho esto brotó de su garganta una carcajada infernal, alejándose de Julián, que lo persiguió hasta que Samuel se topó con el filo de un precipicio, en cuyo fondo yacía el lecho de un río.

─¡Maldito judío! ─vociferó Julián─, el infierno te arrojó de sus entrañas para torturarme. Te quemaré vivo, luego curaré tus quemaduras, para quemarte de nuevo y para devolverte la vida mil veces y arrancártela mil veces. No huyas. Te quiero vivo, maldito viejo.

De la boca del judío salió el alarido de la muerte.

─¡Estúpido! ─gritó Samuel─, no obtendrás lo que ansias de mí. Yo sí que obtuve lo que ansiaba de ti. ¡Me vengué..., me vengué!

Y acto seguido Samuel se arrojó al barranco, quedando destrozado su cuerpo al chocar con las rocas desde donde fue arrastrado por el torrente.

Julián se acercó a la anciana y la tomó de la mano para alejarla de aquel sitio, pero esta, cayó al suelo inerte. El conde Julián exclamó, desde lo más profundo de su corazón:

─Maté a mi hijo con mis propias manos, y a Florinda, mi propio hijo le infligió el deshonor. ¡Que horror! Eran hermanos y él la sacrificó, y yo, a mi vez, lo sacrifiqué a él. ¡Cuán injusto es el destino! ¡Maldito seas, Rodrigo! Tú eres la causa de todo lo sucedido. ¡Pobre, Raquel!

Y cuando estaba a punto de abandonar aquel lugar, escuchó el llanto de un niño. Era Chindasvinto que acababa de despertarse y Julián lo tomó en sus brazos y corrió hacia su yegua. A lo lejos se oían voces que provenían del campamento de los árabes y se percató de que la decisiva batalla estaba a punto de librarse.

***

## 14

## La batalla de Guadalete

Cuando Tariq Bin Ziyad hubo embarcado, vio en sueños al profeta Mohammad, *la paz sea con él*, rodeado de los Al-Ansar [4], que empuñaban sus espadas y portaban al hombro sus arcos. El profeta, *que la paz sea con él,* decía: *Tariq, cumple con tu cometido*. Tariq, al ver al profeta, *la paz sea con él,* y a sus compañeros entrando en Al-Ándalus delante de él, dio un salto despertándose lleno de optimismo y dio la buena nueva a sus compañeros, no dudando ya ni lo más mínimo de que la victoria iba a ser suya.

Tariq abandonó la montaña irrumpiendo en el llano, iniciando así su incursión, cuando encontró en su camino a una mujer anciana, de los habitantes de la península, que le dijo, entre otras cosas:

—Yo tenía un marido sabio, que hablaba a la gente de un príncipe que entraría en el país y se apoderaría de él, y ha descrito a ese príncipe diciendo de él, entre otras cosas, que tendría una cabeza grande, y tú eres así, y que tendría un lunar, con pelos, en su hombro izquierdo, que, si lo tuvieras, serías tú ese príncipe.

Tariq descubrió su hombro izquierdo y el lunar estaba allí, tal como lo había descrito la anciana, lo que lo alegró a él y a sus acompañantes.

El ejército de Tariq se componía de unos diez mil hombres bereberes y unos trescientos árabes. Dividió a sus tropas en dos ejércitos, en uno quedó él al mando y acampó en el Monte de la Conquista, que fue denominado por ello Yabal Tariq (Gibraltar), y puso al mando del otro ejército a Tarif Bin Malek, que acampó en un lugar que adoptó su nombre, Tarifa.

[4] N.T: Al-Ansar son los habitantes de Medina que acogieron al profeta Mohammad, *la paz sea con él*, y a sus seguidores, cuando huyeron de La Meca a Medina, con lo que el islam se fortaleció enormemente.

Ambos ejércitos levantaron sendos muros a modo de fortificaciones.

Rodrigo, que por aquellos días estaba de incursión en el país de los vascos, se levantó contra Tariq arrastrando con él a pueblos foraneos y a aquellos que profesaban la religión cristiana en un ejército de más de cuarenta mil hombres.

Entonces, Tariq escribió a Musa Bin Nusair, informándole de que Rodrigo avanzaba hacia él con un ejército que lo desbordaba y superaba su capacidad. Musa había preparado muchos barcos, y le envió a otros cinco mil musulmanes. Y cuando estos llegaron, Tariq reunió a sus comandantes y los arengó con este discurso: [5]

*Soldados, ¿acaso hay escapatoria posible? A vuestras espaldas tenéis el mar y delante de vosotros tenéis al enemigo, y por Dios os digo que no tenéis otra alternativa que la firmeza y la tenacidad. Y que sepáis que en esta península sois más desgraciados que los huérfanos en el banquete de unos desalmados. Vuestros enemigos os han recibido con sus ejércitos y sus armas, teniendo abundantes víveres, mientras que vosotros no tenéis más carga que vuestras espadas y no disponéis de víveres salvo lo que logréis arrancar de manos de vuestros enemigos. Y si se prolongan los días estando así de pobres, sin haber colmado empresa alguna, vuestro viento amainará y los corazones de vuestros enemigos sustituirán el terror que sienten ante vosotros por el atrevimiento contra vosotros. Así que, tenéis que protegeros de un destino de humillación combatiendo a este tirano, a quien le arrojó ante vosotros su bien amurallada ciudad, siendo fácil aprovechar esta oportunidad si os permitís morir. Y que conste que yo no os animo a que realicéis algo de lo que yo estuviera a salvo, ni os incito a que llevéis a cabo una empresa en la que las almas sean lo más barato entre los bienes, a no ser que empezara yo por mí mismo. Tenéis que saber que si resistís lo más duro por largo tiempo podréis disfrutar de lo más grato y placentero por largo tiempo.*

[5] N.T: Célebre arenga en la literatura e historia árabes y cuya autenticidad es dudosa.

*No hagáis distinción alguna entre vosotros y mi persona, pues no tendréis en esta empresa mejor suerte que la mía. Vosotros sabéis lo que hay en esta península de bellas huríes entre las hijas del Yunan [6], envueltas en perlas, corales y vestimentas tejidas en oro puro, recluidas en los palacios de reyes coronados. Al Walid Bin Abdelmalek, príncipe de los creyentes, os eligió concretamente a vosotros entre los héroes, por ser solteros [7], y aceptó que fuerais yernos de los reyes de esta península, por su confianza en vuestras dotes en el combate y vuestro ímpetu en retar a los héroes y jinetes. La recompensa que Al-Walid anhela de vuestra hazaña es el favor merecido ante Dios por enaltecer su palabra y favorecer su religión en esta península, y que los botines de esta empresa sean enteramente vuestros, no de él ni del resto de los fieles. Que Dios Altísimo os socorra y guarde vuestra memoria en esta vida y en la otra.*

*Soldados, haced lo que me veáis hacer. Si arremeto arremeted y si me detengo deteneos, y hacedlo como si fuerais un solo hombre. Yo buscaré a su tirano, de modo que no cesaré hasta encontrarlo y comparecer ante él, y si me matan no os apenéis y no permitáis que haya disputas entre vosotros que puedan llevaros al fracaso y al debilitamiento, lo que haría que os deis*
*a la fuga para acabar entre muertos y prisioneros. Os advierto y vuelvo a advertiros de que no os contentéis con cualquier cosa y no facilitéis las cosas al enemigo. Desead fervorosamente lo que está escrito para vosotros de dignidad, libres de la humillación y del*

---

[6] N.T: Yunan: Grecia o Europa, palabra que rima en árabe con "bellas", "corales" y "oro puro*".*

[7] N.T: El autor me explicó que, años después de la publicación de este libro en árabe, descubrió que la palabra correcta en esta célebre arenga de Tariq es "solteros", y no "árabes" como reza el texto difundido desde hace siglos. La diferencia en la escritura de ambas palabras radica en el punto que figura encima de la letra *ra* (ر ). Este punto convierte la letra *ra* en la letra ( ز ) zai. La frase siguiente a esta y el hecho de que la inmensa mayoría de la tropa de Tariq fuera bereber, justifican plenamente esta nueva lectura del discurso de Tariq.

*sometimiento, y de la recompensa del martirio. Pues si no lo hacéis así, confiando en que Dios está de vuestra parte y que os brindará su respaldo, cosecharéis la pérdida más flagrante y seréis la burla de vuestros conocidos entre los musulmanes. Ahora yo arremeteré hasta vencerlo, arremeter conmigo.*

La lucha transcurrió encarnizada. Los jinetes cabalgaron a lo largo y a lo ancho del campo de batalla, y ambos bandos lucharon con arrojo hasta que cayó la noche, sin que ninguno de los dos bandos hubiera hecho mella en el otro. Hierro contra hierro. Las dos partes se percataron de que la valentía era característica de ambos.

A la mañana siguiente, cuando el sol ya había salido resplandeciente, los dos bandos volvieron al combate, y la lucha entre ambos se prolongó, variable, siete días. Al séptimo día volvieron nuevamente al campo de batalla presintiendo que iba a ser un día decisivo. Urbano, el obispo, salió junto a todos los sacerdotes hacia una colina, donde levantaron el altar y rezaron al Dios de los ejércitos para que les concediera la victoria.

En cuanto al rey Rodrigo, aquel día se puso al frente de sus tropas, a pesar de la oposición de todos, anhelando la victoria o la muerte. La costumbre de los godos era que, cuando su rey entraba en combate, debía ataviarse con un galón muy valioso y dorado que se ponía encima de su armadura. El rey se dirigió a sus soldados arengándolos para que se enfrentaran de nuevo a la muerte en esa incierta batalla.

Por su parte, Pelayo demostró un valor extraordinario en el combate y se movía ágil entre las filas de sus hombres instando a los jinetes a aguantar. Y vio entre los combatientes árabes a un jinete negro que empuñaba una larga espada, de suerte que cuando se movía en la batalla dispersaba a todos los que lo rodeaban y ya no se veía más que miembros esparcidos y no se oía más que gemidos por doquier. Pelayo se dirigió hacia él, manteniéndose entre el godo y el árabe una lucha a muerte en la que ambos demostraron una heroicidad excepcional, pudiendo Pelayo

finalmente asestar a su contrincante un golpe fulminante que hizo que cayera envuelto en sangre.

Pero ¿de qué sirvió esa heroicidad? Pues, al llegar el mediodía los godos se encontraron luchando contra sus propios correligionarios, ya que el obispo Oppas dio la señal a los judíos que inmediatamente se unieron a las filas árabes en la lucha contra los godos. Estos gritaron: ¡traición!, ¡traición! Rodrigo, montado en su caballo, Aurelia, se armó de una larga lanza con la que empezó a apuñalar a los combatientes del enemigo a diestro y siniestro, cual tigre herido.

¿De qué sirvieron esas acciones heroicas cuando Oppas y los hijos de Witiza se habían unido a las filas del enemigo con sus numerosos hombres? Solo permanecía en el campo de batalla un pequeño número de los leales a Rodrigo, que no tardaron en caer entre muertos y heridos. El rey lanzó un desesperado grito arrojándose en el fragor de la batalla en busca de la muerte.

Pelayo, percatándose de que todo se había perdido, ordenó a algunos de sus hombres que acompañaran al obispo Urbano y a los sacerdotes a un lugar seguro.

¡Qué escena más trágica! La muerte por doquier. Armas esparcidas por todas partes, miembros amputados y heridos que aun tenían vida y que no cesaban de quejarse y emitir gemidos de dolor. Todos estos que no hacía mucho andaban ataviados con lujosos ropajes y adornos, confiados en la victoria, yacían aquí cubiertos de sangre, pisoteados por los cascos de los caballos. El sirviente junto a su amo y el compañero junto al compañero. Algún hombre repetía, en los últimos instantes de su vida, el nombre de su amada o el de sus hijos, y algún otro suspiraba anhelando el reencuentro con su amada esposa.

Aquellos godos que aun permanecían con fuerza pudieron escapar gracias a la velocidad de sus caballos, seguidos por las huestes árabes, matando o haciendo prisioneros entre ellos. Muchos de ellos murieron huyendo por no haber muerto en el campo de batalla. Otros pudieron encontrar el sendero de la salvación, entre

ellos Pelayo quien dio rienda suelta a su caballo para alcanzar al obispo Urbano. Y cuando se encontraba atravesando un desfiladero vio a un jinete con el pelo revuelto, el rostro amarillento y ensangrentado. Este lo miró con pánico en los ojos y le gritó:
─No te detengas ni un instante, huye rápido.
─¡Rey Rodrigo! ─gritó Pelayo.
─Huye, huye, hijo de Favila. Huye, que el árabe ya es el señor de este territorio. Bastante has luchado por mi trono y por el país. Ahora el país pone sus riendas en tus manos. Preserva tu vida. Reúne a nuestros hombres y regresa algún día a estas tierras que han sido testigo de nuestra vergüenza para que laves esa vergüenza. Dios me ha castigado por mis crímenes. Perdóname. Adiós. Rodrigo dio rienda suelta a su yegua que se lanzó al galope, sin rumbo concreto.

Pelayo reunió a algunos fugitivos que había encontrado, intentando salvarlos y salvarse a sí mismo.

Rodrigo, montado en su yegua seguía adentrándose en la montaña, subiendo colinas y bajando cañadas, mientras permanecía con los ojos saltones, sudando, sangrando y jadeante. De repente, el rey divisó, o creó divisar, a una mujer joven, de pelo revuelto, que le gritó:
─Rodrigo, ojalá que un cuchillo se clave en tu pecho, atraviese tu corazón y que el veneno queme tus entrañas, entrañas de tigre. ¡Criminal…, asesino!
Rodrigo pensó que se trataba de una maldición que se estaba vertiendo sobre él desde el infierno. La verdad es que el desgraciado rey había visto a su esposa, Egilona. Esta, cuando se había quedado sola en aquel castillo, y después de haber esperado durante largo tiempo el regreso de Daniel, que nunca llegó, y habiéndose agotado comida y bebida, abandonó su encierro y se perdió en los campos, hambrienta y desesperada, topándose con Rodrigo, que no se detuvo por ella. Más tarde, Egilona se encontró, cuando estaba ya totalmente exhausta, entre unos jinetes árabes que

se esforzaban en perseguir los restos de las tropas godas, siendo conducida ante Tariq, mientras que Rodrigo desaparecía en la oscuridad de la noche, y nunca más se supo de él.

A la mañana siguiente, Tariq montó su caballo e inspeccionó el campo de batalla, que estaba cubierto de cadáveres y restos del ejército godo, mientras el río seguía llevando sangre, con cadaveres arrojados a sus aguas. La flor del ejército godo había sido pisoteada por los cascos de los caballos.

Una vez inspeccionado el campo de batalla, Tariq ordenó que el botín de guerra fuera llevado ante él. Era un botín de incalculable valor. Cadenas de oro, alhajas, piedras preciosas y sedas bordadas, eso sin contar las lujosas ropas con las que se vestían los nobles godos al final de su período de decadencia. También se incluían en el botín grandes sumas de dinero que Rodrigo había llevado consigo para financiar su campaña militar.

Tariq ordenó que los cadáveres de los musulmanes fueran enterrados mientras que los de los godos fueron amontonados y quemados, viéndose las llamas de las hogueras a gran distancia por la noche. Los cadáveres viciaron el aire durante dos meses y los huesos quedaron allí amontonados en el transcurso de más de cuarenta años; y hasta generaciones después, cuando los campesinos revolvían sus tierras, aún podían encontrar restos de armaduras, de espadas o de flechas.

En cuanto a los traidores, estos abandonaron el campo de batalla junto a Tariq Bin Ziyad, que dejó allí una fuerza bajo el mando de Tarif para acabar con el resto de los soldados godos, muchos de los cuales se habían dado a la fuga. Mientras, los árabes fueron persiguiendo los restos en fuga del ejército godo durante tres días, matando y haciendo prisioneros, de modo que de aquel gran ejército no se salvaron más que unos pocos afortunados. Aurelia, la yegua del rey, fue hallada cerca del río mascando el bocado, y cerca de esta su calzado, su galón y su bastón. En aquel lugar, donde el río se ensancha y sus aguas se hacen profundas, se habían arrojado gran número de cadáveres.

Al-Razi (Rasis) 864-925 d.C., dice: *El encuentro entre los dos ejércitos fue en un domingo, cuando faltaban dos noches para que se acabara el mes de ramadán y la batalla duró hasta el domingo, quinto día del mes de shawal, habiendo pasado ocho días, obteniendo los árabes de los soldados godos un botín de gran valor, ya que conocían a los grandes entre los godos y a sus reyes por los anillos de oro que llevaban en sus dedos, conocían a los que eran de menor rango por los anillos de plata que llevaban puestos y conocían a sus esclavos por los anillos de cobre. Tariq reunió dos mil quinientos y los distribuyó entre nueve mil musulmanes, exceptuando a esclavos y lacayos.*

*Las noticias de la conquista de Al-Ándalus a manos de Tariq, y de las riquezas hechas botín, llegaron a oídos de las gentes en la otra orilla del estrecho precipitándose estos, de todas partes hacia Al-Ándalus, atravesando el mar a bordo de toda suerte de barcas y de cortezas, para alcanzar a Tariq.*

***

## 15

## Los hijos de Witiza

Los hijos de Witiza, al presentarse ante Tariq, y siendo que gracias a ellos se llevó a cabo la conquista, le preguntaron:

─¿Eres tú el emir o hay un emir por encima de ti?

Tariq respondió:

─Por encima de mí hay un emir y por encima de él hay un gran emir.

Entonces le pidieron permiso para ir al encuentro de Musa Bin Nusair, en el norte de África, para garantizar sus intereses ante él, y pidieron a Tariq un escrito acerca de lo que hicieron por él y acerca del compromiso que les había otorgado, a lo que Tariq accedió.

Así, los hijos de Witiza marcharon al encuentro de Musa, a quien encontraron dirigiéndose a Al-Ándalus, cerca del país de los bereberes, y le hablaron de sus asuntos poniendo en su conocimiento todo lo que les había dicho Tariq y lo que ellos habían hecho por él. Musa decidió enviarlos al encuentro del emir de los creyentes, el califa Al-Walid, en Damasco, escribiéndole que Tariq había reconocido sus favores.

Cuando llegaron hasta el califa Al-Walid, este los agasajó y cumplió con ellos el compromiso de Tariq de devolverles las haciendas de su padre, redactando un documento para cada uno de ellos, concediéndoles el privilegio de no levantarse al recibir alguna visita. Así, regresaron a Al-Ándalus y se hicieron con todas las aldeas de su padre acordando su división entre ellos, de modo que el mayor, Olmundo, obtuvo mil haciendas en el oeste de Al-Ándalus, por lo que se trasladó a vivir a Sevilla para estar cerca de estas. En cambio, Ardabasto, el segundo, en edad, obtuvo otras mil haciendas en el centro de Al-Ándalus, por lo que se trasladó a vivir a Córdoba. El tercero de ellos, Achila, obtuvo otras mil haciendas al este de Al-Ándalus, y cerca de la costa, fijando su residencia en Toledo.

Así permanecieron los tres en los albores del reino árabe, hasta que falleció el hermano mayor, Olmundo, heredándole su hija Sara,

conocida como la Goda, con dos hermanos pequeños, por lo que Ardabasto se apoderó de sus haciendas, uniéndolas a las suyas propias. Corría el califato de Hisham Bin Abdelmalek, en Damasco.

Sara hizo construir en Sevilla un barco sólido, totalmente equipado, con el que embarcó, junto a sus dos hijos, rumbo a Siria, desembarcando en el puerto de Ascalón. Desde allí, se dirigió hacia el palacio del califa Hisham en Damasco, poniéndole al tanto de la injusticia que sufrió a manos de su tío, presentando ante él, como documento, el contrato redactado para su padre y sus hermanos por el califa Al-Walid Bin Abdelmalek. Hisham quedó encantado por su belleza y por su fuerte carácter, acercándola a sí mismo y escribiendo a su gobernador en Ifriqya, Hanzala Bin Safwan Al Kalbi, para que le restituyera sus derechos y le hiciera justicia con respecto a su tío, Ardabasto, de modo que le hiciera firmar a ella y a sus dos hermanitos sobre la distribución de la herencia dejada por su padre. Hanzala envió a Sara con la misiva del califa a su primo y gobernador de Al-Ándalus, Husam Bin Dirar Al Kalbi, más conocido por el nombre de Abi Al-Jattar, que cumplió su contenido, recuperando Sara todas sus propiedades.

Sara la Goda fue desposada, por voluntad del califa, con Hisham Bin Isa Bin Muzahem, que se estableció con ella en Siria antes de trasladarse ambos definitivamente a Al-Ándalus, donde defendió sus haciendas frente a su tío Ardabasto. Fue muy afortunado junto a ella, teniendo de ella dos hijos Ibrahim e Ishaq, que alcanzaron gran nobleza y grandes cargos en Sevilla, y se jactaban de su linaje como hijos de Sara la Goda.

Y ocurrió que cuando Sara la Goda estuvo hospedada por el califa Hisham en Damasco conoció allí a su nieto Abderrahman Bin Muawiya, que, años después, convertido en Abderrahman I, primer emir omeya de Al-Ándalus, la recibió en Córdoba, honrándola y reconociendo los compromisos otorgados a ella por los califas omeyas en Damasco, además de autorizarla a entrar libremente en su palacio y a tener libre acceso a su familia.

El marido de Sara la Goda murió el mismo año en el que Abderrahman empezó a gobernar Al-Ándalus, y este la casó con Omair Bin Said. De ella, de su padre Olmundo y de su tío Ardabasto se han narrado historias que se remontan a los albores del reino árabe de Al-Ándalus, algunas de estas fueron referidas por el alfaquí Mohamad Bin Omar Bin Lubabah Al-Maliki, que contó que un día fueron a la casa de Ardabasto diez hombres notables de Damasco, entre ellos Assomail, Bin Tofail, Abu Abda, y otros. Ardabasto les dio asiento en unas sillas y exageró en agasajarlos. Poco más tarde entró Maimun Al-Abed, abuelo de los Banu Hazm, que se contaba entre los damascenos, pero alejado de ellos por ser un hombre muy religioso y piadoso. Cuando Ardabasto lo vio se levantó en señal de gran respeto, lo que no había hecho con los demás, y le cedió su propio asiento, que estaba cubierto de placas de oro. Ardabasto tomó a Maimun Al-Abed de la mano, insistiendo para que se sentara en su sitio, pero Maimun se negó y se sentó en el suelo. Ardabasto hizo lo mismo: se sentó junto a Maimun Al-Abed en el suelo. Ardabasto mostraba más atención hacia Maimun que hacia los demás, interesándose por el motivo de su visita.

—Señor, ¿qué os ha hecho venir a ver a alguien como yo? —le preguntó.

—Vinimos a este país como invasores —respondió Maimun— creyendo que nuestra estancia aquí no iba a ser larga, por lo que no hemos tomado las medidas necesarias para una estancia prolongada ni nos hemos preocupado por las provisiones y enseres. Luego, pasó lo que pasó con nuestros jefes y soldados, hasta que perdimos la esperanza de regresar a nuestros países. Dios te ha dado mucha riqueza y yo quisiera que me dejaras alguna hacienda de las tuyas para trabajarla con mis manos, pagarte de esta la parte que te corresponda y quedarme con lo que sobre para vivir de ello dignamente.

—Yo no voy a cederte una participación, sino que te la entrego en donación íntegramente —respondió Ardabasto, que acto seguido llamó a su apoderado y le dijo:

─Entrégale la tierra arbolada que tenemos a la orilla del Shush, con todo lo que en esta poseemos de esclavos, animales, vacas y lo demás. También entrégale la hacienda que tenemos en Jaén. Maimun se hizo con la propiedad de las dos haciendas y las dejó en herencia a sus hijos, a quienes se remonta el castillo de Hazm. Maimun agradeció a Ardabasto su generosidad, lo alabó y se fue de allí.

Assomail, que se sintió herido por lo que acababa de presenciar, se acercó a Ardabasto.

─Creía que sopesabas mejor las cosas ─le dijo─. ¿Entro yo, siendo el señor de los árabes en Al-Ándalus, acompañado de mis allegados, que son los señores de sus gentes, y no nos ofreces de tu generosidad más que el concedernos la dignidad de sentarnos en estos palos tuyos, y entra este andrajoso y llegas en tu generosidad con él a donde has llegado?

─Oh, Abu Jaushan [8] ─contestó Ardabasto─, la gente que profesa tu religión cuenta de ti que su esmerada educación no te ha influido; si no fuera así, no te hubieras extrañado de lo que acabo de hacer. Vosotros, Dios os bendiga, merecéis la generosidad en aras de vuestra vida mundana y vuestro poder, mientras que con este he sido generoso en aras de Dios Altísimo. De nuestro señor Jesucristo nos cuentan que dijo: *a aquel que haya sido honrado por Dios Altísimo por su obediencia a él, deben honrarlo las criaturas de Dios*.

Ante esta tajante respuesta, Assomail se quedó boquiabierto, sin saber qué decir, máxime siendo este analfabeto, por lo que Ardabasto osó decir lo que dijo delante de él. Entonces, los demás concluyeron:

─Dejémonos de todo esto y céntrate en lo que nos trajo hasta aquí, pues necesitamos lo mismo que ese hombre que se dirigió a ti y con el que fuiste generoso. Así que tennos en consideración. A lo que Ardabasto contestó:

[8] N.T. Abu Jausahn, alias de Assomail.

—Vosotros sois reyes entre la gente y seguro que solo aceptáis lo abundante, y por ello os concedo cien haciendas para que las repartáis entre vosotros de diez en diez.

Y dicho esto les redactó los documentos correspondientes y ordenó a sus apoderados que entregaran las haciendas a esos notables que luego las consideraron sus mejores posesiones.

## 16

## La conquista de Córdoba

Tariq Bin Ziyad redistribuyó su ejército, enviando a Mughiz Ar-Rumi (Moguits), comisionado del califa Al-Walid Bin Abdelmalik, a Córdoba, que era una de las ciudades más importantes de los godos, a la cabeza de setecientos jinetes, pues todos los musulmanes iban a caballo ya que se habían apoderado de la caballería de los godos hasta el punto de que ya ningún soldado musulmán iba a pie, y aun así les sobraban caballos.

Moguits se agazapó en la alqueria de Xecunda [9], ocultándose en un bosque de alerces, y envió algunos guías, que encontraron a un pastor de ovejas y le preguntaron sobre Córdoba, y este les dijo:

─Fue abandonada por sus habitantes notables, que se marcharon rumbo a Toledo y solo permanece en la ciudad su príncipe junto a cuatrocientos caballeros, para proteger a la población débil.

Y preguntaron al pastor acerca de la muralla de Córdoba y este les dijo que era fuerte y alta, pero con una grieta, que describió.

En cuanto se hizo de noche, las tropas de Moguits se acercaron a Córdoba, con tal suerte que Dios les facilitó la conquista con una llovizna que amortiguaba el ruido de los cascos de la caballería, y los musulmanes se fueron acercando poco a poco hasta que atravesaron el río de Córdoba por la noche, cuando los guardias de la ciudad no prestaban suficiente atención a la muralla, sintiéndose incómodos por la lluvia y el frío que habían soportado. Los jinetes de Moguits desmontaron tras cruzar el río, que distaba tan solo treinta brazos de la muralla, o tal vez menos, y quisieron trepar por el muro, pero no encontraron donde agarrarse, así que acudieron nuevamente al pastor para que les mostrara la falla de la que les había hablado, y así lo hizo, comprobando que no era fácil de

[9] * N.T: La alquería de Xecunda o Secunda se hallaba en la parte meridional del Guadalquivir. (*Colección obras arábigas de Historia y Geografía*. Madrid: Real Academia de la Historia; tomo primero, Ajbar Machmúa, 1867, p. 23).

alcanzar; pero había una higuera justo debajo de la falla, y un hombre de los más fornidos entre los musulmanes se encaramó a la cima del árbol. Moguits se quitó el turbante e hizo que el hombre del árbol agarrara el cabo de la tela, que sirvió a los soldados musulmanes para ir trepando, ayudándose unos a otros hasta que se juntaron muchos en lo alto de la muralla. Moguits montó su caballo y esperó en el exterior de la fortaleza, ordenando a los de la muralla que atacaran a la guardia, lo que llevaron a cabo matando a algunos de ellos y rompiendo los candados del portalón que abrieron. Moguits y sus soldados penetraron en la ciudad tomándola por la fuerza.

Subió Moguits hasta el palacio del gobernador de la ciudad, acompañado de sus guías, pero el gobernador, nada más conocer que los musulmanes habían irrumpido en la ciudad, se dio a la fuga junto a unos cuatrocientos de sus allegados, hasta que alcanzaron una iglesia al oeste de la ciudad, donde se hicieron fuertes y se defendieron de sus enemigos. La iglesia se abastecía de agua de una fuente en la ladera del monte mediante conductos subterráneos.

Moguits se hizo con la ciudad y sus alrededores, y asedió a los atrincherados en la iglesia durante tres meses, hasta que se agotó su paciencia. Entonces llamó a uno de sus hombres, que era negro, fuerte y entusiasta, de nombre Rabah, y le pidió que se ocultara en un jardín de frondosos árboles, lindante con la Iglesia, y que intentara apresar a uno de los cristianos para obtener datos sobre esa gente. Y así lo hizo Rabah, pero su necedad le indujo a trepar por algunos de esos árboles, recogiendo sus frutos para comérselos, hasta que los de la iglesia lo vieron, lo rodearon y se lo llevaron, pero siempre temerosos de él, extrañados de su aspecto, pues, nunca, antes habían visto a un negro. Se agolparon alrededor de él, armando una gran algarabía, expresando su extrañeza y creyendo que estaba teñido. Así que le quitaron la ropa en medio de un grupo de ellos y lo acercaron al canal que los abastecía de agua, y empezaron a lavarlo y frotarlo con esparto hasta que sangró y les imploró, diciéndoles por señas que lo que en él veían era creación de quien los había creado a ellos también, alabado sea. Entonces

comprendieron lo que quiso decir, y dejaron de frotarlo; a él le aumentó el pánico, y durante siete días que estuvo preso no dejaron de agolparse a su alrededor para contemplarlo. Hasta que tuvo la ocasión de escaparse por la noche y llegar a donde se encontraba el caudillo Moguits y le puso al tanto de lo que le había sucedido, lo que había sabido de esa gente, el lugar del agua a donde acudían a abastecerse y la vertiente por donde les llegaba el agua.

Moguits ordenó que buscaran ese canal de agua en la zona que había señalado Rabah hasta que fue encontrado, cortando su paso hacia la iglesia, y cerrando sus accesos, hasta que los de la iglesia se percataron de que estaban condenados a morir. Moguits los conminó entonces a entregarse o a tributar, a lo que se negaron, por lo que incendió la iglesia, muriendo casi todos ellos abrasados; por ello se llamó la Iglesia de los Quemados, que es muy venerada por los cristianos, por todo lo que padecieron aquellos que estuvieron en su interior. Sin embargo, el jefe de estos no quiso para sí el final que sufrieron sus seguidores, y cuando se percató de que la muerte era inminente los abandonó, sin que se dieran cuenta, y se escapó él solo rumbo a Toledo. Pero, Moguits, al enterarse, lo persiguió al galope, solo, hasta que lo avistó cerca de Talavera, montado en un caballo de tamaño menor y más veloz. Moguits espoleó al caballo tras el fugitivo y este, al mirar hacia atrás, se quedó sorprendido al verse a punto de ser alcanzado por el árabe, por lo que azuzó más a su caballo, que no respondió adecuadamente, provocando la caída del jinete, siendo este capturado por Moguits, que lo desarmó y lo apresó para entregarlo más adelante al emir de los creyentes. La verdad es que este fue el único entre los caudillos de Al-Ándalus [10] que fue hecho prisionero, ya que algunos de ellos aceptaron la protección de los musulmanes mientras que otros se fugaron a Galicia.

Moguits reunió a los judíos de Córdoba y los acogió en su medina, confiando en ellos, al contrario que en los cristianos, por la

[10] N.T.: Al-Ándalus, denominación árabe del territorio peninsular ibérico y de la Septimania (actual suroeste de Francia), bajo el control de los godos antes de la ocupación musulmana.

enemistad existente entre estos y los judíos. Además, eligió el palacio para sí mismo y la medina para sus compañeros.

## 17

## Tariq y Musa

La caída de Rodrigo y de su ejército a orillas del Guadalete había abierto el sur de Hispania a los musulmanes, pues, el país entero huyó ante ellos. Pueblos y aldeas fueron abandonados por sus dueños precipitadamente. Sus habitantes habían cargado con sus enfermos, viejos y mujeres a lomo de las mulas alejándose con ellos hacia las zonas remotas del país, rumbo a las majestuosas montañas, o a las ciudades amuralladas. Muchos de ellos se habían agotado en el viaje y habían detenido su marcha, cayendo en manos del enemigo, y otros en cuanto veían un turbante u oían un tambor abandonaban sus mulas, sus animales, y se contentaban con salvar la vida. Así, por los caminos se hallaba un gran número de ganado y manadas abandonados.

Sin embargo, los árabes no se entregaron a tomar prisioneros entre los civiles, ni al saqueo ni al asesinato. Al contrario de todo esto, se comportaron con justicia, y Tariq Bin Ziyad, que era un guerrero, se comportó con inteligencia y honor, golpeando con mano de hierro a todo aquel entre sus hombres que osaba agredir al pueblo tranquilo y pacífico, prohibiendo el saqueo y la toma de prisioneros civiles, salvo en caso de guerra o de resistencia.

Tariq tampoco necesitaba acudir al uso del castigo y de la violencia con respecto a sus hombres, pues estos lo obedecían ciegamente, admirados de su heroicidad.

Y mientras Tariq avanzaba por los llanos de Al-Ándalus, informó a Musa Bin Nusair de la gran victoria; y al campamento de Musa llegaban delegaciones y emisarios, ininterrumpidamente, dándole la buena noticia de la conquista, alabando la valentía, la astucia y la pericia de su caudillo. Sobre esto, decían:

*Tariq aniquiló las tropas del enemigo en una batalla decisiva y se convirtió en el señor de sus enemigos, matando a decenas de miles de sus hombres en el campo de batalla, y el país se encuentra ya a nuestra merced, pues las ciudades y los castillos han caído uno*

*tras otro en nuestras manos y nada puede interponerse en el camino de nuestro victorioso ejército*.

Estas noticias no eran del todo bien recibidas por Musa Bin Nusair, que no veía con buenos ojos las victorias del ejército de Tariq, embargándole algo de envidia, dado que las victorias de Tariq empañaban sus propias victorias que había cosechado en el norte de África.

De inmediato, Musa envió un correo al califa omeya, Al-Walid Bin Abdelmalek, en Damasco, para informarlo de los acontecimientos en Al-Ándalus, no atribuyendo las victorias a Tariq, sino a sí mismo. Así, escribió diciendo:

*Las batallas fueron tan encarnizadas como si fuera el día del juicio final, pero gracias a Dios hemos obtenido la victoria*.

Luego, se dispuso Musa rápidamente a embarcarse rumbo a Al-Ándalus, para hacerse con el mando de las tropas árabes allí, tras haber enviado un correo a Tariq instándole a detener su avance y a no adentrarse en el territorio del enemigo. En ese correo le decía:

*En cuanto recibas este correo mío detén tu avance donde quiera que te encuentres, y espera mi llegada, pues tus tropas no son capaces de controlar el país completamente y puede ser de poca inteligencia seguir adentrándote en el territorio del enemigo. Pronto llegaré a ti con ejércitos frescos*.

Tariq recibió esta misiva de Musa cuando se encontraba en el cénit de su victoria, pues después de haber logrado controlar gran parte de Al-Ándalus, acababa de conquistar la ciudad de Écija. Y cuanto más avanzaba en la lectura de aquella misiva más enrojecía su rostro y sus ojos despedían chispas porque presentía las intenciones de Musa. Tariq, una vez acabó de leer el correo, se dirigió a su tropa diciendo:

─Desmontad, soltad las lanzas, levantad las tiendas y descansad, porque hemos de esperar la llegada del gobernador con un gran ejército para que nos ayude en la conquista.

─¿Y qué necesidad de ayuda tenemos cuando los enemigos huyen delante de nosotros como ovejas? ─gritaron los combatientes

musulmanes al oír las palabras de Tariq─. ¿Y quién mejor que Tariq para conducirnos por el camino de la victoria?

─¿Y para qué la indecisión en esta valiosa hora? ─dijo el conde Julián, que estaba presente─. El ejército godo ha sido vencido y sus soldados están muertos o han huido. Seguid vuestra victoriosa marcha antes de que el país recupere el aliento. Arrasad las ciudades e invadid las comarcas. Ocupad la capital, así vuestra victoria será total.

Los asistentes aplaudieron prolongadamente al conde Julián porque había expresado lo que todos pensaban, y Tariq no necesitaba muchos argumentos para convencerlo de que siguiera avanzando, haciendo caso omiso del correo de Musa, por lo que se preparó para proseguir su victorioso avance.

Tariq inspeccionó la tropa en los llanos de Écija. Algunos de sus soldados montaban los caballos que habían traído de África y otros montaban los que se habían arrebatado a los godos en el campo de batalla. Tariq dio órdenes a sus soldados:

*No matéis ni saqueéis en los lugares que no ofrezcan resistencia. No os ensañéis con los cadáveres. Conformaos con el botín de guerra, los víveres y la comida.*

La marcha de Tariq iba precedida por el terror que provocaban sus soldados en el corazón de la gente, por eso, en muchos lugares a donde llegaba la gente corría hacia él ofreciéndole obediencia y pidiendo garantías para sus vidas, sus bienes y sus posesiones. Pues ni los castillos los protegían ni había soldados que los defendieran, ya que sus caballeros habían caído en el campo de la muerte. Tariq solía acogerlos buenamente, satisfacer sus peticiones y proteger sus bienes y posesiones, aceptándolos como súbditos del emir de los creyentes que reinaba en Damasco.

Y después de haberse adentrado en el país llegó a un extenso llano, salpicado de pueblos y aldeas, en una bella vega. Aquella era Granada que fue destinada a ser morada de los árabes por mucho tiempo. Los musulmanes al ver aquella vega se detuvieron maravillados ante su belleza, pensando en que el profeta, que la paz

sea con él, les había concedido esa recompensa por los grandes servicios que habían prestado a la causa del islam.

Tariq se acercó a la ciudad, que reposa en lo alto de una montaña, fortificada con murallas y torres godas, con su castillo rojo, quedando encantado por su ubicación, y mandó que levantaran su campamento frente a sus murallas en previsión de lanzar un ataque con todas sus fuerzas.

No obstante, la ciudad no poseía más fuerza que su aspecto exterior ya que la flor y nata de sus jóvenes había sido truncada en la batalla de Guadalete, y muchos de sus moradores se habían fugado hacia las montañas, no quedando allí más que los viejos, los niños y las mujeres, además de una parte de los judíos, prestos a ayudar al conquistador. Así, la ciudad se entregó fácilmente, obteniendo de Tariq garantías y protección, siendo respetados sus templos y sacerdotes, y sin haberle exigido más tributos que los que ya pagaba a los reyes godos.

Cuando Tariq terminó de conquistar Granada, fortificó sus torres y castillos, y la dejó bajo el mando de Badis Bin Habus, que se destacaba por su valentía y su capacidad de gobierno. Habus se convirtió más tarde en rey de Granada.

Sin embargo, Tariq no dejó que el encanto de Granada lo cautivara de tal modo que le impidiera seguir su avance. Hacia el este vio unas montañas muy altas, cubiertas de nieve y pensó que era imprescindible tomarlas, y marchó hacia allí, dejando a Habus en Granada. Atravesó la vega de Granada, huyendo sus moradores en cuanto oían tocar el tambor árabe y cuando veían a los jinetes con turbantes acercarse a ellos.

Las tropas continuaron su marcha sin que los molestara nadie hasta que se adentraron en un estrecho desfiladero, entre dos montañas, donde empezaron a caer sobre ellos flechas y piedras lanzados por aquellos que se habían fortalecido en las cuevas, lo que provocó la muerte de algunos jinetes, por lo que Tariq ordenó la retirada, para reintentarlo, encontrándose de nuevo bajo una lluvia de flechas y piedras. Por eso, Tariq pensó en abandonar la idea de ocupar aquellos angostos pasos, hasta que un cristiano pidió verlo,

solicitándole seguridad y protección contra quienes podrían vengarse de él, mientras los condujera por un sendero que atravesaba las montañas y llevaba hasta el centro de aquellas, desde donde Tariq podría controlarlas.

De esta manera aquellos aldeanos se encontraron rodeados por tropas muy superiores a ellos en número, por lo que no vieron otra alternativa que la de rendirse. Así, su obispo bajó desde lo alto de la montaña hasta que entró en la tienda de Tariq para negociar las condiciones de rendición. Este permitió que conservaran sus viviendas, posesiones y enseres, y les garantizó que nadie obstaculizaría la práctica de su religión, que sus templos y sacerdotes serían respetados y que nadie les causaría daño alguno. Los dejó a expensas de un gobernador, de nombre Ibrahim Al-Bushrat.

Tariq llegó hasta los llanos cercanos a la ciudad de Toledo, pensando que allí encontraría una feroz resistencia, por lo que se preparó para un asedio prolongado. Y mientras Tariq hacía los preparativos del asalto a la ciudad llegaron sus hombres acompañados por un rabino, que se había descolgado mediante cuerdas por el muro de la ciudad:

—¿Qué has venido a hacer aquí? —le preguntó Tariq.

—Ordena que salgan estos —contestó el rabino.

Y cuando Tariq se quedó a solas con el judío, este se dirigió a él, hablándole en árabe:

—Sabe, caudillo del ejército de los musulmanes, que vengo de parte de los judíos que viven en Toledo. Hemos sido maltratados y nos han sido arrebatados nuestros víveres cuando los habitantes de la ciudad se han dado cuenta de que el asedio será implacable, obligándonos a trabajar como esclavos en la reconstrucción y restauración de los muros. Nosotros los odiamos y estamos dispuestos a entregaros las torres de cuya custodia hemos sido encargados, si tú nos aceptas entre tus súbditos y nos permites practicar nuestros ritos religiosos y nos das seguridad respecto a nuestros bienes y nuestras vidas.

Tariq se sintió muy satisfecho ante esta propuesta y agasajó al rabino y lo colmó de regalos y le dijo:

─Lleva a cabo lo que has prometido y yo te daré más de lo que has pedido.

Los dos prepararon juntos el plan del asalto.

Y en medio de una oscura noche, un destacamento de soldados musulmanes se acercó al lado del muro que salvaguardaban los judíos y estos se encargaron de permitirles el acceso y los ocultaron en una de las torres, mientras unos tres mil musulmanes se agazapaban tras las rocas en un lugar que domina la ciudad. Al día siguiente, después de saquear las aldeas cercanas, los musulmanes desmontaron sus tiendas y se marcharon para hacer creer a los habitantes de Toledo que el asedio se daba por finalizado y que se habían contentado con lo que habían saqueado en los pueblos vecinos.

Los toledanos se sorprendieron cuando vieron, desde lo alto de su muralla, la marcha del ejército musulmán. Y antes de caer la noche ya no se veía en el horizonte ni un solo jinete árabe y ni un solo turbante, por lo que los cristianos atribuyeron esa victoria a Santa Leocadia, patrona de la ciudad.

Al día siguiente, Domingo de Ramos, los cristianos salieron en procesiones, hombres, mujeres y niños, llevando ramas de árboles, en dirección a una iglesia situada extramuros, para dar las gracias a la santa por haberlos protegido. Entonces fue cuando los árabes que se encontraban ocultos desde la noche anterior emprendieron el ataque, teniendo lugar una matanza por indicación del obispo Oppas.

Algunos cristianos se refugiaron en la iglesia, pero el obispo Oppas ordenó quemar sus puertas amenazando con matar a todos los que se encontraban dentro. Sin embargo, Tariq llegó a tiempo de parar aquella revuelta que encabezaba el obispo y ordenó la retirada de las fuerzas árabes, poniendo fin a aquella matanza, y otorgando el perdón a todos, garantizándoles la libertad de practicar sus ritos religiosos en sus siete iglesias, pero les prohibió construir

nuevas iglesias. Algunos de ellos prefirieron abandonar la ciudad, permitiéndose su marcha, pero sin llevarse nada consigo.

En el palacio real Tariq encontró un tesoro de incalculable valor, incluidos veinticinco coronas de oro incrustadas de joyas, diamantes y piedras preciosas. Eran las coronas de los reyes godos que gobernaron Hispania; cuando fallecía un rey se depositaba su corona en el tesoro, escribiendo en esta su nombre y edad.

Cuando Tariq hubo ocupado la ciudad, los judíos se precipitaron a su encuentro formando largas filas, bailando y aclamándolo, y deseándole larga vida. Tariq los agasajó y obsequió con parte del botín.

Más tarde, Tariq organizó una nueva campaña contra Guadalajara, que se entregó a él sin resistencia. Luego conquistó Medinaceli donde encontró una mesa de incalculable valor que era parte del botín obtenido por Alarico, en Roma, cuando esa ciudad fue ocupada por los godos.

Según la tradición, esa mesa fue fabricada por los genios para el rey Salomón el Sabio, hijo de David. Tariq la conservó considerándola lo mejor que había obtenido de botín y decidió enviarla al califa Walid Bin Abdelmalek. Los árabes denominaron aquella ciudad con el nombre de Ciudad de la Mesa (Almeida).

Tariq continuó lanzando incursiones hasta que reunió grandes cantidades de oro, plata y piedras preciosas con las que regresó a Toledo.

***

## 18

## Abdelaziz y Theodomiro

Cuando Musa Bin Nusair fue informado de lo conseguido por Tariq y de sus conquistas sintió envidia y se preparó para marchar rumbo a Al-Ándalus; se puso a la cabeza de dieciocho mil hombres y entró en Al-Ándalus en el mes de Ramadán del año 93 de la Hégira (junio de 712). Subió por un monte que había sido ocupado por Tariq, entrando en el lugar llamado después Monte de Musa. Y cuando ocupó Algeciras dijo: *No seguiré el camino seguido por Tariq, ni seguiré sus huellas*, a lo que los guías, hombres de don Julián, respondieron:

—Nosotros te guiamos por un camino mucho más noble que el de Tariq y te llevamos a ciudades de mucha más importancia, más trascendencia y de mayores botines que sus ciudades, que aun no han sido conquistadas, y que Dios hará que sean conquistadas por ti, si Dios quiere. Musa se sintió muy satisfecho al escucharlos.

Lo llevaron por la costa de Sidonia, que la conquistó por la fuerza. De allí se dirigió a Carmona, que en toda Al-Ándalus no había ciudad más fortificada que esta, ni más lejos del alcance de quien pretendiera conquistarla mediante asedio o lucha. Musa la conquistó mediante un engaño tramado por los hombres de Julián. Estos accedieron a la ciudad simulando que estaban huyendo de las tropas de Musa, y este, ya por la noche, se colocó con su caballería ante el portón, que fue abierto por los hombres de Julián, atacando a los guardias y apoderándose de la ciudad.

Musa siguió adelante hacia Sevilla, sitiándola. Sevilla era entonces la más importante de las ciudades de Al-Ándalus, la de más vitalidad, la de más abundantes restos históricos, y había sido capital de reino antes de los godos. Cuando los godos se apoderaron del reino de Al-Ándalus, trasladaron el poder a Toledo, permaneciendo los líderes religiosos en Sevilla. Esta ciudad resistió a Musa durante meses, hasta que Dios quiso que fuera conquistada

por él, huyendo sus habitantes a la ciudad de Beja [11]. Musa acogió a los judíos de Sevilla en la alcazaba de la ciudad dejando en la ciudad a un grupo de sus hombres antes de reemprender la marcha hacia Mérida, que en épocas anteriores había sido sede del poder de algunos reyes.

Mérida, que era una ciudad con cierta prosperidad y capacidad defensiva, y albergaba palacios, restos históricos, fábricas e iglesias de majestuosa categoría y extraordinaria belleza, fue también asedida, siendo sus habitantes de una notable fortaleza y un gran poderío, logrando estos imponerse a los musulmanes, una vez tras otra, causándoles daño.

Así las cosas, Musa construyó una especie de tanque de asalto, debajo del cual los musulmanes avanzaron hacia una de las torres a la que empezaron a picar hasta que arrancaron sus piedras, pero fueron atacados por el enemigo por sorpresa cayendo muchos musulmanes muertos bajo aquel tanque, por lo que aquel lugar fue llamado la Torre de los Mártires.

Vistos los resultados, Musa, acudiendo a un truco relacionado con su aspecto físico, propuso hacer la paz, y pidió a sus enemigos que le enviaran sus representantes para negociar, dándoles garantías de seguridad. El primer día entraron a verlo, encontrándolo con el cabello y la barba blancos, sin lograr llegar a un acuerdo con él. Volvieron un día antes de cumplirse el mes de la primera visita, encontrándolo con la barba roja, pues había utilizado henna (alheña) para cambiarla de color. Regresaron a verlo al día siguiente, cuando él había ennegrecido su barba, con lo que la sorpresa de ellos aumentó más aún, ya que no conocían el tinte. Una vez de regreso en la ciudad, estos dijeron a su gente:

─Estamos luchando contra unos profetas de Dios, que cambian de aspecto como les antoja, adoptando la imagen que eligen. Su rey era anciano y rejuveneció, y nuestra opinión es que nos acerquemos a él y le demos lo que pida, pues no podemos con él.

[11] N.T: Beja, en Portugal.

Entonces capitularon y terminaron por acordar el armisticio con Musa, basado en que los bienes de los muertos el día del tanque y los bienes de los huidos de la ciudad eran del califa, mientras que los bienes y alhajas de las iglesias eran de los musulmanes. Así, le abrieron la ciudad siendo el primer día de la festividad de Id Al-Fitr del año 94 de la Hégira (30 junio de 713), convirtiéndose Musa en su dueño.

Mientras, los sevillanos se abalanzaron sobre la guarnición musulmana de la ciudad. Se habían reagrupado procedentes de las ciudades de Beja y Niebla; atacaron a los musulmanes matando a unos ochenta de ellos. El resto de la guarnición llegó en su huida hasta Musa, cuando este se encontraba en Mérida.

Una vez conquistada Mérida, Musa reunió a sus caudillos en un gran banquete en el que todos hablaban de sus hazañas y victorias, mientras que Abdelaziz, hijo de Musa, permanecía callado y triste. Abdelaziz aprovechó un momento de silencio para dirigirse a su padre diciéndole con respeto y prudencia:

─Padre y señor mío, me resulta difícil escuchar las historias de heroicidad de boca de tus soldados, y los peligros a los que se han expuesto, mientras que yo no he realizado nada que me otorgue el derecho a estar sentado entre ellos. Cuando vuelva a Egipto, y de allí a Damasco, donde compareceré ante el califa, seguro que me preguntará sobre mis servicios prestados en Al-Ándalus, las batallas que gané, y los castillos y ciudades que sometí, entonces ¿cuál será mi respuesta? Si me quieres como hijo tuyo que soy, entrégame el mando de una campaña y dame la oportunidad para obtener una fama de la que la gente pueda hablar.

Los ojos de Musa brillaron de alegría al ver en su hijo este espíritu militarista.

─Alabado sea Dios Altísimo, exclamó Musa. Tienes razón hijo mío, la juventud es ambiciosa, y tiene el derecho a ser ambiciosa. Abdelaziz, tus deseos serán cumplidos.

Y no tardó en presentarse la ocasión para que el muchacho demostrara su arrojo y valentía. Los cristianos que se habían refugiado en Beja durante el asedio de Mérida, y que habían

logrado después concentrarse, aparecieron de repente ante las puertas de Sevilla. Algunos cristianos de dentro de la ciudad rompieron sus puertas y ayudaron a esas tropas a entrar, llegando a ocupar el palacio y a degollar a muchos miembros de la guarnición musulmana, salvándose de ellos unos pocos que huyeron dejando Sevilla a los cristianos.

Musa se dedicó a pensar en la manera de recuperar a Sevilla y castigarla.

─Ante ti, hijo, un proyecto a la altura de tus ambiciones ─dijo Musa a Abdelaziz─. Llévate contigo las tropas que te acompañaron desde África y reconquista Sevilla y haz que tu estandarte ondee en lo alto de su palacio, pero no te detengas en esta y sigue avanzando en las regiones del sur de Al-Ándalus donde cosecharás la gloria.

Nada más escuchar estas palabras Abdelaziz se puso manos a la obra, y se hizo acompañar por el conde Julián, Mughiz Al-Rumi (Moguits) y el obispo Oppas, para que lo ayudaran en su empresa, porque conocían bien los asuntos del país. Cuando llegó a la bella ciudad andaluza, que parecía una reina sentada entre sus damas de honor, con sus jardines, sus huertas y con el río discurriendo junto a sus murallas, el joven la contempló admirado como si estuviera enamorado, y lamentó de corazón que estuviera ante sus puertas como invasor y vengador. En cuanto a sus soldados, solo veían en esta la ciudad rebelde que había degollado a sus hermanos.

La gente de la ciudad, que no había participado en aquella extraña matanza para ellos, cuando vieron a Abdelaziz acampar en la orilla del río decidieron salir a su encuentro y explicarle lo sucedido y pedir clemencia y piedad. Sin embargo, los aldeanos de la ciudad les impidieron salir, cerraron las puertas y decidieron defenderla hasta el final.

La ciudad fue atacada con demasiada violencia y las puertas fueron destrozadas con la irrupción de las fuerzas musulmanas, decididas a vengarse, y la matanza no se ciñó a aquellos que defendían el palacio, pues se hizo pagar a justos por pecadores, matando a diestro y siniestro, hasta que Abdelaziz pudo detener aquella horrenda masacre.

Abdelaziz quiso probar su misericordia en la victoria como antes había probado su arrojo en el combate, lo que devolvió la tranquilidad a los corazones de los derrotados, dejando entre ellos a una numerosa guarnición por temor a un nuevo levantamiento.

El hijo de Musa dejó Sevilla para dirigirse a otros lugares por donde le iba acompañando la victoria en todas sus batallas, haciendo de la generosidad y del perdón su doctrina. Hasta que llegó a la región de Murcia, con sus altas montañas y sus fértiles llanuras, y que estaba bajo el gobierno de Theodomiro que, gracias a su sutileza, pudo salvar la región de Tudmir.

Theodomiro era un caballero valiente y un hombre inteligente y astuto. Comprendía que era estúpido enfrentarse a los árabes y combatirlos cara a cara, pues ni él ni otros eran capaces de vencer a la caballería árabe ni a su infantería blindada. Cuando las tropas musulmanas se acercaban, Theodomiro reunió a todos aquellos que eran capaces de empuñar un arma y los distribuyó por cuevas y colinas y les dijo:

*Todo pastor que sea capaz de volcar las rocas y piedras y hacer que se precipiten hacia abajo no es menos importante en la lucha que el combatiente entrenado*.

Theodomiro empezó a hostigar a las tropas en sus movimientos, tendiéndoles emboscadas en las estrechas angosturas y acribillándolas con una lluvia de piedras y rocas desde lo alto de las montañas, por si se hartaban de una guerra en la que no veían al enemigo cara a cara y se veían obligados a abandonar aquel país.

Así era el plan de Theodomiro: no luchar frente a frente. Pero, desafortunadamente, tenía dos hijos insensatos y temerarios, que veían en el plan de su padre algo de cobardía, por lo que optaron por enfrentarse a los árabes en el campo de batalla.

—¿Qué clase de gloria es la que nos espera si destruimos al enemigo de esta manera, protegidos por las rocas y los bosques? —increparon a su padre.

—Estáis hablando como dos ingenuos —contestó Theodomiro. La gloria es de quien guerrea en tierras extrañas, pero si el enemigo está a las puertas, nuestro objetivo debe ser mantenernos a salvo.

Sin embargo, los dos muchachos pudieron convencer a su padre para que descendiera a la llanura, lo que Abdelaziz aprovechó de inmediato para empujar a sus tropas a lugares donde separaba a los godos de las montañas. Theodomiro comprendió enseguida lo que pretendían las tropas musulmanas, pero ya era demasiado tarde.

─¿Cómo van a luchar nuestras fuerzas, que carecen de experiencia en el combate, contra estas legiones de caballería árabe que avanzan como si fueran castillos? ─se preguntaba Theodomiro─. ¡Tenemos que apresurarnos y refugiarnos en Orihuela y proteger sus murallas! ─exclamaba.

─La retirada ya no es posible ─respondió el hijo mayor─. Quédate aquí con la tropa de retaguardia, y avanzaremos mi hermano y yo. No temas daño alguno ¿acaso no soy yo, tu hijo, capaz de morir defendiéndote?

─La verdad es que dudo que seáis mis hijos ─le contestó Theodomiro─. Si yo me quedo aquí y os matan ¿quién podrá entonces defenderme? Y dicho esto llamó a su hijo menor.

─Ven tu, hijo mío ─le dijo─. Date prisa y retirémonos antes de que sea demasiado tarde.

─No me cabe ninguna duda de que soy tu hijo, te respeto y te venero, pero, así y todo, tengo deberes sagrados que cumplir respecto a mi madre, a quien prometí luchar con valentía y que me dio sus bendiciones y me maldijo si me comportara como un cobarde y huyera del campo de batalla. No temas, padre, te defenderé mientras tenga vida, y si te mueres, serás enterrado junto a tus padres y antepasados ─le respondió el hijo menor.

─¡Que la peste acabe contigo y con tu hermano ─le gritó desesperado el padre─. ¡No sois más que dos estúpidos descerebrados! ¿Es que creéis que mi importa un bledo que después de muerto depositéis mi cadáver en la tumba más bella? La vida de un día en una cabaña es más preciosa que la eternidad de alguien enterrado en una tumba de mármol.

Tehodomiro se volvió hacia sus soldados diciendo:

─Dejemos a estos dos engreídos y retirémonos, pues si nos demoramos más el enemigo se nos echará encima.

Al oír sus altivos hijos estas palabras, reagruparon sus filas y dijeron a su padre:

─¿Creéis que somos tan cobardes como para salir corriendo? Adelante…, este fue siempre el emblema de los godos…, y con él moriremos.

Y mientras transcurría esta discusión, los ejércitos musulmanes habían avanzado y rodeado a sus enemigos de modo que su retirada se había hecho ya imposible. Ambos bandos entablaron una cruenta batalla en la que Theodomiro luchó desesperadamente, viendo a sus dos hijos caer muertos junto a la mayor parte de las tropas que se habían unido a ellos, mientras que el resto huía en todas las direcciones.

Y cuando vio que no quedaba esperanza alguna se acercó al portador de sus armas y le dijo:

─No te alejes de mí, y escucha mi consejo, hijo mío, porque creo que eres mi hijo de una esclava a la que amaba.

Y decía la verdad, pues el joven era muy parecido físicamente a él.

Así, Theodomiro se alejó del campo de batalla junto a su lacayo, sin detenerse, hasta que llegaron a las murallas de Orihuela, donde ordenó cerrar las puertas y correr los cerrojos, disponiéndose a luchar contra el enemigo.

El número de hombres en la ciudad era pequeño, porque la mayoría de los mozos habían caído en la batalla, por lo que Theodomiro ordenó que las mujeres se vistieran de hombres y que anudasen sus cabellos alrededor de la barbilla a modo de barba, y con estas fuerzas improvisadas se asomó desde lo alto de las murallas.

Abdelaziz se acercó a la ciudad al caer el sol, deteniéndose cuando divisó el poderío de su destacamento militar. Entonces, Thedomiro alzó la bandera de la tregua y salió de la ciudad junto a su lacayo para firmar la rendición, siendo muy bien recibido por Abdelaziz.

─He venido en el nombre del gobernador de la ciudad para negociar y espero de vuestra caballerosidad que nos tratéis con la generosidad debida ─dijo Theodomiro haciéndose pasar por un enviado del gobernador de la ciudad─. Como habéis notado, la

ciudad es capaz de defenderse todo el tiempo que Dios quiera, sin embargo, el gobernador quiere preservar las vidas de los soldados. Prometedme que los civiles podrán salir, sin ser molestados, llevándose consigo sus pertenencias, y la ciudad os será entregada mañana por la mañana. Si no, estamos dispuestos a luchar hasta el último hombre.

Abdelaziz se alegró de poder conquistar la ciudad con condiciones fáciles de aceptar, pero pidió que el destacamento entregara sus armas, lo cual fue aceptado de buena gana por Theodomiro, pero poniendo como condición que fueran excluidos de él tanto el gobernador como su séquito, por respeto a su dignidad. Eso permitió que el pacto de capitulación fuera redactado de la siguiente manera *:

*Escritura y pacto pacífico entre Abdelaziz Bin Musa Bin Nusair y Tudmir ben Abdus (Theodomiro) rey de la tierra de Tudmir.*

*En el nombre de Dios, Clemente, Misericordioso, Abdelaziz y Tudmir sellan este pacto pacífico, que Dios lo proteja y lo haga perdurar en el tiempo. Entre ambos no habrá guerra. Tudmir y su descendencia, y ningún otro cristiano, gobernará su territorio. Sus mujeres e hijos no serán esclavizados, no habrá oposición alguna en cuanto a su religión, y sus iglesias no serán quemadas. Este pacto se aplicará en siete ciudades que son: Orihuela, Balantela, Leqant (Alicante), Mulah (Mula), Bucsara, Ota y Lorqa (Lorca). No recibirá a nuestros enemigos ni traicionará los compromisos que ha contraído con nosotros, y pagará él y sus nobles un dinar al año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite de oliva. Los esclavos pagarán la mitad de estas cantidades.*

*Redactado en el 4 del mes de rayab del año 94 de la Hégira" (5 abril 713).*

Testigos de este pacto fueron Ozman Bin Abi Ubaidah Al-Quraishi, Habib Bin Abi Ubaidah, Idris Bin Maisarah y Abul Qasem Al-Mizali.

Después de haber firmado este tratado, el enviado reconoció que él era el gobernador de los cristianos, lo que satisfizo a Abdelaziz, alabando su valentía y su buen hacer. Ambos comieron juntos como si fueran viejos amigos. Al caer la noche, Theodomiro volvió a entrar en Orihuela y ordenó, al alba, que se abrieran las puertas, apresurándose tanto él como su séquito a recibir a Abdelaziz, entrando Habib y los demás nobles árabes en
la ciudad, a lomos de sus caballos o a pie. Su sorpresa fue enorme cuando vieron que en la ciudad había un reducido número de hombres. Entonces, Abdelaziz preguntó a Theodomiro:

—¿Qué habéis hecho con los soldados vuestros que coronaban las murallas?

Entonces, Theodomiro le desveló su estratagema, que gustó a todos, excepto al obispo Oppas y al conde Julián, que se opusieron alegando que la rendición había sido fraudulenta y que no se debían poner en práctica las cláusulas del pacto. Sin embargo, Abdelaziz ordenó que fueran ejecutadas al pie de la letra.

Abdelaziz fue acogido como huésped por Theodomiro, durante tres días, finalizados los cuales reemprendió la marcha sin que sufriera daño alguno por los territorios pertenecientes a Theodomiro, atravesando el valle del Segura, Dajal, en Albacete, Elvira, Jaén, Granada que estaba en manos de los judíos, Antequera, Málaga y otras ciudades costeras que fueron conquistadas sin resistencia. Lo acompañaban en esta campaña Ozman Bin Abi Ubaidah Al-Quraishi, que siempre fue compañero de su padre, y Musa Bin Nusair, que fue el primero en certificar el pacto de reconciliación con Theodomiro Ben Abdus el cristiano, rey del oriente de Al-Ándalus. También lo acompañaba Abdullah Bin Maisarah Al-Fahami, quien era también compañero de Musa Bin Nusair.

Tariq compareció ante Musa en Toledo, donde este lo reprendió violentamente y alabó a los otros jefes militares que habían contribuido a la gloria del islam, pero estos no articularon palabra y

reflejaron en sus semblantes el malestar y la queja ante el mal trato al que había sido expuesto su querido caudillo, Tariq. Este,
aunque de sus ojos saltaban chispas de ira, reprimió su cólera.
─He hecho todo lo que he podido para servir a Dios, al califa y al islam ─dijo Tariq─. Mi conciencia está tranquila.
─¿Acaso el califa puede reprenderte? No. Pero, me siento incapaz de confiar los intereses del califa a un hombre desesperado que no obedece mis ordenes y lo deja todo en manos del azar. Un caudillo así no merece que se le confíe el mando de nuestro ejército. Dicho esto, Musa, despojó a Tariq del mando de ejército y lo entregó a Mughiz Al-Rumi (Moguits).
─El califa me hará Justicia ─se limitó a decir Tariq─.
Al oír Musa este desafío se enfureció y ordenó apresar a Tariq y lo amenazó de muerte.
Mughiz Al-Rumi, que había ascendido a costa de Tariq ─tal como dice el refrán: *desgracias de unos, beneficios de otros*─ no pudo más que hablar a favor de Tariq y salir en su defensa, por lo que dijo a Musa:
─Recapacita tú mismo en las consecuencias que puede conllevar este comportamiento injusto. Tariq cuenta con muchos incondicionales en el ejército, además de que sus acciones militares han sido siempre destacadas y exitosas, haciéndole merecedor de los más destacados cargos y de la mayor recompensa en lugar de la humillación y la cárcel donde lo has recluido.
Pero la furia de Musa no se apaciguaba y estaba decidido a justificar su comportamiento, por lo que escribió una carta al califa poniéndolo al tanto de la indisciplina de Tariq, de su falta de sagacidad y su temeridad.
Y no tardó Musa en recibir, desde Damasco, la respuesta del califa, en la que lo reprendía por su comportamiento hacia Tariq, ordenándole reponerlo en su cargo de comandante del ejército que Tariq había conducido de victoria en victoria, diciéndole, además, que sería un error la inhabilitación de una de las mejores espadas del islam. Y es que eso es lo que pasa con la persona envidiosa, que se gana la humillación y la reprimenda cuando pretende estropear,

envilecer o menoscabar una obra ingente realizada por su contrincante.

Una gran satisfacción se apoderó del ejército cuando se enteró de la respuesta del califa y de que se había hecho justicia respecto a Tariq. Mientras, Musa leía en los rostros de los que lo rodeaban una severa crítica por su comportamiento hacia Tariq, pero ocultó lo que sentía en su interior y simuló obediencia de buena gana a las órdenes del califa.

Tariq fue puesto en libertad y Musa se acercó a él, lo homenajeó y le confió nuevamente la comandancia del ejército, por lo que las tropas recibieron a su caudillo con alegría y satisfacción, comportamiento este que molestó sobremanera a Musa Bin Nusair.

Cuando los ánimos se habían calmado, los corazones se habían aplacado, el fuego de la ira se había apagado y los caudillos se habían reconciliado, Musa procedió a aplicar el mismo plan que había seguido Tariq para conquistar la península ibérica. Por lo que dotó a sus soldados de armas ligeras, liberándolos de todas las cargas pesadas de las que podían desprenderse. Así, el jinete portaba, junto con sus armas, una pequeña bolsa donde llevaba sus provisiones, un recipiente de cobre para guisar la comida y una piel que servía para vestirse y para cubrirse durante las horas de sueño. La infantería solo llevaba sus armas y cada regimiento podría ir acompañado de un determinado número de siervos y animales que fueran imprescindibles para el cargamento y las municiones.

El ejército recibió la orden de prohibir el saqueo y la toma de prisioneros entre los civiles, bajo pena de muerte, salvo en los campamentos del enemigo y aquellas ciudades destinadas específicamente al saqueo por haber ofrecido resistencia al ejército musulmán.

Los dos ejércitos tomaron distintos caminos, el de Tariq se dirigió hacia el norte para abalanzarse sobre la región donde nace el río Tajo, atravesando la cordillera ibérica para invadir la vega del río Ebro. Es sumamente sorprendente llegar a controlar tan vastos territorios en tan corto período de tiempo. Y mientras Tariq se dedicaba a barrer aquella región, Musa tomó otra dirección,

habiendo acordado ambos encontrarse en el norte, por lo que este último se dirigió a Salamanca, que se entregó sin ofrecer resistencia. Luego se volvió hacia el valle del Duero, siguiendo el curso del río, en dirección este, atravesando la sierra del Moncayo, llegando al río Ebro, bordeando su orilla hasta que alcanzó la ciudad de Sarqasta (Zaragoza).

Musa bebió del agua del río Jiloca encontrándola dulce y sentenciando que nunca había bebido agua tan dulce en todo Al-Ándalus, y cuando se le preguntó por su nombre, dijo "Jal'laq", recordando, al divisar todas las huertas que estaban ante sus ojos, la vaguada de Jal'laq, en Siria.

En Zaragoza se había refugiado gran número de los más fornidos caballeros godos que habían huido de los ejércitos árabes, lo que convirtió a esa ciudad en el último baluarte godo.

A la llegada de Musa a esta ciudad, Tariq se le había adelantado y la había sitiado herméticamente, hasta que la hambruna se hubo apoderado de sus habitantes, pero estos demostraban cada vez más empeño en defenderla.

Musa tomó el mando de ambos ejércitos y ordenó que la ciudad fuera atacada desde todos los puntos, tendiendo escaleras sobre sus murallas, demostrando, como era costumbre en estos, un extraordinario atrevimiento. Pero fueron rechazados con especial violencia lo que les impidió afianzar sus posiciones sobre la muralla.

Entonces, el conde Julián ordenó amontonar leña ante la puerta de la ciudad, incendiándola, siendo inútiles los esfuerzos que se hacían desde dentro para apagar el fuego, por lo que la puerta pronto fue pasto de las llamas, lo que permitió al conde avanzar a lomo de un indómito caballo, cubierto de cota de malla, seguido por trescientos de sus hombres, además de Moguits y una compañía de jinetes.

Los moradores de la ciudad lucharon para defenderla palmo a palmo, levantando barricadas y estacadas, utilizando para ello hasta los cadáveres de sus muertos. Mujeres y niños se unieron a los combatientes, defendiendo la ciudad desde las viviendas, ventanas, terrazas y azoteas, en una lucha a muerte, desesperada, lanzando,

contra los atacantes, piedras y todo lo que estuviera a su alcance; hasta vertieron agua hirviendo sobre el enemigo.

La lucha se prolongó hasta la caída de la noche, que es cuando los vecinos de la ciudad pidieron la negociación para rendirse. Pero Musa se encontraba muy enfurecido a causa de aquella feroz resistencia que les había costado la vida a muchos de sus soldados. Sabía que la ciudad albergaba tesoros reunidos de la región este de Hispania, por lo que exigió el pago de una cuantiosa multa a la que denominó "impuesto de sangre" que les podía salvar de ser acuchillados. La gente sabía que no había más remedio que la sumisión, por lo que reunieron las alhajas y joyas de sus familias, y los tesoros de sus templos, poniéndolos a los pies de Musa, junto con gran número de rehenes jóvenes de ambos sexos, con lo cual se consumaba la capitulación de Zaragoza bajo el yugo del conquistador.

Los caudillos árabes prosiguieron su marcha hacia los Pirineos, desde donde Tariq descendió hacia el sur siguiendo el curso del río Ebro, en la costa mediterránea, llegando a la ciudad de Valencia, famosa por sus huertas, y a la que sometió, y después siguió adelante hasta que alcanzó Denia.

Musa, por su parte, llegó con su ejército a lugares remotos, sometiendo a ciudades como Barcelona, Gerona y otras, penetrando en el país galo, donde ocupó Narbona en uno de cuyos templos halló siete estatuas de plata, de las que se apoderó. De regreso a Hispania siguió su marcha por Asturias y Galicia, bajando a Portugal hasta que llegó a Al-Ándalus meridional, laureado por las victorias, y arrastrando botines de ingentes cantidades e incalculable valor.

***

## 19

## El Fin de Musa Bin Nusair

Musa Bin Nusair Bin Abderrahman Bin Yazid nació el año 19 de la Hégira (año 640), cuando gobernaba el califa Omar Bin Al-Jattab. El califa omeya, Muauiyah Bin Abi Sufian [12]*, nombró a Musa jefe de su guardia, pero este no luchó a su lado contra Ali Bin Abi Taleb [13]**, por lo que Muauiyah le preguntó:

─¿Que te impidió salir conmigo contra Ali? Y tú sabes que me debes un favor, que aún no me has recompensado ─a lo que Musa contestó:

─No me ha sido posible agradecértelo porque esto sería como negar la existencia de quien merece mi agradecimiento más que tú.

─¿Y quién es ese? ─preguntó Muauiyah.

─Dios, alabado sea, el Altísimo, el Majestuoso ─respondió Musa.

─¡¿Y cómo es eso?!, ¡maldito, seas! ─insistió Muauiyah─, a lo que Musa respondió:

─Lo conoces a él mejor que yo, por lo tanto, haz la vista gorda y sigue tu camino ─Muauiya se quedó cabizbajo y pensativo, luego dijo:

─Que Dios me perdone, que Dios bendiga a Musa.

Cuando Musa Bin Nusair conquistó África, antes de conquistar Al-Ándalus, envió a un hijo suyo, de nombre Abdulah, a una de sus regiones, regresando este con un botín de cien mil cautivos, y envió a otro hijo suyo, de nombre Marwan, a otra región, regresando con otros cien mil. Y el propio Musa se marchó a una tercera región regresando a su vez con cien mil cautivos.

Al respecto, dijo Laiz Bin Saad:

---

[12] N.T: Muauiyah Bin Abi Sufian: primer califa de la dinastía Omeya.

[13] N.T: Ali Bin Abi Taleb: era primo carnal del profeta Mohammad y cuarto califa después de la muerte del profeta.

—Nunca se ha oído hablar de tantos cautivos de guerra en el islam como los de Musa.

Cuando Marwan hijo de Musa Bin Nusair regresó de la región del extremo Sus [14], arrastrando inmensas masas de cautivos, un enviado suyo llegó hasta donde se encontraba Musa, para avisarlo y Musa salió a recibir a su hijo con un grupo de notables. Cuando se encontraron padre e hijo Marwan ordenó:

—A todo el que venga a nuestro encuentro, mi padre y yo, le regalaremos una moza.

—Y por mi parte, ordeno que se le regale un mozo también, dijo Musa.

Con lo cual, todo el que había acudido a aquel encuentro regresó a su casa con un esclavo y una esclava.

Con respecto a esto, dijo el cronista Yafar Bin Al-Ashtar:

*Cuando entró Musa en África, encontró que sufría de una fuerte y prolongada sequía, por lo que ordenó a la gente que ayunara y que saliera de sus casas, por una parte, los hombres, y, por otra parte, las mujeres; por una parte, los niños y por otra parte, la gente, la dhimma [15]; además de las vacas reunidas y separadas de la manada de los terneros; y las ovejas también reunidas aparte. Luego ordenó reunir a todos estos grupos en un solo lugar, donde él imploró a Dios poderoso y grandioso y la gente imploró con él. Luego la gente se quedó quieta y callada, incluidas mujeres y niños, y empezaron a chillar vacas, terneros, ovejas y corderos; chillaban de tal manera que parecía que el cielo se precipitaba sobre la tierra, y así permanecieron todos hasta el mediodía. Entonces Musa pronunció un sermón en el que no mencionó al califa, por lo que se le preguntó después: ¿Es que no vas a pedir por el príncipe de los creyentes?; a lo que contestó: No se trata de*

[14] N.T.: Región de las llanuras sitas entre el Gran Atlas y el Pequeño Atlas, en el sudoeste del actual Marruecos.

[15] N.T.: Dhimma: gentes no musulmanas que vivían bajo el Gobierno musulmán.

*una situación en la que haya que pedir por el príncipe de los creyentes, sino que hay que implorar en esta a Dios, el Poderoso y el Grandioso.*
*Después de lo cual llovió abundantemente.*

Cuando salió Musa de África, dejó allí, como sucesor suyo, a su hijo Abdulah.

Cuando Musa Bin Nusair conquistó Al-Ándalus, fue sometiendo las ciudades a diestro y siniestro, hasta que llegó a Toledo, ciudad de reyes, donde encontró una casa, llamada Casa de los Reyes, y la abrió hallando en su interior veinticinco coronas adornadas con perlas y zafiros, equivalentes al número de reyes que habían gobernado Al-Ándalus. Cada vez que moría un rey quedaba su corona colocada en aquella casa, con su nombre grabado en ella, junto con número de años que vivió y los años que reinó. Y se decía que el número de gobernadores musulmanes de Al-Ándalus, desde el día de su conquista hasta el día de su derrumbamiento sería el mismo de los reyes no musulmanes que la gobernaron, veinticinco.

Al lado de esa casa donde se encontraban las coronas existía otra sobre cuya puerta había veinticuatro candados; cada vez que se coronaba un rey, ordenaba poner un nuevo candado como habían hecho todos los reyes que lo habían precedido, hasta que llegó Rodrigo, que dijo, poco antes de ser conquistada Al-Ándalus: ─Por Dios juro que no me moriré con el misterio de esta casa sin desvelar, por lo que tengo que abrirla para saber lo que hay
dentro ─Por eso acudieron a su encuentro todos los notables del cristianismo, los diáconos y los obispos y le preguntaron:
─¿Qué pretendes abriendo esta casa? Estima lo que crees que contiene y tómalo de nosotros y no hagas que se nos venga encima un suceso que, nunca, antes, aconteció por obra de ninguno de los reyes que te precedieron.

Ellos eran gente de conocimiento y sabiduría, y sabían lo que hacían. Pero Rodrigo hizo caso omiso e insistió en abrir aquella puerta, en cumplimiento del destino escrito, hallando dentro de la

casa un ataúd de madera y en el interior de este unos retratos de árabes, con sus turbantes y sus arcos, empuñando espadas con adornos. En la casa encontraron también un texto que decía: *Si esta casa se abre y estos* (las figuras del ataúd) *entran en su seno, ellos penetrarán en el país y se harán sus dueños, sometiéndolo*.

Efectivamente, los musulmanes entraron en Al-Ándalus aquel mismo año.

Musa había ordenado que clavaran estacas para atar sus caballos bajo las ventanas de esa casa, pero las estacas se resistían a clavarse en el suelo, resultando que alrededor de la casa había, enterradas, vasijas llenas de oro y plata.

Al respecto, dijo Abu Shabibah Assadafi: *Ví a dos hombres llevando un tapiz lleno de oro, plata, perlas y zafiro, resultándoles tan pesado que lo bajaron al suelo y, utilizando un pico, lo partieron en dos, llevándose una mitad y dejando la otra abandonada; y vi cómo la gente pasaba cerca de esta mitad y ni le llamaba la atención de tan ocupada como estaba con lo que tenía entre manos y que era mucho más valioso. Musa Bin Nusair, victorioso por voluntad de Dios, no tenía igual entre los hombres, y los reyes de los cristianos se amilanaron en sus manos hasta que alcanzó la puerta de Al-Ándalus, ubicada en la montaña que lo separaba de la Tierra Grande; fue cuando acudieron los francos a su rey Qarla (Carlos Martel) y le dijeron: Oíamos hablar de los árabes y temíamos que su llegada fuera a producirse procedente del este hasta que arribaron desde del oeste y se hicieron con el país de Al-Ándalus a pesar de ser escasos en número y tener pocos medios y a pesar de que no llevaban armaduras. Este les respondió: Yo creo que lo que tenéis que hacer es no cruzaros en su camino pues parecen un torrente de agua que se lleva todo lo que se interpone en su paso, y aun están al principio de su misión y tienen anhelos que hacen que no sea necesario que sean numerosos, y corazones que les recompensan la falta de armaduras. Pero, dadles tiempo hasta que sus manos se llenen de botines, se asienten en viviendas, empiecen a disputarse la jefatura, y se pidan apoyo unos contra otros; y entonces podréis con ellos*

*con suma facilidad. Y, por Dios que así fueron las cosas, con la desavenencia surgida entre los sirios, locales, bereberes, árabes, mudaríes y yemeníes, recurriendo algunos musulmanes a los enemigos para que los ayudaran contra otros musulmanes*.

Tras toda su singladura por la península, a Musa le molestaba tener que entrar en el país de los renegados de Dios, Galicia. Y mientras se estaba preparando para esa empresa llegó Mughiz Al-Rumi (Moguits), enviado por el califa Al-Walid Bin Abdelmalek, de quien era comisionado, con órdenes para Musa de abandonar Al-Ándalus, de detener los planes de adentrarse más en sus tierras, y de regresar a Damasco; lo que le disgustó porque significaba frustrar sus intenciones de penetrar en Galicia que hasta entonces era la única región de Al-Ándalus donde no habían penetrado los árabes. Musa estaba empeñado en conquistar aquel territorio, por lo que trató muy amablemente a Moguits, y le pidió que le diera de plazo hasta que entrara en Galicia y marchara sobre esta durante unos días, con lo que sería su socio en la virtud y en el botín, lo cual le fue concedido por Moguits. Y así lo hicieron, marchando juntos hasta que conquistaron el castillo de Yaro, y después el de Lugo donde se asentaron. Desde allí Musa envió sus patrullas que llegaron hasta la Roca de Pelayo, en la orilla del mar Verde.

Los gallegos obedecieron y optaron por la paz y por el pago de la yizyah [16], mientras que los árabes se asentaban en las nuevas llanuras conquistadas, pues ellos, cuando llegaban a un lugar que les gustaba, se asentaban en él, lo que ensanchó la extensión del islam en Al-Ándalus.

Y Mientras tan bien le iban las cosas a Musa, con notable preponderancia y abierta esperanza de cara al futuro, llegó otro comisionado, de nombre Abu Naser, al que el califa Al-Walid Bin Abdelmalek había enviado después de Moguits, cuando vio que Musa tardaba en regresar a Damasco. El nuevo enviado entregó a Musa una misiva del califa en la que lo reprendía y le ordenaba salir de inmediato de Al-Ándalus, instando a su enviado a que lo

[16] N.T: Yizyah: tributo que pagaban los súbditos no musulmanes a las autoridades islámicas

amonestara, por lo que Musa se apresuró a abandonar Lugo. Tariq acudió a su encuentro en el camino de vuelta desde el norte y le hizo regresar con él. Ambos marcharon y junto a ellos todo aquel que había elegido el retorno, además de los dos enviados, Moguits y Abu Naser, quedándose en Galicia aquellos que prefirieron permanecer y vivir allí.

Musa y sus acompañantes llegaron a Sevilla, donde nombró a su hijo Abdelaziz sucesor suyo y emir de Al-Ándalus, consolidándolo en aquella ciudad por estar comunicada con el mar.

Musa se embarcó hacia Oriente, acompañado de Tariq, en el mes de Du Al Hijja del año 95 de la Hégira. Habían pasado tres años y cuatro meses desde la batalla de Guadalete, en el año 711.

Musa llevó consigo ingentes botines de guerra y unos treinta mil cautivos, además de la mesa, y junto con ella bienes, joyas y valiosos efectos de incalculable valor. Y, aun así, se sentía ansioso de volver a la lucha, molesto por lo que había sufrido de perturbación cuando anhelaba atravesar lo que le quedaba por conquistar del país de los galos irrumpiendo en la Tierra Grande hasta llegar con su gente a Al-Sham (Siria). Musa albergaba la esperanza de que su travesía por aquellos territorios garantizara un camino por el que transitaran las gentes de Al-Ándalus en sus idas y venidas a Oriente, siempre por tierra, sin necesidad de que se embarcaran por mar.

Se decía, acerca de todo esto, que Musa había penetrado en el país de los galos hasta que llegó a una gran llanura con muchos restos arqueológicos, donde encontró una estatua erguida como un mástil, sobre la que estaba escrito en relieve, en lengua árabe, lo siguiente: *Vosotros, hijos de Ismael ya habéis terminado, volved*; lo cual sorprendió enormemente a Musa, por lo que dijo: *Esto no se habría escrito si no hubiera sido porque encierra un gran significado*. Musa consultó a sus allegados si creían que era mejor ignorar aquella estatua y seguir más allá de donde se encontraba, pero estos no se pusieron de acuerdo, por lo que aprobó la opinión de la mayoría de ellos, llevándose a su gente de regreso cuando ya se

encontraba a punto de terminar de atravesar todo el país y materializar su objetivo.

Acerca de esto dijo el cronista Yafar Bin Al-Ashtar:

*Musa conquistó todo lo que encontró a su paso, hasta que llegó al mar océano por el que nunca nadie había embarcado. Allí mandó traer tres águilas y ordenó que se embarcaran con ellos y cuando se hubieran adentrado mucho en sus aguas que soltaran la primera águila, y cuando se hubieran adentrado más que soltaran la segunda águila, y cuando se hubieran adentrado más aún que soltaran la tercera águila. Y efectivamente hicieron lo que les ordenó, soltando la primera águila, que voló todo lo que quiso mar adentro, y no regresó; enviaron a la segunda, que voló sin rumbo y tampoco regresó; y luego enviaron a la tercera, que voló y regresó, yendo a caer al barco, por lo que se cercioraron de que no había nadie detrás ni delante de ellos…*

*Musa se llevó consigo, en su viaje a Damasco, a cien notables bereberes, a veinte reyes cristianos, a cien reyes de Al-Ándalus, que portaron lo más extraordinario que había en sus respectivos territorios, de oro, plata, alhajas, topacio, esclavos; y lo nunca visto de incalculables bienes, hasta que llegó a Egipto, donde no quedó ni un noble ni un alfaquí ni un notable que no saliera a su encuentro. Allí pagó al hijo de Sulaiman Bin Malek diez mil dinares. Luego abandonó Egipto con rumbo a Palestina, donde lo recibió el clan de Al Ruh Bin Zanba, que los acogió a él y a los suyos como huéspedes, y llegó a mis oídos que sacrificó para él y los suyos cincuenta lechales. Más tarde, Musa salió de allí quedando algunos de sus allegados y los menores de sus hijos con el clan de Ruh Bin Zanba, sobre el que desprendió toda su generosidad, regalándoles mozos y mozas, escogidos entre los cautivos, y muchas cosas más*.

Entretanto, el califa Al-Walid Bin Abdelmalik había contraído la enfermedad que más tarde le causó la muerte, por lo que escribió a Musa para que acelerara la marcha y pudiera llegar a Damasco antes de su muerte, mientras que el hermano del califa, Sulaiman,

le escribía a Musa pidiéndole que aminorara la marcha, porque Al-Walid estaba moribundo.

Había llegado a oídos de Walid que su hermano le deseaba la muerte porque ostentaba el cargo de heredero, por lo que el califa le escribió informándolo de lo que había oído y reprobándolo. Al final de su carta le decía, en un poema:

*Algunos hombres han deseado que me muera y si muero*
*recorreré un sendero en el que no estaré solo.*
*Quizás aquel que anhela mi desaparición y la proclama*
*antes de mi muerte, sea él quien muera primero.*
*Pues ni la muerte de quienes murieron antes de mí me supone daño alguno.*
*Ni la vida de quien vive después de mí me convierte en eterno.*
*Dile a quien anhela lo contrario de lo sucedido:*
*Procúrate provisiones para otra ocasión en el futuro.*
*Pues su muerte corre hacia un tiempo invariable.*
*Y su tránsito lo alcanzará algún día sin previo aviso.*

Su hermano, Sulaiman, le contestó, por escrito:

*He comprendido lo que ha escrito el emir de los creyentes. Por Dios juro que ni se me había ocurrido desear eso, además de que sería yo el primero en seguirlo y en ser objeto del pésame para su familia. ¿Para qué entonces desearía yo que se agotase un período cuyo anhelante no tendrá más permanencia que el que tiene el viajero en una posada que pronto abandona? Al príncipe de los creyentes le ha sido comunicado lo que yo no pronuncié, ni se vio en mis ojos, y ¿desde cuándo el príncipe de los creyentes presta oídos a los chivatos y a quienes carecen de visión y no dudan en incitar a la corrupción de las voluntades y a cortar los lazos que unen a los miembros de una misma familia?*

Al pie de carta dirigida a su hermano, Sulaiman escribió, en un poema:

*Quien no es condescendiente con su amigo*
*y con respecto a algunas cosas de este, se muere censurando a los demás.*
*Y quien se esfuerza en rastrear cada error ajeno, lo encontrará.*
*Y no le quedará con el paso del tiempo ni un solo compañero.*

*El califa Al-Walid le respondió diciendo:*
*Qué buenas han sido tus excusas y tus advertencias, y es que tú siempre dices la verdad y tus obras son perfectas, y nada se parece a ti tanto como tu propia excusa y qué lejos de ti está lo que se dijo de ti. Salam* (paz).

Walid Bin Abdelmalek era muy cariñoso con sus hermanos; procuraba aplicar las enseñanzas de su padre Abdelmalek Ben Marwan, y a menudo repetía estos versos que había pronunciado Abdelmalek cuando le confió su testamento:
*Alejad los rencores de vosotros*
*tanto al atardecer como al alba.*
*Pues estar a bien entre vosotros*
*significa vuestra larga permanencia*
*tanto si mi vida se prolonga como si se acorta*
*Permaneced en armonía,*
*en previsión de las sorpresas de la vida.*
*Estad siempre unidos, con piedad y con amor.*
*Hasta que vuestra piel y vuestros corazones se ablanden*
*con respecto al poderoso, y no poderoso, entre vosotros.*
*Las flechas, si están juntas y alguien furioso pretende romperlas*
*con la fuerza bruta de sus manos*
*resistirán y no se dejarán romper,*
*y si son separadas, la debilidad y la destrucción*
*serán para el que se aísla* [17]

Musa Bin Nusair hizo lo que se le ordenaba en la misiva del califa Al-Walid, haciendo caso omiso del contenido de la misiva de

[17] N.T.: Al-Mas'udi. *Muruj Adahab*. Beirut, 1970, tomo 3.

Sulaiman, por lo que apresuró la marcha, lo que hizo que Sulaiman, furioso, prometiera crucificar a Musa. Al-Walid había ordenado a Musa que se diera prisa para evitar que Sulaiman se apoderara de lo que aquel traía consigo, y Sulaiman quería que Musa tardara en llegar para evitar que los hijos de Al-Walid se quedaran con lo que traía aquel.

Y es de esta manera como la gente suele dejarse arrastrar a una vida mundana, mientras que la vida mundana la atrapa quitándole lo que le ha dado, sin que aquella pueda reaccionar.

Musa llegó a Damasco antes de producirse la muerte del califa y puso a su disposición lo que traía consigo de lo más singular de perlas, zafiros, topacios, coronas con incrustaciones de perlas y zafiros, mozas, mozos y la mesa de Salomón, recibiendo el califa todo esto y depositándolo en Bait al-Mal [18] **.

Poco después, Al-Walid Bin Abdelmalek falleció, sucediéndolo Sulaiman que se convertía así en el nuevo califa, que llamó a Musa y lo reprendió violentamente:

─Juro que destruiré tu contumacia, dispersaré tu clan y te degradaré.

─Con respecto a lo que dices de que destruirás mi contumacia y me depondrás, te digo que esto está en manos de Dios y es cosa de Dios y no es cosa tuya y pido a Dios que me ayude contra ti ─respondió Musa.

Sulaiman ordenó su detención y fue expuesto a sol, en un día de verano, de intenso calor, siendo Musa grueso, y permaneciendo de pie hasta que cayó inconsciente, lo cual sucedió en presencia de Omar Bin Abdelaziz [19] .

Omar dijo al respecto:

*Al ver aquello sentí una pesadumbre que no había experimentado en toda mi vida, pues se trataba de un hombre recto que había*

[18] N.T.: Beit al-Mal: el tesoro público.

[19] N.T.: Omar Bin Abdelaziz se convertió más tarde en el califa omeya célebre en la hstoria árabe por su extremo sentido de la justicia y desprendimiento mundano.

*dejado una profunda huella en el sendero de Dios, con todo lo que Dios había abierto con sus manos.*

Sulaiman miró a Musa cuando este cayó inconsciente, se acercó a él y, una vez recuperado, le dijo:

─¡Oh, Abu Hafs! [20], no quiero pisar por aquí hasta que te hayas apartado de mí.

─De acuerdo, príncipe de los creyentes ─respondió Musa.

─¿Quién de vosotros está dispuesto a acogerlo? ─preguntó Sulaiman a los presentes.

Yazid Bin Al-Muhalab se levantó y dijo:

─Príncipe de los creyentes, yo lo acojo.

─Hazlo, pero no lo incomodes ─le contestó Sulaiman.

Yazid se lo llevó y le ofreció una bestia para que le sirviera de montura. Musa estuvo varios días de huésped en casa de Yazid hasta que mejoraron las relaciones entre el califa y él y este fue redimido por un millón de dinares que se le pagaron al califa.

Una noche Yazid Bin Al-Muhalab estuvo de visita en casa de Musa Bin Nusair y le preguntó:

─¿Cuántos crees que pueden ser tus partidarios y la gente de tu casa? ─a lo que Musa respondió:

─Muchos ─Yazid insistió.

─¿Pueden ser mil?.

─Y mil más y mil más, y así hasta que te falte respiración ─afirmó Musa.

─Y siendo tu situación tal como dices, ¿te arrojas por la borda? ¿Por qué no te quedaste allí a vivir en el centro de tu grandeza y lugar de tu poderío, reteniendo para ti todo esto que has traído hasta aquí? Hubieras dado lo que hubieras querido, pero manteniendo tu poderío y tu grandeza ─Musa respondió:

─Por Dios que, si yo hubiera querido hacerlo del modo que dices, no hubieran podido alcanzarme, aunque lo hubieran intentado hasta el final de los tiempos. Pero he preferido a Dios, poderoso y majestuoso, y no quise rebelarme ni descarriarme.

---

[20] N.T.: Abu Hafs, alias de Musa Bin Nusair.

Cuenta Al-Mas'udi [21] que el califa Sulaiman *hizo traer una extraordinaria bacía, a la que contemplaba constantemente, hasta que Musa le dijo:*

*─Estás embelesado sin que haya motivo de embeleso. por Dios juro que esto no vale ni diez mil dinares. Por Dios que yo envié a tu hermano, Al-Walid, una vasija de topacio verde, que cuando en su interior se vertía leche, esta tornaba verde, y en su interior podías ver hasta un pelo blanco, y que fue valorada en cien mil dinares, y esto era de lo menos valioso que le envié. Yo obtuve esto y obtuve aquello… Y fue enumerando lo que había obtenido de joyas, perlas, zafiros, y esmeraldas, hasta que Suleiman se quedó boquiabierto*.

*Y una vez, Sulaiman salió de recreo a una de sus posesiones, acompañado por Musa Bin Nusair. Pasaron por una finca perteneciente al califa, donde había más de mil cabezas de ovejas, lo cual llenó a Sulaiman de satisfacción, por lo que se volvió hacia Musa y le preguntó*:

*─¿Tienes tú tantas ovejas? ─Musa se rió y respondió:*

*─Por Dios que he visto muchas más ovejas que estas en posesión del más humilde de mis seguidores.*

¿Has dicho del más humilde de tus seguidores? ─preguntó Sulaiman.

*─Sí, lo juro por Dios ─repitió Musa varias veces─ y esto no ha sido todo con lo que Dios me ha querido gratificar, siendo obra de mis propias manos, pues las mil ovejas se vendían por diez dirhams, y cada cien por un dirham, hasta tal punto que la gente pasaba junto a las vacas y las ovejas y ni las miraban. También ví vender el camello bien alimentado por un dirham y he visto vender al hombre fornido y avispado, junto a su mujer y sus hijos, por cincuenta dirhams*.

[21] N.T.: Al-Mas'udi: historiador y geógrafo, autor de *Muruj Adahab*, muerto en la segunda mitad del siglo X d.C.

*Sulaiman Bin Abdelmalek se marchó a La Meca en peregrinación, y Musa lo acompañó, siendo este último de los más sabios de su tiempo en lo que a la ciencia de las estrellas se refiere. Cuando llegaron a Medina, Musa dijo a algunos de sus allegados: pasado mañana morirá un hombre cuya fama alcanzó a Oriente y a Occidente. Musa murió al día siguiente* y Maslama [22]* dirigió la oración por su alma.

En otra versión sobre los últimos días de la vida de Musa Bin Nusair se dice que pidió a Yazid Bin Al-Muhalab, por la alta estima que le tenía el emir de los creyentes, Sulaiman Bin Abdelmalek, que intercediera por él ante este último para que no lo presionara tanto como lo venía haciendo. Yazid respondió: ─Quiero preguntarte, por lo tanto, escúchame ─a lo que Musa respondió:

─Pregunta por lo que quieras.

─Nunca oí de nadie que haya sido más prudente que tú ni más sabio en lo que a las tácticas de la guerra y al entendimiento de la vida se refiere ─dijo Yazid─. Dime, pues, ¿cómo has caído en manos de este hombre después de haber conquistado Al-Ándalus, de haber puesto el mar tormentoso por medio entre tú y esta gente, de haberte asegurado de estar muy lejos de su alcance, de haberte apropiado de territorios que tú mismo conquistaste, de haber gobernado sobre hombres que solo conocían tu bondad y tu maldad, y de haber controlado suministros, caudales, baluartes y hombres que si los hubieras utilizado para protegerte no habrías sacrificado el pescuezo a manos de quien no tiene piedad de ti? Además, sabías que Sulaiman era príncipe heredero y que iba a ser califa a la muerte de su hermano, que se encontraba ya al borde de la muerte, sin remedio, y luego, has ido a enfrentarte a él (a Sulaiman) arrojándote a la perdición y ganándote el rencor de aquel que te gobernaba y de aquel otro al que gobernabas tú.

Con esto último Yazid se refería a Sulaiman y a Tariq Bin Ziyad.

[22] N.T.: Maslama Bin Abdelmalek, hermano del califa Sulaiman.

─Oh, hijo de nobles, no es este tiempo de retahílas ─respondió Musa─. ¿No has oído el proverbio que dice: c*uando llega la muerte sobran las precauciones*?

─No he querido con lo que he dicho ni retahílas ni reproches ─dijo Yazid─ sino estimular la mente, alertar el juicio, y ver lo que tienes entre manos.

─¿Acaso no has visto cómo la abubilla divisa el agua bajo tierra desde una larga distancia y luego cae en la trampa que está a la vista? ─respondió Musa.

Más tarde, Yazid intercedió por Musa ante Sulaiman, a lo que este contestó:

A *Musa el orgullo se le ha subido a la cabeza, a causa de la fama que ha alcanzado, la sumisión a él por parte de pueblos enteros, y por las riquezas que había acumulado. Pero, aun así, yo te concedo su sangre, a sabiendas de que no levantaré su sufrimiento hasta que no devuelva lo que cosechó de los caudales de Dios*.

Según esta versión, Musa iba por las distintas tribus recabando los caudales para reunir la suma que le exigía Sulaiman para su redención. Y en este estado murió Musa en Wadi Al-Qura [23], siendo de las personas más pobres y más humilladas.

Uno de los ulemas que permanecieron fieles a Musa en su estado de pobreza, dijo lo siguiente:

*Nos hemos visto obligados a llevar al emir Musa Bin Nusair de un lugar a otro entre las tribus árabes, donde uno acudía en nuestra ayuda y otro se ocultaba de nosotros, y tal vez alguno nos pagaba, por piedad, uno o dos dirhams, lo que alegraba al emir que enseguida los entregaba a los encargados de su custodia para que aminoraran su sufrimiento. Y eso me hacía recordar cómo andábamos en los tiempos de las ambiciosas conquistas en Al-Ándalus capturando los botines de los palacios cristianos, separando de estos el oro y otras cosas, para deshacernos de ello, ya que solo nos quedábamos con las lujosas pedrerías; alabado sea Dios, en cuya mano está la dignidad y la humillación, la*

[23] N.T.: Wadi Al-Qura: región al norte de Medina, en Arabia.

*riqueza y la pobreza.* Y tenía Musa un lacayo al que debía dinero, y a este se le había agotado la paciencia ante su prolongada espera para que Musa lo pagara, por lo que decidió entregarlo cuando se encontraba en su peor momento, en Wadi Al-Qura, de lo que se percató Musa, por lo que se sometió al mencionado lacayo y le dijo:

─Hombre, ¿me vas a entregar estando como estoy?

A lo que el lacayo respondió harto ya de soportarlo:

─Te ha entregado tu creador y tu dueño que es el más piadoso de los misericordiosos.

Lo que hizo que a Musa se le saltaran las lágrimas y mirara al cielo, sumiso y murmurando. Y no pasó aquella noche sin haberse llevado consigo su alma. Ha tenido tal huella que se debe pedir a Dios que lo tenga en su misericordia.

Musa Bin Nusair murió en Wadi Al-Qura, el año noventa y siete de la Hégira (año 716).

***

# SEGUNDA PARTE

# 1

## El levantamiento

Hispania, herida, sangraba. La desgracia extendió sobre ella sus alas oscurecidas mientras se oían los estertores de este pueblo agonizante de extremo a extremo de la península. Viudas que se negaban a recibir el pésame, vírgenes que quedaron huérfanas, padres que herían el pecho de la noche con sus ardientes suspiros, secándose sus abundantes lagrimas.

Hispania se convirtió en cementerios sin límites; las ciudades, desiertas, las viviendas, destruidas, los baluartes, abandonados, y el fuego acabó con cuarteles y campamentos. Un aterrador silencio reinó sobre campos y urbes, roto, de vez en cuando, por el galope de los caballos árabes golpeando el guijarral con sus cascos, atravesando las llanuras, victoriosos y triunfantes. Nuevos huéspedes enviados por la salvaguardia divina que los arrojó sobre Hispania, mientras que sus habitantes godos huían en busca de la salvación de una muerte segura, buscando un refugio que los protegiera de la muerte.

Las doncellas célibes abandonaron sus conventos, y los frailes dedicados a la adoración de Dios en sus ermitas vagaron desorientados por montañas y valles, abrazados a sus libros sagrados y a los utensilios de la eucaristía. El señor y el esclavo, la señora y la sirvienta, sufrieron por igual la desgracia y la catástrofe, cargando a lomo de sus bestias todo lo que estaba a su alcance y lo que pudieron salvar de las fauces de la aplastante tragedia; avanzaban con pasos torpes, derramando lágrimas en las mejillas, agotados por el esfuerzo en su marcha hacia el remoto norte, en dirección a las inhóspitas montañas donde quizás encontrarían más piedad que la que tiene el ser humano.

—Tenemos que dar gracias a Dios, que nos ha guiado hasta estos lugares seguros —dijo una voz que parecía más ronca que articulada—.

El que hablaba era el obispo Urbano, que iba a acompañado de Pelayo y algunos godos. El grupo se acercó a un pastor que conducía su rebaño de cabras por aquellos valles.

─¿A qué distancia estamos del convento de Santa Eulalia? ─le preguntaron.

─Estáis ya muy cerca del convento, señor obispo.

Entonces apretaron la marcha en dirección a aquel baluarte donde buscaban el descanso y la salvación.

Cuando hubieron llegado, se apresuró a recibirlos el dueño del castillo, el conde Íñigo. Se trataba del obispo, Pelayo, Godila, y un número nada pequeño de hombres que se hospedaron en las casas contiguas al convento y al castillo. Íñigo se sentía satisfecho por haber acogido a estos godos nobles, y después de haber cenado empezaron a debatir sobre la situación a la que los había llevado la invasión africana, y más tarde se fueron a sus lechos, excepto tres bellas jóvenes, que permanecieron despiertas en una de las estancias del convento de Santa Eulalia.

─¿En qué piensas, querida? ─preguntó una muchacha rubia, de sublime belleza, de nombre Gaudiosa.

─En mi padre, en mi hijo y en Pelayo ─respondió Florinda─. ¡Dios mío, qué desgraciada soy! Cuando lo he visto por la tarde desde mi ventana, y no he visto junto a él a mi padre, se me ha encogido el pecho, como si la lápida de un cementerio se me hubiera caído encima.

─Ten confianza en Dios, Florinda. Dios no olvida a sus siervos.

─Dices la verdad, Gaudiosa. Mi confianza en Dios es bien grande.

La noche avanzaba sin que ninguna de las tres jóvenes sintiera sueño, y al amanecer, tocaron la campana convocando a la gente a la misa que iba a celebrar el obispo Urbano. Pelayo se encontraba absorto, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, cuando el administrador del convento se acercó a él y le entregó un pliego que se apresuró a leer:

*El amor sin esperanza encontró un lugar en el convento. Tú puedes ser feliz, y tú sabes que Gaudiosa te adora. Ella es mi amiga y es*

*merecedora de tu amor. No seas desagradecido con ella. Por eso, si alguna vez me has amado, dame una prueba de tu amor aceptando este último ruego de quien ya se ha muerto para el resto del mundo. Me despido de ti para siempre. Florinda. Nota: saluda de mi parte a tu hermana Ermesinda*.

Pelayo no pudo más que derramar una lágrima, acordándose de su hermana, de quien no sabía nada.

De repente se oyeron voces que llegaban de todas partes, por lo que Pelayo se acercó a un hombre y le preguntó sobre aquella algarabía.

─Mi señor ─respondió el desconocido─ acaba de llegar otro grupo de huidos del sur y aseguran que los musulmanes han recibido nuevos refuerzos desde África y que invadirán estas montañas antes de tres días.

Al oír la gente estas palabras, se escandalizó y se lamentó:

─¡A dónde huimos ahora! ─exclamaron.

─Oídme, héroes godos ─les gritó Pelayo─ ¡Basta! ¡Basta! Hemos cedido muchos territorios a los invasores musulmanes, y quien piensa en ceder más no merece vivir. Estoy seguro de la derrota del enemigo en estas montañas; y si es su destino que resulten victoriosos otra vez, entonces será más digno que muramos como héroes defendiendo el último rincón de nuestra tierra, y no que vivamos como cobardes y huidos como ovejas ante el enemigo.

─¿Acaso los árabes son distintos al resto de la gente? ─volvió a gritar Pelayo tras un instante de silencio─. Nuestra única esperanza está en vencer o morir.

─Sí, sí ─gritaron todos─. Vencer o morir, tú ordena y nosotros obedecemos. ¡Viva el gran Pelayo!

─Si es así, y de veras no teméis ni a la muerte ni al peligro, entonces os digo que, por mi parte, prefiero morir en el campo de batalla antes que tener que abandonar estas montañas.

La oscuridad empezaba a envolver el castillo de Santa Eulalia. Pelayo comenzó a colocar a sus hombres para preparar una

emboscada, y casi al amanecer se empezaron a divisar las avanzadillas árabes y los godos se abalanzaron sobre estas, lanzándoles piedras y flechas; lo que supuso una sorpresa para los musulmanes en los primeros momentos, pero pronto recuperaron el control librándose una feroz batalla, en la que el comandante árabe, Munuza, instaba a sus fuerzas a resistir. Los musulmanes creyeron en los primeros instantes que estaban siendo atacados por numerosas fuerzas, pero al clarear el día observaron el reducido número de hombres que les habían causado todas aquellas pérdidas, lo que les avergonzó y avivó su ira; volviéndose contra el enemigo con insuperable violencia, azuzados por la larga e intensa lucha nocturna, y por el sufrimiento y el esfuerzo que esta había supuesto, matando sin miramientos, a diestro y siniestro. Así, el número se impuso al coraje, estando el número a favor de los árabes, quienes afilaron las espadas en el cuello de sus enemigos, cayendo muerta la mayoría de los godos, mientras que otra mayoría fue apresada. El resto huyó a través de montañas y valles, pero fue alcanzado por los caballos árabes y aniquilado.

Munuza ordenó inmovilizar a los prisioneros con cadenas y grilletes.

Los musulmanes estaban alborotados y excitados por la victoria.

Toda Hispania se desplomó a sus pies. Y más alborozo les aportó el que uno de sus habitantes arrojara una cabeza ensangrentada a los pies de Munuza, diciéndole:

—Aquí tenéis la cabeza de vuestro enemigo Pelayo.

Munuza permaneció en silencio, por lo que el hombre volvió a hablar:

—Vengo a cobrar la recompensa por esta cabeza.

—¿Eres cristiano? —le preguntó Munuza.

—Sí, señor.

Munuza ordenó que colgaran a aquel hombre de un árbol. Otro hombre de los godos observaba desde su escondite aquella escena, era Pelayo, de quien creían que estaba muerto.

Munuza siguió su marcha, llegando a Gijón, donde sus habitantes intentaron defender la ciudad, que fue asediada hasta que el hambre

y los combates acabaron con la vida de la mayoría de los sitiados, quedando solo ante los gijonenses la muerte o la derrota. La ciudad era gobernada por el duque de Cantabria, que se contaba entre los líderes godos conocidos por su coraje y sagacidad, y era tío materno de Pelayo y bajo su protección había crecido la hermosa Ermesinda, hermana de Pelayo.

El conde Bermudo, cuando se enteró de la catástrofe de Guadalete, reunió a sus soldados y se refugió con ellos en Gijón, esforzándose todo lo posible para defender aquella ciudad, la única ciudad que aun no habían pisado los árabes.

Munuza se dio cuenta de que el agotamiento se había apoderado de sus enemigos, por lo que aprovechó la caída de la noche para tender las escaleras sobre las murallas de la ciudad, por donde sus soldados subieron y emplearon a fondo las espadas en sus habitantes, sin piedad, en represalia por el largo asedio y la intensa resistencia; lo que infundió miedo y pánico entre la gente, sumiéndose todo en el caos. Entre el humo y la polvareda solo se veían rostros acongojados, ancianos que temblaban, enfermos y heridos que abandonaron sus lechos y parecían fantasmas recién levantados de sus tumbas. Era una escena espeluznante, en la que la mujer buscaba la protección de su marido, la hermana lloraba la separación de su hermana, el hijo reclamaba a su padre, y la madre protegía con cariño a su niño en un intento de salvarlo del hierro y del fuego; y todo en medio de los gritos, el llanto, los lamentos, los insultos, el ruido de las armas, el el choque de los filos de las espadas y los gemidos de los agonizantes.

De repente, apareció una joven de estatura alta, de belleza extraordinaria, con el cabello caído sobre la espalda, con los ojos llenos de lágrimas, caminando entre los cadáveres y decidida a sacrificarse por su maltrecho pueblo, por lo que los árabes dejaron de matar y quedaron pasmados ante esa hermosura sin par. La bella doncella se acercó hacia ellos, sin temor ninguno, vestida toda de blanco, como si se tratara de una aparición.

Munuza, que entre sus soldados se distinguía por lo alto que era, por ser bien parecido, por su semblante orgulloso y su altanería, cuando la joven compareció ante él, se quedó boquiabierto por aquella maravillosa y expresiva belleza.

─¡Basta!... ¡Basta de derramar sangre! ─le gritó ella─. Mirad, señor, a vuestro alrededor y solo veréis muerte, destrucción y ruina. Valeroso caballero, soy una doncella abatida por la tristeza al ver a mi pueblo y mis amigos yacer, entre muertos y heridos. Vengo a vos, implorante, suplicando vuestra piedad. Si tenéis en vuestro corazón algo de compasión ordenadles que se abstengan de seguir matando. Sálvenos, señor, de la venganza y de la crueldad, y si el destino nos dio la espalda, que sea vuestra generosidad, señor, la que extienda sobre nosotros la misericordia. Misericordia, señor.

Y dicho eso, la joven se arrojó a los pies del comandante árabe, besándolos.

Al verse Munuza envuelto en esta escena, se perturbó y le invadió un sentimiento de cariño que disipó el de venganza que albergaba hasta aquel momento. Se quedó contemplando a la joven, y luego le preguntó:

─¿Quién eres doncella de sublime belleza? Eres dócil como un lechal y pura como un ángel. No me cabe duda de que vienes del paraíso de la inmortalidad para sembrar mi sendero de flores. Levántate. Yo soy el que se postra ante ti porque, a partir de este momento, me he convertido en tu esclavo. Ordena y serás obedecida. ¿Quién eres? ¿No vas a desvelar tu nombre, seductora cristiana?

─Mi nombre es Ermesinda, soy la hermana de Pelayo, el más caballero entre los caballeros en el campo de batalla ─respondió la joven.

Munuza se sorprendió al oír el nombre de su adversario.

─Eres tan heroína como tu hermano, que era un héroe ─le dijo Munuza.

─Así es, y siempre será un héroe ─dijo Ermesinda.

Al oírla Munuza, tuvo un gesto que no pasó inadvertido para Ermesinda. Y en vano intentó el comandante árabe ocultar su perturbación.

─¿Por qué decís que era un héroe? ¿Acaso hizo algo ignominioso?, ¿o es que ha muerto? ─preguntó Ermesinda.

─Bella cristiana, tu mediación ha detenido la guerra en esta ciudad, y el tintineo de las armas se tornará en cánticos de alegría y melodías de amor. ¿Qué no podría hacer yo para satisfacerte, cristiana? Venga, vuela e informa a tu gente de que tu belleza y tu arrojo los ha salvado de la furia de la muerte.

Ermesinda escuchó con agrado los halagos que el caudillo musulmán hacía de su belleza y su hermosura, y este dio las órdenes para que sus soldados detuvieran rápidamente la lucha que seguía enconada en algunas partes de la ciudad. Empero, los temores asaltaban a la doncella acerca del destino de su hermano.

─Decidme, por Dios, ¿ha muerto mi hermano? Por favor ayudadme a disipar esta duda que me está matando más que la propia verdad. Tengo la suficiente fuerza para soportar este nuevo golpe, creedme, noble caballero.

El "terrible" Munuza se fijó en cómo estaba sufriendo aquella doncella, y pensó en cómo podría reaccionar cuando supiera que su hermano había sido asesinado a manos de un criminal. *No, es mejor que siga ignorando el destino de su hermano*, pensó.

La bella Ermesinda permaneció inmóvil ante el heroico caballero, perturbada y temerosa por culpa de un nuevo sentimiento que brotaba en su inocente corazón, como la chispa que se producía cuando el hierro tocaba el pedernal. La fascinación era mutua y el amor lanzó a un mismo tiempo dos flechas que alcanzaron a ambos corazones.

En aquel momento se acercó el conde Bermudo, tío de Ermesinda, que, alarmado por su ausencia y ante el temor de que hubiera sufrido algún daño, la había estado buscando en un intento de salvarla, aunque esto le costara la vida.

─Hija mía, mi querida Ermesinda ─exclamó el conde─, ¿por qué estás en este lugar?

Este dirigió a Munuza una mirada cargada de preocupación, en la que había también algo de amenaza. Entonces, Ermesinda lo puso al tanto de lo acaecido entre ella y Munuza, y de cómo este había atendido su llamamiento y cómo había salvado de la muerte a mucha gente. El conde le dirigió una mirada en la que se atisbaba el agradecimiento por aquel gesto.

─Señor ─dijo el duque─, en nombre de este torturado pueblo, os agradezco vuestra benevolencia, el perdón y el haber escuchado las imploraciones de Ermesinda. Ella ha triunfado donde nosotros hemos fracasado. Vamos al palacio, Ermesinda.

─¿Dónde vives? ─preguntó Munuza a la doncella.

─En el palacio del conde de Cantabria.

─Te acompaño.

Munuza caminó junto al conde, con el semblante dócil y amable.

***

## 2

## Munuza[24]

─Es hora de que hable contigo a solas, bella cristiana. Quiero desvelarte graves asuntos relacionados con mis sentimientos.
─Yo también, Munuza. Cuando por la mañana quedamos para vernos esta noche pensé en pediros una cosa.
─Tú sabes, amada mía, que me complace concederte todo lo que esté en mi mano, y Gijón es testigo de ello, viviendo dichosa, después de haber estado a punto de convertirse en cenizas, si no hubiera sido por tu mediación.
─Querido Munuza, en el pasado yo intercedía por los demás, pero hoy lo hago por mí misma.
─¿Acaso dudas de que tu deseo se cumpla y de que mi voluntad sea la tuya?
─Esta vez no estoy segura.
Ermesinda fijó su lánguida mirada en Munuza que la contemplaba encandilado. Y es que existen miradas, en algunos momentos de la vida, que suponen un poema entero. Miradas en las que el alma se asoma por los ojos. Pero con la particularidad de que en aquel momento Munuza se sentía feliz y Ermesinda se sentía desdichada.
─Me siento perturbada, querido Munuza, cuando percibo el oscuro abismo que se abre a mis pies ─dijo Ermesinda. Maldito sea el momento en que os vi por primera vez. Maldito, una y mil veces. Ojalá me hubiera muerto antes de haberos conocido. Munuza, amado mío, ¡¿por qué me parecísteis tan bello?!, ¡¿por qué prestásteis oídos a mis imploraciones y perdonasteis a esta ciudad?! Hubiera preferido haber muerto quemada y no haberme salvado para ver cómo arde mi pecho convertido en brasas que hacen derretirse mi corazón. Perdonadme, adorado mío, no sé lo estoy

[24] NT.: Es Uthman Ibn Naissa, llamado Munuza por los francos.

diciendo. Estoy loca por quien amo, y loca por culpa del deshonor que me cubre.

Llegada a este punto, la joven no pudo más que cubrir la cara con sus manos, ahogando los lamentos y quejidos que se desataban de su pecho.

─¿Acaso es eso lo que yo esperaba de ti, estando a solas, preciosa Ermesinda? ─dijo Munuza─. Tú has despertado en mi una devastadora pasión, grande como la tierra de Dios. Los rayos que emiten tus tristes ojos han penetrado en mi corazón para quebrar mi orgullo y mi altivez. Me gusta el tintineo de las espadas y los golpes de las lanzas en el fragor de las batallas, en las que me complace participar. Pensé que había nacido para las batallas. ¿No has visto el león que destroza con sus garras un rebaño entero de ovejas, y después de su sangrienta victoria vuelve manso junto a su amada compañera y sus cachorros? Yo nací allende el mar, y mi espada era mi único compañero y mi única pasión. Solo soñaba con la gloria y con la espada, pero la esbeltez de tu figura es más bella que la finura de la lanza; y tus miradas son más fulminantes que las de las doncellas del desierto. Me has vencido, cristiana, y has domado mi rebelde corazón. En el desierto de mi vida te has convertido en una palmera y en un dulce manantial. Te amo, encantadora Ermesinda. Te amo, con la fuerza del calor del ardiente sol de mi país.

La hermana de Pelayo escuchaba atenta las palabras del árabe de atormentada pasión, Munuza…, ese joven valeroso de noble corazón e impetuosa voluntad…, pero era el enemigo de su religión y de su tierra. Y helo allí conquistando su corazón…, y ella lo amaba con la fuerza del nuevo y profundo sentimiento que ensanchó sus horizontes hacia lo desconocido y lo sumamente profundo. La doncella cristiana tembló al sentir la aplastante rebelión que se desataba en su mundo interior. Ya no era como antaño, cuando era señora de sus propias emociones y deseos. Ahora se había convertido en víctima y esclava de esta extraña

emoción, ardiente y despiadada, que flameaba en su interior. Y lo que más intensificaba su desgracia y desdicha era que el objeto de su amor no fuera de su misma confesión, pues los caballeros musulmanes que esposaban sin piedad las manos de los cristianos no merecían el amor de una doncella pura, criada en el seno de la religión cristiana y descendiente de la estirpe de los godos. Se sentía como un velero a la deriva, azotado por los vientos, sin saber a qué viento seguir. Ermesinda luchaba contra mil emociones y sentimientos que sacudían su ser, sin saber qué herida curar ni a qué sentimiento atenerse.

─Yo también os amo, Munuza, ¿para qué negarlo? ─dijo Ermesinda─. Sí, mi adorado Munuza. Pero, necesito ayuda para llegar hasta el fin en mi propósito. Vos sois el señor de esta ciudad y nadie entra ni sale de esta sin vuestro permiso.
─¿Qué quieres decir con eso, Ermesinda?
─Os lo ruego Munuza, por nuestro amor y por mi Dios y vuestro Dios: yo no quiero ser menos digna que mi amiga Florinda que fue deshonrada por el rey Rodrigo, por lo que se recluyó en un convento cuando vio disiparse sus sueños como disipa el viento las nubes. Quiero hacer lo que ella y vivir cerca de ella para llorar juntas nuestra desgracia. Dejad que me vaya al convento de santa Eulalia.
Munuza fijó en ella una mirada cargada de desesperación, y la contempló con tristeza, permaneciendo largo rato en silencio con el rostro sombrío, inmóvil, mientras que la joven no podía controlar su llanto.
─Nuestro amor es imposible; dejad que me vaya ─repetía Ermesinda mientras intentaba ahogar su llanto.
─De ninguna manera ─contestó Munuza─ ¡Oh, Dios poderoso! ¿Por qué me llevaste a este difícil destino? Luché más que ningún otro ser humano, y al final he caído. Mis hombres se quejan porque trato delicadamente a los cristianos, pero no les hago caso. Puedo tomarte como una esclava y conseguir lo que quiero de ti, a la fuerza; y a pesar de ello ¿acaso no eres tú la señora obedecida en

este palacio? Pues el amor que albergo para ti en mi corazón me ha convertido en otro hombre. Me has abierto puertas ocultas del paraíso del amor y juntos hemos entrado en él.
─Munuza, amado mío, os adoro, sí, os adoro ─esto es lo que repetía una y otra vez la hermana de Pelayo─. Pero yo no puedo ser esposa de un hombre que no profesa mi religión. La maldición de Dios y la maldición de la gente nos perseguirá para siempre.
─¿Por qué? ─preguntó Munuza─. ¿Acaso el amor es un crimen? ¿Acaso no es Dios Altísimo el que lo esculpió con letras de fuego en nuestros corazones? ¿Acaso nosotros somos a sus ojos más despreciables que los insectos que baten sus alas en la oscuridad de la noche? Estos seres vivos e insignificantes disfrutan del amor. Presta oído a los suspiros de las brisas; escucha el rumor del agua, contempla las estrellas, mira esta luna que proyecta sus plateados rayos sobre tu marfileña frente. Escucha el ruido de las olas del mar y el eco del torrente impetuoso, el rugir de la bestia salvaje, el cantar de los gorriones, ¿Acaso no es esto una melodía de amor al Creador? El amor es la religión de todo el mundo. El amor es la verdad más grande sobre la tierra. Te cité esta mañana para comunicarte mi decisión última. Quiero que seas mi esposa.
─Mi adorado Munuza ─dijo Ermesinda, veo ante mí un profundo abismo, pero está cubierto de flores. Me siento arrastrada hacia el abismo sin tener fuerzas para volver atrás. Soy vuestra, amado mío y seré vuestra esposa. ¡Dios mío!, ¿qué otra cosa puedo hacer más que seguirte a donde vayas, hasta el fin del orbe, hasta tu país, hasta los campos de batalla, hasta el oasis de la tranquilidad, hasta…?
─¡Hasta el edén del amor! ─exclamó Munuza─, para recoger allí los frutos que alcancen nuestras manos y deseen nuestros corazones. Sí, mi felicidad no cabe en un solo corazón.

Los dos enamorados se abrazaron efusivamente, inmersos en la embriaguez del placer; sus labios se fundieron en un ardiente beso y el mundo desapareció de sus mentes y solo los dominaba la idea del amor que envolvía sus existencias con un gozo muy profundo. De repente, Ermesinda se deslizó entre los brazos de Munuza, con

la cara pálida, el cuerpo tembloroso, y los ojos a punto de salirse de las órbitas. La doncella echó a correr entre dos filas de árboles hasta que se cayó al suelo inmóvil.

La sorpresa se había apoderado de Munuza, que no salía de su asombro, y cuando llegó a donde estaba ella y se inclinó sobre su rostro, la oyó decir:

─Disculpadme, mi amado Munuza. Perdonad a la mujer más desgraciada del mundo. Mirad, su espectro me está persiguiendo ¡Qué escena más horrenda!
─La pobre Ermesinda está delirando ─murmuró Munuza─. Aleja de ti estos oscuros pensamientos y esta inquietante visión ─le dijo─. Tu hermano goza del descanso de los héroes, tu gente lo homenajea y la mía lo respeta, y tú, que eres su hermana, serás obedecida por cristianos y musulmanes por igual.
─Munuza, amado mío, tus palabras [25] caen sobre mi corazón cual rocío sobre las flores marchitas ─le dijo Ermesinda una vez reincorporada─. Te arroparé con mi amor y mi cariño. Seré la protectora de los cristianos y el lazo que une a nuestros dos pueblos.
─Esposa mía…, amada mía…, ¡qué hermosa es la vida a tu lado!

***

[25] N.T.: Se produce una inflexión en el tratamiento de Ermesinda hacia Munuza, que denota el nacimiento de la intimidad entre ambos personajes.

## 3

## Tariq en Damasco

La reconciliación de Tariq y Musa fue, en realidad, formal, pero sin fondo, pues el rencor permanecía como un mal latente entre ambos. Ambos tenían seguidores y colaboradores. Ambas partes enviaban correo a Damasco. Uno glorificando a su líder y menospreciando a su adversario y el otro criticando a su adversario y santificando a su líder. Tariq describía a su adversario como a un hombre con una mente donde no había lugar para la sagacidad, pusilánime, despilfarrador, que violaba la disciplina del ejército, tornándose blando, en ocasiones, hasta límites exagerados y volviéndose extremadamente inflexible, en otras. Mientras que Musa, a ojos de los suyos, era un hombre sagaz, inteligente, disciplinado en todos sus comportamientos. En cambio, Tariq era considerado por sus seguidores como un héroe, valiente, generoso, espléndido, hidalgo, caballeroso, meticuloso a la hora de preservar los derechos de su señor en los botines de guerra, distribuyendo el resto con esplendidez entre sus soldados para incitarlos a servir la causa islámica en la lucha y en la conquista. Estos mismos opinaban que Musa, en cambio, era un egoísta e insaciable, que imponía multas inaceptables y reunía ingentes tesoros que apilaba en sus arcas.

El califa omeya se cansó de tantas denuncias que recibía de Al-Ándalus y temió las nefastas consecuencias que podía acarrear ese enfrentamiento soterrado entre los dos grandes comandantes de su ejército, por lo que les escribió pidiéndoles que regresaran a Damasco y que cedieran la jefatura del ejército a nuevos comandantes competentes.

Aquella fue la recompensa que recibió el conquistador de Hispania, Musa. Fue un duro golpe dirigido contra aquel hombre ambicioso. Sin embargo, se sometió a la orden del califa,

regresando a Sevilla, donde llamó a musulmanes y cristianos a obedecer a su hijo Abdelaziz, que se convirtió en nuevo gobernador de Al-Ándalus. Musa aconsejó a su hijo, y dejó a su lado, como ayudante suyo, a Ayub Bin Habib Al-Lajmi, su sobrino, que era un hombre querido por su cordura. Musa se despidió de sus seguidores y amigos asegurándoles su pronto regreso a Al-Ándalus.

Y mientras Musa y su séquito avanzaban por la vaguada del Guadalquivir, el caudillo musulmán volvía la vista atrás de vez en cuando, como si sintiera pena por abandonar Al-Ándalus, contemplando sus palacios y sus torres. *Me alejo de ti y no quiero alejarme de ti* ─decía hablando consigo mismo y suspirando desde lo más profundo de su corazón, que en aquellos momentos se inundaba de tristeza.

Musa embarcó hacia la costa africana donde más tarde efectuó una reorganización institucional nombrando a su hijo Abdulah gobernador de Tánger y a su hijo Marwan gobernador de Al-Qairauan, creyendo que así garantizaba el control de los países que había conquistado.

Y mientras Musa estaba ocupado en estos menesteres, en su lenta marcha hacia Damasco, Tariq optó por acelerar el paso para acudir a la llamada del califa, comprendiendo la importancia de anticiparse a su adversario en su llegada a Damasco para poder comparecer allí ante quien debía escuchar sus denuncias. Tariq no llevó consigo ningún botín de guerra, porque parte de lo que había obtenido como botín lo había distribuido entre sus soldados, otra parte se la había entregado a Musa y una tercera parte la había donado espléndidamente. Así, Tariq, con el cuerpo cubierto de cicatrices, llegó a Damasco sin ningún regalo, acompañado por un grupo de sus más allegados soldados. Aun así, la gente lo recibía, a su paso, con cánticos de victoria, abalanzándose para poder ver en persona a aquel héroe que había conquistado Occidente y cuya celebridad había llegado a Oriente mucho antes que él mismo, convirtiéndose en tema principal de conversación tanto en los

cenáculos de notables como en las calles. Todos quedaron impresionados por su porte, pues era el prototipo de soldado atlético y moreno. *Paz para ti que eres la espada del islam y la desgracia de los incrédulos. Mirad al héroe soldado que desprecia los beneficios y solo se interesa por la gloria* ─decía la gente a su paso.

El califa, Al-Walid, también lo recibió dándole la bienvenida, preguntándole por sus victorias, y Tariq le narró sus acciones bélicas, de modo sincero y veraz, sin fanfarronería.

─Príncipe de los creyentes ─dijo Tariq─. No he traído oro, plata, ni piedras preciosas para regalaros, ni tampoco prisioneros, porque los botines que no entregué a Musa Bin Nusair los distribuí entre mis soldados. Estos combatientes, que son vuestros soldados, pueden informaros sobre mi comportamiento hacia ellos. Hasta mis enemigos son testigos de mi coraje, arrojo, e indulgencia respecto a los vencidos.

El califa le pregunto:

─¿En qué te refugiabas en tus guerras y en el combate contra tu enemigo?

─En la plegaria y el aguante a la hora del combate ─respondió Tariq.

─¿Y qué pueblos son los más combativos?

─Son mucho más numerosos de lo que yo pueda enumerar.

─Háblame de los godos de Al-Ándalus.

─Son leones en sus castillos, halcones a caballo, mujeres cuando van desmontados; nunca quieren mancharse con la vergüenza de la derrota, pero si se ven vencidos, echan a correr como las cabras montés, sin necesidad de ver la tierra donde pisan.

─Háblame de los bereberes.

─Son lo más parecido a los árabes en el combate, en el socorro, en el hospedaje, en la paciencia, pero es la gente más rencorosa del mundo y no respetan sus compromisos.

─¿Y qué me dices de los galos?

─Son un gran número, rápidos en el ataque, fuertes en la lucha, carentes de disciplina, y suelen ser derrotados rápidamente.
─Cuéntame comó te han ido las cosas con ellos. ¿Has sido derrotado por ellos alguna vez?
─En absoluto. Por Dios, que nunca me fue derribado un estandarte en el campo de batalla, y a pesar de que las fuerzas del enemigo superaban varias veces a las nuestras, mis hombres nunca han rehusado el combate.

El califa estaba contento ante el aspecto rudo de Tariq, y dio pruebas de su satisfacción agasajándolo ampliamente. Y donde aparecía Tariq era recibido por el pueblo con bienvenidas y admiración.

Pero al poco tiempo, como vimos en anteriores capítulos, llegó Musa Bin Nusair a Damasco, y cuando el califa Al-Walid, ya muy enfermo, le pidió que le rindiera cuentas sobre la conquista de Al-Ándalus, Musa hizo una exposición exhaustiva sin mencionar el nombre de Tariq, dando a entender que toda la obra de la conquista había sido suya. Y cuando expuso ante el califa los botines obtenidos, lo hizo como si los hubiera conseguido él mismo. Y cuando le llegó el turno a la mesa de Salomón, Musa se explayó en explicar sus maravillas y alegó haberla aprehendido él mismo. Entonces intervino Tariq:
─No, príncipe de los creyentes, yo conseguí esta mesa ─dijo.

El califa se interesó por la mesa y la contempló un buen rato, llegando a la deducción de que estaba elaborada en una sola esmeralda de gran tamaño, y que le faltaba una pata que Musa había sustituido por otra hecha de oro.
─¿Dónde está la pata que falta? ─preguntó el califa a Musa.
─No sé, la encontré así, le falta una pata de las originales.

En este momento, Tariq, sacó de debajo de su aba la pata que faltaba de la mesa y que era, como el resto de las patas, hecha de esmeralda, y la colocó en su sitio.
─¿Veis, emir de los creyentes, quién es el que dice la verdad y quién es el que miente? ─dijo Tariq─, y lo mismo ocurre con el

resto de los botines de guerra que yo he obtenido en las ciudades que he conquistado y que eran las dueñas de estos tesoros. Y si queréis pruebas de la veracidad de lo que estoy diciendo preguntad a estos prisioneros ¿quién los capturó? Y preguntad también a los soldados que han participado conmigo en esas batallas y guerras.

Musa se quedó mudo, hasta que reaccionó e intentó defenderse:

—Yo soy el caudillo conquistador que marchó al frente de los soldados de conquista en conquista, y de victoria en victoria —dijo—. Es imposible suponer que el comandante del ejército pueda él solo capturar a todos los prisioneros y matar a todos los soldados enemigos. Tampoco se puede suponer que él concentre, en sus manos, todos estos botines —dijo Musa.

Sin embargo, el califa no le prestó atención.

—Has alardeado de tus victorias olvidándote de los méritos de los demás, y más aún, intentaste menoscabar la estima que tienen los que han servido al califa con sinceridad —le contestó el califa Al-Walid—.

El califa regaló gran parte de los botines de guerra a Tariq y a los demás comandantes del ejército, sin conceder nada de estos a Musa, que se retiró en medio de la burla de los presentes, que se alegraban por lo sucedido.

***

## 4

## Abdelaziz Bin Musa, príncipe de Al-Ándalus

Y mientras aquello ocurría en Damasco, Abdelaziz gobernaba Al-ÁAndalus con indulgencia y buenas intenciones tanto hacia los allegados como hacia los extraños. Su padre había dejado a su lado a un consejero veraz en la persona de su sobrino, Ayub Bin Habib Al-Lajmi. Y siguiendo los consejos de este, supo, durante un tiempo, administrar los asuntos del nuevo Estado con sagacidad, sabiduría y progreso. Su padre, en su camino hacia Damasco, le envió una carta:

*Amado hijo, de noble linaje, que Dios te guarde de toda maldad y peligro. Hijo, escucha los consejos de tu padre. Aléjate de la traición en todos sus aspectos, incluso si te ves perdiendo, y no te fíes de quien te guíe hacia aquella, aunque sea tu propio hermano. Aleja de ti a los traidores. Ten cuidado, hijo mío, con los enredos del amor, pues es una inclinación que debilita el corazón, deteriora la razón, convierte al fuerte en débil, y humilla a los príncipes. Y si descubres que en tú corazón brota la planta de la debilidad, arráncala de raíz, aunque te cause algo de dolor. Es posible arrancar los defectos de reciente aparición, pero si dejamos que echen raíces, florecerán y producirán semillas y darán muchos frutos. Guíate por mi consejo y siempre vivirás en sosiego y armonía.*

*Deja a un lado las bromas con las mujeres en conversaciones inútiles, pues la mujer es un arrayán, no una administradora, por lo que no deposites en manos de mujeres tus secretos ni tus planes contra tus enemigos. Y no les des más aspiraciones que las de su propio entorno, y no las tengas ocupadas más que en sus propios adornos. No les pidas consejo pues su opinión es engañosa y su empeño es perecedero. Mantente separado de ellas, sin dejar que te vean a menudo, y que no tenga ninguna de ellas acceso a asuntos más allá de ella misma. Y tampoco dejes que una mujer*

*aspire a interceder ante ti por una tercera persona. No alargues tus tertulias con ellas ni estés mucho tiempo a solas con ninguna de ellas, pues así es como preservas tu mente y enalteces tu mérito.*

Abdelaziz, una vez leída la carta, se quedó pensativo porque comprendió que sus líneas encerraban un misterio que él no había podido descifrar, por lo que llamó a su consejero y confidente, Ayub.

─¿Por qué mi padre ha querido advertirme contra la traición y la perfidia? –Le preguntó Abdelaziz. ¿Acaso cree que soy de una esencia corrompida hasta ese límite y que, por lo tanto, soy capaz de revolcarme en la perversión?

Ayub leyó detenidamente la carta y le dijo:

–¿Tu padre te está advirtiendo contra los dos traidores, Julián y Oppas, y contra sus seguidores? No esperes afecto ni bondad de unas personas que han traicionado a su propio país y a su propia gente.

Abdelaziz se sintió satisfecho por la interpretación que Ayub hizo de la carta y empezó a recelar de esa gente, pues nada odia un joven orgulloso más que la traición y la vileza. ¿Y qué necesidad tenía él de los consejos e indicaciones de esa gente? Pues, ya no tenían un territorio que vender, pero sí serían capaces de vender a sus nuevos señores, por lo que los alejó de su corte y les confió unas misiones en las que no podían causarle daño alguno.

Abdelaziz confiaba plenamente en sus caudillos árabes y en los regimientos bereberes, y con la ayuda de ellos pudo conquistar Portugal hasta el extremo occidente, en las orillas del mar océano. También envió a sus soldados a ocupar las remotas zonas del norte.

Ayub solía decirle:

─No es suficiente que gobernemos estos países solo por la espada. Si queremos afianzar nuestro poder tenemos que estudiar el arte de la paz, devolver la confianza a los corazones y difundir la prosperidad en las filas del pueblo al que hemos sometido.

A Abdelaziz le gustó este consejo que concordaba con su naturaleza mansa y tolerante, lo que le indujo a desplegar sus esfuerzos para apaciguar la perturbación social causada por la conquista, prohibiendo tajantemente el saqueo y el robo, fuera cual fuera su naturaleza, dejando a la gente la libertad de arar sus tierras en paz, sin ser molestados. También animó a árabes y bereberes a trasladarse de África a Al-Ándalus, facilitándoles la vivienda y el terreno para cultivarlo, lo que allanó el camino para una ocupación pacífica. Esta sabia política no tardó en dar sus buenos frutos, produciéndose un aumento en los ingresos y la prosperidad reinó en el país. Abdelaziz ordenó reunir estos ingresos y depositarlos en el erario, para enviar al califa, en Damasco, la parte que le correspondía. Sin embargo, esta política no era del agrado de la chusma ni de los mercenarios que se habían trasladado a Al-Ándalus para saquear, robar y asaltar, porque les impedía seguir adelante con sus atropellos. Estos, viendo que llegaba el fin del período de terror que azotó el país, se quejaron entre ellos diciéndose: *Nadie tiene derecho a prohibirnos el disfrute de nuestro derecho a explotar los bienes de la tierra que hemos arrancado de las fauces del enemigo pagano*.

Los seguidores de Julián incitaban a esta clase de quejas diciendo a los insatisfechos: *Mirad cómo trata vuestro hombre a los enemigos de la fe.* Estas palabras encontraron eco entre aquellos de los musulmanes dedicados al robo y al saqueo. En cuanto a los amantes de la paz, el orden y la justicia, estos aplaudieron las iniciativas del joven emir.

Abdelaziz había convertido en capital, al principio, a Sevilla, no lejos de la costa africana, en un palacio que se hizo construir, de hermosa arquitectura, rodeado de frondosos jardines que se extendían hasta el río Guadalquivir. Un ala del palacio era exclusiva de las mujeres cautivas, las bellas huríes cubiertas de perlas y de vestidos tejidos con oro puro, a quienes Abdelaziz tenía retenidas como rehenes para garantizar, con su permanencia en su palacio, la estabilidad y la paz en todo el país.

De entre las mujeres cautivas, Abdelaziz brindaba un excelente trato a las mujeres de gran linaje y a aquellas pertenecientes a importantes clanes, poniendo esclavas para servirlas, que enseñaban a las más jovencitas de entre ellas las artes del bordado, del cante y del baile. Todas estas mujeres pasaban el tiempo distrayéndose inocentemente y muchas de ellas se habían acostumbrado a esta clase de vida tranquila, borrándose de sus memorias, con el paso del tiempo, aquellas horrendas escenas; y en la mayoría de los casos, se despertaba en ellas el deseo de agradar a los conquistadores.

Cuando Abdelaziz regresó de conquistar el país portugués, quiso descansar del largo viaje en su palacio, en compañía de las hermosas cautivas. Una vez allí, solía observar a una de ellas que nunca participaba de la alegría y del alboroto de las demás. El hecho de haber perdido su esplendorosa vida anterior a la conquista había envuelto su bello rostro con un aire de tristeza y silencio, de suerte que una simple mirada la acercaba a los corazones.

Un día, Abdelaziz la encontró en el jardín del palacio en compañía de sus amigas. Estas habían adornado sus cabellos con azahares y entonaban unas conocidas canciones, mientras que ella permanecía en silencio, con los ojos empapados de lágrimas, lo que afectó al joven príncipe y se dirigió a ella.

—Tú eres la más bella entre todas las mujeres –dijo. ¿Por qué este llanto y que es lo que te entristece? Sal de tu soledad y participa en las tertulias de tus hermanas. Tú eres una mujer singular en estos tiempos y te apoderas forzosamente de los corazones.

—¡Cómo no voy a llorar! Yo que alcancé la cima de la gloria y ahora he caído al nivel más indigno posible. Soy la desgraciada Egilona, reina de Hispania hasta hace poco tiempo. Soy la esposa del rey Rodrigo, y ahora soy prisionera y esclava.

Y dicho esto, bajó la vista, volvió a estar inmersa en su silencio y se entregó de nuevo a sus lágrimas.

Abdelaziz, al contemplar aquella hermosura real ahogada en el llanto, despertaron en él sus más nobles sentimientos, por lo que

volvió a elevar a Egilona a su anterior posición, rodeándola de séquito y damas de honor. A partir de entonces, cuando el joven príncipe terminaba de ocuparse de los asuntos de gobierno, se dirigía a donde se encontraba Egilona, para estar en su compañía. Con el tiempo, Abdelaziz llegó a desinteresarse por los asuntos del país dejándolos en manos de sus consejeros, mientras que él disfrutaba de la compañía de Egilona, y del placer de escuchar su voz.

Ayub sintió el peligro que acechaba a su señor, por lo que le dijo:

–Recuerda los consejos de tu padre: *Ten cuidado hijo mío con las tentaciones del amor, pues, por su causa, el poderoso se vuelve débil, y el príncipe esclavo*.

Al escuchar estas palabras, Adelaziz se sonrojó, y permaneció en silencio por unos momentos, luego reaccionó.

─¿Por qué me acusas de debilidad? –Preguntó–. Una cosa es entregarse a la seducción de una mujer y otra muy distinta es estar afectado por su estado, tras haber perdido ella su anterior vida esplendorosa. Es mi deber consolar a esta reina que ha caído hasta los límites más viles de humillación por nuestra culpa. ¿Acaso no es nuestro deber compensarla en algo de lo que le hemos quitado? Esto es un deber de gallardía y generosidad.

Ayub se quedó en silencio, muy preocupado; y por primera vez Abdelaziz se alejó, descontento, del consejo de quien había nombrado su padre para que cuidara de él.

Cuando se acumulaban las preocupaciones y el tedio en el corazón de Abdelaziz, se refugiaba en Egilona, que en sus miradas y en sus palabras poseía un encanto puro con el que lograba controlarlo. Un día, intentó él despertar en ella aquel amor que ella había hecho brotar en su corazón.

Entonces ella dijo, con una voz comedida que rezumaba amargura:

─El destino me arrojó a tus pies. Soy tu prisionera, y soy parte de los botines de guerra que has conseguido. Estoy en tu mano, pero mi alma es libre y no puedes someterla. Y tú sabes también que me faltan fuerzas para defender mi honor, pero aun así estoy decidida a

lavar con mi sangre cualquier mancha de deshonor que pueda alcanzarme. Sin embargo, tengo gran confianza en que tu magnanimidad y tu nobleza serán suficientes para que me respetes y para que respetes mi desgracia y mi tragedia, al recordar lo que era yo antaño y lo que soy ahora. Es verdad que la corona me ha sido arrebatada, pero la sangre de hidalguía sigue hirviendo en mis venas. Estas agitadas palabras no hicieron más que intensificar el amor que sentía Abdelaziz por Egilona, por lo que le pidió que uniera su destino al suyo y que compartiera con él su vida y su poder convirtiéndose en su esposa, lo que eliminó todos los temores que asaltaban a la reina prisionera, decidiéndose finalmente a casarse con el nuevo señor de Hispania.

Al enterarse de la voluntad de Abdelaziz, de casarse con la viuda de Rodrigo, su consejero, Ayub, montó en cólera.

─¿Cómo has permitido que el enamoramiento te convierta en juguete y te arrastre a este destino? –Le increpó Ayub–. ¿Acaso has olvidado los consejos de tu padre?: *Ten cuidado, hijo mío. El amor debilita el corazón y deteriora la razón.*

─Mi padre hablaba del amor carnal del que siempre me protegí, dedicándome al amor puro y casto de Egilona –le interrumpió Abdelaziz.

Ayub quiso convencer a Abdelaziz para que abandonara la idea de casarse con Egilona, hablándole de los peligros que podía conllevar semejante matrimonio. Sin embargo, el joven enamorado, que prestaba oídos sordos a estos consejos, se casó con Egilona.

El matrimonio se celebró en Sevilla, en una ceremonia sumamente fastuosa, y el nombre de Egilona fue sustituido por el de Um Asem, cuando hubo dado a Abdelaziz su primer hijo, fruto de su mutuo y desbordante amor. Así, Um Asem abrazó el islam y se convirtió en la princesa de Al-Ándalus; se ponía el hiyab, como cualquier mujer musulmana.

Egilona no había dado ningún hijo al rey Rodrigo durante su corto matrimonio con él, pero sí dio un lindo bebé a Abdelaziz.

Abdelaziz amaba profundamente a Um Asem, a pesar de ser consciente de las circunstancias que la obligaron a arrojarse en

brazos del conquistador de su país. No cabe duda de que la primera atracción entre los dos fue carnal, porque la copulación era la única manera de que disponían para mantener una relación íntima entre los dos, pues Abdelaziz no precisaba hablar latín para engendrar un hijo con Egilona. El nacimiento del niño provocó cambios importantes en la marcha de las cosas, pues Egilona se había convertido en una señora solemne, rodeada de halago y flanqueada por la majestuosidad. Paulatinamente, había ido imponiendo su autoridad a su marido, y con el tiempo su poder iba aumentando.

Como vimos anteriormente, Musa Bin Nusair, tras conquistar Mérida, se dirigió a Toledo para reunirse allí con Tariq, enviando a su hijo, Abdelaziz, a la rebelde Sevilla para someterla, lo que este llevó a cabo sin un gran esfuerzo.

***

Mughiz Al-Rumi (Moguits), el confidente del califa Al-Walid, había hecho prisionero a uno de los destacados nobles godos, en la conquista de Córdoba, que era precisamente el gobernador de aquella ciudad, lo que no era habitual, pues los godos solían huir de inmediato si percibían que iban a ser derrotados. Mughiz, por donde iba, llevaba consigo a este prisionero, con la esperanza de poder un día regalárselo al califa. Este gobernador hecho prisionero tenía una hija de gran belleza, de nombre Aldagonda, que aun no había llamado la atención de los conquistadores.

Aldagonda decidió enredar a Mughiz.

Sabré como dominarlo, y si hiciera falta sacrificaré mi pureza para salvar a mi padre y después mataré a Mughiz ─pensaba Aldagonda─. La pobre chica ignoraba la psicología sexual de los árabes, y estos eran mucho más realistas en estos menesteres que los bereberes.

Es verdad que Aldagonda pudo acercarse de Mughiz e intentó persuadirlo con su belleza, encantos y juventud. Mughiz pudo

descubrir su belleza y sus intenciones, y se preguntaba: ¿Cómo no había visto yo hasta ahora a esta chica goda? ¿Cómo no me había percatado hasta ahora de esta belleza? Sin embargo, le sorprendía la actitud de la joven hacia él: ¡Hay algo extraño en su comportamiento! ¿Cómo puede una doncella goda ofrecerse a un hombre con este atrevimiento? ¿Qué pretende? ─meditaba Mughiz.

Pronto, Mughiz sometió a la chica a un sistemático interrogatorio, que no tardó en dar fruto con la confesión de la joven. La pobre doncella no solo no pudo alcanzar sus objetivos de enamorar a Mughiz y salvar a su padre, sino que ella misma cayó en las redes del amor de Mughiz. Aldagonda fue un ejemplo de esa especie de jóvenes atrevidas que se prestan a acometer acciones heroicas.

Mughiz mantuvo al gobernador godo de Córdoba prisionero en su poder hasta que Musa Bin Nusair lo llamó para que acudiera a Toledo, en el año 713.

–Viaja a Damasco, en compañía de Ali Bin Rabah, e informa al califa de las victorias que hemos logrado en Hispania y de la conquista de la capital de los godos –le dijo Musa.

Así, Mughiz empezó a preparar el largo viaje a Damasco, pero Musa se enfadó cuando se enteró de que Mughiz pretendía llevarse consigo a su prisionero, al gobernador godo de Córdoba.

─El godo no se va a Damasco ─dijo Musa a Mughiz.

─Es mi prisionero y juro por Dios que no te lo dejo ─respondió Mughiz─. Tengo derecho a llevarlo ante el califa.

Musa ordenó que el prisionero le fuera arrebatado por la fuerza a Mughiz, y cuando este vio que perdía a su prisionero amenazó: *Ya que os lo habéis llevado, le cortaré la cabeza.*

Y efectivamente, Moguits le cortó la cabeza al prisionero godo, y se marchó a Damasco, donde desveló ante el califa mucho más de lo que hubiera deseado Musa. Y como el califa ya había empezado a perder la confianza en Musa, las palabras de Mughiz cayeron como lluvia sobre mojado.

─Vuelve de inmediato a Al-Ándalus ─ordenó el califa a Mughiz─, y comunica a Musa mis ordenes de regresar a Damasco lo antes

posible, en compañía de Tariq, y que los dos vengan prestos a rendir cuentas.

Es fácil imaginar la alegría de Mughiz al trasladar estas órdenes a Musa. Pero Musa se demoró unos meses en acudir a la llamada del califa, hasta que en septiembre de 714 emprendió el viaje a Damasco en compañía de Tariq, dejando a su hijo Abdelaziz como gobernador de Al-Ándalus, con la misión de calmar la situación en el país.

El nuevo gobernador no se perturbaba ante las disputas de sus hombres; tampoco podía imponer la armonía entre las distintas tribus y hacía caso omiso a lo que gestaba el cruel destino. Los días pasaban apacibles y Abdelaziz pensó que iban a ser siempre apacibles; y el amor le sonrió y pensó que se trataba de una sonrisa eterna, por lo que estaba decidido a disfrutar de la vida espléndidamente.

Egilona, o Um Asem, en esta nueva vida, significaba mucho para Abdelaziz. Las miradas de esta mujer penetraban hasta lo más profundo de su corazón, impregnándolo de amor y deseo, produciéndose la unión de ambos cuerpos y de ambas almas, en largos suspiros, latiendo al unísono los dos corazones en un ardiente amor, como si fueran dos ascuas de un mismo fuego.

Y mientras su padre, Musa, se encontraba en Damasco luchando contra las acusaciones de sus enemigos, Abdelaziz disfrutaba de los besos y encantos de Egilona, que, a su vez, lo envolvía con sus besos y con su amor. Pues, su alma ─que se había despertado al amor en el poco tiempo que pasó con su primer marido, permitiéndole a ella degustar el placer sin llegar a saciarse─ la indujo a buscar el placer cuando llegó su jinete árabe y le despertó los sentidos sedientos de amor y de goce.

Abdelaziz prestaba atención a los deseos y consejos de su esposa, a pesar de que no todos esos consejos daban siempre buenos resultados. Trató bien a los godos y fue benévolo con ellos, tal como le aconsejaba su esposa.

En una palabra, a Abdelaziz le gustó la vida placentera en Sevilla, al lado de Egilona, pues ni la diferencia de idioma ni de raza impedían que se deleitara a fondo.

Más de uno cree que los efímeros períodos de tiempo que los árabes pasaban disfrutando de desbordantes placeres, junto con las mujeres godas, eran producto de la necedad. ¿Y cómo es que unas mujeres sometidas, que habían sido humilladas y esclavizadas, se enamoraban, amaban y se entregaban al placer con sus nuevos señores? ¡Cómo es que la noble Egilona, conducida a la sumisión y a la entrega corporal y sexual, llegó a enamorarse verdadera y sinceramente de su jinete! ¡Y cómo pudo, con este mismo amor, dominar a su amante y señor!

Estamos ante un misterio enigmático y mágico de la naturaleza y del sexo. En esta clase de amor, una de las partes ama, domina y atrae hacia sí a la otra parte, y al mismo tiempo se entrega plenamente a esta y se somete a su voluntad. Se trata de una filosofía que nos puede aclarar los comportamientos de Abdelaziz y Egilona, y de otros muchos matrimonios mixtos, de hombres árabes y mujeres godas.

Y así, una vez más, somos testigos de que la esencia del amor es algo que no se puede comprender del todo. Es un sentimiento súbito y ágil, y aquel que es afortunado y es poseído por el amor llega a creer que es la cosa más extraña de la vida terrenal.

Abdelaziz se consideraba el hombre más feliz del mundo al lado de Um Asem, y puede que haya sido así; y nunca sospechó, en la plena felicidad en que se hallaba, que el castillo podía derrumbarse de la noche a la mañana. La embriaguez del placer lo cegaba y confiaba demasiado en el dulce transcurrir de sus noches y de sus días.

Egilona, en cambio, se interesaba por su futuro, por lo que llenó el corazón de su hombre de ambición, y un día le susurró al oído, mientras estaban en su lecho de amor: *¿No serías feliz reinando sobre Al-Ándalus?* Era una idea que Egilona no dejaba de acariciar en sus sueños…, convertirse otra vez en reina de aquel país. ¿Pero

quién fue el causante del fracaso de este plan? La mujer, con su nefasto comportamiento, su funesta opinión y su fatídico consejo.

Y mientras eso ocurría, llegó a Al-Ándalus la noticia del nefasto trato dispensado por el califa Sulaiman Bin Abdelmalek, en Damasco, a Musa Bin Nusair, lo que provocó la ira de su hijo Abdelaziz.

─Ahora tengo que imponer nuevos impuestos y recargos para reunir el dinero que el califa exige a mi padre, lo que seguramente provocará el malestar y las protestas del pueblo; –se decía Abdelaziz. Eso significaba la consiguiente perturbación de su tranquila vida al lado de Um Asem y las bellas sevillanas.

El pequeño Asem seguía aun bajo los cuidados de su niñera, mientras que su madre, acostumbrada a la corte real, arrastraba las colas de sus fastuosos vestidos, llena de orgullo, y no encontraba dificultad alguna en organizar aquel pequeño entorno. Abdelaziz, a su vez, disfrutaba en su palacio sevillano de todo lo que anhela un ser humano: una casa holgada, un espacio amplio y una mujer que poseía el secreto de la belleza; por eso, las noticias que le habían llegado desde Damasco habían enturbiado el claro horizonte de su vida. No le quedaba otra solución excepto la de enfrentarse abiertamente al califa, incluso si esto significaba la rebeldía y la proclamación de la independencia de Al-Ándalus del califato Omeya. Este proyecto coincidía plenamente con los deseos de Egilona que ambicionaba volver a ser reina, de Al-Ándalus, por lo que incitaba a su marido a romper las relaciones con Damasco.

─No podemos confiar en quienes tratan a tu padre de esta manera tan brusca y lo humillan de este modo, tanto a él como a su familia ─le decía.

Abdelaziz escuchaba estas palabras de Um Asem sin saber que contestar ni que decidir.

─Seguro que harán contigo, en una noche sin luna, lo mismo que han hecho con tu padre ─insistía Egilona.

Egilona solía repetir estas palabras, gracias a su sexto sentido femenino, una y otra vez.

─El islam no puede asentarse en Al-Ándalus sin el apoyo del príncipe de los creyentes ─solía contestar Abdelaziz─. No puedo enfrentarme solo al peligro si los musulmanes y los cristianos se enfrentaran a mí juntos.
─Esto no pasará si te proclamas rey de Al-Ándalus ─replicaba Egilona.
─¿Proclamarme a mi rey de Al-Ándalus? ¿Para qué? Mi poder es casi tan grande como el del califa ─decía Abdelaziz.
─Pero ¿no comprendes que un rey sin corona es como un rey sin reino? ¿Quieres que te haga yo misma una corona de joyas, alhajas y oro?
─Eso sería una locura. Nuestra religión prohíbe eso.
─¿Y qué tiene que ver la gente con lo que ocurre en el interior de tu palacio? –Argumentaba Egilona.

Pero Abdelaziz no podía oponerse durante largo tiempo a los deseos de la obstinada, amada y adorada Egilona, por lo que la dejaba hacer, y en la intimidad se cubría la cabeza con una corona.

Abdelaziz había enviado a Mohamad Bin Habib Bin Abi Ubaidah Al-Ma´afiri, Usama Bin Malek Al-Shulani, Ismail Bin Abi Abdulah y otros a Damasco para llevar los botines de guerra al califa. Estos llegaron a Damasco el año **97** de la Hégira, correspondiente al 715 d.C., siendo muy bien recibidos por el califa que, poco después, ordenó el regreso de ocho de ellos a Al-Ándalus, entre ellos Usama, Ismail, Mohamad Bin Habib y Numan Ben Abdulah Al-Jadrami, con órdenes del califa de asesinar a los tres hijos de Musa Bin Nusair, que gobernaban Al-Qairauan, Tánger y Sevilla.

Los conspiradores temieron el levantamiento del ejército, que apoyaba a Abdelaziz, contra ellos, por lo que difundieron rumores en los que se acusaba a Abdelaziz de que era un musulmán de poca fe, que su esposa, la goda, influía en él de un modo que no favorecía al islam, y que quería convertirlo en rey.

El vulgo creyó estos rumores y cotilleos, y la gente empezaron a susurrar entre ellos mientras que Abdelaziz permanecía ajeno a lo que ocurría a su alrededor, pues su entrega al amor de Egilona le

hacía olvidarse de su delicadísima posición, totalmente plagada de peligros.

En Sevilla residía un hombre de confianza de Musa, Habib Bin Abi Ubaidah Al-Fihri, que se había casado también con una mujer goda, de gran belleza, y de no menos ambición que Egilona. Entre las dos mujeres existía una muda disputa. La esposa de Habib envidiaba a Egilona y no despreciaba ocasión para dañar su imagen. Una noche acudió a su marido muy alarmada.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó Habib.

—He visto a Abdelaziz ponerse una corona de oro sobre su cabeza.

Habib sabía que las murmuraciones sobre los comportamientos de Abdelaziz y Egilona no procedían solo de su esposa. Algunos incluso habían atribuido a ambos proyectos políticos sospechosos.

—¿Dónde lo viste con la corona sobre su cabeza? —Preguntó Habib a su mujer.

—Cuando estaba a solas con su mujer, en su alcoba —le contestó. No se trata de rumores sino verdades de las que yo misma me he cerciorado.

Habib, a su vez, puso al tanto de lo ocurrido a algunos caudillos musulmanes, fanáticos y poderosos, a quienes les disgustó la conducta de Abdelaziz y lo denunciaron en secreto a Damasco, donde el califa, Sulaiman Bin Abdelmalek, comprendió que la familia de Musa estaba exponiendo al califato Omeya a grandes peligros y decidió tomar las medidas para frenarla. Musa, que se encontraba en Damasco, sufrió las primeras consecuencias de esas medidas.

En Sevilla, Habib y su mujer no paraban de socavar la imagen de Abdelaziz, y ninguno de los amigos del gobernador de Al-Ándalus movía un dedo para salvarlo, incluido su antiguo consejero, Ayub Bin Habib Al-Lajmi, sobrino de Musa Bin Nusair, y, por lo tanto, familiar de Abdelaziz.

Todos conocían el carácter del príncipe Abdelaziz, que confiaba en sus amigos, ajeno a lo que estos estaban tramando, por lo que no les fue difícil sorprenderlo. Así, un día, cuando estaba rezando en la mezquita, se acercó a él un hombre y le asestó una sola puñalada

que no fue suficiente para acabar con su vida. Abdelaziz, herido, pudo refugiarse en una huerta cercana y algunos conspiradores pensaron que había podido escapar, por lo que se sintieron amenazados por las nefastas consecuencias que podría acarrearles su conspiración; por ello, huyeron del lugar a toda prisa. Sin embargo, el autor de la puñalada persiguió a Abdelaziz hasta que lo encontró y lo remató. Era el mes de Rayab del año **97** de la Hégira, correspondiente a marzo del 716 d.C.[26]*

Egilona pudo ver a los asesinos de su marido separando su cabeza del cuerpo y se le heló la sangre ante tan macabra escena. Sin embargo, los conspiradores no le causaron daño alguno a ella.

La cabeza de Abdelaziz fue enviada por los conspiradores al califa Sulaiman Bin Abdelmalek, en Damasco, como prueba fehaciente de que habían ejecutado la misión que les había encomendado.

***

[26] Abdelaziz murió en el mismo año que su padre, Musa Bin Nusair.

# 5

## Abderrahman Al-Ghafiqi

Tras el asesinato de Abdelaziz, los caudillos árabes acordaron elegir a Ayub Bin Habib Al-Lajmi como gobernador de Al-Ándalus, pero su mandato duró solo siete meses, período en el que la capital se trasladó de Sevilla a Córdoba. Ayub fue destituido por el nuevo gobernador del norte de África, Mohamad Bin Yazid, que sucedió a Musa en este cargo. Sin embargo, la orden de destitución fue dictada en Damasco cuando el califa Sulaiman se enteró de que Ayub pertenecía a la familia de Musa Bin Nusair.

Sustituyó a Ayub en el cargo de gobernador de Al-Ándalus, Al-Hurr Bin Abderrahman Al-Zaqafi, que residía en el norte de África y llegó a Al-Ándalus el año 97 de la Hégira, 716 d.C. Al-Hurr encabezó una campaña militar en el este de Hispania, penetró en Galia, donde recuperó los castillos y las ciudades del norte que los musulmanes habían invadido anteriormente, llegando a conquistar las ciudades de Narbona, Béziers y… Carcasona, además de las ciudades de Septimania, perteneciente, esta última, al reino godo, y que se había rebelado después de haber sido conquistada por los musulmanes por primera vez bajo el mando de Musa Bin Nusair. Al-Hurr era un hombre muy estricto, un tirano, y extremadamente duro tanto con los enemigos como con los musulmanes. Castigaba con la muerte cualquier desliz, por lo que todos temblaban en su presencia. Al-Hurr sembró el terror en todas las regiones que conquistó, llegando hasta el río Garona.

En el año 101 de la Hégira (719 d.C), llegó desde Damasco la noticia de la muerte del califa Omar Bin Abdelaziz, que fue llorado por allegados y extraños, por amigos y enemigos, por igual. Antes de morir, el califa Omar Bin Abdelaziz, célebre por su carácter piadoso y por su extremado sentido de la justicia, había destituido a Al-Hurr, en el año 100 de la Hégira, a causa de su tiranía. Nombró en su lugar a Al-Samh Bin Malek Al-Julani, por lo que Al-Ándalus

respiró hondo por haberse liberado de la injusticia de Al-Hurr, a quien el califa le había aconsejado, infructuosamente, tomar el camino la compasión y de la justicia.

Al-Samh, nada más llegar a Al-Ándalus, empezó por irradicar las rebeliones, reformar la administración y el ejército. Realizó un censo de las tierras de Al-Ándalus, implantando un impuesto equivalente a la quinta parte de su producto.

Y sin perder tiempo, Al-Samh se dirigió a las fronteras del norte, al país de los galos, a la cabeza de un gran ejército, donde atacó varias ciudades, hasta llegar a Tolosa. Al llegar a esta última la puso bajo asedio hasta que empezó a sentir sus estragos, disponiéndose las tropas musulmanas, entonces, a entrar en la ciudad por la fuerza. Sin embargo, el ejército musulmán recibió noticias sobre el avance hacia sus posiciones de numerosas fuerzas cristianas que iban en auxilio de los asediados en Toulouse, encabezadas por el duque Odón de Aquitania, lo que no mermó el ánimo de Al-Samh, que ordenó a sus tropas prepararse para la batalla.

Las fuerzas del enemigo eran tan numerosas que las nubes de polvo que levantaban los cascos de los caballos llegaban a ocultar la luz del sol. Los dos ejércitos se encontraron y Al-Samh iba incitando a sus hombres a resistir y a aguantar, levantándoles la moral, gritando en el fragor de la batalla: *Dios está de nuestra parte y si Dios está con nosotros ¿Quién sería capaz de vencernos?*

La batalla transcurría en tablas, y quien no podía oír las proclamas de Al-Samh, podía ver sus acciones, moviéndose a caballo de un lado a otro, derribando a los jinetes del enemigo uno tras otro, mientras su caballo estaba, como diría el poeta [27]:

*… lamentándose con una lágrima y relinchando…*
*si supiera lo que es conversar se habría quejado …*
*y habría sido mi interlocutor si hubiera sabido lo que es hablar.*

[27] N.T.: se refiere al gran poeta preislámico Antara Bin Shaddad.

Y mientras Al-Samh luchaba desesperadamente a lomo de su caballo un soldado enemigo, de los muchos que lo habían rodeado, le asestó una puñalada que le atravesó el corazón, cayendo muerto sobre su caballo; lo que provocó una gran agitación entre las fuerzas musulmanas, que se dieron a la fuga, siendo perseguidas por el enemigo, que mató a muchos de ellos. Este ejército musulmán, huido, llegó a Septimania el 9 del mes de Dhul-Hiyyah, del año 103 de la Hégira, el 29 de mayo de 722 d.C. Entre los caídos en aquella batalla figura Numan Bin Abducía Al-Jadrami, que fue uno de los primeros en entrar en Al-Ándalus, y Naím Bin Abderrahman Bin Muawiya Al-Tayibi, y otros de la mejor élite de los jinetes árabes.

El ejército musulmán se desplegó hasta Narbona donde los comandantes del ejército se reunieron y eligieron a Abderrahman Al-Ghafiqi como nuevo caudillo del ejército, teniendo en cuenta su gran valentía y su bravura en el combate, dos cualidades que quedaron demostradas en sucesivas batallas. El ejército le tenía gran estima, por lo que lanzaron vítores celebrando su elección como comandante en jefe.

Abderrahman Al-Ghafiqi pudo erradicar las sediciones y el tributo que pagaban Narbona y las demás ciudades de Galia que habían conquistado los musulmanes. Reservaba una quinta parte de los botines de guerra para el califa y distribuía el resto entre sus soldados, por lo que los soldados lo querían y lo seguían incondicionalmente por muy agotadora que fuera la marcha, sin importarles los peligros ni las calamidades.

Algunos dirigentes árabes en Al-Ándalus envidiaban a Al-Ghafiqi, por el afecto y respeto que los soldados demostraban hacia él. Algunos de estos escribieron al gobernador en el norte de África, alabando la valentía, el talento y la pericia en las guerras, de Al-Ghafiqi, pero denunciando, a la vez, su negligencia con respecto a la disciplina de los soldados, asegurando que su influencia sobre ellos dañaba sus rudas costumbres. El propio Al-Ghafiqi no negó tener este comportamiento con respecto a sus soldados y solía

decir: *No puedo negarles nada a mis soldados cuando han salido victoriosos de los campos de batalla*.

Estas denuncias influyeron en el gobernador de África, Bisher Bin Hanzala Bin Safwan Al-Kalbi, que destituyó a Al-Ghafiqi nombrando en su lugar a Anbasa Bin Suhaim Al-Kalbi, perteneciente a la tribu Al-Kalbi, la misma del gobernador de África.

El califa Omar Bin Abdelaziz había convertido a Al-Ándalus en una provincia dependiente directamente de Damasco, pero a la muerte de Bin Abdelaziz, su sucesor, el califa Yazid Bin Abdelmalek, no aprobó este cambio, volviendo Al-Ándalus a depender del norte de África.

Anbasa era querido por la gente, respetado, sagaz y valeroso. Al-Ghafiqi no se quejó ante su destitución del cargo de gobernador y se contentó con el cargo de comandante del ejército, felicitando a Anbasa.

Anbasa se asentó en Cordoba, sede de los gobernadores desde la época de Ayub Al-Fihri; reorganizó el cobro de los impuestos de las distintas regiones de Al-Ándalus y el cultivo de las tierras de parte de los musulmanes, sin perjudicar en nada a los cristianos. Muchas tierras se quedaban sin explotar. Implantó un impuesto, equivalente a la quinta parte del producto, a los territorios conquistados por la fuerza; y equivalente a la décima parte a los conquistados pacíficamente, sin haber ofrecido resistencia. También ordenó la reconstrucción del puente de Córdoba.

Anbasa se dirigió a las zonas del interior de Al-Ándalus, haciendo reinar la justicia, la igualdad y la equidad en todas partes. Mientras ocurría esto, se rebelaron algunos godos, en Tarazona, por lo que Anbasa entró por la fuerza en la ciudad, destruyó sus murallas y castillos, y castigó a los rebeldes, pasando a duplicar los tributos impuestos a las ciudades cristianas que eran conquistadas por segunda vez.

Según las crónicas árabes, en tiempos de Anbasa: *Un alevoso bárbaro de nombre Pelayo, se levantó en Galicia, recriminando a los demás bárbaros el hecho de que siguieran huidos durante tanto*

*tiempo, incitando su orgullo, hasta elevarlo al límite de la venganza, y defendiendo su territorio. Y desde aquel momento los cristianos de Al-Ándalus empezaron a defender los territorios que les quedaban en las manos y a proteger a sus mujeres, sin haberlo hecho antes. En Galicia, y lo que hay al norte de ella, no quedó tierra que no hubiera sido conquistada, excepto la roca donde se había refugiado este bárbaro; donde sus seguidores habían muerto de hambre, hasta que terminaron siendo unos treinta hombres y diez mujeres, que no tenían de víveres, salvo la miel de las abejas, que criaban en las fisuras de la roca.*

*En esta roca de muy difícil acceso se hicieron fuertes, hasta que los musulmanes se cansaron de ellos y los despreciaron diciendo: ¡Treinta bárbaros! ¡¿y que podrán hacer?!*

Así describen algunos cronistas árabes de la época el movimiento de independencia surgido en las montañas de Asturias; que confundían con Galicia.

Después de haber reorganizado los asuntos de Al-Ándalus, estabilizándose allí la seguridad y el orden, Anbasa se dirigió al país galo, con enormes ejércitos, atravesando la región de Narbona, reconquistando Carcasona y Nimes y las posiciones existentes entre estas. Los godos abandonaron su apoyo a los galos pasando a prestarle apoyo a Anbasa, y este siguió avanzando por el valle de Ródano, haciendo prisioneros y consiguiendo nuevos botines de guerra, para posteriormente entrar en Borgoña, y seguir hasta llegar a la ciudad de Autun que quedó destruida.

El duque Odón de Aquitania temió ser atacado por los musulmanes por lo que se apresuró a negociar y acordar una tregua con ellos, con lo que los musulmanes extendieron su poder al sureste francés.

El éxito de Anbasa estaba motivado por su coraje y su cortesía, más que por su fuerza y su superioridad numérica. Su tacto, amabilidad y el buen trato dispensado a los pueblos conquistados, supusieron un factor esencial en el fortalecimiento del poder del islam en el sureste francés.

Sin embargo, la mala fortuna quiso que los árabes sufrieran una nueva catástrofe, pues Anbasa, de regreso hacia el sur, y antes de haberse reunido con todas sus tropas, fue sorprendido por grandes masas de francos, entablándose una batalla en la que Anbasa fue gravemente herido, falleciendo pocos días después. Era el año 107 de la Hégira (725 d.C.). Su jefatura de la administración de Al-Ándalus duró cuatro años y cuatro meses.

Antes de morir, Anbasa nombró sucesor suyo a Azrah Bin Abdulah Al-Fihri, para que asumiera el mando del ejército hasta que el gobernador de África tomara una decisión al respecto. Azrah, que era considerado uno de los sabios y caballeros de Al-Ándalus, no estuvo en el cargo más allá de dos meses, tras los cuales fue destituido y nombrado en su lugar Yahya Bin Salamah Al-Kalbi.

Bishr Bin Safwan Al-Kalbi, gobernador de África, envió a Yahya a Al-Ándalus en el año 107 de la Hégira y su gobierno duró un año y medio, período durante el cual no se registró suceso de interés ni batalla alguna. El mismo Yahya no salió en ninguna campaña militar, permaneciendo constantemente en Córdoba.

A la muerte de Bishr Bin Safwan Al-Kalbi lo sucedió como gobernador de África Ubaidah Bin Abderrahman Al-Salmi, que tardó en nombrar a un nuevo gobernador de Al-Ándalus, en la persona de Ozman Bin Abi Nasa´ah Al-Juza´mi, llegado a Córdoba en el año 110 de la Hégira, pero que pronto fue destituido.

En su lugar fue nombrado Hudaifa Bin Al-Ahwas Al-Qaisi, que llegó a Al-Ándalus en el mes de rabi´a Al-Awal del año 110 de la Hégira, pero, también, fue destituido poco después. Se cree que su mandato duró un año.

Después, se nombró gobernador a Al-Haizam Bin Abdo Al-Kilabi, que llegó a Al-Ándalus en el mes de moharram del año 111 de Hégira (729 d.C.).

Al-Haizam, que era muy serio y de voluntad férrea, intentó erradicar el caos, por lo que envío al gobernador de Asturias, Munuza, al país de los galos, para que sofocara allí distintas rebeliones. Al-Haizam permaneció en Al-Ándalus, luchando contra

los disturbios y el caos. Maltrató a la mayoría de los dirigentes que le hacían oposición. Cuando los musulmanes se cercioraron de su tiranía, su injusticia y su avaricia, conspiraron contra él, siendo descubierta la conspiración, y castigados tremendamente sus autores a manos de Al-Haizam, que se apoderó de sus caudales y de sus bienes, encarceló a algunos de ellos y dió una muerte atroz a otros.

De entre los castigados en prisión se encontraba un hombre llamado Ziyad BinYazid, que tenía numerosos amigos influyentes que comunicaron sus quejas contra el tirano Al-Haizam, enemigo del pueblo y opresor del débil, que se apropiaba de los bienes de los demás, al califa Hisham Bin Abdelmalek, en Damasco.

Cuando el califa leyó estas denuncias quiso cerciorarse de su autenticidad, por lo que envió a Al-Ándalus a Mohamad Bin Abdulah Al-Ashya´i para observar de cerca los comportamientos de Al-Haizam, dotándole de las facultades necesarias para destituir, si fuera necesario, al gobernador de Al-Ándalus y nombrar a otro en su lugar.

Mohamad Bin Abdulah se trasladó a Córdoba, donde observó en secreto los acontecimientos, y no tardó en tener la certeza sobre la veracidad de las denuncias formuladas contra Al-Haizam, por lo que mostró a este las ordenes del califa y lo destituyó. Al-Haizam fue detenido, paseado, montado en burro al revés, humillado, por las calles de Córdoba, y luego fue encarcelado. Todos los bienes de los que se había apropiado fueron recuperados, y todos los que había encarcelado fueron puestos en libertad.

En el mes de safar del año 113 de la Hégira, 731 d.C, Mohamad Bin Abdulah nombró gobernador, con la aprobación del califa, a Abderrahman Al-Ghafiqi, nuevo gobernador de Al-Ándalus. Era su segundo nombramiento que fue recibido por el pueblo con alegría y con un gran jolgorio. Su primer mandato había terminado diez años antes, a la muerte de Al-Samh.

Al-Ghafiqi era un gran soldado que había demostrado sus dotes militares en las campañas de Galia, era un competente gobernador, muy hábil en la administración de los asuntos de Estado y era un

gran reformador. Sin duda, Al-Ghafiqi era el más grande y el más competente de los gobernadores de Al-Ándalus.

Los cronistas de Al-Ándalus, tal como dice Abdulah Anan, en su obra (*El Estado del islam en Al-Ándalus*) coincidían en venerar a Al-Ghafiqi, en tenerlo en muy alta estima, y en alabar su sentido de la justicia, su benevolencia y su temor de Dios. Los soldados lo querían por todo esto, y gracias a su carisma pudo reunir a las tribus en una sola fila, reconciliándose así las tribus de Mudar e Himyar, y reinando la armonía en la administración y en el ejército, lo que abrió una nueva era en Al-Ándalus.

Al-Ghafiqi inició su mandato visitando las distintas regiones del Al-Ándalus, dedicándose a reorganizar sus asuntos y a poner sus correspondientes administraciones en manos de personas competentes y justas. Erradicó las rebeliones y las injusticias tanto como pudo. Devolvió a los cristianos sus iglesias y los bienes que anteriormente les habían sido arrebatados. Reorganizó el sistema de impuestos, imponiéndolos con igualdad para todos.

En resumidas cuentas, Al-Ghafiqi pasó la primera parte de su mandato reformando la administración y corrigiendo los defectos que la habían afectado en los tiempos de sus predecesores. Especialmente se dedicó a la reforma y reorganización del ejército, compactando sus filas en todas las regiones. También creó tropas especiales, muy fuertes, formadas por los mejores jinetes bereberes y bajo el mando de un grupo escogido de caballeros árabes. Fortificó los castillos y las posiciones fronterizas del norte y estuvo siempre en alerta para sofocar cualquier tentativa de rebelión.

***

## 6

## Pelayo y Ermesinda

Gaudiosa salió del palacio del conde Añigo con el corazón entristecido, incapaz de resistir el deseo que la empujaba a dar un paseo al aire libre, cerca del palacio.

Se encontraba pensativa, y andaba sin rumbo, adentrándose en el bosque donde la desgraciada doncella se entregó, sin ataduras, al llanto y al sollozo, mientras recordaba las pocas horas felices que había vivido y que se fueron, sin retorno. Tampoco podía olvidar los celos que carcomían su corazón ante el amor entre Pelayo y Florinda. Acusó al cielo de crueldad porque cuando Florinda se puso los hábitos de la castidad en el convento de santa Eulalia, ella recuperó el aliento y se sintió renacer de nuevo, recuperando las esperanzas.

La vida, a sus ojos, era un martirio. ¿Cómo podría vivir sin su amado en este valle…, el valle de lágrimas? La muerte le parecía la suprema salvadora. Era un generoso ángel que la llevaría de la mano al mundo de la verdad y del amor eterno, donde podría contemplar a Pelayo hasta la eternidad, no como en la tierra, donde la mano del destino impidió la comunicación entre los dos. El mundo aparecía ante sus ojos como un enterramiento; el cantar de las golondrinas, un canto fúnebre; y el sol, una antorcha encendida en un funeral.

Su inmersión en oscuros pensamientos trajo a su memoria la promesa que hizo a su padre de aceptar a Godila como marido. Era el sacrificio por antonomasia. Y es que los ruegos de su anciano padre eran más fuertes que ella.

Al caer el sol, la tenue oscuridad empezó a extender sobre el horizonte una máscara tan delicada como dura, desvaneciéndose la luz y ocultándose el día, mientras se dirigía a su tumba en la oscuridad de la noche. Así fueron enterradas las esperanzas de esta virgen, quedando al desnudo sus sueños y sumergiéndose en el extenso vacío que asediaba la vida.

Todo, las colinas, las montañas empinadas, el rumor del agua pura en los canales, los frondosos bosques, las catedrales erguidas como gigantes, todo esto parecía a sus ojos lúgubre, triste y penoso.

Estaba vestida de blanco, con su cabello rubio y largo y se perdía en el bosque sin rumbo y sin objetivo; y si no hubiera sido porque estaba tan entregada a sus pensamientos habría visto a aquellos tres caballeros que se dirigían al palacio. Oyó el ruido de los cascos de sus caballos, y cuando los divisó a lo lejos empezó a temblar de terror, juntó las manos sobre el pecho, como implorando y se apoyó en el tronco de un árbol para no perder el equilibrio.

Uno de los tres jinetes (vestidos de árabes) habló con sus dos compañeros, que siguieron su camino hacia el palacio, mientras que él se dirigía a donde se encontraba Gaudiosa, cuyo terror aumentaba al verse alcanzada por los árabes.

El árabe desmlontó y se arrojó a los pies de Gaudiosa. Ella miraba lo que hacía como si estuviera ante un fantasma venido de otro mundo. De repente comprendió todo, se abalanzó sobre él exclamando:

–¿Eres tú, mi adorado jinete? ¿Eres la eterna visión de mis sueños? ¿Acaso has abandonado los velos celestes para rescatarme de este valle de lágrimas? ¿Es que estoy delirando? ¡Dios mío!, ¿o estoy en la realidad?

El caballero la contemplaba con ojos soñadores mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejías.

─Soy yo, mi adorada Gaudiosa. ─Dijo el caballero.

─Pelayo, amado mío ─dijo Gaudiosa─. Pero ¿Y la noticia de tu muerte?

─Era falsa.

La virgen enamorada, con los brazos abiertos, loca de felicidad, se arrojó sobre Pelayo y él la estrechó contra su pecho, con un inigualable cariño. Pero, Pelayo de repente lanzó un grito, viendo que Gaudiosa cerraba los ojos, perdiendo el conocimiento y palideciendo su rostro. Pelayo se quedó inmóvil por un instante, antes de correr hacia el arroyo de donde tomó agua juntando las palmas de las manos y la derramó sobre la faz de Gaudiosa, que

reaccionó volviendo en sí. Pelayo, aliviado, se sintió como un naufragó que alcanza la orilla, y lanzó un grito de alegría.

Pelayo le contó las dificultades, aventuras y peligros por los que había pasado.

Ambos se dirigieron juntos al palacio en el que residía Munuza. No les era difícil a los monjes entrar en el palacio, gracias al encanto que Ermesinda, la hermana de Pelayo, había provocado en el corazón del gobernador de Gijón. Ermesinda vivía en el palacio con su tío y los siervos cristianos de este sin ser molestada por nadie.

Pelayo entró en el palacio junto con los monjes y reveló su identidad a su tío y a su primo.

─Mirad hasta donde ha llegado nuestra humillación ─les dijo Pelayo─. Para estrecharte, tío, y para poder ver a mi hermana, tengo que entrar en este palacio vestido de monje. Ocultamos nuestros nombres detrás de esta ropa. Quiero demostrar a estos paganos que Pelayo sigue vivo y que verán su espada brillar en los campos de batalla.

─Hijo, controla tu enojo ─le respondió el conde─. Recuerda el sitio donde estás y recuerda las muertes, los saqueos y la dispersión. Dios quiso que las cosas ocurrieran así. ¿De qué sirve este entusiasmo estéril? ¿Quieres morir gratuitamente? ¿Dónde están nuestros combatientes? ¿Dónde han quedado nuestras leyes? ¿Dónde están nuestros templos y nuestras ciudades? ¿Qué país quieres defender? ¿Este país ha caído y ya no existe? El país de Recaredo, Chindasvinto y Wamba ha muerto. Ha muerto para siempre. Ha muerto el reino de los visigodos, y tú mismo te encontrabas prisionero en manos de los árabes.

─¿Y que importa que caiga yo prisionero una, dos, y cien veces, mientras tenga pulso en las venas?

Un espeso silencio reinó en la estancia.

─¿Dónde está mi hermana, Ermesinda? ─Preguntó Pelayo. Quiero abrazarla. La echo mucho de menos.

El anciano, abatido, permaneció en silencio, inmóvil y pálido.

─Has nacido en una hora infeliz, hijo mío, el destino te persigue ─dijo el conde.
─Habla, por favor, ¿Dónde está mi hermana? ─Insistió Pelayo.
─No la nombres, su nombre me causa daño, y me entristece ponerte al tanto de la oscura noticia.
─¿Ha muerto?
─No. Vive, pero su muerte, de tener lugar, puede que no te afecte. Tu hermana ha salvado al pueblo de esta ciudad, pues, si no fuera por ella, el fuego habría consumido esta ciudad con todo lo que tiene. La espada árabe habría acabado con todo signo de vida. Se arrojó al pie del caudillo árabe pidiendo piedad para este desgraciado pueblo, y en él halló la aceptación y la compasión, enterneciéndose el corazón del árabe. Gracias a ella Gijón vive tranquila y en paz al tiempo que el resto del país sufre lo indecible. Todos los guerreros que han combatido a mi lado disfrutan ahora entre sus familias de la paz y del sosiego, con una pequeña diferencia, que es el cambio del gobernante, pues en lugar de Rodrigo está Munuza.
El anciano se detuvo al llegar a este punto.
─Sigue ─dijo Pelayo.
─Ermesinda se ha convertido, con su generosa mediación, en el ángel guardián para todos los cristianos ─dijo el conde─. Ella es la que ha hecho que nuestras ataduras sean ligeras, y Munuza no rechaza ninguna petición suya, pues está enamorado de ella; es muy amable con ella, y le pidió que se casara con él.
─Y ella, ¿qué opina de todo esto?
─Ella está entregada a su seductor en este su primer amor
─respondió el conde.
─¡Dios mío!, ¿por qué me has propinado un golpe tras otro?
─Exclamó Pelayo–. Ayer, Rodrigo me destrozó las entrañas, luego el exilio y la persecución. He atravesado Hispania, de punta a punta, empujado por mi amor fraternal. ¿Es esto, ¡Dios de los cielos!, lo que me está esperando? ¿Es que merezco todo esto, humillación tras humillación? Mi primer amor ha sido mancillado por el deshonor, mi país ocupado por los extraños, mis sueños de

gloria se han disipado, como si fueran niebla, y ahora encuentro a mi familia sufriendo la deshonra: mi hermana, mi único consuelo, Ermesinda. ¡Qué gran vacío!

Pelayo escondió su rostro entre las manos intentando ocultar sus lágrimas y temiendo que la luz desvelara la marca de deshonor que había quedado impresa en él. Luego volvió a lamentarse:

─Ojalá el cielo me hubiera arrancado la vida en la batalla de Guadalete, donde miles de héroes han caído laureados por la gloria. Ah, la hermana de Pelayo está enamorada del enemigo de su país. ¡Estas mujeres! ¡Son las portadoras del honor de los hombres! ¿Por qué este carísimo bálsamo se deposita en tan endeble recipiente? Pero, por Dios, dime, ¿cuándo brotó este amor en su corazón? ¿Cuándo se celebró su boda?

─Será hoy ─respondió el conde.

─¿Hoy? He llegado a tiempo, me plantaré entre ellos dos como un fantasma, como el remordimiento de conciencia. Ella temblará al verme.

Pelayo se fue en busca de Ermesinda y entró en el triste y lúgubre palacio de antaño, al que Munuza había llenado de la alegría de Oriente. Sus salas eran ahora más amplias y estaban adornadas con divanes de seda damasquina y lujosas alfombras persas; además, ahora había baños para las abluciones y las bandadas de esclavas llenaban las habitaciones interiores. Los criados y sirvientes se movían por doquier, además de los cantantes, fueran hombres o mujeres; todos estaban reunidos en el palacio del gobernador árabe.

Tres cristianos pidieron comparecer ante Munuza, y se les permitió la entrada.

─¿Qué es lo que queréis?

─Queremos ver a Ermesinda.

De los tres cristianos, el que habló era el propio Pelayo. Bermudo temió ser descubierto.

─Que Dios dé larga vida a mi señor Bermudo ─se apresuró a decir─, este joven desea hablar con Ermesinda para trasladarle el testamento que su hermano formuló antes de morir.

─¿Pelayo? ─Dijo Munuza, pensativo─. Dios sabe que estoy harto de oír este nombre. Se repite por todas partes. Algunos dicen que ha caído luchando y otros dicen que sigue vivo. Este nombre no me agrada.
─Pelayo pudo escapar de Córdoba, pero estos dos caballeros ─dijo Bermudo señalando al propio Pelayo y a Atanagildo─, le vieron caer muerto, y han venido a dar la triste noticia a su hermana.
─Bien. Acompañad a estos dos jóvenes para que vean a Ermesinda y luego no les molestéis ─dijo Munuza a Bermudo, al tiempo que pedía a uno de sus sirvientes que les indicara el camino hasta Ermesinda.

Tras atravesar muchos pasillos llegaron a una entrada a través de la cual se asomaba Ermesinda. Esta al ver a Pelayo se quedó pálida:
─¡Dios mío, es Pelayo! ─Exclamó.
─Silencio. Silencio. ─Dijo Bermudo, mientras cerraba la puerta y conducía a todos al interior de la estancia.

Pelayo contempló a su hermana enojado y amenazante, mientras ella permanecía pálida y no podía ocultar su perturbación. Sus miradas eran tímidas y no se atrevió a levantar su cabeza en presencia de su hermano, el héroe perseguido y enemigo de los musulmanes de entre los cuales ella había elegido un marido.
─Mírala, Pelayo ─dijo el propio Pelayo con un tono cargado de ira, dirigiéndose a Ermesinda─. Se está descomponiendo de tanta vergüenza que tiene y está consumiéndose de tanta pena que siente. Olvídate, Pelayo, de su sufrimiento y de su amor y recuerda que es de tu propia sangre y que es tu hermana.
─Sí, hermano mío, Pelayo ─respondió Ermesinda─. Estoy avergonzada en tu presencia. Pero no sabes cuánto he luchado, cuanto he deseado la muerte, mientras me acordaba de ti e intentaba escaparme. Lo vi y me enamoré de él. Lloré, luché contra mi misma y finalmente caí. Merezco tu enojo, hermano, y no espero que me perdones, pero, por lo menos deja que te estreche entre mis brazos.
─Aléjate de mí ─respondió Pelayo─. No eres mi hermana. Eres la esposa de nuestro enemigo. Te has olvidado del nombre de Favila y

has mancillado el nombre de Pelayo. No eres más que un juguete en manos de los árabes. Tú eres mi deshonra y mi vergüenza.
─¿Me propinas tan duros calificativos, querido Pelayo?
─Sí, Tú has rematado nuestro honor tambaleante. Tú has abierto el camino a los árabes para que nos miren con mayor desprecio. Tú te has entregado a quien no profesa nuestra religión, mientras que otros permanecieron fieles a su país y a su religión. Por lo menos, ¿habrás hecho esto obligada y forzada?
─No ─respondió Ermesinda─. Lo hago por amor y por mi propia voluntad.
─¡¿Amor?! ¿La hermana de Pelayo se deshonra y deshonra el nombre de su hermano con un amor prohibido por Dios y por el país? La hermana de Pelayo tenía que haberse atravesado el corazón con su propio puñal antes de caer en las redes de este amor. Te habría llorado y no estaría poseído por la vergüenza que cubre mi frente.
─¿Y qué puede hacer una pobre mujer enamorada y sola? ¿Me hablas del amor al país? Mi amor al país ha sido la raíz de mi amor a Munuza. Habría vivido lejos del mundo y de los caprichos del corazón. Nuestro país ha caído y lo ocupó el musulmán de punta a punta. Yo creo en las enseñanzas de Urbano, que dijo que el mundo entero es el país del ser humano y que todos somos hermanos. Ojalá hubieras visto el horror, las matanzas y la estrechez que ahogaba a este pueblo en la hora del ataque. Yo vi cómo gritaban las madres que habían perdido a sus hijos. Sus gritos llegaban al cielo. ¿Consideras pecado mi comportamiento frente al peligro y mi intento de salvar a estos pobres con mis lágrimas?
Ermesinda se calló, pero nadie articuló palabra, por lo que siguió diciendo:
─Mi triste voz resonó en el corazón de Munuza, me escuchó, detuvo su furia y prometió la paz. Es bello, joven, valiente y magnánimo. En cuanto al amor, el amor injusto, el amor tirano, que yo ignoraba su nombre hasta aquel momento, se instaló en mi corazón. Si supieras lo que he sufrido, lo que he resistido y cuántas veces invoqué tu nombre en medio de la oscuridad de la noche y de

la quietud de la naturaleza. Y por la mañana, me despertaba y se despertaba el amor en mi corazón más fuerte que antes. Llegué a creer que la mano divina me había elegido para ser intermediaria entre el nuevo señor y sus súbditos, un brazo capaz de detener la mano del verdugo y una voz que consuela a los entristecidos. Y Munuza satisfacía mis llamamientos, cada vez que lo imploraba. Su generosidad, su delicadeza y sus comportamientos para con nosotros, por un lado; y mi soledad y la noticia de tu muerte, por el otro.

─Ojalá te hubieran quedado restos de orgullo y de amor hacia tu hermano ─dijo Pelayo─.Yo solo vine a estos lugares para proclamar la voz de la libertad, y estas inaccesibles montañas serán las protectoras de los héroes que quieren quitarse el yugo de sus hombros. Sígueme, Ermesinda. Te compadezco por tu vida actual. Olvídate de Munuza y me olvidaré de tu debilidad, para que podamos vivir felices o morir honorables.

Al decir esto, Pelayo extendió los brazos hacia su hermana, que se arrojó en ellos y permaneció largo rato con un nudo en la garganta que la impedía hablar, pero pudo controlar sus lágrimas.

─Ven conmigo, Ermesinda, ven conmigo ─repetía Pelayo.

La joven permanecía en silencio.

─¿No me contestas?

─Hermano de mi alma ─dijo finalmente Ermesinda─. Estás en lo cierto al decir que este amor es vergonzoso. Pero te digo que el destino, o, mejor dicho, Dios, es quien ató mi vida a la vida de este hombre. Me gustaría obedecerte, pero no tengo fuerzas para obedecerte.

─Cállate, mujer, no digas necedades. ¿Cómo te atreves a decir que Dios ató vuestros corazones?

─Prometí a Dios convertirme en esposa de Munuza.

─Te convertirás solo en su esclava.

─Me ama con locura.

─Su amor es una deshonra y una indecencia.

─¡Cuán equivocado estás!

─Que la maldición de Dios caiga sobre ti ─gritó Pelayo, blandiendo su puñal en la mano, con la frente empapada de sudor, pero Bermudo le gritó:

─Controla tu enojo. Acepta la desgracia con una dilatada paciencia y no te acarrees la ira de Munuza. El país deposita sus esperanzas en ti. No seas egoísta y piensa que si tu hermana se entregó a un amor invencible hay muchos padres, madres, esposas y hermanas que están esperando el consuelo venido de tu brazo. Huyamos antes de que nos descubran.

Pelayo comprendió enseguida que Bermudo tenía razón, y se sintió avergonzado por su impulsivo comportamiento, envainando el puñal en el cinto y lanzando una última mirada, indescriptible, hacia Ermesinda.

─Adiós, mujer desvergonzada. Revuélcate como quieras en la vorágine de lujuria y satisfaz la llamada a la prostitución que te está perturbando la mente. Entrégate a tu amante en su lecho, acaríciale, ofrécele tus pechos y deja que disfrute de tus encantos. Besa la mano que derramó la sangre de los godos. Disfruta tú de los placeres que te dona tu desvergonzado, pecador y criminal amor. Olvídate de ti misma y olvídate de tu gente cuando estés en los brazos de este extraño que deshonró tu país. Te juro que no vas a disfrutar ampliamente de tus placeres, pues aquellos que tienen sangre caliente en sus venas, que se han hecho fuertes en los montes de Asturias, pronto caerán sobre este palacio de tiranía. Y cuando veas a tu amado hecho un tronco sin cabeza, y a todas las bocas escupirte a la cara, entonces te diré que llores y que te mueras en tu desvergüenza, en tus sufrimientos y en los remordimientos de tu conciencia.

Y después de haberle arrojado a la cara esta obscena maldición despareció como una sombra, seguido por sus dos compañeros.

En aquel momento un enviado compareció ante Munuza y le entregó un pliego en el que leyó lo siguiente:

*Guárdate de Pelayo. No ha muerto. Puede que haya llegado hasta Gijón para conspirar contra ti. Bermudo tiene un hijo que acompaña a Pelayo. El viejo Bermudo es un traidor. Estas criando*

*a un infiltrado en tus propias habitaciones*. El mensaje iba sin firma.

Munuza se acordó en seguida del rostro del cristiano insolente que acompañaba al viejo Bermudo, tío de Ermesinda:

─Cerrar las puertas ─gritó Munuza─. No permitáis a nadie salir ni entrar, y traedme aquí a Bermudo y sus acompañantes.

Munuza se precipitó hacia las habitaciones de Ermesinda, con la cara pálida, con el semblante cargado de amenazas y advertencias, y le enseñó la carta antes de arrojársela.

─Sí, mi hermano está vivo y hoy lo he visto aquí ─dijo Ermesinda─.

─Esta entrevista no se repetirá ─contestó Munuza.

─¿Qué quieres decir?

─Que tu hermano ya es prisionero con Bermudo y su hijo.

─Munuza, amor mío, ¿qué has hecho?

─Es mi deber.

–Pelayo solo quería verme.

Munuza le dirigió una mirada cargada de ira y salió deprisa. Ella comprendió que lo había irritado, y no quería irritarlo, pues el amor que se había hecho dueño de sus sentimientos no tenía piedad y mantenía encadenado su inocente corazón. Sin embargo, el amor que albergaba hacia su hermano había venido a desestabilizar su sosegada vida. Era como si fuera un fantasma oscuro que se manifestaba ante ella y le amargaba la vida.

El otoño pasó, con sus frutos, y los pájaros se marcharon en busca de otro clima, el cielo se vistió de ennegrecidas nubes, las borrascas se levantaron, y los rosales y flores, refugio del amor y de los enamorados, se despojaron de su verdor y de sus rosas; las golondrinas tenían hambre y frío, los bosques se quedaron vacíos, excepto las ramas desnudas, mientras las hojas amarillentas cubrían el suelo, movidas por el viento o pisadas por algún viajero que contemplaba el invierno con miradas tristes, tras haber conocido el bosque en la primavera, verde y repleto de aromas. Pasaron también las horas de regocijo que Ermesinda disfrutó en el templo

del amor, apareciéndosele siempre la imagen pálida de su hermano Pelayo, dirigiéndole miradas muy duras. Pero ella amaba a Munuza y una extraña fuerza la mantenía unida a él, a pesar de que este amor había encajado tremendos golpes, de los que salió victorioso.

Alifa, la sirvienta de Ermesinda y a la vez su confidente, entró en la habitación de esta, en lo más alto del palacio. Ermesinda dejaba volar su vista sobre los valles y las llanuras que rodeaban el palacio, por una parte, y sobre el mar infinito que lo rodeaba por la otra. Se sentía mejor contemplando este paisaje.
─¿Por qué estáis triste, mi señora? ─Preguntó Alifa que en aquel momento la veía más triste que en cualquier otro día.
─Lo ignoro ─dijo Ermesinda─. A veces siento que el alma se endurece, un sentimiento cuyo origen ignoro. Siento como si un acontecimiento maligno me estuviera acechando.

Munuza se ocupaba de los asuntos de Asturias y se disponía a recibir al emir de Córdoba, que se dirigía a Gijón, cuando entró Ismail, su ujier, muy alarmado.
─Señor, algunos jinetes nuestros acaban de llegar y están en un estado lamentable. Han sufrido una derrota –exclamó Ismail.
─¿Te has vuelto loco? ¿Quién ha podido vencer a nuestros soldados? ─Lo increpó Munuza.
─Los cristianos, señor.
Munuza ordenó que comparecieran ante él esos jinetes, que le narraron lo sucedido cuando cayeron en una emboscada, en la que murieron la mayor parte de sus compañeros.
Munuza los acogió en el palacio, y se entregó a sus pensamientos, cuando Ismail irrumpió de nuevo, con pánico en el rostro.
─¡Señor! ¡señor! ─Gritaba Ismail.
─¿Qué pasa ahora?
─Los nobles de Gijón se han rebelado y han arrastrado en su rebelión a los demás cristianos de la ciudad. Se están aproximando a las puertas de las murallas y los guardias están huyendo presos de

pánico. Solo se oyen los gritos de los cristianos repitiendo: *Viva Pelayo, viva Pelayo*. Este tiene que ser el que encabeza el ataque.

─Pelayo, Pelayo, siempre este hombre ─dijo Munuza exasperado. Ojalá lo hubiera matado y hubiera puesto fin a sus maldades. La clemencia, la piedad y la compasión, son palabras que no significan nada.

Munuza recogió sus armas y se apresuró a luchar contra los insurgentes. Los cristianos atacaban la puerta principal del palacio y los guardianes de Munuza la defendían como héroes y el combate se enconaba por momentos, mientras las victimas caían por ambas partes. La lucha se propagó a otros rincones del palacio. Combatían en todas sus salas, en todas sus habitaciones y en todos sus pasillos.

Los cristianos residentes en la ciudad se habían armado con todo lo que alcanzaban sus manos y se habían lanzado hacia el palacio donde los caballeros árabes les hicieron frente impidiendo que prestaran ayuda a sus hermanos, los nobles levantados en armas junto con sus soldados; y Pelayo encabezándolos. Los árabes se sintieron agobiados, pues sus enemigos eran mucho más numerosos que ellos, pero resistieron, máxime cuando supieron que las fuerzas de Al-Hurr se dirigían a Gijón.

El rumor de la inminente llegada de Al-Hurr afectó a las filas cristianas haciendo cundir el desánimo, como los marineros que después de luchar contra las olas, logran vencerlas y se aproximan al puerto; y entonces sopla una nueva tormenta que da al traste con sus barcos.

Y, efectivamente, en cuanto las fuerzas godas pudieron controlar la ciudad de Gijón, llegaron las fuerzas de Al-Hurr, que iban de camino para conquistar Septimania. Eran unas fuerzas inmensas e incalculables.

Los cristianos comprendieron que se enfrentaban a un inminente peligro, y, aunque les costaba mucho abandonar la ciudad, se percataron de que su sacrificio, de quedarse en aquella y luchar, no les iba a servir de nada, por lo que abandonaron la ciudad distribuyéndose por las montañas inaccesibles, en cuyas cimas se hicieron fuertes. Los ataques de los musulmanes contra ellos se

sucedieron sin respiro, haciendo mella en ellos el cansancio y el hambre, y llegando a sufrir grandes padecimientos, pereciendo la mayor parte de ellos. Solo quedaron con vida treinta hombres y diez mujeres, y entonces fue cuando los árabes los dejaron en paz y se marcharon.

***

## 7

## El final de Munuza

Dejamos a Munuza disfrutando del amor de Ermesinda, que lo sacrificó todo y lo siguió, amándose mutuamente, y disfrutando de su amor por algún tiempo. Una vez sofocada la rebelión en el norte de Hispania y obligado Pelayo, su cuñado, a refugiarse en las cuevas de las montañas más altas, Munuza abandonó Gijón, acompañado de Ermesinda. El caudillo árabe realizó una gira por las provincias del norte que quedaban bajo su gobierno, tanto en los Pirineos occidentales y Septimania, más allá de los Pirineos, en el nombre del Gobierno de Al-Ándalus. Corría el año 725 d.C.

El duque de Odón, príncipe de Aquitania, veía que el peligro de la conquista musulmana amenazaba sus posesiones, desde que los musulmanes atravesaron sus territorios, por lo que se esforzó en alcanzar una tregua con ellos y en acercarse al Gobierno de Al-Ándalus. Al mismo tiempo, el duque reunía a su alrededor a distintos aliados con el objetivo de poder resistir contra Al-Ándalus, si hiciera falta.

Cuando Munuza se hizo con el gobierno de las provincias del norte, que es colindante con Aquitania por el este y el sur, el duque quiso llegar a un acuerdo con este gobernador musulmán.

Munuza era un líder fuerte, muy ambicioso, que inspiraba mucho temor por aquellas regiones. Sus relaciones con el Gobierno de Al-Ándalus, en Córdoba, no eran las mejores, pues él era uno de los notables bereberes que habían entrado en Al-Ándalus con Tariq Bin Ziyad. Así que, el duque de Aquitania pudo llegar a un entendimiento con Munuza, y la mujer desempeñó, esta vez también, el principal papel en este entendimiento.

En una de las incursiones que Munuza había lanzado contra las posesiones del duque Odón, en la que pudo llevarse botines de guerra y prisioneros, vio a una de las mujeres apresadas y quedó fascinado por su belleza. Le preguntó cómo se encontraba, pero ella no contestó salvo con algunas lagrimas que rodaban por sus mejillas, provocando su compasión. Munuza respetó las lágrimas

de la mujer y lamentó las circunstancias en las que se encontraba. Pero todos sabemos que entre la compasión y el amor existe una pared más fina que una telaraña. Así que, la llevó a su palacio, y la alojó en unas habitaciones dedicadas solo a ella, donde podía visitarla de vez en cuando, para consolarla y aligerar sus penas.

En el palacio corrió el rumor de que Munuza había traído a una prisionera de una extraordinaria belleza, lo que llegó a los oídos de Ermesinda provocándole un gran enfado que desembocó en una desesperación y una tristeza que a punto estuvieron de acabar con ella. Ella quería a Munuza y no quería que ninguna otra mujer compartiera con ella este amor: lo quería para ella sola. Pero, aun así, ocultaba su angustia y no se quejaba salvo con desesperados suspiros.

Munuza, una vez enterado de su aflicción, fue a verla, sonriente y con mucha alegría, como era su costumbre.

─Saludos para la maravillosa y espléndida mujer ─exclamó.

Ermesinda no pudo resistir sus lágrimas, y se mantuvo en silencio. Sus lágrimas hablan por ella. Munuza se alarmó al verla llorar, secó sus lágrimas con sus dedos.

─¿Puedo saber lo que te aflige? ─Le preguntó.

─¿Qué pasa con esta nueva prisionera? ─Lo increpó ella─. Tengo celos de ella. Ella rezuma esplendor y temo que se apodere de tu corazón y que me repudies.

Munuza se acercó a ella, la estrecho entre sus brazos y rozó su cabello con sus labios.

─¿Crees que me he vuelto loco para cambiar perlas por granizo?

─¿Y sabes tú quien es ella? Puede ser una mujer de noble linaje, pues dicen que se caracteriza por su profundo esplendor y su desbordante feminidad.

Munuza se dio cuenta de que no había preguntado por el nombre de aquella mujer, ni por su padre. Podría ser la hija de algún noble.

─No existe ninguna mujer, por muy noble que sea y por mucho esplendor de que disfrute, que pueda acceder a mi corazón que es, como tú sabes, solamente tuyo. Valoro mucho tu sacrificio y tu amor por mí.

Al oír estas palabras, Ermesinda se arrojó, llorando, sobre su pecho.

─Tú eres todo para mí en esta vida ─dijo ella─. Si me abandonas, la vida después de ti no tendrá ninguna utilidad.

Sentía dificultad para respirar y jadeaba, suspirando amargamente. Él volvió a estrecharla entre sus brazos y ella hizo lo mismo. Sus labios buscaron los suyos fundiéndose las lagrimas con las sonrisas. Se abrazaron con fuerza, hundiendo ella sus pechos en el suyo, murmurando extrañas palabras como si estuviera delirando:

─Tú eres mi hombre…, mi pecado…, mi placer. Me lanzaste tus miradas, me alcanzaste…, me mataste, y no me devolviste mi vida. Tu me hiciste hermosa y soy tuya en la forma que tu deseas…, pídeme lo que quieras…, lo que quieras…

Estas palabras fueron como el aceite derramado sobre ascuas llameantes, y con una mano Munuza manoseó sus pechos con algo de violencia, mientras que con la otra iba despojándola de la ropa y se paseaba, muy impaciente, por los rincones de su cuerpo, mientras sus labios iban esparciendo ardientes besos sobre su cara, su pecho y su espalda. De repente se alejó un poco de ella, para contemplar su desnudez. Su cuerpo tierno y suave. Sus pechos redondos y erguidos con insolencia, su cintura, sus caderas, sus muslos, sus piernas…, toda ella hecha de encantos que despertaron sus sentidos para el amor…, para el placer, y hubo una especie de "pelea". Cada uno quería poseer al otro para convertirse él en ella y ella en él, dos almas latiendo en un solo cuerpo, en el que no había ganador ni perdedor, o quizás cada uno de ellos era ganador y perdedor a la vez. Y la "pelea" se hizo larga…, las palabras menguaron, y abundaron los jadeos, cargados de placer, que llegaron a su punto álgido con fuertes suspiros que despedían los pechos de ambos, mientras sus articulaciones se relajaban y ambos se separaban echándose boca arriba embargados por una profundísima dicha.

Ella lo observó con ojos sonrientes que destellaban con un profundo amor y él la miraba de la misma manera, como queriendo

decirle: *¿Acaso dudas de mi amor por ti después de lo que acaba de pasar entre nosotros?*

No obstante, la hermosa y desconocida prisionera seguía acaparando el pensamiento de Munuza, que indagó personalmente acerca de ella, y cuál fue su sorpresa cuando se enteró de que se trataba de la hija del duque Odón, dueño de Aquitania. La contempló y se quedó estupefacto ante su sublime belleza. Supo de ella que se llamaba Lampegia y ordenó que fuera vigilada más estrechamente y que reciba esmerados cuidados.

Y no tardó en llegar el enviado del duque Odón ofreciendo pagar la recompensa que fijara Munuza a cambio de recuperar a su hija. Pero el gobernador árabe no quiso aceptar recompensa, pues quería quedársela, lo que provocó la ira del duque que no aceptaba ver a su hija tratada como una prisionera más. Por ello, propuso a Munuza el armisticio o, al menos, una tregua, y este aceptó. Los seguidores de Munuza comprendieron que se trataba de un peligroso juego que no podía satisfacer al señor de Al- Ándalus ni al señor de Damasco, el califa Hisham Bin Abdelmalek. Le aconsejaron que evitara el armisticio con Odón por las nefastas consecuencias que podía acarrear y por lo que significaba: la lucha llegaba a su fin y el santo avance se detenía en la frontera de Aquitania. *Si el gobernador de Al-Ándalus decidiera enemistarse contigo* ─lo increpaban─ *¿Acaso podrías, con la ayuda de Odón, rechazar a sus tropas? Y ¿estás seguro de que el ejército te es leal?*

Preguntas estas, cuyas respuestas difícilmente serían favorables a Munuza, a pesar de lo cual, en contra de todos los que lo aconsejaban, pactó con Odón y le pidió la mano de su hija.

Así, las sospechas de la pobre Ermesinda se hicieron realidad. Quería ella ser la dueña única del corazón de su amado y hete aquí a su rival compartiéndolo con ella o, incluso, ocupándolo entero. Así se convirtió en pasto de su propio pesar y de su desesperanza.

Inútilmente intentó Munuza convencerla de que su corazón latía solo para ella y de que su matrimonio con Lampegia no pasaba de ser un matrimonio de intereses, que había sido impuesto por las circunstancias y que le permitiría heredar aquel vasto reino de

Odón, vencer a Carlos Martel y extender su dominación sobre toda Galia.

Sin embargo, Ermesinda no se dejaba convencer por aquellos argumentos y no abandonaba la idea de que Lampegia era la causa de su desgracia. Empezó a ver el futuro oscuro, imaginó a Munuza muerto a manos de sus enemigos y empezó a preguntarse por su propio destino si su marido es asesinado, con lo que la vida se oscureció ante sus ojos. Así se dejó vencer por la tristeza, perdió las ganas de vivir, aunque permanecía enamorada, albergando una tenue esperanza.

Por desgracia, ella no había tenido ningún hijo de Munuza, a pesar de su fuerte anhelo y su acuciante ansia de tener un hijo, fruto de su amor. Un hijo que sería un motivo para atraer a Munuza hacia ella y sería su consuelo en la soledad, cuando su marido estuviera ocupado en las batallas o distraído con un nuevo amor, aportado por las fructíferas incursiones. Sentía que las cosas se le escapaban de las manos y aceptó, a regañadientes, su destino, entregándose a los designios de la providencia, que seguramente sería más piadosa con ella que los seres humanos.

A Córdoba llegaron noticias que no eran del agrado de Abderrahman Al-Ghafiqi, el nuevo gobernador de Al-Ándalus. Este intentó hallar una explicación razonable para este acercamiento entre Munuza y el duque Odón.

–No venimos aquí para pactar treguas –dijo a sus lugartenientes–. Venimos aquí a luchar, venimos para la conquista. ¿Cuál es la intención de Munuza pactando con nuestro enemigo y casándose con su hija, siendo precisamente este enemigo el gran obstáculo que nos impide alcanzar el corazón de la Gran Tierra, y tratándose en realidad de una presa fácil y un bocado placentero que podemos ingerir sin atragantarnos? Se trata de nuestro enemigo cuya cólera no nos atemoriza. Hemos luchado contra él y lo hemos derrotado siempre que hemos querido. ¿Entonces, qué necesidad hay de pactar?

Al-Ghafiqi contempló la cuestión desde distintos ángulos sin que pudiera llegar a una conclusión convincente, ni argumento válido ni causa que pudiera justificar el comportamiento de Munuza. ¿Acaso la mujer está relacionada con este entendimiento con Odón? Y recibió de sus ayudantes una descripción detallada de Lampegia, una hermosa mujer que se adueñaba del corazón enamoradizo y lo volvía melancólico.

Al-Ghafiqi escribió a Munuza preguntándole sobre la veracidad de las noticias llegadas a Córdoba acerca de su entendimiento y su pacto con el duque Odón, y recibió la respuesta: *No es más que una tregua de corta duración.*

El gobernador de Al-Ándalus se negó tajantemente a aceptar esta tregua por injustificable. El tiempo era valioso y cada minuto que pasaba acercaba a los galos a la salvación y alejaba a los musulmanes del júbilo de la victoria y del triunfo. No había lugar para la tregua con el enemigo. El combate. El combate sin tregua hasta haber acabado con toda resistencia.

Al-Ghafiqi envió una nueva misiva a Munuza, encontrando en él oídos sordos y ninguna voluntad auténtica de tomar en serio sus órdenes. Todo lo contrario, Lampegia no cesaba de utilizar su astucia y su poder y de recurrir a su dominio absoluto sobre el corazón de Munuza. Así logró que su marido y su padre se entendieran, con lo que la tregua se convirtió en un auténtico pacto para la guerra y para la paz, haciendo caso omiso de las instrucciones enviadas por Al-Ghafiqi. Se trataba, en realidad, de un nuevo amor, como si fuera un nuevo fruto, o como un traje nuevo, que encandilaba a su dueño con su centelleo hasta que este empezara a aborrecerlo.

Munuza pensó que poseía la felicidad, toda la felicidad, al lado de Lampegia, la hija del duque Odón. En realidad, se había quitado la máscara y empezaba a mostrar sus verdaderas intenciones. Se rebeló contra Córdoba e instó al duque para que estuviera preparado para la lucha porque el gobernador de Al-Ándalus se dirigía hacia ellos a la cabeza de sus ejércitos. Aseguró al duque que no pensaba romper la tregua ni el pacto sellado entre ambos y

que no estaba dispuesto a desenvainar su espada contra su aliado y suegro.

Efectivamente. Estas noticias habían llegado a oídos de Al-Ghafiqi quien preparó un ejército y lo envió al norte bajo el mando de Ibn Zayan para castigar al caudillo rebelde. Ibn Zayan llegó a Madinat Al-Bab, la actual Roncesvalles, no encontrando allí a Munuza. Este, que se había quedado sin aliados ni fieles a su causa (que lo habían abandonado a su suerte) había albergado la esperanza de poder resistir el ataque de Ibn Zayan en Roncesvalles, en las laderas de los Pirineos. Hasta allí había llevado consigo a lo más valioso para su corazón, a Lampegia, pero no se había llevado a Ermesinda. El nuevo amor había derrotado al antiguo amor.

Lampegia había sido conducida junto a Munuza, en su huida de Roncesvalles, acabando ambos en un estado de extremo cansancio, duramente castigados por el sol, por lo que se sentaron junto a una fuente, cuyas aguas descendían de la alta montaña. Munuza imaginó su fin, pero no le importaba perder la vida, que había puesto a merced de su hermosa mujer. Ambos estaban bastante asustados y temblaban, si oían el discurrir del agua de las cascadas o cada vez que las brisas movían las hojas de los árboles, imaginando que los jinetes de Ibn Zayan los habían alcanzado. Ambos sabían que su situación era muy delicada y que su fin estaba próximo, pues los soldados de Ibn Zayan los buscan de roca en roca.

Al no encontrarlo en Roncesvalles, Ibn Zayan ordenó perseguir a Munuza por bosques y cuevas, y por montañas y cañadas. Y cuando este se afanaba por encontrar un escondite donde ocultar a su amada, que le había hecho perder la razón, se encontró rodeado por los soldados de Ibn Zayan, sin posibilidad de escapatoria. Munuza desenvainó su espada, pero de poco sirve la valentía cuando la victoria está asegurada por la superioridad numérica. Efectivamente, los soldados se echaron encima de él, pero no quiso rendirse, pues siguió confiando en que su valentía bastaría para acabar con todos ellos, hasta que las lanzas de los jinetes alcanzaron su cuerpo, cayendo herido y presa fácil de sus espadas,

no quedando lugar ileso en su cuerpo. Acto seguido, le cortaron la cabeza y se la llevaron. Lampegia fue hecha prisionera y humillada, aceptando su destino a regañadientes.

Cuando la cabeza de Munuza fue entregada a Al-Ghafiqi, este sintió una gran satisfacción.

–¡Por Dios que estoy ante una presa que, nunca, antes, obtuvo cazador alguno! –Dijo Al-Ghafiqi–. La cabeza del león rebelde y la muchacha fugitiva es un botín digno del señor de Damasco.

Este fue el final trágico de Munuza y el destino tanto de Lampegia, que fue enviada a Damasco, como del amor de Ermesinda, que terminó en manos de otro señor, siendo sus esperanzas plegadas, como se pliega un vestido.

***

# 8

## El conde Odón

El conde Odón se enteró de la muerte de su aliado Munuza y de que su hija había sido apresada. Sus espías le pusieron al tanto de que el caudillo de los musulmanes marchaba contra él a la cabeza de un gran ejército, lo que hizo que cayera presa del pánico y se apresurara a escribir a las distintas provincias pidiendo socorro, acudiendo los hombres en su ayuda desde todas partes. Odón salió a la cabeza de su ejército al encuentro de los árabes, y luchó contra ellos, pero siempre acabando derrotado a manos de Abderrahman Al-Ghafiqi, el caudillo invencible, que atravesó el río Garona, arrasando el país del conde Odón, obteniendo gran número de prisioneros y cuantiosos botines de guerra. Era un ejército que más bien parecía un huracán o un vendaval, que destruía allí donde soplaba.

Y una vez Al-Ghafiqi hubo atravesado el río Dordoña, volvió a derrotar el ejército del conde Odón. Pero esta vez se trató de una derrota aplastante en la que el ejército de Odón fue aniquilado por completo, y solo Dios sabe cuántos cristianos murieron en aquella batalla. El caudillo árabe persiguió a los restos de las fuerzas de Odón hasta su capital, Burdeos, pasando a ocuparla tras un breve asedio, lo que obligó al duque a huir hacia el norte acompañado de un puñado de fieles, con lo que la región de Aquitania entera cayó en manos de los musulmanes.

Ante aquel panorama de derrotas aplastantes y avance imparable de las fuerzas musulmanas, el pánico se apoderó de las filas de los francos, que acudieron a su rey Carlos Martel para alertarlo e informarlo de las últimas incursiones musulmanas y lo que habían causado de pérdidas en vidas y bienes, tanto en Narbona, como en Toulouse y Burdeos. El rey los consoló en su desgracia y les ofreció su ayuda.

Al-Ghafiqi había retrocedido hacia el río Ródano otra vez, atravesando el ejército árabe Bayona y conquistando Lyon y

Besanzón. llegando sus vanguardias hasta Sens, a tan solo cien millas de París. Más tarde, Al-Ghafiqui retrocedió hacia el oeste, a las orillas del río Loira, para acabar de conquistar esa región antes de dirigirse a la capital de los francos.

Sin embargo, el orientalista Cardon expone otra versión del camino tomado por Al-Ghafiqi por tierra galas y dice que avanzando a la cabeza de su ejército en dirección al río Garona, Al-Ghafiqi se enfrentó al ejército del conde Odón y lo derrotó, obligándolo a huir. Luego, el caudillo árabe atravesó el río Garona y conquistó Burdeos, donde el conde había reunido un nuevo ejército e intentó rechazarlo, pero fue derrotado de nuevo. Más tarde Al-Ghafiqi conquistó Perigueux, Saintonge y Poitiers, con lo que llegó a Tours.

Por su parte, Gibbon dice lo siguiente: *Al-Ghafiqi conquistó enteramente la mitad sur de Francia, de este a oeste, tan solo en pocos meses, con lo que la línea de victoria se extendió a más de mil millas, de Gibraltar hasta el río Loir. Atravesar toda esta distancia estuvo a punto de llevar a los árabes hasta las fronteras de Polonia y las colinas de Escocia, pues el Rin no iba a ser más infranqueable que el Nilo o el Éufrates, y hubiera podido ser que una flota árabe llegara a la desembocadura del Támesis sin tener que librar ninguna batalla marítima. Más aún, los preceptos del Corán hubieran podido estar enseñándose hoy día en las academias de Oxford y quizás sus tribunas estarían ahora alabando a Mahoma y la veracidad de la revelación divina que recibió.*

***

# 9

## La batalla de Poitiers

Carlos Martel había empezado a lanzar incursiones contra su antiguo enemigo, el duque Odón de Aquitania, en un intento de vengarse de todos sus enemigos francos, hasta llegar a desafiarlos en una batalla abierta en la que fue derrotado, por lo que volvió a organizar escaramuzas contra ellos en las que el factor sorpresa desempeñaba el papel principal.

No obstante, apareció en la escena un tercer actor, lo que dio un vuelco total a los acontecimientos entre los dos bandos francos. Eran los árabes que venían de Hispania con pretensiones de ocupar Aquitania.

Al ver Carlos Martel que los árabes le quitaban de encima al duque Odón aprovechó la ocasión para organizar un ejército fuerte y lo llevó hacia el este, con el objetivo de rechazar los ataques de las tribus germánicas salvajes que habían atravesado el río Rin, invadiendo Galia.

Toulouse estaba siendo asediada por los árabes y estaba a punto de caer en sus manos, cuando llegó el duque de Aquitania para socorrerla a la cabeza de un ejército que pudo aniquilar la vanguardia del enemigo, pero este pudo retirarse organizadamente llevando consigo botines de guerra de incalculable valor. Y es que los árabes seguían un plan que consistía, entre otras cosas, en abandonar aquellas zonas cuya conquista era prácticamente imposible, con lo que daban cumplimiento al verso árabe que dice: *Sí no puedes hacer algo, déjalo, y supéralo en pro de otra cosa que puedes hacer*.

Así, se fueron de Toulouse en busca de las "vergüenzas" del enemigo. Y mientras Carlos Martel estaba ocupado en la región del Rin y Odón extendiendo su poder sobre el valle de Loira, los árabes se deslizaban por las regiones galas del Mediterráneo y arribaban por la región de Borgoña hasta llegar a la ciudad de Autun donde entraron el 21 de agosto de 725.

Los numerosos botines de guerra animaron a los aventureros orientales y africanos a acudir a Al-Ándalus para fortalecer las filas de los soldados árabes, que cada vez lanzaban más incursiones, que eran de creciente fuerza, para afianzar sus posesiones en Galia. Y mientras el duque de Aquitania se esforzaba resistiendo el avance árabe, Carlos Martel había terminado de afianzar su poder y después de derrotar a las tribus germánicas regresó a París, desde donde formó un verdadero reino.

El duque de Aquitania, al ver la valentía de los caballeros árabes, pensó en utilizarlos para combatir contra su enemigo, Carlos Martel, y para garantizar su cooperación con él casó a su bella hija, Lampegia, con el caudillo Munuza.

Cuando el califa, Hisham Bin Abdelmalek, en Damasco, se enteró de lo que acontecía en el sur de Francia, acababa de nombrar a uno de sus mejores caudillos, Abderrahman Al-Ghafiqi, gobernador de Al-Ándalus, y le dio, el año 731, estrictas ordenes de castigar a Munuza por haber pactado con los cristianos sin haber consultado antes con el califa.

La campaña de castigo marchó hacia el norte y no tardó en alcanzar a Munuza, que no se había preparado en serio para luchar contra su señor, viéndose pronto abandonado por sus seguidores.

En cuanto al Al-Ghafiqi, aprovechó la ocasión de encontrarse en Aquitania para ir conquistándola, siendo su avance a través de sus tierras, rápido hasta el punto de que las fuerzas árabes pronto se asomaron a la ciudad de Burdeos y la conquistaron por la fuerza. El conde Odón no pudo acudir en su socorro, pues llegó demasiado tarde y persiguió a los invasores intentando rodearlos. Para ello cruzó el río Garona, pero perdió la primera batalla contra ellos y se dio a la fuga prematuramente.

Al-Ghafiqi siguió su marcha hasta Poitiers, apoderándose de todos los tesoros que se encontraba a su paso. Mientras, Odón se había ido en busca de su enemigo Carlos Martel para pedirle ayuda y pudo convencerlo para que acudiera en su socorro contra el peligro árabe, que se acercaba velozmente hacia sus posesiones.

Aquí conviene mencionar que en China habían inventado, un siglo antes, la espuela, lo que significaba una grandísima ventaja para los jinetes, pues un ejército de jinetes bien organizados, que avanzaban de modo organizado, generaba el pánico en las filas de los soldados enemigos.

Eso es exactamente lo que pasó con los árabes cuando se enfrentaron por primera vez a los chinos, pero cuando se recuperaron pudieron cerciorarse de que los jinetes chinos instigaban a los caballos utilizando las espuelas. Y, siendo unos reconocidos jinetes, pronto comprendieron la importancia de las espuelas y no tardaron en utilizarlas, lo que les facilitó un mayor dominio del caballo. Pocos años después el califa Muauiya Ben Abi Sufian, fundador de la dinastía Omeya, dotaba a sus jinetes de esta nueva arma.

Y no se puede omitir que las aplastantes victorias que obtuvieron, siendo ellos los mejores jinetes, se debían en parte a las espuelas. Esas grandes victorias sobre los jinetes godos y su rápida penetración en Aquitania se debían en gran parte al uso de la silla de montar.

A pesar de que el verano se encontraba ya avanzado, Alghafiqui quiso seguir en busca de los soldados francos, teniendo en cuenta sus victorias fáciles, por lo que avanzó hacia Tours. Pero las vanguardias de los francos se empezaron a divisar a unos pocos kilómetros de Poitiers. El ejército árabe se abalanzó sobre aquellas, y Carlos Martel, encabezando un ejército compuesto de filas compactas de jinetes chocó con los árabes en una batalla que duró tres días, descansando de noche, llegando los cadáveres a cubrir las dos orillas del río Chinon, mientras no cesaban los lamentos de numerosos heridos.

Al cuarto día, cuando Carlos Martel ordenó tocar la corneta llamando a sus tropas a reanudar la lucha descubrió que los árabes habían abandonado su campamento, con sus tiendas intactas, con lo que lograron engañar al enemigo haciéndole creer que seguían allí con todos sus pertrechos, sus numerosas armas, sus muertos y sus heridos. Entre los muertos se hallaba Abderrahman Al-Ghafiqi, lo

que hizo pensar que la muerte del caudillo había sido el motivo que obligó al ejército a retirarse.

Carlos Martel ordenó perseguir a los árabes en su retirada, pero no pudo alcanzarlos puesto que pudieron atravesar los Pirineos permitiendo que los francos recuperaran Burdeos y Aquitania.
Los árabes prosiguieron su retirada hasta Narbona, a donde llegó el conde Odón para asediar la ciudad, pero esta resistió y no pudo someterla, por lo que levantó el asedió y la abandonó con sus fuerzas tras sufrir grandes pérdidas.

El historiador Cardon, en su narración de hechos relacionados con la batalla de Poities citó un párrafo que dijo haber extraído de un texto de Ibn Jil´likan, que dice así:
*Cuando los árabes conquistaron Carcasona, Carlos Martel temió que profundizaran en su conquista, por lo que se propuso combatirlos en la Gran Tierra (Francia) a la cabeza de un gran ejército. Los árabes supieron del avance de Carlos Martel cuando se encontraban en Lyon, y se percataron de la superioridad numérica de su enemigo, por lo que prefirieron retirarse. Carlos avanzó por las llanuras sin encontrarse con nadie ya que los árabes se habían ocultado tras las montañas y se hicieron fuertes en aquellas, siendo rodeados por el ejército de Carlos Martel sin que se percataran de ello. Carlos desencadenó un ataque en el que pereció un gran número de árabes, huyendo el resto hacia Narbona. Las tropas francas rodearon la ciudad durante un tiempo, sin poder conquistarla, por lo que se replegaron hacia su territorio, donde construyó el castillo sobre el río Ródano, donde dejó a una fuerte guarnición que servía de límite entre él y los árabes.*

En la versión islámica contemporánea se trata a esta contienda o con el silencio o con leves reseñas. La historia islámica denomina la batalla de Poitiers como Bilat Al-Shuhada (la comitiva de los mártires), en referencia al gran número de notables musulmanes

que cayeron en aquella, de la que habló extensamente mi amigo, el profesor e historiador, Mohammad Abdulah Inan, que puede haber exagerado su importancia. Dice Inan entre otras cosas:

*Es verdad. Estaba a punto de tener lugar el encuentro más decisivo entre el islam y la cristiandad, entre Oriente y Occidente. La conquista islámica del antiguo mundo fue rápida y sorprendente, pues los árabes aplastaron el orgulloso imperio de los persas, y se apoderaron de la inmensa mayoría de los países del imperio romano oriental, desde Siria hasta los confines de Marruecos. Así, el califato fue construido, desde sus orígenes, fuerte y con sólidos pilares, y llegó a extenderse desde el Sind en Oriente hasta el océano en Occidente. El objetivo de la política de conquista islámica, desde la implantación del Estado del islam, iba mucho más lejos que el hecho de apoderarse de países y el de extender su poder y sus posesiones. Pues el islam se enfrentaba en los países que iba conquistando a sistemas con arraigo, tanto en lo civil como en lo social, levantados sobre fundamentos paganos o cristianos…*

*El islam intentó, en Oriente, pasar a Occidente a través de Constantinopla. El califato envió sus ejércitos y sus flotas, hacia la capital del imperio romano oriental (bizantino), en dos ocasiones. La primera vez en tiempos del califa omeya, Muauiya Bin Abi Sufian en el año 49 de la Hégira (669 d.C), y la segunda en tiempos del califa omeya Sulaiman Bin Abdelmalek en el año 98 de la Hégira (717 d.C). En ambas ocasiones las fuerzas del califato ponían en su asedio de Constantinopla todo su empeño, su voluntad y su aguante, pero, en ambas ocasiones, tuvieron que apartarse, exhaustas, de las murallas de Constantinopla, con lo que había fracasado el proyecto del califato de conquistar Occidente desde aquel lado. Pero los ejércitos del islam pasaron a Occidente a través de España y desde los Pirineos se asomaron al resto de las naciones de la Europa cristiana. Y si no fuera por la indecisión del califato y el desacuerdo entre los caudillos, Musa*

*Bin Nusair hubiera podido llevar a buen término su proyecto de atravesar Europa desde el oeste hacia el este y hubiera podido llegar a la sede del califato atravesando Constantinopla. Pero la idea expiró cuando aun se encontraba en el nido, a causa de la aprensión y la indecisión del califato.*

Así lo explica el profesor Inan. Pero este punto requiere ser explicado más ampliamente, y así lo haré y daré mi opinión. Pero, antes, seguimos leyendo a Inan, que sigue diciendo:

*Las conquistas llevadas a cabo por los gobernadores de Al-Ándalus en el sur de Francia suponían una fase más de la lucha entre el islam y la cristiandad. Pues el reino de los francos era por aquel entonces el más importante de los reinos del oeste y del norte, y el Estado existía en Occidente protegido por el cristianismo, igual que sucedía con el Estado romano en Oriente. Incluso era más laboriosa y difícil la misión del cristianismo en la protección del Estado en Occidente, dado que mientras*
*la amenaza del islam provenía del sur, las tribus paganas germanas lo amenazaban desde el norte y el este. Las incursiones musulmanas se detenían, al principio, en Septimania y sus ciudades. Pero, más tarde se extendieron a Aquitania y las orillas del río Garona, para llegar después al norte del río Ródano.y a la región de Borgoña afectando así a toda la mitad sur de Francia.*
*Entonces, la contienda que tenía lugar en las llanuras de Francia se desarrollaba entre el islam y la cristiandad, pero, por otra parte, se libraba entre los invasores del Estado romano y los rivales que se disputaban su herencia, o sea, entre los árabes que habían arrasado las posesiones del Estado romano en el Oriente y el sur, y los francos que se habían instalado en Galia y Alemania. Los francos eran una rama de tribus bárbaras que habían invadido Roma y habían compartido su patrimonio, como los vándalos, godos, alanos y suevos, por lo que aquella lucha entre árabes y galos era mucho más que una simple lucha local en la que se disputaba una localidad o una región determinadas. Aquel*

*conflicto era en realidad de mucha más envergadura y de unas consecuencias mucho mayores, pues tenía por eje el vasto y extenso patrimonio del Estado romano, del que los árabes, que habían obtenido su mayor parte, querían obtener el resto que quedaba en manos de sus contrincantes que invadían el Estado romano desde norte.*

*Esa vez el peligro era inminente y real porque los musulmanes habían atravesado los Pirineos con el mayor y el más presto de los ejércitos que los musulmanes habían preparado desde el inicio de sus conquistas. Y encabezando ese ejército se encontraba un comandante de gran decisión, coraje y capacidad, Abderrahman Al-Ghafiqi, que era, sin duda, el soldado árabe más grande que había atravesado los Pirineos. Su destreza se había hecho notar catorce años antes, en la batalla de Tolosa, donde pudo salvar al ejército islámico de la persecución y llevarlo hasta Septimania cuando ya había sido derrotado y su comandante, Al-Samh, muerto en la batalla.*

*La versión franca exagera su estimación del ejército árabe y de su presteza, calculando sus efectivos en cuatrocientos mil combatientes, además de otras grandes masas que lo habían acompañado para colonizar las tierras que se iban conquistando. Lo cual es una opinión de abierta exageración. Las versiones árabes estiman el número de efectivos del ejército de Al-Ghafiqi en setenta mil o ochenta mil combatientes, lo que es más acertado.*

*Y ya sabemos lo que fue de aquella batalla decisiva que solo duró tres días, en los que la victoria se habría inclinado del lado de los árabes si no hubiera sido por la mala suerte que significó la muerte en la lucha de su caudillo, Abderrahman Al-Ghafiqi, por lo que aprovecharon la moche para efectuar una retirada sin haber sido derrotados, pues una batalla que solo dura tres días no decide la suerte de un ejército de unos ochenta mil soldados. Estuvieron a punto de hacerse con su enemigo, pues la victoria de aquel no fue militar como no lo fue la derrota. La victoria fue política, pues los francos habían detenido el avance árabe y su penetración en Europa.*

*¿Quién fue el primer responsable del fin del avance árabe en Europa? En mi opinión, fue el califa omeya, Walid Bin Abdelmalik. Él había ordenado a Musa Bin Nusair y a Tareq Bin Ziad que acudieran a Damasco precisamente cuando se encontraban adentrándose en los territorios del sur de Francia, y cuando los francos se encontraban en un estado de caos y división que no les permitía articular una resistencia o ejército capaces de frenar a los árabes o, siquiera, enfrentarse a ellos.*

*Aquella idea equivocada, corrupta, débil y estúpida, nacida de la mente de Al-Walid Bin Abdelmalik, fue, sola, la que frenó el triunfal avance árabe. Pues, ni la fuerza de los francos, ni el desacuerdo habido entre Musa Bin Nusair y Tariq Bin Ziad, y entre los árabes y los bereberes, ni los botines de guerra que había conseguido el ejército musulmán, habían hecho mella alguna en el arrojo de los árabes ni les había hecho desfallecer en la empresa de la conquista y del avance a través de Europa. Una idea frívola proveniente de una mente enferma, corrompida por la codicia y por los deseos de hacerse cuanto antes con los botines de guerra, incluso a sabiendas de que pronto iba a cerrar los ojos y dejar de ver estos trofeos para siempre. Esta era la causa real y única que paralizó la mano de los árabes o la encadenó para que no terminara con su enemigo.*

*Los árabes libraron la batalla de Poitiers quince años más tarde de lo que debieron. La batalla de Poitiers tenía que haber sido de Musa Bin Nusair y Tariq Bin Ziad y no de Abderrahman Al-Ghafiqi.*

*¿Quién dio a los francos el plazo de quince años para prepararse, reagruparse y reorganizar sus filas? No fueron Musa ni Tariq. Fue Al-Walid, con su mente corrupta y su enfermizo carácter, quien dio a los francos una fuerza que no poseían, un arma que no tenían y una unidad que nunca habían conocido, contra el enemigo común.*

*¿Acaso tenemos que culpar a Musa por haber obedecido las ordenes del califa de Damasco y haber brindado al enemigo la ocasión de tomar un respiro para reunir sus fuerzas y prepararse? No sabemos hasta dónde llegaba la responsabilidad de Musa en su obediencia al califa Al-Walid. ¿Acaso este enfermo que yacía en su lecho de muerte en Damasco era capaz de castigar al héroe caudillo que iba de victoria en victoria?*

*Pero los caprichos del destino quisieron que un hombre enfermo, exhausto, sin aliento y en el lecho de muerte, triunfara sobre un héroe que había ido de conquista en conquista y que se preparaba para unas conquistas mucho mayores. Es lo que se puede llamar "lógica inversa", pero que de hecho tuvo lugar y cambió la faz de la historia. Si el destino hubiera sido lógico en su comportamiento estaríamos leyendo hoy, en la historia, lo siguiente: Los restos de los francos, derrotados por los victoriosos ejércitos árabes, quisieron formar una resistencia sólida en las orillas del río Loira, pero Musa Bin Nusair, ayudado por Tariq Bin Ziad, dispersó nuevamente a las fuerzas de los francos, prosiguiendo su avance hacia París, llevando consigo inmensos botines de guerra. Una vez ocupada París, se volvió hacia Oriente, avanzando sin resistencia digna de mención hasta que llegó al río Rin, que atravesó, y prosiguió su marcha hasta llegar al río Danubio, que atravesó también, como si se tratara de un huracán que arrasara a todo el que se atreviera a ponerse en su camino. Por aquel entonces murió el califa Al-Walid Bin Abdelmalek, sucediéndole su hermano Sulaiman, que preparó un nuevo ejército y una flota mucho mayores que los de Muauiya Bin Abi Sufian cuando este intentó conquistar Constantinopla. Así, Estambul fue atacada desde el este y el oeste, por tierra y mar. La lucha duró un mes entero y se despejó con una espléndida victoria de los ejércitos árabes que se habían dejado caer sobre Constantinopla por doquier. Y con la caída de esta ciudad se puso fin a toda esperanza de resistencia en las filas de las fuerzas bizantinas.*

Esto es lo que habríamos leído hoy día en los libros de historia árabe si el destino hubiera sido más lógico en su comportamiento con los conquistadores árabes.

***

## 10

## Gaudiosa[28]

─Qué mañana más bonita, con mucho gusto iré a dar un paseo cerca del arroyo.

La que hablaba era Gaudiosa, dirigiéndose a su dama de honor, Clotilde.

─Mañana saldré a dar un corto paseo ─dijo de nuevo Gaudiosa─. Querida Clotilde, me siento feliz y contenta. Anoche tuve un bonito sueño: Yo montada a caballo al lado de mi amado héroe, Pelayo, cuando fuimos atacados violentamente por el enemigo, y Pelayo me defendió con valentía, venciendo a los enemigos que huyeron. Él dirigió su mirada hacia mí y yo coloqué una corona de laurel en su cabeza, como premio. Era mi marido. Y, de repente, pasó un cortejo fúnebre, y me desperté. Eso último me preocupa.

─Al contrario. Los sueños son una imagen viva de la realidad…, la muerte del vil Godila.

─¿Qué ruido es ese? ¿No lo oyes, Clotilde?

En aquel momento, un jinete desmontó y subió por la escalera, precipitándose la fiel Clotilde a su encuentro, dándole la bienvenida, dirigiéndose ambos hacia la habitación de Gaudiosa, que se encontraba tumbada en su cama, cubierta por una gasa blanca, con el cabello caído sobre los hombros. Tenía el rostro amarillento y flaco, pero sin que le faltara belleza. Un halo azul rodeaba sus ojos, en señal de un gran sufrimiento interior. De vez en cuando, derramaba una lágrima. Parecía una flor marchita, de penetrante aroma, y su voz tenía un timbre de tristeza y sufrimiento.

A través de la tenue luz que se deslizaba hacia el interior de la estancia distinguió el rostro del caballero que avanzaba hacia ella, y

[28] N.T.: Gaudiosa es un personaje escasamente documentado, al que se atribuye ser la esposa de Pelayo y madre del rey Favila de Asturias.

exclamó desde lo más profundo de su corazón, con una voz impregnada de emoción:
─¡Pelayo!
─Tú aquí en este lecho y en este…
─¿Es que me ves tan cambiada? –Lo interrumpió Gaudiosa.
─No, no. Tu imagen está impresa en mi corazón con letras de fuego.
─Hemos padecido tanto.
Los dos permanecieron en silencio durante un largo rato, aunque sus ojos hablaban sin palabras. Clotilde abandonó la estancia, y Gaudiosa puso fin al largo silencio, como si hubiera leído en los ojos de Pelayo mil y una ideas que se agolpaban en los pliegos de su cerebro y lo hacían sufrir, indicándole que se sentara en el borde de la cama, a lo que accedió. Ella lanzó un fuerte suspiro.
─¿Qué pasa? ¿Sientes algún dolor, amada mía?
─En absoluto. Cerca de ti me siento colmada de felicidad. Pero, aprovecho que estamos a solas para hacerte una pregunta.
─Lo que quieras.
─¿Me dirás la verdad?
─Nunca he mentido.
─Lo sé amado Pelayo. Aun así, muchas cosas en esta vida terrenal nos torturan, si intentamos ahondar en sus profundidades. Leo tu corazón e interpreto la expresión de tus miradas.
Clotilde se asomó en ese momento, muy perturbada y pálida:
─Una tragedia, mi señora.
─¿Qué? ¿Mi padre? ¿Le ha pasado algo a mi padre?
Clotilde se mantuvo en silencio, sin poder seguir hablando.
─¿Qué te pasa? ─Contéstame.
─Han encontrado en el bosque vuestro padre muerto: se ha caído del caballo.
─¡Dios mío! ¡Quién podía pensar que en la plenitud de esta alegría íbamos a ser sorprendidos por esta tragedia! En nuestros ojos ya no quedan más lágrimas, y, cuando mi funesta suerte empezaba a apartarse de mí, ha vuelto el sufrimiento a abrir mis heridas. Mi

sueño estaba justificado. Mi esperanza se ha esfumado, como hojas de otoño al soplar el viento.

Pelayo la contemplaba con una pena muy profunda viendo como había entrado en un estado de delirio.

─Creí que la primavera se había engalanado con sus más bellos adornos para asistir a mi boda. Y creí que el arroyo y la acequia, con su murmullo y su transcurrir sereno, el ruiseñor con su cantar melódico, las brisas ebrias de los perfumes de la noche, las rosas de las vaguadas y el reverdecer de las cúspides de los árboles, todos, estaban emocionados cantando para alegrarme y hacerme feliz. Pero, qué lástima, solo escucho la balada de la muerte retumbar en mis oídos.

La mirada de Gaudiosa adquirió brillo, su frente y sus mejillas se pusieron amarillos y sus labios se marchitaron como se marchita la suave rosa.

Pelayo la contempló con miedo y con cariño solo equiparable al de una madre que ve como expira su hijo, sin poder hacer nada para evitarlo.

La joven, en plena crisis nerviosa, lanzó un fuerte grito:

─¿No lo veis? ─decía─. ¿Es que no veis el cortejo fúnebre? Mi sueño se hizo realidad. Es el funeral de mi pobre padre. Cuántas preocupaciones me quitó de encima. ¡Que fantasmas estos que se acercan de mí! Aléjalos de mí, mi querido Pelayo. Un fantasma se acerca de mí, callado, sonriente, con una sonrisa infernal, me hiere con la hoz con la que siega las almas humanas. Amado mío, sálvame de sus garras. Me muero y te dejo para siempre. Mi padre murió y la vida se me escapa. Padre, mi amado padre…, siento que me ahogo.

Clotilde intentó convencer a Pelayo de que no había que temer por la vida de Gaudiosa porque esta había sufrido estados de delirio como este en más de una ocasión. Pero, aun así, Pelayo no se tranquilizaba respecto al estado de salud de su amada, volviendo a asaltarle las ideas más oscuras, pues era como un gorrión que estaba saltando de rama en rama, perseguido por el cazador, hasta

encontrar un refugio entre las rocas donde el cazador no puede verlo y tampoco puede alcanzarlo con su flecha.

─No me olvides, Pelayo ─dijo Gaudiosa─. ¿Te acuerdas de nuestra estancia en el sur? Toma esta cruz, Pelayo, dicen que era de mi madre, a quien no llegué a conocer. Nunca ha abandonado mi pecho, ponla en tu cuello, señal de mi eterno amor por ti. ¡Oh! Quizá Gaudiosa se convierta pronto para ti en un simple recuerdo penoso.

Pelayo, al que le había embargado una fuerte y silenciosa tristeza tomó la crucecita, la acercó a sus labios y la besó con adoración y calor.

─Aleja de ti estas tenebrosas ideas que están maltratando tu mente ─le susurró.

─Lamento hacerte sufrir mi amado Pelayo ─respondió ella. Perdóname, tengo la cabeza ardiendo y siento romperse mi corazón. Dios mío, ten piedad de mí.

Gaudiosa permaneció en silencio por un tiempo como si sus penas la hubieran abandonado. Y así pasó la noche, entre delirios y descansos, y en medio de una generalizada recaída de su salud, hasta que su estado empeoró de madrugada. Pelayo y Clotilde permanecieron despiertos en la estancia contigua mientras que los guardias no cesaban de ir y venir por los pasillos, todo el castillo estaba envuelto en la tristeza y la gente hablaba en voz baja.

Gaudiosa perdió el conocimiento y sus ojos permanecieron abiertos e inmóviles. Pelayo la contemplaba perturbado.

─¡La muerte! ─exclamó desde el fondo de su corazón─ ¡La tumba en la puerta de la felicidad! Dios, poderoso, no permitas que el paso del infame fantasma de la muerte rompa esta rama verde y desfigure esta excelsa belleza. No permitas que se destruyan mi felicidad y mis esperanzas.

Pelayo levantó la vista hacia el cielo, sumiso, implorando, suplicando y rezando por esta desgraciada joven.

En esos momentos, llegó al castillo de Abamia un mensajero que preguntaba insistentemente por Pelayo, que salió de la estancia de la enferma y se dirigió al salón principal del castillo. Pelayo no se

sorprendió por la llegada del mensajero, que había acudido para susurrarle al oído el deseo de algunos nobles, de las zonas cercanas, de unir sus fuerzas. Querían formar un solo frente para defender Asturias, pues los árabes estaban muy ocupados en el sur de Francia, lo que hacía que desatendieran aquellas zonas remotas de los vastos y extensos territorios de Al-Ándalus.

Pasaron las horas y Gaudiosa empezó a volver en sí y a recuperar la tranquilidad. Era la quietud tras la horrenda tormenta.

Se levantó de la cama sin que su dama de honor pudiera convencerla para que permaneciera acostada. Se dirigió a la tumba de su padre, que había sido enterrado aquella mañana, derramando lágrimas sobre el sepulcro y alzando su voz en una oración:

—*Dios, que mi grito llegue hasta ti. Que mi súplica alcance tu presencia. A ti, Dios, grito en mi aflicción, y espero que me escuches. Alzo mis ojos hacia las montañas de donde procede mi apoyo. La ayuda me llegará de Dios, creador de los cielos y de la tierra. Él puede evitar que sufras un tropiezo. Dios es tu protector y Dios es tu sombra, que te acompaña de tu mano derecha para que no te golpee el sol de día ni la luna de noche. Que Dios te proteja de todo mal y proteja tu alma. Dios proteja tu salida y proteja tu entrada, de ahora hasta la eternidad.*

***

## 11

## Covadonga

Pelayo respiró hondo tras la retirada de los árabes de Oviedo y Gijón, pues se encontraba en un estado lamentable y estaba a punto de derrumbarse.

Se decidió a hacer como los francos en Francia, con el fin de derrotar a los musulmanes en Al-Ándalus, uniéndose a él los restos de los godos que se habían replegado ante la conquista islámica hasta los confines del norte de Hispania, haciéndose fuertes en los montes de Asturias y Galicia, en el rincón noroeste de Hispania.

Uno de los errores más importantes de los conquistadores árabes había sido no haber aplastado a ese reducido grupo de hombres, lo que permitió que se afianzara y se convirtiera, como de hecho sucedió, en una fuerza nada desdeñable que competía con los árabes y se disputaba con ellos la soberanía de Hispania.

Podemos extendernos algo en la descripción de aquellas zonas remotas del norte de España.

La ciudad ibera de León está situada en las inmediaciones del desfiladero de la cordillera cantábrica. Esta fue la primera ciudad que ocuparon los reyes asturianos cuando reunieron sus fuerzas y se atrevieron a atravesar aquellas montañas, aprovechando la ocasión de la retirada de la zona de numerosos efectivos árabes que estaban dedicados a combatir a los francos.

En julio del 714, Musa Bin Nusair y Tariq Bin Ziad habían llegado juntos a las inmediaciones de León. La historia árabe menciona otra ciudad, Astorga. Desde Astorga, Musa se marchó solo hacia el noroeste atravesando el desfiladero de Pajares, el más largo y difícil de los desfiladeros montañosos de España, hasta llegar a Oviedo.

Oviedo está ubicada en una abierta llanura repleta de verdor y árboles. Allí empezó a formarse la Hispania cristiana. Tras haber atravesado estas montañas, los conquistadores árabes ocuparon Oviedo y después se dirigieron hacia la ciudad más alejada

existente en aquella región por aquel entonces, Gijón, donde dejaron una guarnición militar encabezada por uno de sus caudillos, y regresaron. Ese destacamento militar podría haber sido suficiente, si no hubiera sido porque los avatares de la vida no transcurren según la estimación de los interesados, máxime si sabemos que aquel lugar del mundo parecía a los ojos de los árabes el fin del mundo, especialmente si tenemos en cuenta todo el esfuerzo que les costó llegar hasta allí.

Los árabes sabían que los restos de los godos y habitantes locales se habían hecho fuertes en las montañas, pero les parecieron pocos e incapaces de suscitar temor alguno entre los musulmanes o suponer peligro alguno para el Estado árabe en Al-Ándalus. Ese grupo de rebeldes fue estimado en una treintena de hombres y diez mujeres, que, temerosos de los árabes, se alejaron de ellos en su huida hacia el este hasta que llegaron a unas altas montañas, conocidas hoy día por el nombre de Picos de Europa, repletas de angosturas y cuevas. Es un grupo de montañas de gran altura dominadas por tres cumbres que se elevan en las alturas, por encima del resto, como si de torres se tratara. En ese alejado rincón se refugió Pelayo con sus seguidores, agrupándose entorno a una pequeña localidad, Cangas de Onís, que fue convertida por Pelayo en su capital, mientras los árabes se retiraban de aquellos lugares en busca de conquistas mayores y botines más abundantes en la extensa tierra de Septimania. En cuanto los árabes volvían a las cercanías de aquella zona, Pelayo y su gente se retiraban a las montañas donde nadie los podía alcanzar.

Cangas de Onis está a menos de 70 kilómetros de Oviedo, hacia el este, y en el siglo VIII se llegaba allí a través de un camino cubierto por los bosques, que los viajeros atravesaban con bastante miedo y sumo esfuerzo.

En Cangas empieza la zona montañosa atravesada por senderos muy tortuosos que acaban en el punto de encuentro de los Picos de Europa, donde uno se encuentra como si estuviera dentro de un castillo, rodeado de montañas por todas partes como si fueran

muros, y con las tres cumbres erguidas asomándose a uno mismo, como si fueran tres torres. Hoy día, en el seno de estas montañas uno encuentra un pequeño espacio, como si se tratara de un rincón aislado y ubicado en un frondoso jardín, pues hay verdor a derecha y a izquierda; los árboles son oscuros y están en flor, por doquier, y el agua desciende por las montañas en pequeñas cascadas. Uno verá también a decenas de personas, hombres y mujeres, caminando en dirección a la montaña en actitud de sumisión religiosa y respeto, como si se dirigieran hacia un santuario. Si se alza la vista hacia donde dirigen sus miradas, se verá una cueva de amplia entrada donde han construido una iglesia que parece que está colgada en el monte. Esa es la iglesia de Covadonga, uno de los santuarios de España, y esas personas que se encaminan hacia allí son peregrinos, que han venido de lugares lejanos para visitarla y para cumplir sus promesas. Por eso, muchos de ellos acuden a Cangas caminando, descalzos, y algunos de ellos, en cuanto ven la iglesia, se postran y de rodillas van avanzando en cumplimiento de sus promesas, hasta llegar a la escalera que sube hasta la iglesia. Si se sube por la escalera, uno se encuentra con la iglesia en la amplia entrada de la cueva, donde han construido un pequeño oratorio; desde allí se pasa a un hueco en las rocas donde está ubicado el mausoleo de Pelayo. De allí, se llega a otro espacio donde, en una de sus esquinas, se levantó un altar y se colocaron asientos para los fieles. A la izquierda del altar han construido una casita para el sacerdote encargado de estos dos oratorios. Y en el extremo derecho de lo que queda de la cueva han construido un pequeño convento que, para que adquiera profundidad, tuvieron que excavar en la roca hacia dentro. Y en el fondo de la cueva, transcurre un arroyo cuya agua desciende en una pequeña cascada yendo a parar en una alberca situada al pie de la montaña.

Esta cueva y el lugar que la rodea se conocen por el nombre de Covadonga, que es un nombre compuesto de la palabra *cova* (cueva) y Onga, que era el nombre primitivo del lugar.

El secreto de la santidad de la cueva de Onga radica en una antigua mitología, según la cual este reducido grupo de cristianos, que se hizo fuerte en aquel lugar se esforzó sobremanera en preservar su independencia al rechazar al destacamento árabe que intentó penetrar en su territorio. Cuando uno de los comandantes de este destacamento, que según la bibliografía cristiana se llamaba Alqama, intentó tomar el reducto, el grupo de cristianos, encabezado por Pelayo se enfrentó a él y lo derrotó junto a la cueva.

Solo pudieron derrotarlo, según las leyendas, merced a un milagro, pues la virgen María apareció en la cueva y se dedicó a rechazar las flechas árabes devolviéndolas hacia ellos mismos, muriendo así la mayor parte. Los que quedaron con vida huyeron y dieron vueltas alrededor de la roca, y cuando estuvieron al otro lado de esta, en una aldea conocida con el nombre de Liébana, la virgen María apareció de nuevo y hizo precipitarse las rocas sobre aquellos, aniquilándolos a todos.

Esa fue, según la mencionada leyenda, la batalla de Covadonga, considerada en los libros de historia de España como el inicio de lo que ellos[29] denominan movimiento de la Reconquista.

Sin embargo, si uno se coloca al pie de aquella roca y contempla la cueva y lo que la rodea, comprende que no tuvo que tener lugar necesariamente allí ninguna batalla, pues aquel entorno propicia la imaginación y fomenta los mitos. Seguro que allí hubo muchas escaramuzas entre los árabes y los habitantes del lugar, pues el terreno no permite el movimiento de grandes ejércitos. Y de estas escaramuzas nació el mito de Covadonga, corriendo de boca en boca, y que luego fue recogido por los cronistas locales, que lo calificaron como hecho histórico. Después de estos acontecimientos Pelayo avanzó, expulsó los árabes de Gijón, rechazándolos hasta más allá de las montañas, fortificó la zona y la convirtió en un principado que lleva el nombre de la región, o sea, principado de Asturias, que más tarde se convirtió en reino.

[29] N.T.: Los cristianos y la historiografía hispano-cristiana.

Durante los períodos de dominio del islam sobre el resto de la península ibérica, los lugares controlados por Pelayo tenían como referencia los países cristianos, cuando el resto de la península, excepto Barcelona[30], miraba en dirección al Oriente árabe y entraba en el espacio de su civilización. Fue como si la cordillera cantábrica formara entonces un límite entre las dos civilizaciones, además de ser un límite geográfico, tal como lo explica el doctor Husein Munes en su libro *Viaje por Al-Ándalus*.

Como señalamos antes, reducidos restos de los habitantes de la tierra conquistada se agruparon desde el principio en torno a Pelayo, que se hizo fuerte con ellos en aquellos montes dedicándose a organizarlos y fortalecerlos, realizando incursiones contra los territorios islámicos vecinos siempre que tenía ocasión. Los sucesivos gobernadores de Al-Ándalus estaban ocupados con las nuevas conquistas en el sur de Francia, y más tarde en sofocar las distintas rebeliones. Además, su ocultamiento detrás de las rocas, en aquel lugar perdido, los protegía de los ataques musulmanes.

Como vimos, Pelayo eligió, como capital, Cangas de Onis, donde podría haberse conformado con defender su territorio y preservarlo de los musulmanes, lo cual, de por sí, hubiera sido considerado como una gran victoria y un esfuerzo superior a sus fuerzas.

La vida austera, lo escabroso de las tierras, la escasez de recursos y la falta de seguridad militar otorgaron a la corte de Pelayo un aspecto rural y rudo, lo que provocaba la burla tanto de musulmanes como de cristianos en el resto de las regiones de España. No obstante, Pelayo y los suyos no encontraban otro modo de sobrevivir.

***

[30] N.T.: Barcelona fue conquista por Al-Hurr a principios del siglo VIII, pero recuperada para los cristianos por Ludovico Pío (siendo este rey de Aquitania) a principios del siglo IX. Barcelona quedó entonces incorporada a la Marca Hispánica, que era una frontera político-militar entre los territorios carolingios y Al-Ándalus (al sur de los Prineos) y que estaba compuesta por condados dependientes de los monarcas carolingios.

## 12

## El rey Pelayo

En una estancia del castillo de Abamia se encontraba una muchacha de preciosa vestimenta, sentada, con la cabeza inclinada sobre su hombro.

Aquella mujer había tenido un largo sufrimiento, pero se encontraba feliz en aquella hora, pues el sacerdote había bendecido su matrimonio con Pelayo, convirtiéndose ella así en la reina Gaudiosa. Algunas damas entraron en la estancia y saludaron a la reina y la acompañaron hasta el salón principal del castillo que en ese momento se encontraba abarrotado de jinetes armados hasta los dientes.

En ese castillo se preparó el banquete de boda del rey Pelayo y la reina Gaudiosa, que era en aquellos momentos la más feliz de las criaturas, en medio del gran alborozo que envolvía el castillo, en el que una formación de vírgenes ataviadas de blanco y tocadas con coronas de rosas cantaban melodías de triunfo e imploraban felicidad para los reyes. Eran acompañadas, en las canciones, por músicos, y rodeadas por todo un tropel de criados, soldados y hombres armados que expresaban su alborozo en los salones contiguos donde se daban comida y bebida a los visitantes. Gaudiosa dio abundante limosna en aquel día feliz.

El rey Pelayo, mientras, conversaba con algunos nobles godos de asuntos de guerra y acerca del traslado de su capital de Cangas de Onis a Gijón. De vez en cuando, los dos desposados intercambiaban miradas que rezumaban felicidad.

Pelayo ordenó a señoras y señores sentarse a la mesa principal, mientras que él salía a saludar a los asturianos que ocupaban otros salones del castillo, y que lo aclamaban nada más verlo, regresando él al salón principal donde lo esperaban los nobles.

Presidiendo el generoso banquete, y mientras los músicos tocaban sin cesar, los reunidos decidieron que al día siguiente se trasladarían a Gijón, que quedaba ya dentro del límite de su reino.

Y mientras estaban inmersos en su alegría, las campanas del convento de santa Eulalia doblaban tristemente. Había muerto la hermana Florinda.

Asturianos, cántabros, godos, hispanos y romanos se habían reunido en torno a Pelayo. Se trataba de un reino pequeño, que se extendía desde Oviedo hasta Cangas de Onís, de apenas cuarenta millas de largo por diez millas de ancho. Allí, de nuevo, se empezó a formar Hispania.

Al año siguiente en Navarra coronaban a otro rey, de nombre García Jiménez.[31]

Dos años pasaron desde que Pelayo fue proclamado rey, cuando, un día, se encontraba en el castillo de Abamia que era el lugar preferido para su descanso por su excelente ubicación, desde donde se podían divisar los verdes valles. En una de las estancias se encontraba una mujer de belleza sublime, contemplando a un niño que dormía en su cuna. Marido y mujer se miraban dulcemente, felices con este precioso niño, a quien su padre, Pelayo, le puso el nombre de Favila, en homenaje al nombre de su propio padre, que era duque de Cantabria.

Pelayo ganó unas cuantas batallas pequeñas, sin abandonar su estrecho reino.

Transcurridos unos cuantos años, Pelayo supo cómo aprovechar la belleza de su hija, Ermesinda, nacida de su matrimonio con Gaudiosa, y a la que puso el nombre de su hermana Ermesinda, que siguió al caudillo árabe Munuza, como vimos. Cuando esta niña estaba a punto de cumplir los 15 años su padre quiso que se comprometiera con el hijo de Pedro, duque de Cantabria. Pues se había formado otro nido de resistencia en aquel territorio y el duque encabezaba el grupo de rebeldes. Todo ello sucedía mientras los árabes estaban ocupados con sus asuntos en el sur de Francia, y

[31] N.T.: No nos consta documentado ningún rey de Navarra que pudiera haber sido contemporáneo de Pelayo (muerto en 737). El primer rey de Pamplona, Íñigo Arista, se sitúa entre principios y mediados del del siglo IX.

cada derrota que los francos infligían a los musulmanes era motivo de alegría para Pelayo y le hacía sentirse más fortalecido y lo animaba para seguir adelante con su rebelión. Y, al contrario, cada victoria árabe en Septimania era como una advertencia para Pelayo sobre su próximo fin, porque era de esperar que los árabes, una vez saldados sus asuntos con los francos, arrasaran las zonas cantábricas con unos contingentes deseosos de permanecer allí y reacios al regreso al sur y a las zonas cálidas.

Hemos dicho que se había formado una resistencia encabezada por el duque de Cantabria. Este tenía un hijo, Alfonso, y quiso seguir la costumbre de los nobles en aquellos tiempos. Hay que recordar que estamos en el primer tercio del siglo VIII, cuando habían pasado solo quince o veinte años desde la batalla de Guadalete. Por lo tanto, las tradiciones seguían profundamente arraigadas en las mentes de los nobles que se salvaron de aquella terrible batalla: solo aquellos a los que Dios había elegido para una larga vida, entre los que se encontraba el duque de Cantabria. Este, atendiéndose a la tradición al uso, envió a su hijo a la corte del rey Pelayo, si es que podamos considerar aquello como una corte. Aquel hecho venía a significar que Pelayo tenía carisma y una categoría por encima de la que tenía el duque de Cantabria; de no haber sido así, este duque no habría enviado su hijo a Cangas de Onis.

Al poco tiempo, el amor unió a los dos jóvenes, Alfonso y Ermesinda; o, mejor dicho, los unieron los padres; aquel que anhelaba emparentarse con un rey, aunque fuera un modesto rey, pero, un rey, al fin y al cabo; y Pelayo, que había encontrado en el duque de Cantabria un aliado en el que se podía confiar en tiempos duros.

Y es que el matrimonio suele unir los corazones y eliminar las disputas.

La suerte estuvo del lado de Alfonso, que se convirtió en rey, cuando el hijo de Pelayo, Favila, murió al ser atacado por un oso,

que lo destrozó, siendo aun un muchacho. Los osos abundaban entonces en las regiones asturianas, donde siguen existiendo hasta nuestros días.

Así, Alfonso llegó a ocupar el trono y desempeñó un importantísimo papel en la fundación del reino de Asturias, lo que consituye el tema de otro de mis libros.

Finalmente, Pelayo murió en Cangas de Onis después de haber reinado durante diecinueve años, el 17 de septiembre del año 737, y fue enterrado en el convento de santa Eulalia, en una pequeña tumba que él había mandado construir cerca de Cangas. Allí se encuentra también la tumba de su mujer, la reina Gaudiosa.

Hispania empezó en Covadonga, la roca de Pelayo, a recuperar sus tierras. Y, mientras el sol siga saliendo y poniéndose, el nombre de Pelayo seguirá repitiéndose en todo tiempo y lugar.

***

## Epílogo

Solo nos queda saber el destino de nuestros protagonistas hispanos mencionados y de aquellos que ignoramos qué les sucedió después de haber ayudado a los árabes a penetrar en su país. Nos referimos al conde Julián y a su familia.

Florinda, como vimos, murió siendo monja, en el convento. Sin embargo, otra leyenda nos cuenta un final distinto, y es que, cuando la leyenda entra en la historia, la cubre con un ropaje amplio, con destellos y brillo, pero que no le conviene. Sucede que el vulgo recibe las noticias de los hechos históricos y su imaginación se dedica a realzarlos y a tejer alrededor de aquellos otros sucesos que no tienen nada que ver con los hechos históricos, incluso atribuyéndoles unos finales ajenos a la realidad. Y esa nueva versión de los hechos, que no guarda ninguna relación la historia, suele encontrar amplios ecos. Y con el paso de las generaciones, estas leyendas se convierten en historia, de modo que se hace difícil entonces distinguir entre mitos y hechos históricos. Y la cosa no para aquí, pues la leyenda suele dar lugar a otra, hasta desembocar en un sinfín de leyendas. Cuando el investigador o el historiador se pone manos a la obra encuentra dificultad en distinguir si un hecho es verdadero o falso.

La historia nos dice que el conde Julián ayudó a los árabes, los acompañó en sus conquistas y les sirvió de guía a través de accesos y caminos, que fueron recorridos por sus ejércitos para acelerar la conquista, de tal modo que solo dos años después de su entrada en Hispania habían alcanzado ya los Pirineos. Los árabes no se olvidaron de sus favores. Y en cuanto a los hijos de Witiza, sus ayudas a los árabes no fueron precisamente gratuitas, pues recuperaron todas las fincas y aldeas que Rodrigo, el rey de los godos, le había arrebatado a su padre, el rey Witiza y que se contaban por miles, e incluían las zonas más ricas de Hispania. Por su parte, Oppas, hermano de Witiza, obtuvo grandes favores de los nuevos conquistadores. Sin embargo, la historia hecha así no satisface al común de la gente, y esos resultados no concuerdan con

su naturaleza. El pueblo hispano consideraba a todos estos como traidores que habían entregado el país a los enemigos de su religión, y por lo tanto su final no debía ser feliz, porque no se premia, sino que se castiga al traidor. Por ello, tejieron alrededor de esos hombres unas leyendas que los condenan y los arrastran al peor de los destinos.

Así, y según estas leyendas, Florinda ya no era aquella doncella pura e inocente que el rey Rodrigo convirtió en desgraciada usurpándole su honra. Nada de eso existe en la leyenda tejida alrededor de ella, que la convierte en una ramera, señalada con el dedo como una "cava" (de qahba, en árabe, o sea, prostituta), que persuadió al rey Rodrigo y que podía haber persuadido también a Witiza antes.

Así, los cristianos no mencionaban su nombre excepto parejo al calificativo de "cava", convirtiéndola en la única responsable de las desgracias que azotaron Hispania. Y ante este desprecio generalizado hacia ella por parte de sus paisanos, se apoderaron de ella la desesperanza y el desaliento, que fueron socavando su alma y marchitando su belleza. Sus dulces y soñadoras miradas se tornaron vacías, como si procedieran de "dos ojos suspendidos en un túnel" o como si fueran el candil de una cabaña, a medio encender. También se había extinguido la lozanía de sus mejillas y su comportamiento con su familia se volvió extraño, como cuando su padre intentaba abrazarla y ella lo apartaba y se alejaba de él, recordando todas las desgracias que ella había causado a Hispania.

La leyenda sigue diciendo que un día, mientras Florinda daba un paseo con su padre por el jardín de su palacio en Málaga, se metió en una torre, cerró la puerta tras de sí, subió a lo alto de la torre y llamó a sus padres:

—Que la gente sepa en el futuro que esta ciudad se va a llamar Málaga en recuerdo de la joven más desgraciada, que puso fin a su vida suicidándose.

Y dicho esto, se tiró de lo alto de la torre, muriéndose en el acto. Según esa leyenda el nombre de la ciudad de Málaga significa aquél trágico destino de Florinda. Sin embargo, la historia dice que

Málaga, en realidad, es una ciudad fundada, en el sur de España, por los fenicios, en el siglo VIII antes de Cristo[32], y que su nombre también es de origen fenicio (Malek, o sea, lugar de cecinas y productos avinagrados).

En cuanto al conde Julián, a quien las cosas le iban bien hasta entonces, se convirtió, según la leyenda, en el objetivo del odio y del rencor de sus paisanos y correligionarios, pues, los cristianos lo maldecían por haber sido el responsable de la entrada de los árabes en su país, y los musulmanes lo despreciaban por traidor y no confiaban en él. Los hombres se alejaban de él cuando lo veían acercarse a sus corillos, las mujeres se quejaban y mostraban su repulsa cuando intentaba tocar a sus niños, alejándolos de él, enojadas. Así, el conde Julián vivía amargado, y en vano intentó convencer a los demás y a sí mismo de que lo que había hecho era una venganza justa, de Rodrigo: no se dejaron convencer, porque no había afrenta, por muy grande que fuera, que pudiera justificar la traición al propio país.

En su intento de olvidarse del desprecio que sufría, se entregó al vicio, dedicándose a disfrutarlo sin control ni medida, reuniendo a su alrededor todo lo apetecible de comida, bebida, música, danza, canciones, bellas cantantes, esclavas, sirvientes y demás séquito, pero todo aquello no le sirvió de nada, pues su conciencia le seguía acosando y quitándole el sueño.

Esta leyenda sigue diciendo, que Sulaiman Bin Abdelmalek, el califa sanguinario, una vez que hubo acabado con los hijos de Musa Ben Nusair, envió a Al-Ándalus un caudillo árabe llamado Al-Hurr, para reemplazar a Abdelaziz ben Musa, como gobernador de España. Este nuevo príncipe era brutal, cruel, sanguinario y no confiaba en nadie. Al-Hurr inauguró su gobierno con dureza y violencia, y no veía con buenos ojos a aquellos cristianos que habían luchado en el lado musulmán, especialmente al conde Julián, de quien pensaba que, si había traicionado a su país, no le

[32] Málaga es una de las ciudades más antiguas de Europa: se convirtió en municipio del Imperio romano y en ciudad andalusí, incorporada a la Corona de Castilla en 1487.

sería difícil traicionar a los árabes. Sus sospechas ─sigue la leyenda─ aumentaron cuando se produjo una rebelión en el norte, protagonizada por los cristianos que se habían hecho fuertes en las montañas y cuevas de Asturias. Al-Hurr se había hecho acompañar por un sabio llamado Yuza, que era considerado un fenómeno de su tiempo en astucia, por su dilatada experiencia y sus pasados padecimientos. Yuza había viajado por todo el país, conociéndolo a fondo, y había adquirido la ciencia de las estrellas, la astronomía, la astrología y la adivinación, por lo que Al-Hurr lo había convertido en uno de sus allegados y le había contado sus secretos, sus temores y sus sospechas acerca de algunas personas. Por eso, Yuza pidió que le dejara retirarse para estar a solas y poder consultar sus libros y comunicarse con el mundo del más allá.

Esta leyenda añade que más tarde, Yuza se dirigió a Al-Hurr y le puso al tanto de sus descubrimientos y de lo que se había desvelado ante sus ojos mediante la observación de las estrellas que le servían como guía para conocer la naturaleza de los hombres y sus intimidades.

─Príncipe ─dijo Yuza─, debéis estar alerta porque la traición le está rondando a su alteza. Vuestra vida está en peligro y debéis estar atento respecto al conde Julián y a su familia.

─¡Basta! ─contestó Al-Hurr─. Morirán todos, padres e hijos, todos morirán.

De inmediato ─sigue diciendo la leyenda─ Al-Hurr invitó al conde Julián a que se presentara en Córdoba. Cuando el mensajero del Al-Hurr llegó ante él, lo encontró en sus peores horas a causa del suicidio de su hija Florinda, por quien había sacrificado todo un reino. El conde Julián pidió disculpas al no poder acudir en persona a Córdoba y envió en su lugar a algunos de sus allegados, lo que fue considerado por Al-Hurr como un imperdonable crimen. Al gobernador no le quedaban dudas de que Julián estaba implicado en la rebeldía y el motín y que había alejado a su familia de Córdoba con el único fin de dedicarse, con todas sus fuerzas, a luchar contra el dominio islámico.

La primera muestra de venganza mostrada por Al-Hurr, según esta leyenda sin fundamento, fue la orden de matar a los dos hijos de Witiza, Sisebuto y Oppas, bajo acusación de traición. Así, ambos pagaron con su sangre su traición cometida en Guadalete.

Al-Hurr se abalanzó de inmediato sobre Cartagena, donde se había hecho fuerte el conde Julián. Pero, ante la rápida llegada de Al-Hurr a Cartagena, Julián se escapó de allí junto con quince jinetes, refugiándose en un castillo en los montes de Aragón, por lo que Al-Hurr se enojó sobremanera y desde Cartagena embarcó en dirección a Ceuta para apoderarse de aquella y apresar a la mujer de Julián, Frandina[33], y a su hijo.

El lector es libre de creer o no creer esta leyenda, pues es muy antigua y en aquellos tiempos las fábulas se adueñaban de las mentes.

Frandina, se encontraba sentada en su estancia en el castillo de Ceuta, ubicado junto al mar, entregada a temores e ideas oscuras que rondaban su mente después de las desgracias que habían azotado a su familia, cuando vio en la entrada del castillo a su hermano, el obispo Oppas. La mujer corrió hacia él, para estrecharlo entre sus brazos, observando la palidez de su rostro y el fuego que despedía su mirada. Este la rechazó.

─No me toques hermana ─le dijo Opas─. El fuego prendido en mis entrañas podría quemarte. Cuida de tu hijo todo lo que puedas porque están reclamando su sangre.

Y desapareció de su vista como había aparecido, cual relámpago.

Al cabo de un tiempo llegó la noticia de que el obispo Oppas había sido apresado por los cristianos en una batalla que tuvo lugar en las montañas de Asturias entre musulmanes y cristianos. También llegó a Ceuta la noticia de que Al-Hurr había matado a un número importante de los seguidores del conde Julián y que este, que se había refugiado en un castillo de Aragón, había huido de allí. También supieron que Al-Hurr se dirigía en aquellos momentos a Ceuta con su caballería y sus hombres.

[33] N.T.: No hemos encontrado referencias documentales sobre este personaje.

Frandina, que era intrépida y valiente, temió la traición de cincuenta soldados árabes que residían en su castillo, por lo que, según esta leyenda, ordenó matarlos a traición. Su guardia ejecutó sus órdenes, y mientras los soldados árabes se encontraban sentados en el patio del castillo, sin albergar ninguna sospecha sobre la traición que los acechaba, se vieron sorprendidos por sus verdugos que degollaron a muchos de ellos. Solo pudieron salvarse de aquella matanza quince soldados árabes que se refugiaron en una torre, desde donde divisaron, a lo lejos, la flota de Al-Hurr, que se acercaba, por lo que decidieron resistir hasta la llegada de sus hermanos. Los hombres de Frandina atacaron la torre y fueron rechazados con fuertes pérdidas, por lo que empezaron a cavar bajo la torre y la incendiaron; ardió con fuerza, y se derrumbó con sus ocupantes. Algunos de ellos murieron aplastados entre las rocas, mientras que los otros fueron alcanzados y degollados todos.

La flota del emir Al-Hurr llegó a Ceuta poco antes de la tarde. Al querer desembarcar se le cerraron las puertas y puso la ciudad bajo asedio, llamando al sabio astrólogo.

—Vuestra estrella dominará a la del niño durante una semana —le dijo este—. Acabado este periodo, el hijo del conde Julián estará a salvo y será capaz de acabar con vos.

Al-Hurr mandó atacar Ceuta desde todas las direcciones y luego se abalanzó con su ejército sobre la ciudad, refugiándose Frandina con sus hombres en el castillo, con el propósito de defenderlo, pero su heroicidad no le sirvió de nada, siendo atacado el castillo por los árabes por todas partes. Frandina comprendió que toda resistencia sería en vano y toda su atención se centró en ocultar a su hijo, y pensando que no lo buscarían entre los muertos, lo llevó al templo pequeño y oscuro.

—No temas, hijo, permanece en este templo —le dijo—.

—No, madre —respondió— la oscuridad infunde tranquilidad, silencio y sueños.

Lo puso en la tumba de su hermana, Florinda.

—¿Acaso temes a la muerte, amado mío, y vida de mi vida?

─No, madre, los muertos no nos hacen daño, además, ¿cómo quieres que tenga miedo de mi propia hermana?

La mujer abrió la tumba.

─Hay unos hombres salvajes que se dirigen a este lugar para matarte ─le dijo al niño─. Quédate aquí en compañía de tu hermana y no hagas ningún ruido si es que aprecias tu vida.

Según la leyenda, el chico hizo lo que le ordenó su madre y permaneció en el interior de la tumba durante todo el día; mientras tanto, los soldados de Al-Hurr se habían apoderado del castillo por completo, matando a muchos de sus moradores. La mujer de Julián fue conducida ante Al-Hurr, compareciendo con la cabeza alta, como si fuera una reina que recibiera las ovaciones de sus súbditos. Cuando Al-Hurr la preguntó por su hijo se puso nerviosa.

─Mi hijo está entre los muertos ─dijo─.

─Yo no acepto estas bromas ─contestó el emir─. Dinos dónde lo has escondido.

Al-Hurr no sabía qué hacer con esa mujer que insistía en callarse acerca del lugar donde se encontraba su hijo, hasta que el sabio astrólogo lo sacó de su perplejidad, al darse cuenta del nerviosismo de la mujer.

─Dejadme a mí este asunto y os lo solucionaré ─dijo─. Yo te traeré al chico.

Yuza ordenó a los soldados registrar el castillo minuciosamente, por todos los rincones. Y también ordenó que Frandina, cuya gran astucia le era de sobra conocida, estuviera presente en el registro. Cuando los soldados entraron en el pequeño templo palideció el rostro de la mujer y temblaron sus labios, por lo que Yuza presintió que el chico debía de estar allí.

Sin embargo, la búsqueda por todos los rincones del templo no surtió ningún efecto, y los soldados se dispusieron a retirarse; fue entonces cuando los ojos de Frandina se iluminaron con signos de alegría y triunfo. Entonces, Yuza recordó sus palabras cuando dijo ante Al-Hurr que su hijo yacía entre los muertos: se ordenó, pues, a los soldados que registraran el interior de las tumbas.

Los soldados vieron que la tumba de Florinda se encontraba entreabierta, y hallaron al chico durmiendo, envuelto en un halo de pureza y dulzura, entregado a un profundo sueño. Los soldados se lo llevaron y lo entregaron al príncipe.

En ese momento, Frandina se arrojó a los pies de Al-Hurr, olvidándose de su soberbia, altanería, arrogancia y orgullo.

─Piedad y misericordia ¡oh, príncipe! ─suplicaba la mujer─. Tened compasión por las imploraciones y súplicas de una madre. Que el cielo os bendiga y os colme con sus bondades tanto, como la compasión y la clemencia que tengáis con mi hijo.

─Llevaos a esta mujer y cuidaos de ella ─gritó Al-Hurr─.

Los soldados la arrastraron haciendo caso omiso a la resistencia que les ofrecía y a sus gritos, y la arrojaron a una de las mazmorras del castillo.

A Al-Hurr ─sigue la leyenda─ no le embargó la más mínima compasión por el muchacho, ni le conmovieron su dulzura y su pureza, pues lo único que le preocupaba era aniquilar a la familia de Julián. Por ello, se lo entregó a Yuza, que lo condujo de la mano por una escalera de espiral de una de las torres, hasta llegar con él a lo alto del edificio.

─No te aferres a mí, hijo ─le dijo al chico─. No tienes nada que temer.

─No temo a las alturas, padre ─dijo el muchacho─. Unas brisas húmedas le acariciaron la cara y la frente, mientras las olas del mar rompían, a los pies del castillo, sobre rocas puntiagudas.

─¿Conoces aquellas tierras lejanas que están al otro lado del mar azul? ─preguntó Yuza al niño─.

─Sí, es Hispania, tierra de mis antepasados.

─Extiende la mano hacia ella y bendícela.

Y cuando el niño quiso extender la mano para bendecir aquellas tierras lejanas, el viejo, con todas sus fuerzas, lo empujó al vacío, precipitándose el pobre niño desde aquella gran altura, y rompiéndose sus tiernos huesos contra las rocas.

Yuza regresó a donde estaba Al-Hurr.

─¿Está el niño a salvo? ─Le preguntó este─.

- Venid y mirad.

Al-Hurr, siempre según la leyenda, subió a lo alto de la torre y miró hacia abajo viendo solo un amasijo sin forma concreta, que mandó arrojar al mar para alimento de los peces.

A la mañana siguiente Frandina fue conducida a la plaza mayor, donde fue informada de la muerte de su hijo y de que ella misma pronto lo seguiría, pero no derramó ni una sola lágrima, ni suplicó. Su cabello estaba revuelto, sus ojos hundidos por no haber dormido y sus mejillas pálidas y frías como las losas de una tumba. Pero, aun así, conservaba un remanente de belleza, mientras que su fuerte carácter imponía respeto entre el vulgo.

Más tarde se llevaron a la plaza a un gran número de prisioneros cristianos.

─Esta es la mujer del conde Julián. Su familia os ha causado muchas desgracias a vosotros y a vuestro país ─les gritó Al-Hurr.

Luego les ordenó que la apedrearan hasta la muerte, pero los prisioneros cristianos se echaron atrás y exclamaron:

─Que Dios se vengue de ella, nosotros no lo haremos, no queremos que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.

Al oír su negativa, Al-Hurr se puso furioso e hizo los más sagrados juramentos de castigar con la lapidación a todo aquel prisionero que no cumpliera sus órdenes.

Así, sus ordenes fueron ejecutadas y Frandina murió apedreada a manos de sus propios correligionarios.

Según esta leyenda, Al-Hurr ordenó la quema del castillo de Ceuta y embarcó de noche rumbo a Hispania, a la luz de las llamas que se alzaban desde las torres del castillo.

Y siempre según las leyendas, no mucho tiempo después murió el conde Julián. La causa de su muerte sigue siendo desconocida. Algunos aseguran que Al-Hurr lo persiguió por los montes hasta que lo alcanzó y ordenó cortarle la cabeza. Otros dicen que los árabes lo encarcelaron y murió torturado. Otros cuentan que Julián

murió junto a las murallas de un castillo cerca de Huesca, al caerle encima una de las torres. Pero todos apuntan a que sus últimos días fueron muy miserables y que no murió de muerte natural y que la maldición del cielo lo acompañó siempre. También se dice que después de su muerte nadie pudo habitar en el castillo donde vivió, a causa de los ruidos, fantasmas y visiones que aparecían por las noches, y que no eran sino de aquellas almas torturadas, las de los cristianos traicioneros que se pusieron del lado del traidor conde Julián.

Así, el nombre de Julián permaneció como un insulto en boca de todos, y su destino ha sido considerado un ejemplo para los traidores.

Esta es la leyenda que el pueblo manejó, de generación en generación, pero, en verdad, está lejos de la realidad, a pesar de que es fácil de creer porque el traidor merece ser castigado del modo descrito por la leyenda.

¿Acaso podemos considerar traidores a los hijos de Witiza por el hecho de haberse unido a las filas árabes en su deseo de recuperar sus bienes, posesiones, aldeas y fincas, de las que se había apoderado el rey Rodrigo tras haber aniquilado a su padre?

Rodrigo los necesitó para luchar, por lo que les pidió que se unieran a él en la batalla, pero, en realidad, fue para acabar con sus vidas y no para indemnizarlos por el mal que les había infligido. En cambio, los árabes fueron generosos con ellos hasta límites extraordinarios, los acercaron a ellos y les devolvieron sus aldeas, cuyo número rondaba unas tres mil. Así, los hijos de Witiza vivieron como señores al amparo del Estado árabe.

No fueron los hijos de Witiza los que le dieron la espalda a su país, sino que el país, en la persona del rey Rodrigo, les dio la espalda a ellos, y quizás el enojo en su contra pudiera deberse a los horrores de las guerras prolongadas que Hispania desató durante setecientos ochenta años hasta que pudo recuperar las tierras que, en tan solo dos años, los árabes habían conquistado.

**FIN**

# Bibliografía[34]


Mohammad Abdullah **Anan**. *El Estado del Islam en Al-Ándalus.*
[José Antonio] **Conde**. Historia de la *dominación de los árabes*.
Al-**Dabyi**. *Kitab Bughyatu Al-Multames fi Tarikhi Rijali Al-Ándalus.*
Ibn **Habib**. "Bab Istiftah Al-Ándalus". *Revista del Instituto de Estudios Islámicos*, Madrid, 1957.
Washington **Irving**. *Leyendas de la conquista de España*.
Lisan Eddin Ibn Al-**Jatib**. *Kitab Aamal Al Aalam.*
Henry **Kamen** La Inquisición Española.
Al-**Maqarri**. *Nafhu Attib min ghusni Al-Andalusi Al-Ratib.*
Iben Izari Al-**Marakishi**. *Al-Bayan Al-Mughareb fi Ajbar muluk Al-Andalusi wa Al-Maghreb.*
Al-**Masuudi.** *Muruju Addahab*.
Ramón **Menéndez Pidal**. *Florestas de leyenda*
Juan de Dios **Mora**. *Florinda o La Cava.*
Husein **Munes**. *El viaje por Al-Ándalus.*
Alexandre de **Saint-Phall**. De Mahoma a Godofredo de Bouillon.
[Claudio] **Sánchez-Albornoz**. *Españoles ante la Historia*.
Alonso **Tejada**. *Historias de amor de la Historia de España.*


[34] N.T.: Se trata de las referencias de autores y títulos aportadas por el autor, pero ordenadas alfbéticamente por apellidos.